

LA SERIE QUE TODOS LOS LECTORES
DE LA SAGA "CREPÚSCULO" DE
STEPHENIE MEYER YA HAN
COMPRADO EN ESTADOS UNIDOS



TRAICIONADA

UNA NOVELA DE LA CASA DE LA NOCHE

P. C. CAST Y KRISTIN CAST

El segundo libro de la serie 'La Casa de la Noche' es oscuro
y tan emocionante como absolutamente impactante

Lectulandia

La novata vampira Zoey Redbird consigue adaptarse a la escuela de vampiros La Casa de la Noche. Por fin se siente como en casa, e incluso es elegida como líder de las Hijas Oscuras. Y lo mejor de todo, se echa un novio... o dos. Pero entonces ocurre lo impensable: aparecen asesinados algunos adolescentes humanos, y todas las pruebas apuntan a la Casa de la Noche. Zoey comienza a darse cuenta, mientras el peligro acecha a los humanos de su antigua vida, que los mismos poderes que la hacen única pueden a la vez suponer una amenaza para aquellos a los que ama. Entonces, cuando más necesita a sus nuevos amigos, la muerte golpea La Casa de la Noche y Zoey tiene que enfrentarse con coraje a una traición que puede partirle el corazón, el alma y hacer tambalearse todo su mundo.

Lectulandia

P. C. Cast & Kristin Cast

Traicionada

La Casa de la Noche - 2

ePUB r1.0

nalasss 23.02.14

Título original: *Betrayed*

P. C. Cast & Kristin Cast, 2007

Traducción: Isabel Blanco González

Diseño de cubierta: Cara E. Petrus & Alonso Esteban & Dinamic Duo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nos gustaría dedicar este libro a (tía) Sherry Rowland, amiga y publicista. Gracias, Sher, por cuidar de nosotras incluso cuando resultábamos caras y pesadas, y, sobre todo, gracias por tu trato de favor. Te queremos con todo nuestro corazón.

Agradecimientos

Como siempre, queremos darle las gracias a Dick L. Cast, padre y abuelo, por saberlo todo sobre biología y por ayudarnos en ese tema.

Gracias a nuestra increíble agente, Meredith Bernstein, a quien se le ocurrió la fabulosa idea que inició esta serie.

Nos gustaría darle las gracias a nuestro equipo de St. Martin, Jennifer Weis y Stefanie Lindskog, por ayudarnos a crear esta serie tan maravillosa. En particular, queremos proclamar que adoramos a la artista de inmenso talento que diseñó tan preciosas portadas.

Y también nos gustaría dedicar un agradecimiento especial a Street Cats, el servicio de rescate y adopción de gatos de Tulsa. Apoyamos el trabajo de Street Cats y apreciamos su dedicación y su amor a los gatos e incluso, de hecho, adoptamos a *Nala*. Por favor, visitad su página web www.streetcatstulsa.org para obtener más información. Si estáis interesados en rescates caritativos de mascotas, os aseguramos que es una excelente elección.

P. C. y Kristin

Me gustaría darle las gracias desde aquí a mis estudiantes de bachiller que 1) me suplicaron aparecer en la serie y luego se echaron atrás, 2) me proporcionaron constantemente ideas cómicas y 3) me dejaron en paz de vez en cuando para que pudiera escribir.

Y ahora, marchaos a hacer los deberes. ¡Por cierto!, toca examen.

Señorita Cast



—Chica nueva. Mira —advirtió Shaunee mientras se deslizaba en el banco corrido de nuestra mesa en el comedor (traducción: en la cafetería de la escuela).

—Trágico, gemela. Simplemente trágico —respondió Erin con una voz que parecía por completo el eco de la de Shaunee.

Erin y Shaunee tenían una especie de lazo psíquico que las hacía insólitamente similares, razón por la cual las llamábamos las «gemelas», a pesar de que Shaunee tenía la piel del típico color café con leche de una americana de origen jamaicano, nacida en Connecticut, y Erin era una chica blanca de ojos azules y cabello rubio de Oklahoma.

—Por suerte es la compañera de habitación de Sarah Freebird —asintió Damien, haciendo un gesto hacia la chica menudita de cabello negro como el carbón, aspecto de novata y carita de perdida que deambulaba por el comedor. Con su penetrante mirada experta en moda, Damien revisó el atuendo de ambas chicas desde los zapatos hasta los pendientes, y todo con un simple vistazo—. Es evidente que tiene mejor gusto para la moda que su compañera, a pesar del estrés de ser marcada y cambiar de colegio. Quizá pueda ayudar a Sarah con su desafortunada propensión a llevar zapatos horribles.

—Damien —lo reprendió Shaunee—, otra vez estás sacándome de mis...

—... casillas con tu tontería de vocabulario interminable —terminó la frase Erin por ella.

Damien se sorbió la nariz ofendido y con aires de superioridad, con el gesto más gay que hubiera esbozado nunca. Y eso que, sin lugar a dudas, siempre ha sido gay.

—Si no tuvieras un vocabulario tan pésimo, no necesitarías llevar encima un diccionario para estar a mi altura.

Las gemelas fruncieron el ceño sin dejar de mirarlo y suspiraron profundamente, preparándose para el nuevo asalto que, por suerte, interrumpió mi compañera de dormitorio. Con su marcado acento gangoso de Oklahoma, Stevie Rae soltó dos definiciones como si se tratara de un chivatazo en clase de lengua:

—Propensión: preferencia natural y a menudo intensa. Pésimo: absolutamente terrible. Ya está. ¿Podéis dejar de discutir y ser amables? Es casi la hora de la visita de los padres, y no deberíamos comportarnos como retrasados mentales cuando están a punto de aparecer.

—¡Ah, mierda! —exclamé yo—. Se me había olvidado por completo lo de la visita de los padres.

Damien gruñó y dejó caer la cabeza sobre la mesa, dándose un cabezazo no muy

suave y diciendo:

—A mí también se me había olvidado.

Las cuatro lo miramos con simpatía. A los padres de Damien les parecía bien que él hubiera sido marcado, que se hubiera mudado a la Casa de la Noche y que hubiera iniciado un cambio que o bien lo convertiría en un vampiro, o bien lo mataría cuando su cuerpo rechazara la transformación. Pero lo que no les parecía bien era que fuera gay.

Al menos había algo de él que les parecía bien. En cambio mi madre y su actual marido, el perdedor de mi padrastro John Heffer, lo odiaban absolutamente todo de mí.

—Mis viejos no vienen. Vinieron el mes pasado. Este mes están muy ocupados.

—Gemela, con eso se demuestra una vez más lo gemelas que somos —dijo Erin—. Mis viejos me mandaron un *e-mail*. Ellos tampoco vienen «por culpa de un crucero que han decidido hacer por el día de Acción de Gracias a Alaska con mi tía Alane y mi tío Lloyd *el Mentiroso*». O algo así —explicó Erin, encogiéndose de hombros con la misma aparente indiferencia que demostraba Shaunee por la ausencia de sus padres.

—¡Eh, Damien!, quizá tu mamá y tu papá tampoco aparezcan —se apresuró a sugerir Stevie Rae con una sonrisa.

Damien suspiró.

—Vendrán. Este mes es mi cumpleaños. Me traerán regalos.

—Eso no suena tan mal —dije yo—. Necesitas un cuaderno de bocetos, ¿no?

—No me regalarán un cuaderno de bocetos. —Volvió a suspirar él—. El año pasado les pedí un caballete, y me regalaron un equipo para ir de campamento y una suscripción al *Sports Illustrated*.

—¡Puaj! —exclamaron Shaunee y Erin al mismo tiempo, mientras Stevie Rae y yo arrugábamos la nariz y emitíamos sonidos guturales en señal de condolencia.

Ansioso por cambiar de tema de conversación, Damien se giró hacia mí.

—Esta va a ser la primera visita de tus padres. ¿Cómo crees que será?

—Igual que una pesadilla —contesté yo con un suspiro—. Una completa, total y absoluta pesadilla.

—¡Zoey! Se me ha ocurrido venir a presentarte a mi nueva compañera de habitación. Diana, esta es Zoey Redbird, la líder de las Hijas Oscuras.

Feliz de poder evitar el horrible problema de mis padres, alcé la vista y sonreí al oír la voz nerviosa e indecisa de Sarah.

—¡Uau, así que es cierto! —soltó la chica nueva antes de que yo pudiera siquiera decir «hola». Como era ya costumbre en la escuela, me miró la marca de la frente y se puso como un tomate—. Quiero decir... eh... lo siento. No pretendía ofenderte ni nada de eso... —se explicó, dejando que su voz se fuera apagando mientras buscaba

dónde meterse.

—No importa. Sí, es cierto. Mi marca está completamente coloreada y con añadidos —dije, sin dejar de sonreír para tratar de hacerla sentirse mejor, aunque odiaba con todas mis fuerzas ser la principal atracción del espectáculo de *frikis*. Otra vez.

Por suerte, Stevie Rae nos interrumpió antes de que la mirada fija de Diana y mi silencio se hicieran aún más incómodos.

—Sí, ese elegante tatuaje en espiral de la cara y de los hombros, que parece de encaje, le salió cuando salvó a su ex novio de unos gilipollas de fantasmas de vampiros que daban terror —comentó Stevie Rae alegremente.

—Eso me ha contado Sarah —contestó Diana dubitativa—, pero suena tan increíble que... bueno, pensé...

—No te lo creíste, ¿no? —preguntó Damien, terminando la frase por ella.

—Justo. Lo siento —repitió Diana, jugueteando nerviosamente con las uñas de los dedos.

—Eh, tranquila —dije yo, esbozando una sonrisa auténticamente sincera—, a veces a mí también me cuesta creerlo, y eso que estaba allí.

—Sí, soltando gritos a diestro y siniestro —añadió Stevie Rae.

Entonces yo la miré con esa expresión que venía a decir «no me estás ayudando mucho», pero ella no hizo ni caso. Sí, puede que algún día yo me convierta en su alta sacerdotisa, pero no por eso voy a ser dueña de mis amigos.

—Bueno, la verdad es que al principio este sitio resulta bastante raro, pero luego la cosa mejora —le dije a la chica nueva.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa cálida y agradecida.

—Bien, será mejor que nos vayamos para que pueda enseñarle a Diana dónde se va a dar su quinta clase —dijo Sarah, que inmediatamente me hizo sentir muy incómoda al ponerse toda seria y formal y saludarme con el gesto tradicional de los vampiros para mostrar respeto, cerrando el puño y llevándoselo al corazón al tiempo que inclinaba la cabeza.

Finalmente se marchó.

—Detesto que la gente haga eso —musité, bajando la vista y picoteando de mi plato de ensalada.

—Pues a mí me gusta —dijo Stevie Rae.

—Mereces que te demuestren respeto —añadió Damien con su estilo redicho—. Eres la única estudiante de tercero que ha logrado ser nombrada líder de las Hijas Oscuras, y la primera iniciada y vampiro de toda la historia que ha demostrado tener afinidad con los cinco elementos.

—Tienes que hacerte a la idea, Z —dijo Shaunee mientras masticaba la lechuga y me señalaba con el tenedor.

—Eres especial —añadió Erin que, como siempre, terminaba la frase de su gemela.

En la Casa de la Noche, estudiante de tercero era el que cursaba el primer año, estudiante de cuarto el que cursaba el segundo, etc, etc. Y sí, yo era la única estudiante de tercero que había sido nombrada líder de las Hijas Oscuras. ¡Qué suerte la mía!

—Y hablando de las Hijas Oscuras —dijo Shaunee—, ¿has decidido ya cuáles van a ser los nuevos requisitos para hacerse miembro?

Reprimí la necesidad de gritar «¡Dios, todavía no, ni siquiera me creo aún que esté a cargo de esa cosa!» y, en su lugar, en un momento que esperaba que fuera de lucidez mental, sacudí la cabeza con sencillez y decidí trasladar a ellos parte del peso que recaía sobre mis hombros.

—No, aún no sé cuáles deberían ser los nuevos requisitos. En realidad, esperaba que vosotros me ayudarais en eso, chicos. ¿Alguna idea?

Tal y como sospechaba, los cuatro se quedaron mudos. Yo abrí la boca para darles las gracias por su silencio, pero entonces oímos la voz autoritaria de nuestra alta sacerdotisa por los micrófonos de la escuela. Por un segundo me alegré de la interrupción, hasta que me di cuenta de lo que estaba diciendo. Entonces se me encogió el estómago.

—Estudiantes y profesores, por favor, acudid al vestíbulo. Ha llegado la hora de la visita de los padres.

¡Vaya, hay que fastidiarse!

—¡Stevie Rae! ¡Stevie Rae! ¡Ohdiosmío, cuánto te he echado de menos!

—¡Mamá! —gritó Stevie Rae, lanzándose a los brazos de una mujer idéntica a ella, solo que con veinte kilos y veintitantos años más.

Nada más entrar en el vestíbulo, Damien y yo nos quedamos de pie, tímidamente pegados a la pared. El vestíbulo comenzaba a llenarse de padres humanos con aspecto de sentirse incómodos, y también había unas cuantas hermanas humanas, un puñado de estudiantes novatos y bastantes de nuestros profesores vampiros.

—Bueno, allí están mis padres —dijo Damien con un suspiro—. Será mejor que acabe con esto cuanto antes. Hasta luego.

—Hasta luego —musité yo, observándolo acercarse a dos personas perfectamente normales y corrientes que sostenían un regalo envuelto.

Su madre le dio un abrazo rápido y su padre le estrechó la mano con exagerada masculinidad. Damien parecía pálido y nervioso.

Yo me acerqué a la larga mesa vestida con mantel de lino que ocupaba toda una pared. Estaba repleta de queso caro y fuentes de carne, postres, café, té y vino. Llevaba ya un mes en la Casa de la Noche, pero todavía me sorprendía que enseguida

sirvieran siempre vino. En parte, una de las razones por las que lo hacen es muy sencilla: la escuela sigue el modelo de las Casas de la Noche europeas. Según parece, en Europa tomar vino en las comidas es como aquí comer con té o con Coca-Cola: vamos, lo natural. La otra razón es genética: los vampiros no se emborrachan. Como mucho, los novatos pueden marearse un poco. Pero eso es con el alcohol. La sangre, por desgracia, es otra historia. Así que, literalmente hablando, aquí el vino es algo habitual, aunque resultaría interesante comprobar cómo iban a reaccionar al verlo unos padres normales y corrientes de Oklahoma.

—¡Mamá!, tienes que conocer a mi compañera de habitación. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Esta es Zoey Redbird. Zoey, esta es mi mamá.

—Hola, señora Johnson. Me alegro de conocerla —dijo educadamente.

—¡Ah, Zoey! ¡Yo también me alegro mucho de conocerte! ¡Ah, Dios!, tu marca es exactamente tal y como me contó Stevie Rae —dijo la señora Johnson que, para mi sorpresa, me abrazó y añadió en susurros—: Me alegro mucho de que estés cuidando de mi Stevie Rae, estoy preocupada por ella.

Yo la estreché con fuerza y susurré:

—Tranquila, señora Johnson. Stevie Rae es mi mejor amiga.

Sabía que no era en absoluto realista, pero de pronto deseé que mi madre me abrazara y se preocupara por mí exactamente igual que la señora Johnson lo hacía por su hija.

—Mamá, ¿me has traído galletas de chocolate? —preguntó Stevie Rae.

—Sí mi niña, te las he traído, pero acabo de darme cuenta de que me las he dejado en el coche —respondió la madre de Stevie Rae con un acento gangoso idéntico al de su hija—. ¿Por qué no vienes fuera conmigo y me ayudas a traerlas? Esta vez he hecho unas cuantas de más para tus amigos —añadió, mirándome con una sonrisa—. Tú también puedes venir con nosotras si quieres, Zoey.

—¡Zoey!

Súbitamente oí mi nombre por segunda vez, pronunciado como si fuera el gélido eco de la amable y cariñosa voz de la señora Johnson. Miré por encima del hombro y vi a mi madre y a John, entrando en el vestíbulo. Se me cayó el alma a los pies. Se lo había traído. ¿Por qué diablos no había venido ella sola de modo que, aunque solo fuera por una vez, pudiéramos estar simplemente ella y yo? Pero conocía perfectamente la respuesta a esa pregunta: él jamás se lo permitiría. Y el hecho de que él no se lo permitiera significaba que ella nunca lo haría. Y punto. Fin del tema. Mi madre no había tenido que volver a preocuparse por el dinero desde el momento en que se había casado con John Heffer; vivía en una mansión en una tranquila y elegante zona residencial de las afueras. Se había presentado como voluntaria para trabajar en la PTA, la organización nacional de padres y profesores, y se mostraba muy activa en la iglesia. Pero durante los últimos tres años de matrimonio «perfecto»

mi madre se había perdido a sí misma absoluta e irremisiblemente.

—Lo siento, señora Johnson, pero acabo de ver a mis padres, así que será mejor que me marche.

—¡Pero, cariño!, me encantaría conocer a tus padres.

Toda sonriente, la señora Johnson se giró en dirección a ellos para presentarse como si estuviéramos en una fiesta de un instituto normal y corriente.

Stevie Rae me miró. Y yo la miré a ella. «*Lo siento*», articulé muda en su dirección. Quiero decir que no estaba completamente segura de que fuera a suceder algo terrible, pero con el perdedor de mi padrastro acercándose como si fuera un general cargadito de testosterona, liderando la marcha hacia la muerte, me figuré que teníamos bastantes probabilidades de que se produjera una escena de pesadilla.

Pero entonces, de repente, se me salió el corazón del pecho y todo me pareció maravilloso cuando la persona a la que más quiero en este mundo se adelantó a John y abrió los brazos en mi dirección.

—¡Abuelita!

Ella me arropó en sus brazos, y la dulce fragancia a lavanda que siempre la acompañaba como si llevara consigo un pedazo de su preciosa granja de lavanda fuera adonde fuera, me envolvió.

—¡Oh, Zoeybird! —exclamó, abrazándome con fuerza—. Te he echado de menos, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa*.

Sonreí a pesar de las lágrimas, adorando el sonido de aquella palabra en cheroqui, «hija», tan familiar. Porque significaba seguridad, amor y aceptación incondicional: cosas que no había sentido en mi propia casa durante los últimos tres años, cosas que solo había encontrado en casa de mi abuela hasta el momento de ingresar en la Casa de la Noche.

—Yo también te he echado de menos, abuelita. ¡Me alegro tanto de que hayas venido!

—Usted debe ser la abuelita de Zoey —dijo la señora Johnson cuando por fin nos soltamos la una a la otra—. Estoy muy contenta de conocerla, tiene usted una chica preciosa.

La abuelita sonrió y abrió la boca para responder, pero John las interrumpió con su típico tono de voz desbordante de superioridad.

—Bueno, en realidad es a nuestra chica a quien acaba de alabar.

Por fin, como si aquella fuera una escena de la película *Las mujeres perfectas* y finalmente le hubieran dado la señal de entrar, mi madre metió baza:

—Sí, nosotros somos los padres de Zoey. Soy Linda Heffer. Este es mi marido, John, y esta es mi madre, Sylvia Red.

Entonces, en medio de aquella presentación formal, mi madre se molestó por fin en mirarme y de repente su voz quedó interrumpida a mitad de palabra al

atragantarse.

Yo me esforcé por sonreír, pero estaba toda colorada y tensa, y me costaba trabajo. Era como si mi cara fuera de escayola y la hubiera tenido todo el día al sol, de modo que podía romperse en mil pedazos si no me andaba con cuidado.

—Hola, *mami*.

—¡Por el amor de Dios!, ¿qué te has hecho ahora en esa marca?

Mi madre había entonado la palabra «marca» igual que si hubiera dicho «cáncer» o «pedofilia».

—Le salvó la vida a un joven y descubrió el don divino de la afinidad con los elementos. A cambio, Nyx le ha concedido varias marcas poco frecuentes en un iniciado —explicó Neferet con su voz suave y musical, introduciéndose en medio de nuestro extraño grupo y alargando la mano directamente hacia el perdedor de mi padrastro.

Neferet era lo que la mayoría de los vampiros: una persona despampanante, perfecta. Era alta, con el cabello largo y ondulado de un castaño otoñal oscuro y brillante, y ojos almendrados de un color verde musgo poco frecuente. Se movía con una gracia y una seguridad muy poco humanas sin lugar a dudas, y su piel era tan espectacular que parecía como si alguien hubiera encendido la luz en su interior. Ese día llevaba un lustroso traje de chaqueta de seda azul marino y unos pendientes en forma de espiral que simbolizaban el camino de la Diosa. Pero eso, por supuesto, la mayoría de los padres no lo sabían. Llevaba la silueta de la Diosa con los brazos alzados bordada con hilo de plata sobre el pecho izquierdo exactamente igual que el resto de profesores. Su sonrisa era deslumbrante.

—Señor Heffer, soy Neferet, alta sacerdotisa de la Casa de la Noche, aunque puede que le resulte más sencillo pensar en mí como en la directora de un instituto normal y corriente. Le agradezco que haya venido en la noche de visita de los padres.

Mi padrastro le estrechó la mano de forma automática. Estoy segura de que la habría rechazado de no haberlo pillado por sorpresa. Luego ella se volvió rápidamente hacia mi madre.

—Señora Heffer, es un placer conocer a la madre de Zoey. Estamos encantados de que se haya unido a la Casa de la Noche.

—Bueno, eh... gracias —dijo mi madre que, evidentemente, se había quedado por completo desarmada ante la belleza y el encanto de Neferet.

Cuando por fin Neferet saludó a mi abuela, su sonrisa se amplió y su conversación se hizo algo más que simplemente cortés. Enseguida noté que se estrechaban la mano al estilo del saludo tradicional de los vampiros, agarrándose del antebrazo la una a la otra.

—Sylvia Redbird, siempre es un placer volver a verte.

—Neferet, mi corazón también se alegra de verte y te doy las gracias por hacer

honor a tu promesa y cuidar de mi nieta.

—Cumplir esa promesa no es ninguna carga, Zoey es una chica realmente especial —contestó Neferet, sonriendo cálidamente y dirigiéndome también a mí una mirada. Luego se giró hacia Stevie Rae y su madre y añadió—: Y esta es la compañera de habitación de Zoey, Stevie Rae Johnson, y su madre. He oído decir que son prácticamente inseparables, y que incluso el gato de Zoey se ha encariñado con Stevie Rae.

—Sí, es cierto. De hecho anoche se sentó en mi regazo para ver la televisión —comentó Stevie Rae medio riendo—. Y eso que a *Nala* no le gusta nadie excepto Zoey.

—¿Gato? No recuerdo que nadie le haya dado permiso a Zoey para tener un gato —dijo John, produciéndome arcadas instantáneamente.

¡Como si alguien se hubiera molestado en llamarme por teléfono para hablar conmigo durante todo el mes, a excepción de la abuela!

—Creo que ha habido un malentendido, señor Heffer. Aquí, en la Casa de la Noche, los gatos viven en libertad. Son ellos los que eligen a sus dueños, no al revés. Zoey no necesitaba ningún permiso de nadie cuando *Nala* decidió escogerla —explicó Neferet con naturalidad.

John soltó un bufido, pero por suerte nadie le hizo caso. ¡Mira que es gilipollas!

—¿Me permiten que les ofrezca algo de beber? —preguntó entonces Neferet, haciendo un elegante gesto hacia la mesa.

—¡Mecachis! Eso me recuerda que me he dejado las galletas en el coche. Stevie Rae y yo íbamos a salir a recogerlas. Ha sido un placer conocerlos a todos.

La madre de Stevie Rae me dio un abrazo rápido y saludó con la mano a los demás, y luego ella y su hija escaparon de allí, dejándome sola. Ojalá hubiera podido estar en cualquier otro sitio.

Me quedé junto a mi abuela, entrelazando los dedos con los de ella mientras nos acercábamos a la mesa del bufé. Pensaba en lo fácil que habría sido todo si hubiera venido a verme ella sola. Entonces lancé una mirada furtiva a mi madre. En su rostro parecía haberse dibujado permanentemente un gesto de mal humor. Miraba a su alrededor hacia el resto de estudiantes, pero apenas me dirigía la vista a mí. ¿Por qué daba siempre la sensación de que ella se preocupaba de hecho por mí, como si de verdad pudiera echarme de menos, y sin embargo luego demostraba a las claras que no era así?

—¿Vino, Sylvia?, ¿señor y señora Heffer? —ofreció Neferet.

—Sí, gracias. Tinto —contestó la abuela.

Los labios apretados de John pusieron de relieve su desaprobación.

—No, nosotros no bebemos.

Hice un esfuerzo sobrehumano por no girar los ojos en sus órbitas. ¿Desde

cuándo no bebían? Apostaría los últimos cincuenta dólares de mi cuenta a que había un *pack* de seis latas de cerveza en la nevera de casa en ese preciso momento. Y mi madre solía beber vino tinto exactamente igual que la abuela. Incluso la pillé lanzándole una rápida miradita teñida de envidia mientras la abuela daba un sorbo del oloroso vino que Neferet le había servido. Pero no, ellos no bebían. En público, claro. ¡Hipócritas!

—Entonces, ¿dices que le han salido marcas nuevas porque ha hecho algo especial? —preguntó la abuela, apretándome la mano—. Me contó que había sido nombrada líder de las Hijas Oscuras, pero no me dijo exactamente qué había ocurrido.

Volví a ponerme nerviosa. No me apetecía en absoluto enfrentarme a la escena que se produciría si mi madre y John descubrían lo que había pasado realmente: que la ex líder de las Hijas Oscuras había trazado un círculo durante la noche de Halloween (conocida en la Casa de la Noche como la noche de Samhain, la noche en la que el velo entre nuestro mundo y el de los espíritus es más delgado), para conjurar a los espíritus de vampiros tenebrosos y, finalmente, perder el control justo cuando mi ex novio humano, Heath, venía tambaleándose a buscarme. Y mucho menos quería que nadie mencionara jamás lo que solo un par de personas sabían: que Heath me estaba buscando porque yo había probado su sangre y él estaba desarrollando rápidamente una conexión conmigo, algo que les ocurre con facilidad a los humanos cuando se relacionan con vampiros incluso aunque solo sean iniciados. Así que entonces la líder de las Hijas Oscuras, Aphrodite, había perdido por completo el control sobre los fantasmas, que parecían dispuestos a comerse a Heath. Literalmente. O peor aún: parecían a punto de soltarnos también una dentellada al resto de nosotros, incluyendo al increíblemente sexi Erik Night, el chico vampiro que definitivamente os puedo asegurar que no es mi ex novio y con quien he estado saliendo más o menos durante este mes hasta convertirse en mi casi novio. Bueno, el caso es que tenía que hacer algo, así que con la ayuda de Stevie Rae, Damien y las gemelas entré en el círculo y extraje el poder de los cinco elementos: viento, fuego, agua, tierra y espíritu. Y utilizando mi afinidad con esos elementos conseguí devolver a los fantasmas a donde quiera que vivan (o que no vivan, no sé). Y en cuanto se fueron, me salieron los nuevos tatuajes: una colección de espirales de color azul zafiro que parecen de encaje y que enmarcan mi rostro (y que nadie ha oído nunca que haya tenido un simple iniciado), que se continúan, intercalados con otros símbolos en forma de runas, por los hombros (cosa que ningún iniciado ni vampiro ha tenido jamás). Entonces todo el mundo se dio cuenta de la clase de gilipollas de líder que era Aphrodite, y Neferet tuvo que echarla y ponerme a mí en su lugar. Y a consecuencia de eso, ahora me entreno para ser una alta sacerdotisa de Nyx, la diosa vampira, que es la Noche personificada.

Y nada de todo eso puede parecerles bien ni a mi madre, ni al ultrarreligioso y estrecho de miras John.

—Bueno, tuvimos un pequeño accidente, pero Zoey tomó una decisión rápida y valiente, y se aseguró de que nadie saliera herido, y al mismo tiempo conectó con una afinidad especial que se le ha concedido para extraer de ella la energía de los cinco elementos —explicó Neferet con una sonrisa orgullosa. Una ola de felicidad me embargó ante su aprobación—. El tatuaje es simplemente un signo externo del favor que le concede la Diosa.

—Lo que está usted diciendo es una blasfemia —dijo John con una voz tensa que sonó al mismo tiempo condescendiente y airada—. Está usted poniendo en peligro su alma mortal.

Neferet dirigió su mirada verde musgo hacia él. No estaba enfadada. En realidad, parecía más bien divertida.

—Usted debe ser un patriarca de las gentes de fe.

—Es cierto, sí, lo soy —respondió él, hinchando el pecho.

—Entonces lo mejor será que lleguemos cuanto antes a un entendimiento, señor Heffer. Jamás se me ocurriría entrar en su casa o en su iglesia para poner en entredicho sus creencias, aunque estoy profundamente en desacuerdo con ellas. Tampoco espero que rinda usted culto a la misma Diosa que yo. De hecho, nunca pretendería convencerlo de nada por fuerte que sea mi compromiso. Así que lo único que le pido es que me muestre la misma cortesía que le he demostrado yo. Cuando esté en mi casa, respete usted mis creencias.

Los ojos de John se habían convertido en dos simples rendijas. Podía ver su mandíbula tensándose más y más.

—Su forma de vida es pecaminosa y errónea —afirmó él con rotundidad.

—Eso lo dice un hombre que venera a un Dios que envilece el placer, relega a la mujer al papel de poco más que sirvienta y paridora, a pesar de ser la columna vertebral de su Iglesia, y busca por todos los medios el control de sus feligreses a través de la culpa y el miedo. —Neferet soltó una risa sutil, pero su rostro no expresaba ningún humor y la advertencia implícita en sus palabras me puso la carne de gallina—. Tenga cuidado a la hora de juzgar a los demás; puede que deba limpiar primero su propia casa.

John se estaba poniendo colorado. Inspiró con fuerza y abrió la boca, sin duda para soltar un horroroso sermón acerca de lo correctas que eran sus creencias y lo erróneas que eran las de los demás, pero, antes de que pudiera responder, Neferet lo interrumpió. No levantó la voz, pero de pronto emanaba de ella todo el poder de una alta sacerdotisa y yo me eché a temblar, a pesar de que su ira no iba dirigida contra mí.

—Tiene usted dos opciones. Puede venir a visitar la Casa de la Noche como

invitado, lo que significa que respetará nuestras tradiciones y se guardará sus juicios y su desagrado para sí, o puede marcharse para no volver. Nunca más. Decídase ya.

Las dos últimas palabras me llegaron de tal modo al alma, que tuve que esforzarme para no echarme a temblar. Noté entonces que mi madre se había quedado mirando a Neferet con los ojos vidriosos y abiertos como platos: tenía la cara más blanca que la leche. John, en cambio, estaba completamente colorado. Tenía los ojos casi cerrados y las mejillas encendidas de un rojo muy poco atractivo.

—¡Linda, vámonos! —dijo él entre dientes. Entonces me miró con tal antipatía y odio, que literalmente di un paso atrás. Quiero decir que yo ya sabía que no le gustaba, pero hasta ese momento no me di cuenta de hasta qué punto—. Este sitio es exactamente el lugar que te mereces. Tu madre y yo no vamos a volver. ¡Te quedas aquí sola!

Él se dio la vuelta y echó a caminar hacia la puerta. Mi madre vaciló, y por un segundo creí que iba a decirme algo agradable como, por ejemplo, que sentía mucho lo que él había dicho, que me echaba de menos o que no me preocupara, que ella volvería dijera él lo que dijera.

—Zoey, no puedo creer el lío en el que te has metido esta vez —dijo mi madre en cambio.

Luego sacudió la cabeza y, como siempre, siguió a John y abandonó el vestíbulo.

—¡Oh, cariño, lo siento! —exclamó la abuela, abrazándome al instante y susurrándome—: Volveré, pequeño pajarito, te lo prometo. ¡Estoy tan orgullosa de ti! —dijo, sujetándome por los hombros y sonriendo con los ojos llenos de lágrimas—. Y nuestros ancestros cheroquis también están orgullosos de ti, lo intuyo. Has sido elegida por la Diosa, y cuentas con la lealtad de buenos amigos. Y con profesores inteligentes —añadió, alzando la vista hacia Neferet—. Quizás algún día puedas perdonar a tu madre, pero hasta entonces recuerda que eres mi hijita del corazón, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa* —afirmó, dándome un beso—. Yo también tengo que marcharme. He venido hasta aquí en tu coche, pero quiero dejártelo para ti, así que tengo que volver con ellos. Pero recuerda siempre que te quiero, Zoeybird —terminó la abuela, tendiéndome las llaves de mi antiguo Escarabajo.

—Yo también te quiero, abuelita.

Le devolví el beso y la abracé con fuerza, inhalando profundamente su esencia como si pudiera retenerla en los pulmones y exhalarla poco a poco durante el resto del mes, mientras la echaba de menos.

—Adiós, cariño. Llámame en cuanto puedas.

Mi abuela volvió a besarme y se marchó.

Yo la observé sin darme cuenta de que estaba llorando hasta que sentí las lágrimas resbalar por mi rostro hasta el cuello. En realidad incluso me olvidé de Neferet, que seguía de pie a mi lado, de modo que me sobresalté un poco cuando ella me tendió un

pañuelo.

—Siento mucho lo ocurrido, Zoey —dijo Neferet en voz baja.

—Yo no —contesté yo, sonándome la nariz y limpiándome la cara antes de girarme hacia ella—. Gracias por hacerle frente.

—No pretendía alejar también a tu madre.

—No has sido tú. Ella ha elegido seguirlo a él. Lleva tres años haciéndolo —dije, notando que más lágrimas ardientes inundaban mis ojos y apresurándome a seguir hablando para tratar de retenerlas—. Antes ella era diferente. Es una tontería, ya lo sé, pero seguía esperando que volviera a ser la de antes. Pero eso no va a ocurrir jamás. Es como si él hubiera matado a mi madre y hubiera metido a una extraña en su cuerpo.

Neferet puso un brazo alrededor de mis hombros y dijo:

—Me gusta lo que ha dicho tu abuela, que quizás algún día consigas perdonar a tu madre.

Yo me quedé mirando la puerta por la que habían desaparecido los tres y contesté:

—Ese día aún está muy lejos.

Neferet me apretó los hombros, tratando de consolarme.

Yo alcé la vista hacia ella, feliz de que estuviera conmigo, y deseé una vez más, como lo había deseado miles de veces, que ella fuera mi madre. Entonces recordé lo que me había dicho hacía casi un mes: que su madre había muerto cuando ella era muy pequeña, y que su padre había abusado de ella física y psíquicamente hasta que fue marcada.

—¿Perdonaste tú alguna vez a tu padre? —me atreví a preguntar, vacilante.

Neferet bajó la vista hacia mí y parpadeó varias veces como si regresara de un lugar muy lejano, entre los recuerdos.

—No, nunca lo perdóné, pero ahora, cuando pienso en él, es como si recordara la vida de otra persona. Las cosas que me hizo se las hizo a una niña humana, no a una alta sacerdotisa o a una vampira. Y para una alta sacerdotisa y una vampira, él es un ser absolutamente indiferente igual que casi todo el resto de los humanos.

El juicio había sonado confiado y duro, pero al observar las profundidades de sus preciosos ojos verdes vi un atisbo de algo pasado, doloroso y sin duda no olvidado, y me pregunté hasta qué punto Neferet era sincera consigo misma.



Me sentí inmensamente aliviada cuando Neferet me dijo que no había ninguna razón para que me quedara en el vestíbulo. Tras aquella escena con mi familia sentía como si todo el mundo me observara. Después de todo, yo era la chica de la marca *friki* y, desde ese momento, también la chica de la familia de pesadilla. Así que salí del vestíbulo por el camino más rápido: por el precioso y pequeño patio al que dan las ventanas del comedor.

Era poco más de medianoche, lo cual, es cierto, es una hora muy extraña para la visita de los padres, pero las clases comienzan a las ocho de la tarde y terminan a las tres de la madrugada. Visto de un modo superficial, parecería más lógico recibir a los padres a las ocho de la tarde o incluso una hora antes de que comiencen las clases, pero Neferet me había explicado que la idea era ayudar a los padres a aceptar el cambio de sus hijos y hacerles comprender que los días y las noches serían diferentes para ellos ya para siempre. Yo, por mi parte, decidí que otra ventaja más de fijar una hora tan intempestiva para la visita era que así se les proporcionaba a los padres una excusa para no venir sin tener que decirles a sus hijos algo así como: «Eh, ahora que te has convertido en un monstruo chupasangre, no queremos volver a tener nada que ver contigo».

Lástima que mis padres no se hubieran agarrado a esa excusa.

Suspiré y caminé más despacio, tomándome mi tiempo para seguir uno de los largos senderos que atraviesan el patio. Hacía frío, era claramente una noche del mes de noviembre. La luna estaba casi llena, y su brillante luz plateada contrastaba admirablemente con el suave reflejo amarillo de las farolas de gas del patio. Podía oír el agua de la fuente situada en medio del jardín, así que automáticamente cambié de dirección y me dirigí allí. Quizá el sereno gorgoteo del agua me ayudara a reducir el nivel de estrés y a olvidar.

Giré lentamente en la curva que llevaba a la fuente, medio soñando con mi casi novio Erik, el súper atractivo. Él no estaba en la escuela, se había marchado al certamen anual de monólogos de Shakespeare. Naturalmente, para presentarse a la competición internacional de la Casa de la Noche primero había tenido que quedar finalista en nuestra escuela. Era jueves y él se había marchado el lunes anterior, pero lo echaba de menos como una loca y apenas podía esperar al domingo, cuando se suponía que volvería. Posiblemente Erik era el chico más sexi de la escuela. ¡Dios!, Erik Night era posiblemente el chico más sexi de todas las escuelas del mundo. Era alto, moreno y guapo, como una estrella de cine de los viejos tiempos, pero sin ninguna tendencia homosexual latente. Y tenía un increíble talento. Sin duda, en muy

poco tiempo se sumaría al grupo de estrellas de cine vampiros de Matthew McConaughey, James Franco, Jake Gyllenhaal y Hugh Jackman, que es guapísimo para ser tan mayor. Además Erik era realmente un chico muy majo, lo cual le añadía aún más atractivo.

Así que admito que estaba tan ocupada con mis visiones de Erik como Tristán y de mí como Isolda, con la diferencia de que nuestra historia de amor tendría un final feliz, que no me di cuenta de que había más gente en el patio hasta que oí una voz masculina que me sorprendió por lo despectiva y desagradable que sonaba.

—¡No eres más que una decepción detrás de otra, Aphrodite!

Yo me quedé helada. ¿Aphrodite?

—Bastante desastre es que fueras marcada y que, en consecuencia, no pudieras ir al Chatham Hall, sobre todo después de todas las molestias que me tomé para asegurarte allí una plaza —dijo una mujer con voz fría y un tanto chillona.

—Ya lo sé, mamá, te dije que lo sentía.

Bien, era el momento de marcharme. Hubiera debido de darme la vuelta y salir a toda prisa del patio sin hacer ruido. Aphrodite era probablemente la persona a la que más detestaba de toda la escuela. De hecho, era probablemente la persona a la que más detestaba del mundo; pero escuchar a escondidas lo que sin duda era una horrible escena con sus padres estaba muy, pero que muy mal.

Así que salí de puntillas del sendero, buscando un lugar en el que esconderme o aparentar ser un arbusto ornamental y, al mismo tiempo, ver bien la escena. Aphrodite estaba sentada en un banco de piedra junto a la fuente. Sus padres estaban de pie, frente a ella. Bueno, su madre estaba de pie. Su padre caminaba nerviosamente de un lado para otro.

¡Dios!, los padres de Aphrodite tenían una pinta genial. El padre era alto y guapo; el tipo de tío que se mantiene en forma, conserva todo el pelo y luce una dentadura magnífica. Iba vestido con un traje oscuro que tenía aspecto de costar varios miles de dólares. Además me resultaba extrañamente familiar; estaba segura de que lo había visto en la televisión o en alguna otra parte. La madre era una completa preciosidad. Quiero decir que es cierto que Aphrodite es rubia y tiene una imagen perfecta, pero su madre era una versión idéntica de ella solo más mayor, mejor vestida y con ropa más cara. Llevaba un jersey que claramente era de cachemira y un largo collar de perlas de verdad. Y cada vez que hacía un gesto con la mano, el enorme diamante con forma de pera de su anillo lanzaba un destello tan brillante y bello como su voz.

—¿Has olvidado que tu padre es el alcalde de Tulsa? —soltó la madre de Aphrodite con crueldad.

—No, no, por supuesto que no, mamá.

Pero su madre no parecía escucharla.

—Bastante nos costó inventarnos una excusa decente para explicar el hecho de

que estuvieras aquí en lugar de en la costa este, preparándote para ingresar en Harvard; nos consolábamos pensando que los vampiros suelen ganar mucho dinero y alcanzar mucho poder y éxito. Esperábamos que al menos fueras excepcional en este... —la madre de Aphrodite hizo una pausa y esbozó un gesto de desagrado antes de continuar—... en este lugar tan poco normal. Pero ahora resulta que ya no eres la líder de las Hijas Oscuras y que has sido expulsada de tu entrenamiento como alta sacerdotisa, lo cual te hace exactamente igual que el resto de la gentuza de este horrible colegio. —La madre de Aphrodite vaciló un momento, como si necesitara calmarse para poder seguir hablando. Tuve que aguzar el oído para oír sus susurros cuando añadió—: Tu comportamiento es inaceptable.

—Como siempre, has vuelto a defraudarnos —repitió su padre.

—Eso ya lo has dicho, papá —dijo Aphrodite con su típica voz de gilipollas de siempre.

Como si se tratara de la rápida lengua de una serpiente, la madre de Aphrodite alargó la mano y abofeteó en la cara a su hija tan fuerte que el ruido del golpe me sobresaltó. Hice una mueca sin querer. Esperaba que Aphrodite se levantara del banco y se tirara a matar al cuello de su madre: no en vano la llamábamos la bruja del infierno. Pero no fue así. Sencillamente, Aphrodite se llevó la mano a la mejilla y bajó la cabeza.

—No llores. Te lo he dicho muchas veces: las lágrimas son una muestra de debilidad. Haz al menos algo bien y no llores —soltó la madre.

Lentamente, Aphrodite alzó la cabeza y retiró la mano de la cara.

—No pretendía decepcionarte, madre. De verdad que lo lamento.

—Decir que lo lamentas no arregla nada —continuó la madre—. Lo que queremos es saber qué vas a hacer para recuperar tu puesto.

Yo contuve el aliento, escondida entre las sombras.

—No... no puedo hacer nada —dijo Aphrodite, cuya voz sonó de pronto inconsolable y casi infantil—. Lo eché todo a perder, Neferet me pilló. Me arrebató a las Hijas Oscuras y puso a otra persona en mi lugar. Creo que incluso está pensando en enviarme a otra Casa de la Noche.

—¡Eso ya lo sabemos! —exclamó la madre, elevando la voz y pronunciando cada palabra muy despacio y en un tono helado—. Hemos ido a hablar con Neferet antes de venir a verte. Iba a trasladarte a otra escuela, pero nosotros hemos intercedido por ti. Te quedarás aquí. Incluso tratamos de razonar con ella para que te devolviera tu puesto después de un período de castigo.

—¡Oh, madre, no!

Aphrodite parecía horrorizada, y yo la comprendía. Me imaginaba la impresión que aquellos gélidos y pretenciosos padres, con aspecto de ser perfectos, debían haber causado en nuestra alta sacerdotisa. Si Aphrodite había tenido en algún momento la

más mínima posibilidad de recuperar el favor de Neferet, sus espeluznantes padres probablemente se la habían echado a perder.

—¡Por supuesto que sí! ¿Es que acaso esperabas que nos quedáramos tranquilamente sentados mientras tú destrozas tu futuro, convirtiéndote en una vampira cualquiera en una anodina Casa de la Noche extranjera?

—Mientras tú destrozas tu vida más de lo que lo has hecho ya —añadió el padre, rectificando las palabras de la madre.

—Pero es que no se trata de que me haya castigado —dijo Aphrodite que, obviamente, trataba de controlar su propia frustración mientras razonaba con sus padres—. Lo lié todo bien liado. Y por si eso fuera poco, ha llegado una chica nueva cuyos poderes son más fuertes que los míos. Neferet no va a devolverme a las Hijas Oscuras aunque se le pase el enfado conmigo —continuó Aphrodite que, acto seguido, dijo una cosa que me dejó completamente perpleja—: Además, esa otra chica es mucho mejor líder que yo; me di cuenta en la noche de Samhain. Merece ser la jefa de las Hijas Oscuras. Yo no.

¡Dios! ¿Acaso se había congelado el infierno?

La madre de Aphrodite dio un paso hacia su hija y yo retrocedí, convencida de que iba a soltarle otra torta. Pero no la pegó. Se inclinó de modo que sus rostros quedaran a la misma altura y miró a su hija a los ojos. Desde donde yo estaba los rostros de ambas parecían tan idénticos, que casi daba miedo.

—No vuelvas a decir nunca más que alguien merece algo más que tú. Eres mi hija, y siempre merecerás lo mejor.

Entonces la madre se enderezó y se pasó una mano por los cabellos, a pesar de que ni uno solo de sus pelos se habría atrevido jamás a apartarse un milímetro de su sitio.

—Nosotros no hemos podido convencer a Neferet de que te devuelva tu puesto, así que tendrás que convencerla tú.

—Pero madre, ya te he dicho que... —comenzó a decir Aphrodite, antes de que su padre la interrumpiera.

—Si apartas a esa chica nueva de tu camino, sin duda Neferet te devolverá tu puesto.

¡Vaya mierda! La «chica nueva» era yo, claro.

—Desacredítala. Oblígala a cometer errores y asegúrate de que otra persona que no seas tú se los cuenta todos a Neferet. Es el mejor modo —afirmó la madre hablando con toda naturalidad, como si estuviera ordenándole qué ropa ponerse al día siguiente en lugar de montando un complot contra mí.

¡Joder, y nos quejábamos de la bruja del infierno!

—¡Y cuidado con lo que haces! Tu comportamiento tiene que estar más allá de toda posible duda. Quizá debieras mostrarte más comunicativa acerca de tus visiones

al menos durante un tiempo —añadió el padre.

—¡Pero si lleváis años diciéndome que trate siempre de guardarme mis visiones para mí porque son mi fuente de poder!

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Un mes antes, Damien me había contado que muchos de los chicos de la escuela pensaban que Aphrodite trataba de ocultarle algunas de sus visiones a Neferet, pero todos creían que lo hacía porque detestaba a los humanos. Lo cierto era que las visiones de Aphrodite eran siempre acerca de alguna futura tragedia en la que moría algún humano. Cuando Aphrodite compartía la visión con Neferet, la alta sacerdotisa casi siempre era capaz de evitar el drama y salvar vidas. El hecho de que Aphrodite se guardara a propósito sus visiones para sí era una de las razones por las que yo había decidido que tenía que ocupar su puesto como líder de las Hijas Oscuras. Yo no estoy sedienta de poder. En realidad, ni siquiera quería el puesto. ¡Dios, pero si no tenía ni idea de qué hacer con él! Simplemente sabía que Aphrodite era una bruja y que tenía que hacer algo para detenerla. ¡Y de repente me enteraba de que algunas de las cosas horribles que había estado haciendo las había hecho simplemente porque se dejaba mangonear por sus odiosos padres! Su padre y su madre pensaban de verdad que era correcto guardar silencio acerca de una información que podía salvar vidas. ¡Y su padre era el alcalde de Tulsa! No era de extrañar que su rostro me resultara familiar. Era todo tan increíble que hasta comenzaba a dolerme la cabeza.

—¡Tus visiones no son la fuente de tu poder! —exclamó el padre—. ¿Es que nunca escuchas? Te dije que podías utilizar esas visiones para obtener poder porque la información es siempre una fuente de poder. El origen y la fuente de tus visiones es el cambio que está ocurriendo en tu cuerpo, y esa es la fuente de tu poder. Es genético, eso es todo.

—Pero se supone que es un don de la Diosa —dijo Aphrodite en voz baja.

La risa de la madre sonó helada.

—¡No seas estúpida! Si de verdad existiera alguna Diosa, ¿por qué iba a darte poderes a ti? No eres más que una ridícula chiquilla propensa a cometer errores, como demuestra esta última escapadita tuya una vez más. Así que sé inteligente por una vez, Aphrodite: utiliza tus visiones para reconquistar el favor de Neferet. Pero muéstrate más humilde la próxima vez. Tienes que hacerle creer que lamentas de verdad lo ocurrido.

Apenas pude oír el susurro de Aphrodite:

—Y lo lamento de verdad.

—Esperamos que el mes que viene nos des mejores noticias.

—Sí, madre.

—Bien, ahora llévanos al vestíbulo para que podamos reunimos con los demás.

—Por favor, ¿podría quedarme aquí un momento? No me encuentro del todo

bien.

—En absoluto. ¿Qué diría la gente? —contestó la madre—. Péinate y llévanos al vestíbulo. Y compórtate como debes. ¡Ahora!

Aphrodite se levantó lentamente del banco. Mi corazón echó a galopar tan deprisa, que temí que me delatara. Me apresuré entonces a recorrer el sendero hasta llegar a la bifurcación y, una vez allí, tomé el camino de salida del patio casi corriendo.

De camino al dormitorio estuve pensando en lo que había oído. Creía que mis padres eran horribles, pero comparados con los odiosos, poderosos y monstruosos padres de Aphrodite, tenía que reconocer que, en el fondo, eran como los papas de la serie televisiva *La tribu de los Brady* (yo siempre veo las series que reponen en el canal de pago Nickelodeon). Por mucho que me costara admitirlo, lo que había visto esa noche me había hecho comprender por qué Aphrodite se comportaba como lo hacía. Quiero decir que, ¿cómo habría sido yo de no haber tenido a mi abuela Redbird para quererme, apoyarme y ayudarme a crecer durante los últimos tres años? Y había otra cosa, además. Hasta hacía muy poco tiempo mi madre había sido una madre normal. Por supuesto que estaba estresada y saturada de trabajo, pero había sido una madre para mí durante los primeros trece años de mi corta vida de casi diecisiete. Había cambiado solo después de casarse con John. Así que había tenido una buena madre y una fantástica abuela, pero ¿y si no las hubiera tenido?, ¿y si todo lo que hubiera vivido hubiera sido como en los últimos tres años, en los que me había sentido como una intrusa no deseada dentro de mi propia casa?

Quizá entonces hubiera salido como Aphrodite, que seguía permitiendo que sus padres controlaran su vida con la desesperada esperanza de llegar a ser suficiente para ellos algún día, de que se sintieran orgullosos de ella y, de esa forma, llegaran a amarla.

Sí, lo que oí aquella noche me hizo ver a Aphrodite con ojos completamente nuevos, pero eso no me hizo precisamente feliz.



—Sí, Zoey, comprendo todo lo que dices y eso, pero ¡Dios! Una de las cosas que oíste es que Aphrodite va a tenderte una trampa para que te quiten el puesto de líder de las Hijas Oscuras, así que no lo lamente tanto por ella —dijo Stevie Rae.

—Sí, ya lo sé. Lo sé, y no es que ahora la quiera con locura, pero... Solo digo que después de haber oído la conversación con sus padres, comprendo por qué ella es como es.

Íbamos de camino a la primera clase del día. Bueno, en realidad Stevie Rae y yo prácticamente corríamos. Como siempre, estábamos a punto de llegar tarde. Sabía que no debía haberme comido ese segundo tazón de Conde Chócula.

Stevie Rae giró los ojos en sus órbitas.

—Y luego dices que yo soy demasiado buena.

—No es que sea buena, simplemente soy comprensiva. Pero ser comprensiva no cambia el hecho de que Aphrodite se comporte como una guarra bruja del infierno.

Stevie Rae emitió un gruñido y sacudió la cabeza, balanceando los rizos de un lado a otro como si fuera una niña pequeña. Su cabello corto resultaba extraño en la Casa de la Noche, donde todo el mundo, incluidos los chicos, tenían un pelo ridículamente largo y espeso. Ciertamente, yo siempre había llevado el pelo largo, pero aún así me chocó cuando llegué y me vi bombardeada por una melena detrás de otra. Pero ahora lo comprendo. En parte, el cambio físico que se produce cuando te conviertes en vampiro consiste en que tus uñas y tu pelo crecen a una velocidad anormalmente rápida. Con un poco de práctica, le puede incluso adivinar a qué curso pertenece un iniciado sin mirarle la pechera de la chaqueta. Los vampiros tienen un aspecto diferente de los humanos. No peor, simplemente diferente. Así que es lógico que el cuerpo de un iniciado que ha atravesado más etapas del cambio también tenga un Aspecto diferente.

—Zoey, no me estás escuchando.

—¿Cómo?

—Digo que no bajes la guardia con Aphrodite. Sí, tiene unos padres de pesadilla que la controlan y la manipulan. Bien, lo que sea. Pero aún así, es malévola y vengativa. Ten cuidado con ella.

—Eh, tranquila. Tendré cuidado.

—Bien, vale. Te veo a tercera hora.

—Hasta luego —grité mientras nos separábamos.

¡Dios!, Stevie Rae siempre se estaba preocupando.

Corrí a entrar en clase y a sentarme en mi pupitre junto a Damien, y nada más

hacerlo él alzó una ceja y dijo:

—¿Otra vez has desayunado un segundo tazón?

Entonces sonó el timbre y Neferet entró en clase.

Bueno, ya sé que es un poco raro (o quizá la palabra correcta sea sospechoso) el que una mujer se dedique a observar continuamente lo preciosa que es otra, pero Neferet es tan increíblemente guapa, que parece como si tuviera la capacidad de atraer toda la luz de una habitación nada más entrar. Ese día llevaba un sencillo vestido negro y unas botas negras de morirse. Llevaba también los pendientes de plata en forma de espiral, simbolizando el camino de la Diosa, y como siempre, el bordado de plata con el dibujo de la Diosa sobre el pecho. En realidad no parecía exactamente la Diosa Nyx, a la que juro que yo misma vi en una visión el día que fui marcada, pero sí tenía su aura, su fuerza y su confianza en sí misma. Tengo que admitirlo: deseaba ser Neferet.

Aquel día no fue como los demás. En lugar de hablar durante la mayor parte de la hora, como era habitual (cosa que, por increíble que parezca, jamás resultaba aburrido), Neferet nos mandó escribir un ensayo sobre Gorgona, a la que llevábamos toda la semana estudiando. Habíamos aprendido que Gorgona no era el monstruo que convierte en piedra a los hombres con una simple mirada: en realidad había sido una alta sacerdotisa, una famosa vampira a la que la Diosa le había concedido una afinidad o conexión especial con la tierra. De ahí, probablemente, procedía el conocido mito de que convertía a los hombres en piedra. Estoy convencida de que si una alta sacerdotisa se cabrea lo bastante y tiene una conexión mágica con la tierra (y dado que las piedras proceden, de hecho, de la tierra), puede fácilmente convertir a cualquiera en granito. Así que el trabajo de ese día consistía en escribir un ensayo sobre el simbolismo y el mito humanos, y sobre el sentido profundo de la historia de Gorgona, oculto tras la ficción.

Pero yo estaba demasiado nerviosa para escribir. Además, tenía todo el fin de semana para terminar el ensayo. Y me preocupaba mucho más el tema de las Hijas Oscuras. El domingo habría luna llena. Todos esperaban que yo dirigiera el ritual de las Hijas Oscuras. Y enseguida me di cuenta de que todo el mundo esperaba también que anunciara los cambios que había planeado hacer. Ah, y necesitaba que alguien me diera alguna pista acerca de esos cambios. Por sorprendente que parezca, tenía una idea. Pero necesitaba ayuda.

Damien me lanzaba miraditas curiosas, pero yo no le hice caso y recogí rápidamente el cuaderno para dirigirme a la mesa de Neferet.

—¿Algún problema, Zoey?

—No. Bueno, sí. En realidad, si me dejaras ir al centro multimedia durante el resto de la hora, seguro que lo resolvería.

Entonces me di cuenta de lo nerviosa que estaba. Llevaba solo un mes en la Casa

de la Noche, y aún no conocía las razones que podían justificar la ausencia de un alumno de clase. Quiero decir que solo dos chicos se habían puesto enfermos en todo ese mes. Y habían muerto. Los dos. Sus cuerpos habían rechazado el cambio. Una de las muertes había ocurrido justo delante de mí, en clase de *lite*. Había sido horrible. Pero, aparte de alguna muerte que otra, los estudiantes raramente faltaban a clase. Neferet me estaba observando, y entonces recordé lo intuitiva que era y pensé que probablemente estaría oyendo el ridículo monólogo de mi cabeza. Suspiré.

—Es por el asunto de las Hijas Oscuras. Me gustaría trabajar sobre algunas ideas nuevas.

Neferet pareció complacida.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Seguramente sí, pero primero tengo que investigar un poco y aclarar mis ideas.

—Muy bien, ven a verme cuando estés preparada. Puedes pasar todo el tiempo que quieras en el centro multimedia —dijo Neferet.

—¿Necesito algún tipo de carné? —pregunté yo, vacilando.

Ella sonrió.

—Soy tu mentora y te he dado permiso, ¿qué más podrías necesitar?

—Gracias —contesté yo, sintiéndome como una tonta.

Me apresuré a salir de clase. El día en el que llevara el suficiente tiempo en la escuela como para conocer todas las reglas y entresijos sería feliz. Aunque, de todas maneras, no sé por qué me preocupaba tanto. Los pasillos estaban desiertos. A diferencia de mi antiguo instituto (el South Intermediate de Broken Arrow, que es un aburrido barrio residencial a las afueras de Tulsa, Oklahoma), en la Casa de la Noche no había ningún bedel excesivamente moreno con complejo de Napoleón que no tuviera nada que hacer excepto pasearse por los pasillos, acosando a los alumnos. Así que aminoré el paso y me ordené a mí misma relajarme. ¡Dios, sí que había estado estresada últimamente!

La biblioteca estaba en la parte frontal del área central del edificio de la escuela, y era una sala con varios niveles que imitaba el torreón de un castillo, lo cual encajaba bien con el resto del colegio. Todo el edificio parecía sacado del pasado. Y probablemente esa era una de las razones por las que había llamado la atención de los vampiros cinco años atrás, cuando lo compraron. En aquel entonces era un internado para niños ricos en edad de ir al instituto, pero en su origen había sido construido como monasterio agustino para las gentes de fe. Recuerdo que cuando le pregunté a Neferet cómo habían logrado convencer a sus propietarios para que se lo vendieran nada menos que a los vampiros, ella me había dicho que les habían hecho una oferta que no habían podido rechazar. Aún se me ponía la carne de gallina recordando el amenazador tono de voz de Neferet al responder.

—¡*Mi-aaaa-uu!*

Me asusté tanto, que casi me meé encima.

—¡*Nala*! ¡Casi me cago de miedo!

La gata, tranquilamente, se lanzó a mis brazos, y yo tuve que hacer malabarismos con el cuaderno, el bolso y la pequeña, aunque regordeta, gata de color naranja. Y mientras tanto *Nala* no dejaba de quejarse con su voz de vieja gruñona. *Nala* me adoraba y me había elegido, pero eso no significaba que fuera siempre agradable. La cambié de sitio en mis brazos y abrí la puerta del centro multimedia.

Sí, lo que Neferet le había contado a mi estúpido padrastro perdedor John era cierto. Los gatos merodeaban en libertad por toda la escuela. A menudo seguían a «sus» chicos a clase. A *Nala*, en particular, le gustaba ir a verme varias veces al día. Insistía en que le rascara la cabeza y se quejaba cuando no lo hacía, pero luego se marchaba a hacer lo que quiera que hagan los gatos en su tiempo libre. ¿Montar un complot para dominar el mundo, quizá?

—¿Necesitas ayuda con la gata? —me preguntó la especialista en material multimedia.

Yo la había visto solo una vez durante mi primera semana de estancia en la escuela, la semana de orientación, pero recordaba que se llamaba Safo. (Bueno, no era la verdadera Safo, la poetisa vampira que había muerto hacía ya como unos mil años y cuya obra, precisamente, estábamos estudiando en ese momento en clase de *lite*).

—No, Safo, pero gracias. En realidad a *Nala* no le gusta nadie más que yo.

Safo, una diminuta vampira de pelo moreno cuyos tatuajes, según me había explicado Damien, eran sofisticadas letras del alfabeto griego, sonrió cariñosamente en dirección a *Nala*.

—Los gatos son unas criaturas maravillosas y muy interesantes, ¿no te parece?

Cambié a *Nala* de hombro y ella refunfuñó en mi oído.

—Desde luego no son como los perros.

—¡Gracias a la Diosa, no!

—¿Te importa si utilizo uno de los ordenadores?

El centro multimedia estaba repleto de estanterías y estanterías de libros. Había miles de ellos. Pero también tenía un laboratorio de ordenadores muy moderno y puntero.

—Por supuesto, esta es tu casa. Y no dudes en llamarme si no encuentras lo que buscas.

—Gracias.

Elegí un ordenador que había sobre una mesa grande y bonita, y entré en Internet. Aquello sí que era diferente de mi antiguo instituto. No hacían falta contraseñas ni había instalados programas filtro para restringir las páginas que se podían visitar. En la escuela se esperaba que los iniciados mostrasen un poco de sentido común y se

comportaran como debían. Y si no lo hacían, los vampiros, a los que era imposible engañar, siempre lo descubrían. El mero hecho de pensar en mentirle a Neferet me producía retortijones.

Pero tenía que centrarme y dejar de divagar. Aquello era importante.

Bien, una bonita idea me había estado rondando por la cabeza. Había llegado el momento de descubrir si servía para algo. En la página de búsqueda de Google escribí «*institutos preparatorios privados*». Salieron miles de resultados. Comencé a leer. Buscaba una escuela exclusiva y de clase alta (no una de esas «academias alternativas» que simplemente entrenan a futuros criminales... ¡puaj!). Y quería que se tratara de una escuela antigua, una que llevara en pie varias generaciones. Buscaba algo que hubiera pasado la prueba del tiempo.

Enseguida encontré Chatham Hall, que era la escuela a la que hubiera debido de asistir Aphrodite. Se trataba de un instituto preparatorio exclusivo de la costa este y, ¡Dios, sí que era pretencioso! Salí de la página. Ningún lugar digno de la aprobación de los padres de Aphrodite podía servirme como modelo. Seguí buscando... Exeter, Andover, Taft, Miss Porter's (en serio, *jeje*, se llamaba así), Kent...

—Kent. He oído ese nombre antes —le dije a *Nala*, que se había acurrucado sobre la mesa para poder observarme somnolienta. Entré en la página—. Está en Connecticut, por eso me resulta familiar. Es el colegio al que asistía Shaunee antes de ser marcada.

Busqué por la página: sentía curiosidad por conocer el lugar en el que Shaunee había pasado la primera parte del primer año (nuestro tercero). Era un bonito colegio, eso no se podía negar. Un tanto pretencioso, pero tenía algo que lo hacía más simpático que el resto de colegios preparatorios privados. O quizá solo me lo pareciera porque conocía a Shaunee. Seguí buscando por el sitio, y de repente lo vi.

—¡Esto es! —musité para mí misma—. Es el tipo de material que estaba buscando.

Saqué mi bolígrafo y mi bloc de notas y me entretuve tomando notas. Muchas notas.

De no haber ronroneado *Nala*, habría saltado aterrada de la silla al oír una profunda voz detrás de mí.

—Pareces muy concentrada en eso.

Miré por encima de mi hombro. Y me quedé helada. ¡*Ohdiosmío!*

—Lo siento, no pretendía interrumpirte. Es solo que es tan poco frecuente ver a un estudiante escribiendo de su puño y letra en lugar de dando martillazos a las teclas del ordenador, que pensé que estabas escribiendo poesía. ¿Sabes?, yo prefiero escribir poesía a mano. El ordenador es demasiado impersonal.

Mi mente me ordenaba a gritos que dejara de comportarme como una imbécil,

que contestara, que hablara.

—Eh... no estoy escribiendo poesía.

¡Dios!, esa sí que había sido una frase brillante.

—Ah, bueno, solo quería comprobarlo. Me alegro de haber hablado contigo.

Él sonrió y se giró para marcharse, y justo entonces por fin mi boca consiguió articular algo un poco más interesante:

—Eh... yo también creo que los ordenadores son demasiado impersonales. Jamás he escrito poesía, pero cuando escribo algo que es importante para mí, me gusta hacerlo con esto —dije, alzando el bolígrafo.

—Bueno, quizá debieras probar a escribir poesía. Me da la sensación de que puede que tengas el alma de una poetisa. Por lo general a estas horas suelo venir aquí a charlar un rato con Safo. Soy profesor, pero no doy todo el horario completo porque solo voy a estar aquí durante un curso escolar. No doy más que dos clases, así que me sobra mucho tiempo. Me llamo Loren Blake, vampiro y poeta laureado —dijo, alargando una mano.

Yo lo agarré del antebrazo con el saludo tradicional de los vampiros, tratando de no pensar demasiado en lo caliente que lo tenía, en lo fuerte que parecía y en lo solos que estábamos los dos en el centro multimedia vacío.

—Lo sé —dije, e inmediatamente deseé cortarme el cuello. ¡Qué tontería acababa de decir!—. Lo que quiero decir es que sé quién eres. Eres el primer poeta laureado en doscientos años —añadí, dándome cuenta entonces de que aún estaba agarrándolo del brazo, y soltándolo—. Yo soy Zoey Redbird.

Su sonrisa hizo que mi corazón se balanceara dentro del pecho.

—Yo también sé quién eres tú —dijo él. Sus preciosos ojos, tan oscuros que parecían negros y sin fondo, soltaron una chispa maliciosa—. Eres la primera iniciada con la marca coloreada y extendida, y la única vampira, iniciada o adulta, que haya tenido jamás afinidad con los cinco elementos. Me alegro de conocerte por fin cara a cara. Neferet me ha hablado mucho de ti.

—¿En serio?

Me sentí mortificada al oír lo chillona que sonaba mi voz.

—Por supuesto. Está terriblemente orgullosa de ti —contestó él, asintiendo en dirección a mi silla vacía—. No quiero interrumpir tu trabajo, pero ¿te importa si me siento contigo un rato?

—Sí, claro. De todos modos necesitaba un descanso. Creo que se me ha dormido el culo.

En ese instante deseé que Dios acabara conmigo.

Él se echó a reír.

—Bueno, entonces, ¿quieres quedarte de pie mientras yo me siento?

—No, yo... eh... cambiaré de postura.

Y luego me tiraría por la ventana.

—Bien, y si no es demasiado personal, ¿puedo preguntarte en qué estás trabajando con tanta diligencia?

Bien, tenía que ponerme a pensar y a hablar. Ser normal. Olvidarme de que él era el hombre más arrebatadoramente guapo al que me había acercado en toda mi vida. Era un profesor de la escuela. Simplemente otro profesor. Eso era todo. Sí, claro, solo otro profesor, pero con el aspecto del hombre perfecto con el que soñaba toda mujer. Y me refiero a un hombre. Erik era sexi, guapo y muy molón. Pero Loren Blake era por completo otro universo. Un universo sin límites e increíblemente sexi, al que yo no tenía acceso. ¡Como si él fuera a verme a mí como a algo más que a una chiquilla! ¡Por favor! Yo tenía dieciséis años. Bueno, casi diecisiete. Pero aún así. Él probablemente tendría al menos veintiuno. Sencillamente se mostraba amable. Y casi con toda seguridad lo que quería era echarle un vistazo de cerca a mi extraña marca. Quizá estuviera recopilando datos para una investigación con la que escribiría un poema sobre...

—¿Zoey? Si no quieres contarme en qué estás trabajando, no importa. En serio, no pretendía molestarte.

—¡No, no importa! —dije yo, respirando hondo y calmándome—. Lo siento, supongo que seguía pensando en mi investigación —mentí, esperando que él fuera un vampiro lo suficientemente joven como para no tener el poder de detectar las mentiras del que disponían los profes más mayores. Enseguida solté a toda prisa—: Quiero cambiar las Hijas Oscuras. Creo que necesita un buen cimiento: reglas claras, pautas. No solo para entrar, sino también para cuando ya se está dentro. No debería ser posible comportarse como un gilipollas y seguir siendo una hija oscura o un hijo oscuro.

Hice una pausa y sentí que me ponía colorada y que la cara me ardía. ¿Qué demonios había estado balbuceando? Debía haber sonado como una colegiala imbécil.

Pero en lugar de echarse a reír o, peor aún, decir algo en un tono autoritario y marcharse, él pareció reflexionar sobre lo que yo había dicho.

—¿Y qué se te ha ocurrido?

—Bueno, me gusta el modo en el que dirigen a este grupo de líderes estudiantiles en este colegio privado, Kent. Mira —contesté yo, haciendo *clic* con el ratón en un enlace a la derecha de la página—. El Consejo de Estudiantes y el sistema de prefectos forman parte integrante de la vida del colegio. Los alumnos elegidos como líderes para ocupar el cargo de prefecto, tanto si van a formar parte del Consejo de Estudiantes como si van a realizar otra tarea, se comprometen a mantener un comportamiento modelo y dirigen todos los aspectos de la vida del estudiante en el colegio —expliqué, señalando la pantalla con el bolígrafo—. ¿Lo ves?, hay distintas

prefecturas, y cada año se elige un Consejo nuevo con los votos de los estudiantes y de los profesores, aunque la elección final depende del director de la escuela, que en nuestro caso sería Neferet, y del prefecto senior.

—Que serías tú —dijo él.

Sentí que me ponía colorada. Otra vez.

—Sí. Aquí dice también que todos los años, en el mes de mayo, se nombran posibles candidatos para el Consejo del curso siguiente y que lo celebran con un banquete —dije con una sonrisa, añadiendo más para mí misma que para él—: Me parece un ritual nuevo digno de la aprobación de Nyx.

Mientras lo decía, sentí en lo más profundo de mi interior que era así.

—Me gusta —dijo Loren—. Me parece una gran idea.

—¿En serio?, ¿no lo dices por decir?

—Hay algo que deberías saber acerca de mí. Yo no miento.

Lo miré a los ojos. Parecían no tener fondo. Estaba sentado tan cerca de mí que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Tuve que reprimir un escalofrío ante la repentina oleada de deseo prohibido que provocó en mí.

—Bueno, entonces gracias —dije en voz baja. De pronto me envalentoné y proseguí—: Quiero que las Hijas Oscuras sean algo más que un simple grupo social. Quiero que sirvan de ejemplo, que hagan el bien. Por eso he pensado que cada una de nosotras debería jurar mantener cinco ideales que representen a los cinco elementos.

—¿Sí?, ¿y en qué habías pensado exactamente? —preguntó él, alzando las cejas.

—Las Hijas y los Hijos Oscuros deberían jurar ser auténticos por el aire, fieles por el fuego, sabios por el agua, empáticos por la tierra y sinceros por el espíritu.

Había terminado la explicación sin mirar siquiera mis notas. Me sabía los cinco ideales de memoria. Por eso pude observar sus ojos. Por un momento él no dijo nada. Luego, lentamente, alzó un dedo y trazó con él el perfil de mi marca. Quería echarme a temblar ante aquella caricia, pero no podía moverme.

—Bella, inteligente e inocente —susurró él. Luego, con su increíble voz, recitó—: «La mejor parte de la belleza es aquella que ninguna imagen puede expresar».

—Lamento mucho interrumpiros, pero necesito comprobar los tres libros siguientes de esta serie para la profesora Anastasia.

La voz de Aphrodite rompió el hechizo entre Loren y yo, al tiempo que casi me produjo un ataque al corazón. De hecho, Loren parecía haberse sobresaltado tanto como yo. Bajó la mano de mi frente y se encaminó rápidamente hacia el mostrador. Yo me quedé sentada donde estaba como si fuera la prolongación de la silla, garabateando en el bloc de notas y tratando de parecer ocupada. Pero solo hacía garabatos. Oí que Safo volvía y ocupaba el lugar de Loren, disponiéndose a comprobar los libros para Aphrodite. Luego lo oí a él marcharse y, casi como si no pudiera evitarlo, me giré para mirarlo. Él salió por la puerta sin prestarme la más

mínima atención.

Pero Aphrodite sí que me miraba directa y abiertamente, con una maliciosa sonrisa en los labios perfectos.

¡Hay que fastidiarse!



Quería contarle a Stevie Rae lo que me había pasado con Loren y también que Aphrodite nos había interrumpido, pero no me apetecía hacerlo delante de Damien y las gemelas. No porque ellos no fueran también mis amigos, sino porque no había tenido tiempo aún de reflexionar sobre lo ocurrido y la idea de verlos a todos hablando a gritos me ponía los pelos de punta. Sobre todo porque las gemelas habían cambiado su horario para poder asistir a la clase optativa de Loren de poesía, y las dos habían admitido abiertamente que se pasaban toda la hora mirándolo embelesadas. Se volverían locas cuando se lo contara. Y además, ¿qué había ocurrido en realidad? Quiero decir que simplemente el chico me había tocado la cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Stevie Rae.

Los cuatro habían estado muy atentos a la ensalada de Erin, discutiendo acerca de si la extraña cosa alargada que había en su plato era un pelo o una de esas ralladuras alargadas de apio, pero nada más hacer Stevie Rae la pregunta todos volcaron su atención sobre mí.

—Nada, solo estoy pensando en el Ritual de la Luna Llena del domingo.

Miré a mis amigos. Me observaban completamente convencidos de que se me había ocurrido algo, de que no iba a hacer el ridículo. Ojalá tuviera yo esa confianza en mí misma.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?, ¿te has decidido ya? —preguntó Damien.

—Eso creo. De hecho, ¿qué os parece, chicos, la idea de...?

Me lancé a contarles toda la idea del Consejo y del prefecto, y mientras lo hacía me di cuenta de que realmente era un proyecto bastante bueno. Terminé contándoles lo de los cinco ideales y sus respectivos cinco elementos.

Pero nadie dijo nada. Comenzaba a preocuparme cuando Stevie Rae se lanzó sobre mí y me abrazó con fuerza.

—¡Oh, Zoey! ¡Vas a ser una alta sacerdotisa impresionante!

Damien tenía los ojos llenos de lágrimas, y su voz sonó conmovedoramente rota cuando dijo:

—Me siento como si estuviera en la corte de una gran reina.

—O puede que tú también seas una gran reina —dijo Shaunee.

—Su majestad, la reina Damien... *jejeje* —dijo Erin, soltando una risita.

—¡Sois todos unos...! —advirtió Stevie Rae.

—Lo siento —dijeron las gemelas al unísono.

—No he podido resistirme —añadió Shaunee—. Pero, en serio, me encanta la idea.

—Sí, es una idea excelente para mantener a las brujas fuera —dijo Erin.

—Bueno, esa es otra de las cosas de las que quería hablaros, chicos —dije yo, respirando hondo—. Creo que siete es un buen número para el Consejo. Es un número prudente, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, y de esa forma no hay posibilidad de un empate que paralice las decisiones —expliqué. Todos asintieron—. Bien, pues según todo lo que he estado leyendo, y no solo sobre las Hijas Oscuras sino también sobre grupos de líderes estudiantiles en general, los miembros del Consejo pertenecen siempre a la clase de los mayores. En realidad el prefecto senior, que sería yo, es un estudiante del último curso, no del primero que, en nuestro caso, es la clase de tercero.

—Me gusta más cómo suena lo de tercero. Lo prefiero. Parecemos mayores —dijo Damien.

—Lo llamemos como lo llamemos, sigue siendo muy raro que seamos del primer curso. Lo cual significa que necesitamos a dos chicos más mayores para el Consejo.

Hubo una pausa, y entonces Damien dijo:

—Yo quiero nominar a Erik Night.

Shaunee giró los ojos en sus órbitas.

—Vale, ¿cuántas veces tenemos que explicártelo? —intervino Erin—. Ese chico no es de tu equipo. Le gustan las tetas y las vaginas, no los penes y los an...

—¡Para! No estoy dispuesta en absoluto a seguir hablando de ese tema. Creo que Erik Night es una buena elección, y no porque yo le guste a él o porque... bueno...

—¿Para contrarrestar chicos y chicas, entonces? —sugirió Stevie Rae.

—Sí, eso es, chicos contra chicas. Creo que él tiene las cualidades que estamos buscando. Tiene talento, cae bien a todo el mundo y es realmente un buen chico.

—Y está de... —añadió Erin.

—... muerte —terminó Shaunee la frase por ella.

—Es verdad, está de muerte, pero no vamos a basar el hecho de merecer ser miembro o no en la apariencia.

Shaunee y Erin fruncieron el ceño, pero no discutieron mi argumento. En realidad no son chicas superficiales: solo son un poco frívolas.

Yo respiré hondo y continué:

—Y creo que el séptimo miembro del Consejo tiene que ser una de las seniors que formaba parte del grupo de Aphrodite. Bueno, si alguna de ellas quiere formar parte del Consejo.

Esa vez no se produjo ningún silencio lleno de admiración. Erin y Shaunee, como siempre, exclamaron al mismo tiempo:

—¡Una de las brujas del infierno!

—¡De ninguna de las jodidas maneras!

Mientras las gemelas tomaban una bocanada de aire para poder ponerse a gritar

otra vez, Damien habló:

—No veo cómo va a ser esa una buena idea.

Stevie Rae se quedó callada, pero parecía molesta.

Yo alcé la mano, y me complació y sorprendió ver que todos se callaban para escucharme.

—No me hice cargo de las Hijas Oscuras para iniciar una guerra en la escuela. Me hice cargo porque Aphrodite era una imbécil y alguien tenía que detenerla. Y ahora que estoy al mando, quiero que las Hijas Oscuras sea un grupo al que los chicos se sientan honrados de pertenecer. Y no me refiero solo a un grupo selecto de coleguitas, como cuando Aphrodite era líder. Tiene que costar trabajo entrar en las Hijas y los Hijos Oscuros, y tiene que ser un grupo escogido. Pero no porque tengan oportunidad de entrar solo los amigos del líder. Quiero que todo el mundo se sienta orgulloso de las Hijas y los Hijos Oscuros, y creo que permitiendo que entre en el Consejo una de las chicas del antiguo grupo el mensaje quedará bien claro.

—O quizá estés dejando entrar a una víbora —dijo Damien en voz baja.

—Corrígeme si me equivoco, Damien, pero ¿no son las serpientes aliadas íntimas de Nyx? —pregunté yo, y enseguida me lancé a hablar a toda prisa, siguiendo una intuición que surgía en mí—. ¿No se han ganado las serpientes su mala reputación porque históricamente han sido siempre símbolos del poder femenino, y porque los hombres querían arrebatarles ese poder a las mujeres, haciendo de ellas algo desagradable y aterrador?

—Sí, tienes razón —concedió Damien reacio—, pero eso no significa que sea buena idea dejar que una de la banda de Aphrodite entre en el Consejo.

—¿Lo ves? A eso me refería. No quiero que sea simplemente nuestro Consejo. Quiero que se convierta en una tradición en la escuela, algo que siga funcionando cuando nosotros no estemos.

—Entonces lo que quieres decir es que si alguno de nosotros no consigue superar el cambio, al fundar este nuevo grupo de Hijas Oscuras será como si sobreviviera de algún modo —dijo Stevie Rae, captando la atención de todos los demás.

—Eso es exactamente lo que quiero decir... aunque creo que no me había dado cuenta hasta este momento —me apresuré yo a decir.

—Bueno, esa parte me gusta, aunque no tengo ninguna intención de ahogarme en mis propios pulmones sanguinolentos —dijo Erin.

—Por supuesto que no te ahogará, gemela. Es una forma demasiado poco atractiva de morir.

—Yo ni siquiera quiero pensar en el hecho de no sobrevivir al cambio —dijo Damien—. Pero si... si me ocurriera algo horrible, me gustaría que quedara algo mío aquí, en la escuela.

—¿Podemos hacer placas? —preguntó Stevie Rae que, de pronto, estaba más

pálida de lo normal.

—¿Placas? —pregunté yo, que no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Sí, creo que deberíamos hacer una placa o algo para que quede constancia de los nombres de los... los... ¿cómo los has llamado?

—Prefectos —indicó Damien.

—Eso, prefectos. La placa, o lo que sea, podría llevar los nombres de los prefectos del Consejo de cada año, y quedaría expuesta para siempre.

—¡Sí! —afirmó Shaunee, entusiasmada ante la idea—. Pero no basta con una placa. Necesitamos algo más guay, no una simple placa vieja.

—Algo que sea único... como nosotros —sugirió Erin.

—La huella de la mano —intervino Damien.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—Las huellas de nuestras manos son únicas. ¿Y si hacemos moldes de cemento de cada una de nuestras manos, y luego firmamos debajo? —sugirió Damien.

—¡Como las estrellas de Hollywood! —exclamó Stevie Rae.

Bueno, la idea resultaba un poco empalagosa, lo cual significaba que no podía evitar que me gustara. Era como nosotros: única, molona, y rayando con lo hortera.

—Creo que la idea de la mano es excelente. ¿Y sabéis dónde las vamos a poner? —pregunté yo. Todos me miraron contentos y con los ojos brillantes. Habían olvidado su preocupación por el hecho de que una de las amigas de Aphrodite fuera a unirse al Consejo, y tampoco parecían acordarse de nuestro constante miedo a no superar el cambio—. En el patio, es el lugar perfecto.

Entonces sonó la campana para avisar de que teníamos que volver a clase. Le pedí a Stevie Rae que le dijera a nuestro profesor de español, el señor Garmy, que llegaría tarde porque había tenido que ir a ver a Neferet. Tenía muchas ganas de contarle mis nuevas ideas. Y tampoco tardaría mucho, por otra parte: le contaría solo las líneas generales para ver si le gustaba el rumbo que había tomado. Quizá... quizá incluso le pidiera que viniera al Ritual de la Luna Llena del domingo para que estuviera allí cuando anunciara que habría un nuevo proceso de selección para ser miembro de las Hijas e Hijos Oscuros. Estaba pensando en lo nerviosa que me pondría si Neferet asistía para observarme trazar el círculo y dirigir mi propio ritual, y repitiéndome a mí misma con dureza que tenía que calmarme y que lo mejor para las Hijas Oscuras era que Neferet estuviera allí para demostrar así a todo el mundo su apoyo a mis nuevas ideas cuando...

—¡Pero eso es lo que vi!

Era la voz de Aphrodite, que se oía por la rendija de la puerta entreabierta del aula donde daba clase Neferet. Aquello me detuvo en seco, paralizando incluso mis pensamientos. La voz de Aphrodite sonaba horrorizada: parecía muy disgustada y quizá incluso un poco asustada.

—Si eso es todo lo que puedes ver, entonces quizá sea mejor que dejes de contarle lo que ves a los demás —contestó Neferet con una voz helada, dura y aterradora.

—¡Pero Neferet, tú me lo preguntaste! ¡Yo solo te he dicho lo que he visto!

¿De qué estaba hablando Aphrodite? ¡Dios!, ¿acaso había corrido a contarle a Neferet que Loren me había tocado la cara? Miré a mi alrededor en el pasillo desierto. Debería haberme marchado de allí, pero de ninguna forma estaba dispuesta a hacerlo si esa bruja estaba hablando de mí, a pesar de que Neferet parecía no creerla. Así que en lugar de marcharme como una chica lista, me acerqué sigilosa y rápidamente al hueco en sombras tras la puerta entreabierta y me escondí. Y entonces, pensando a toda máquina, se me ocurrió quitarme un pendiente de aro de plata y tirarlo al rincón. Entro y salgo muchas veces de la clase de Neferet, y no resultaría nada extraño que estuviera buscando mi pendiente por allí.

—¿Sabes qué quiero que hagas? —preguntó Neferet con una voz tan enfurecida y de la que emanaba tanto poder, que pude sentir sus palabras reptando por mi piel—. Quiero que aprendas a no hablar de cosas que son cuestionables.

La última palabra la había pronunciado alargándola. Yo seguí preguntándome si Aphrodite estaba cotilleando acerca de Loren y de mí.

—Solo... solo quería que lo supieras —se disculpó Aphrodite, comenzando a llorar mientras se le atragantaban las palabras entre llanto y llanto—. Pensé que tú podrías hacer algo.

—Quizá sea más inteligente pensar que como te has comportado como una egoísta en el pasado, Nyx te ha retirado tu poder y ya no gozas de su favor, y por eso ahora lo que ves son imágenes falsas.

Yo no había percibido nunca tanta crueldad en la voz de Neferet. Ni siquiera parecía ella, y me asustaba de un modo que ni siquiera podía definir. El día en que había sido marcada había sufrido un accidente antes de llegar a la Casa de la Noche. Estando inconsciente, había tenido una experiencia extracorporal durante la cual había conocido a Nyx. La Diosa me había dicho que tenía planes especiales para mí, y luego me había besado en la frente. Al despertar, mi marca estaba coloreada. Tenía una poderosa conexión con los elementos, aunque de eso no me di cuenta hasta mucho más tarde, y también tenía a veces extrañas intuiciones que me decían que tenía que hacer o decir ciertas cosas (y que en ocasiones me decían muy claramente que mantuviera la boca cerrada). Y en ese momento mi intuición me decía que la ira de Neferet no era correcta aunque fuera la respuesta al malicioso cotilleo de Aphrodite acerca de mí.

—¡Por favor, Neferet, no digas eso! —lloró Aphrodite—. ¡Por favor, no me digas que Nyx me ha rechazado!

—Yo no tengo por qué decirte nada. Mira tú en tu interior. ¿Qué te dice tu alma?

De haber dicho Neferet aquellas palabras con amabilidad, habrían sonado simplemente como el consejo de una profesora o de una sabia alta sacerdotisa a una persona con problemas: mira en tu interior, busca, y hallarás la solución. Pero la voz de Neferet era dura, despreciativa y cruel.

—Me... me dice que... que he... he cometido errores, pero no que la Diosa me odia.

Aphrodite lloraba tanto, que cada vez me costaba más comprender lo que decía.

—Entonces deberías mirar con más atención.

Los llantos de Aphrodite eran desgarradores. No podía seguir escuchando. Dejé el pendiente y seguí mi intuición, que me decía que me marchara de allí.



Durante el resto de la clase de español me dolió el estómago tanto, que hasta estuve pensando en cómo preguntarle al profe Garmy «¿Puedo ir a baño?»*[1]. Me quedé en el servicio tanto tiempo, que Stevie Rae fue a preguntarme si me pasaba algo.

Sabía que ella estaba muy preocupada por mí. Quiero decir que si un iniciado comienza a sentirse mal, eso suele significar que se está muriendo. Y sin duda yo tenía un aspecto horrible. Le dije a Stevie Rae que me estaba bajando la regla y que los retortijones me estaban matando, aunque no literalmente. Pero ella no se quedó muy convencida.

Me alegré increíblemente de ir a la última clase de la semana, la clase de equitación. No solo porque la adoraba, sino también porque siempre me serenaba. Se puede decir que esta semana me he graduado de hecho en el galope con *Perséfone*, la yegua que Lenobia (y no la llamo profesora Lenobia porque ella nos dijo que el nombre de pila de la reina vampira antigua era ya título suficiente) me había asignado en mi primera semana de clase. También he estado practicando el cambio de riendas. Trabajé con la preciosa yegua hasta que las dos acabamos sudando y me sentí un poco mejor del estómago, y luego me tomé mi tiempo aseándola y peinándola, sin importarme que la campana hubiera sonado y que las clases hubieran terminado media hora antes de salir yo del establo. Entonces fui al imaculadamente ordenado y limpio almacén, donde se guardan los cepillos, y me sorprendió ver allí a Lenobia, sentada en una banqueta delante de la puerta. Estaba encerando una silla de montar inglesa perfectamente reluciente.

Lenobia era despampanante incluso para ser vampiro. Tenía un increíble pelo que le llegaba a la cintura y tan rubio, que parecía casi blanco. Sus ojos eran de un extraño color gris, como un cielo tormentoso. Era menudita y se movía como una primera bailarina. En su tatuaje se dibujaba una intrincada serie de nudos azul zafiro, entrelazados alrededor del rostro, y entre ellos surgían y se erguían caballos.

—Los caballos pueden ayudarnos a resolver nuestros problemas —comentó Lenobia sin apartar los ojos de la silla.

Yo no supe muy bien qué contestar. Me gustaba Lenobia. Sí, cierto, al principio me había asustado: era una profesora severa y sarcástica, pero con el tiempo, al conocerla mejor (y una vez que había comprendido que los caballos no eran simplemente perros grandes), había llegado a apreciar su sabiduría y su actitud seria. En realidad, después de Neferet, ella era mi profesora favorita, aunque ella y yo jamás habíamos hablado de otra cosa que no fueran caballos. Así que, un tanto dubitativa, contesté por fin:

—*Perséfone* siempre consigue serenarme incluso aunque no esté en absoluto tranquila. ¿Tiene eso algún sentido?

Entonces ella alzó la cabeza hacia mí con sus ojos grises turbios de preocupación y dijo:

—Tiene mucho sentido. —Luego hizo una pausa y añadió—: Te has encontrado con muchas responsabilidades nuevas en un espacio muy corto de tiempo, Zoey.

—No me importa —aseguré yo—. Quiero decir que ser la líder de las Hijas Oscuras es un honor.

—A menudo las cosas que suponen para nosotros un mayor honor nos proporcionan también los problemas más grandes —dijo ella que, acto seguido, hizo una pausa, tratando de decidir si debía continuar hablando o no. Entonces enderezó la espalda otro poco más, pues siempre iba muy recta, y continuó—: Neferet es tu mentora, y es perfectamente normal que acudas a ella a contarle tus cosas, pero a veces es difícil hablar con una alta sacerdotisa. Quiero que sepas que puedes venir a hablar conmigo... sobre lo que quieras.

Yo parpadeé, gratamente sorprendida y respondí:

—Gracias, Lenobia.

—Ya guardaré yo eso. Corre, vete. Seguro que tus amigos se estarán preguntando qué te ha pasado —dijo Lenobia, sonriendo y alargando una mano para coger los cepillos—. Puedes venir a los establos a ver a *Perséfone* cuando quieras. A menudo cepillar a un caballo te hace ver el mundo de un modo más sencillo de alguna manera.

—Gracias —volví a decir yo.

Juro que mientras me iba del establo la oí decir en voz baja algo así como «Quiera Nyx bendecirte y cuidarte». Pero era demasiado raro. Por supuesto, también era raro que me hubiera dicho que podía ir a hablar con ella. Los iniciados crean siempre un vínculo muy estrecho con sus mentores, y yo tenía una mentora excepcional con la alta sacerdotisa de la escuela. Claro que nos gustan los demás vampiros adultos, pero si un chico tiene problemas que no es capaz de resolver solo se los cuenta a su mentor. Siempre.

El camino de los establos al dormitorio no es largo, pero yo me tomé mi tiempo, tratando de prolongar la sensación de paz que me había proporcionado el trato con *Perséfone*. Me alejé un poco del sendero y me desvié hacia los viejos árboles que recorren el grueso muro que rodea los terrenos de la escuela por el lado este. Eran casi las cuatro en punto (de la madrugada, por supuesto) y la inmensa luna asentada en el cielo iluminaba admirablemente la profundidad de la noche.

Había olvidado cuánto me gustaba pasear por esa parte del muro de la escuela. De hecho, había estado evitando acercarme allí durante el último mes, desde que había visto o creído ver a los dos fantasmas.

—¡*Mi-aaa-uu!*

—¡Mierda, *Nala*! ¡No me asustes así! —exclamé yo. Mi corazón latía como un loco mientras tomaba a la gata entre mis brazos y la acariciaba. Ella no dejaba de quejarse—. ¡Dios!, podrías haber sido un fantasma.

Nala alzó la vista hacia mí y estornudó encima de mi cara, cosa que yo tomé como su respuesta a mi comentario sobre la posibilidad de que fuera un fantasma.

Vale, la primera «visión» quizá hubiera sido de un fantasma. Yo había salido ahí fuera el día después de la muerte de Elizabeth, el mes anterior. Ella había sido la primera de los dos iniciados cuyas muertes habían sacudido a la escuela. Bueno, hablando con más exactitud, a quien habían sacudido era a mí. Como cualquier iniciado, es decir, cualquiera de nosotros podía caer muerto en cualquier momento durante los cuatro años que tardaba en producirse el proceso fisiológico del cambio de humano a vampiro, la escuela esperaba de nosotros que afrontásemos la muerte simplemente como un hecho natural de la vida del iniciado. Se decía una oración o dos por el chico muerto. Se encendía una vela. Lo que fuera. Pero sencillamente se superaba y se continuaba adelante.

A mí eso me seguía pareciendo mal, pero quizá fuera porque yo solo llevaba un mes experimentando el proceso del cambio y aún era más humana que vampiro o incluso que iniciado.

Suspiré y le rasqué a *Nala* las orejas. De cualquier manera, la noche después de la muerte de Elizabeth capté fugazmente algo que creí que era ella. O su fantasma, porque desde luego ella estaba muerta. No fue más que una visión fugaz, y Stevie Rae y yo lo discutimos sin llegar a decidir realmente qué había sido. Lo cierto era que sabíamos muy bien que los fantasmas existen: los que había conjurado Aphrodite un mes antes casi habían matado a mi ex novio humano. Así que bien podía haber visto al recién liberado espíritu de Elizabeth. Por supuesto también puede que hubiera visto a un iniciado, y como era de noche y solo llevaba aquí unos pocos días, y además durante esos días había vivido mierdas increíbles, quizá me lo hubiera imaginado todo.

Me dirigí hacia el muro y torcí a la derecha, deambulando a lo largo en esa dirección que me llevaría cerca del salón de entretenimiento y, finalmente, hacia los dormitorios de las chicas.

—Pero la segunda visión definitivamente no fue producto de mi imaginación, ¿verdad, *Nala*?

La respuesta de la gata fue hundir la cabeza en mi cuello y soltar un maullido como el de un cortacésped. Yo la abracé, contenta de que me hubiera seguido. Solo de pensar en aquel segundo fantasma me asustaba. *Nala* había estado conmigo, igual que lo estaba en ese momento. (Y la similitud de las circunstancias me hizo mirar nerviosamente a mi alrededor y comenzar a andar más rápido). No mucho tiempo después de la muerte de Elizabeth, el segundo iniciado, un chico, se había ahogado en

sus propios pulmones y había escupido sangre por la boca justamente en medio de la clase de *lite*. Sentí un escalofrío recordando lo terrible que había sido, sobre todo a causa de la atracción que yo sentía por su sangre. De un modo u otro, había visto morir a Elliot. Y luego, ese mismo día, *Nala* y yo nos habíamos tropezado con él (casi literalmente) no lejos de donde estábamos las dos en ese momento. Creí que era otro fantasma. Al principio. Luego él había intentado atacarme, y *Nala* (preciosa gatita) se había lanzado sobre él, lo cual lo había obligado a saltar por encima del muro de más de seis metros de alto y desaparecer en la noche, dejándonos a *Nala* y a mí completamente aterradas. Sobre todo cuando vi que mi gata tenía las patas llenas de sangre. Sangre del fantasma. Lo cual no tenía ningún sentido.

Pero esa segunda visión no se la había contado a nadie. Ni a mi mejor amiga y compañera de habitación, Stevie Rae, ni a mi mentora y alta sacerdotisa, Neferet, ni a mi absolutamente encantador nuevo novio, Erik. A nadie. Quería hacerlo. Pero entonces habían ocurrido un montón de cosas con Aphrodite: me había hecho cargo de las Hijas Oscuras, había comenzado a salir con Erik, había estado muy ocupada con los estudios de la escuela, bla, bla, bla. Una cosa había llevado a la otra, y ahí estaba, un mes después, y aún no le había dicho nada a nadie. Pensar en contárselo a alguien a esas alturas me sonaba poco convincente. «*Eh, Stevie Rae/Neferet/Damien/Gemelas/Erik, vi al espectro de Elliot el mes pasado después de morir él. Me asustó mucho, y cuando trató de atacarme, Nala le hizo sangre. Ah, y su sangre olía muy raro. Créeme, se me da bien eso de oler la sangre (sí, es otra de esas cosas raras que me ocurren a mí, porque la mayoría de los iniciados no sienten deseo por la sangre). Se me ha ocurrido mencionároslo*».

Vale, bien. Probablemente me mandarían al equivalente del psiquiatra de los vampiros, pero ¡oh, vaya!, eso no me ayudaría mucho a infundir confianza en las masas como nueva líder de las Hijas Oscuras, ¿verdad? No, no mucho.

Además, cuanto más tiempo pasaba más fácil me resultaba convencerme de que quizá me hubiera imaginado parte del encuentro con Elliot. Puede que no fuera Elliot (o su fantasma o lo que sea). Yo no conocía a todos y cada uno de los iniciados que estudiaban aquí: quizá hubiera en la escuela otro chico recordete con un horroroso pelo rojo muy espeso y la piel excesivamente blanca. Cierto, no he vuelto a ver a ese chico, pero aun así... Y sobre la sangre maloliente... bueno, quizás algunos iniciados tengan una sangre que huelga un poco raro. Como si yo fuera una experta en solo un mes. Además los dos «fantasmas» tenían los ojos rojos y brillantes. Y eso, ¿por qué?

Todo el asunto me estaba produciendo dolor de cabeza.

Hice caso omiso del misterioso y aterrador sentimiento que aquella cadena de pensamientos me estaba produciendo y me aparté resuelta del muro (y del tema de los fantasmas y todo eso), y de pronto vi algo moverse por el rabillo del ojo. Me quedé helada. Era una figura. Un cuerpo. Algún tipo de cuerpo. Había una persona de pie,

bajo el enorme y viejo roble en el que había encontrado a *Nala* un mes antes. Estaba de espaldas a mí, apoyado contra el tronco del árbol con la cabeza gacha.

Bien. Él o ella no me había visto. Yo no quería saber quién o qué era. Lo cierto era que ya tenía suficiente estrés en mi vida. No necesitaba sumar además otro fantasma de ningún tipo. (Y me prometí a mí misma que esta vez iba a contarle a Neferet que había extraños fantasmas sangrantes junto al muro de la escuela. Ella era adulta: ella podía soportar ese estrés). Con el corazón latiendo tan fuerte que juro que hacía el suficiente ruido como para ahogar el ronroneo de *Nala*, comencé a dar marcha atrás lentamente y en silencio, diciéndome a mí misma con firmeza que jamás volvería a deambular por allí sola en medio de la noche. Nunca. ¿Acaso estaba mentalmente inspirada? ¿Por qué no podía aprender de la primera o al menos de la segunda experiencia?

Entonces mi pie fue a posarse por entero sobre un palo seco. ¡*Crac!* Grité. *Nala* emitió un quejido fuerte (la estaba estrujando contra mi pecho sin darme cuenta). La cabeza de la figura bajo el árbol se alzó y se giró hacia mí. Me puse tensa, lista para gritar y salir corriendo ante la malévola mirada de ojos rojos de un fantasma, o bien para gritar y luchar contra el malévolos fantasma de ojos rojos. De un modo u otro sin duda gritaría, así que aspiré fuerte y...

—Zoey, ¿eres tú?

La voz era profunda, sexi, y me resultaba familiar.

—¿Loren?

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Él no hizo ningún movimiento para acercarse a mí, así que sonreí por puro nerviosismo, como si no hubiera estado a punto de cagarme instantes antes, me encogí de hombros como si no pasara nada y me uní a él bajo el árbol.

—Hola —dije, tratando de sonar como una persona madura. Entonces me acordé de que él me había hecho una pregunta y me alegré de que estuviera lo suficientemente oscuro como para que no se notara mi sonrojo—. Ah, volvía de los establos y *Nala* y yo decidimos tomar un largo atajo.

¿Un largo atajo?, ¿de verdad había dicho eso?

Al principio, al acercarme a él, me había parecido que estaba tenso, pero después de decir yo esa frase se echó a reír, y su deslumbrante y precioso rostro se relajó.

—¿Un largo atajo, eh? Hola otra vez, *Nala*.

Él rascó a la gata en lo alto de la cabeza y, como era de esperar, la gata refunfuñó y luego saltó de mis brazos al suelo, se sacudió entera y, sin dejar de refunfuñar, se alejó con sus patitas delicadamente.

—Lo siento, no es muy sociable.

—No importa —sonrió él—. Mi gato, *Lobezno*, me recuerda a un viejo gruñón.

—¿*Lobezno*? —repetí yo, alzando las cejas.

Su preciosa sonrisa se hizo de pronto maliciosa y juvenil y, por increíble que parezca, eso le hizo más guapo aún.

—Sí, *Lobezno*. Él me eligió cuando estaba en tercero, y durante ese año yo estaba completamente metido en los X-Men.

—Eso podría explicar que sea tan gruñón.

—Bueno, podría haber sido peor. El año anterior no podía dejar de ver *Spiderman*. Podía haberse llamado Spidey o Peter Parker.

—Es evidente que eres una gran carga para tu gato.

—Seguro que *Lobezno* está de acuerdo contigo —rió él otra vez.

Yo traté por todos los medios de evitar que la embriagadora excitación sexual me hiciera echarme a reír histéricamente como si fuera una preadolescente en un concierto de una banda de chicos. De momento, estaba de hecho ligando con él. Tenía que mantener la calma. No decir ni hacer estupideces.

—Bueno, ¿y qué estás haciendo tú aquí, tan lejos? —pregunté yo, haciendo caso omiso de los balbuceos de mi mente.

—Escribiendo un haiku —dijo él, alzando una mano. Entonces yo vi por primera vez que sostenía uno de esos preciosos y caros diarios de escritor, encuadernados en piel—. Suelo encontrar inspiración aquí, solo, horas antes del amanecer.

—¡Oh, vaya! Lo siento. No pretendía interrumpirte. Me iré y te dejaré solo.

Sacudí la mano (como una imbécil) y comencé a darme la vuelta, pero entonces él me agarró de la muñeca con la mano que le quedaba libre.

—No tienes que marcharte. Sé encontrar inspiración en más cosas que en el hecho de estar aquí solo.

Su mano estaba cálida contra la mía, y me pregunté si notaría cómo saltaba mi pulso.

—Bueno, no quiero molestarte.

—No te preocupes por eso. No me estás molestando.

Él me apretó la mano antes de soltármela (lástima).

—Bueno, así que haiku —comenté yo. Su contacto me había puesto ridículamente colorada, así que traté de calmarme y de recuperar mi sentido común—. Eso es poesía asiática con una métrica exacta, ¿no?

Tuve que alegrarme de haber prestado atención en la clase de literatura inglesa de la señorita Wienecke durante la lección relativa a la poesía; de otro modo él no habría esbozado aquella sonrisa.

—Exacto. Yo prefiero el formato cinco-siete-cinco —dijo él, haciendo una pausa. Su sonrisa había cambiado. Algo en ella hizo que mi estómago revoloteara, y sus preciosos ojos oscuros quedaron clavados en los míos—. Y hablando de inspiración, tú podrías ayudarme.

—Claro, me encantaría —dije yo, contenta de oír mi voz normal en lugar de lo

jadeante que me sentía.

Sin dejar de mirarme a los ojos, él alzó una mano y me rozó el hombro.

—Nyx te ha marcado ahí.

—Sí —asentí yo, a pesar de que no había sonado a pregunta.

—Me gustaría verlo. Si eso no te hace sentirte demasiado incómoda.

Su voz se estremeció a través de mí. La lógica me decía que él simplemente quería ver mis tatuajes por lo raros que eran, y que de ninguna manera se me estaba insinuando. Para él no debía ser más que una niña, una iniciada con extrañas marcas y poderes poco frecuentes. Eso era lo que me decía la lógica. Pero sus ojos, su voz, la forma en que su mano seguía acariciando mi hombro: todo eso me decía algo completamente diferente.

—Te lo enseñaré.

Llevaba mi chaqueta favorita: la de piel negra que se ajusta a mi figura a la perfección. Debajo llevaba una camiseta de tirantes de color morado oscuro. (Sí, estábamos a finales de noviembre, pero yo ya no tengo frío como antes de ser marcada. Ninguno de nosotros tiene frío ya). Comencé a quitarme la chaqueta.

—Espera, deja que te ayude.

Él estaba de pie, muy cerca de mí, de frente pero ligeramente echado a un lado. Alzó la mano derecha y agarró el cuello de la chaqueta, y luego la deslizó hacia abajo por mi hombro de modo que la chaqueta quedó arrugada alrededor de mis codos.

Loren hubiera debido de quedarse contemplando mi hombro medio desnudo, hubiera debido de quedarse mirando boquiabierto un tatuaje que no tenía ningún otro iniciado ni vampiro adulto. Pero no era eso lo que hacía. En lugar de ello, seguía mirándome a los ojos. Y entonces, de pronto, algo ocurrió en mi interior. Dejé de sentirme como una adolescente estúpida e infantil. La mirada de sus ojos había tocado a la mujer que había dentro de mí, despertándola, y mientras ese nuevo yo se despertaba, sentí una confianza en mí misma que pocas veces antes había tenido. Lentamente, alcé la mano y deslicé el fino tirante de la camiseta por el hombro de modo que cayera junto con la chaqueta. Entonces, sin dejar de mirarlo a los ojos, me aparté el pelo del hombro, alcé la barbilla y giré mi cuerpo ligeramente para enseñarle la parte trasera del hombro, que por fin estaba completamente desnudo a excepción del tirante del sujetador negro.

Él siguió mirándome a los ojos durante unos cuantos segundos más, y yo pude sentir el fresco aliento del aire de la noche y la caricia de la luna casi llena sobre la piel de mi pecho, mi hombro y mi espalda. Entonces, deliberadamente, Loren se acercó otro poco a mí, sujetándome el brazo mientras miraba el hombro por detrás.

—Es increíble.

Su voz era tan baja, que era casi un susurro. Sentí las puntas de sus dedos dibujar suavemente el laberinto de espirales que, a excepción de las exóticas runas

entrelazadas por en medio, eran muy similares a mi marca facial.

—Jamás había visto algo así. Es como si fueras una antigua sacerdotisa que se haya materializado en nuestro tiempo. Qué bendición tenerte con nosotros, Zoey Redbird.

Había dicho mi nombre como si se tratara de una oración. Su voz se había mezclado con el contacto, haciéndome estremecerme mientras se me ponía la piel de gallina.

—Lo siento. Debes tener frío.

Suave pero rápidamente, Loren tiró del tirante de la camiseta y de la chaqueta.

—No estaba temblando porque tuviera frío —me oí a mí misma decir.

No pude decidir si debía sentirme orgullosa de mí misma por haberlo dicho, o asustada ante mi atrevimiento.

Cremosa y sedosa como ninguna
Cuánto deseo saborearla y tocarla
La luna nos observa

Sus ojos no dejaron de mirar los míos ni un segundo mientras recitaba el poema. Su voz, que por lo general sonaba tan experta, tan perfecta, se había hecho por completo profunda y ronca, como si le costara hablar. Como si esa voz tuviera la habilidad de calentarme, me ruboricé hasta tal punto que oí los fieros ríos de sangre que recorrían mi cuerpo. Me temblaban los muslos y me costaba respirar. *Quizá explote si él me besa*. La idea me asustó y me obligó a hablar.

—¿Acabas de escribir tú eso? —pregunté con una voz que sonó como si estuviera sin aliento, que era exactamente como me sentía.

—No. Lo escribió hace siglos un poeta japonés, hablando de cómo era su amante desnuda bajo la luna llena.

—Es precioso —dije yo.

—Tú eres preciosa —dijo él, agarrándome de la mejilla—. Y esta noche has sido mi inspiración. Gracias.

Sentí que me inclinaba hacia él, y juro que su cuerpo respondió. Puede que yo no tenga mucha experiencia. ¡Y sí, joder!, sigo siendo virgen. Pero no soy una completa estúpida (la mayor parte de las veces). Sé cuándo le gusto a un tío. Y a ese tío, en ese momento, definitivamente le gustaba. Puse una mano sobre la suya y, olvidándome de todo, incluyendo a Erik e incluyendo el hecho de que Loren era un vampiro adulto y yo una iniciada, deseé que me besara, que me tocara más. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Los dos respirábamos agitadamente. Entonces, en cuestión de un instante, sus ojos cambiaron y pasaron de oscuros e íntimos a oscuros y distantes. Él dejó caer la mano de mi rostro y dio un paso atrás. Sentí su rechazo

como un viento helado.

—Ha sido un placer verte, Zoey. Y gracias por dejarme ver tu marca —dijo con una sonrisa cortés y correcta.

Él inclinó ligeramente la cabeza casi como si estuviera haciéndome una reverencia y luego se marchó.

Yo no sabía si gritar de frustración, llorar de vergüenza o gruñir y emborracharme. Fruncí el ceño y, musitando para mí misma, hice caso omiso del hecho de que mis manos temblaban y me dirigí al dormitorio. Definitivamente aquella era una situación de emergencia en la que necesitaba a mi mejor amiga.



Musitando aún para mí misma acerca de los hombres y de los mensajes confusos, entré en el salón que daba a los dormitorios y no me sorprendió ver a Stevie Rae y a las gemelas bien apiñaditas, viendo una de las pantallas de televisión. Era evidente que habían estado esperándome. Me sentí inmensamente aliviada. No quería que todo el mundo (traducción: las gemelas o Damien) supieran lo que acababa de ocurrirme, pero iba a contarle a Stevie Rae cada pequeño y sustancioso detalle acerca de Loren, y luego le permitiría ayudarme a descifrar qué diablos significaba todo aquello.

—Eh, Stevie Rae, no tengo ni idea del... eh... trabajo de sociales para el lunes. Quizá tú puedas ayudarme. Quiero decir que no tardaríamos mucho y... —comencé yo a decir, pero Stevie Rae me interrumpió sin apartar la vista de la tele.

—Espera, Z, ven aquí. Tienes que ver esto.

Me hizo señas para que me acercara a la televisión. Las gemelas tampoco despegaban los ojos de la pantalla.

Fruncí el ceño al notar lo tensas que estaban las tres, y el asunto desvió (temporalmente) mi atención del tema de Loren.

—¿Qué ha pasado?

Estaban viendo la repetición en diferido de las noticias de la noche de la cadena local Fox 23. Chera Kimiko, la presentadora, hablaba mientras en la pantalla aparecían imágenes familiares del Woodward Park.

—Me cuesta creer que Chera no sea un vampiro. Es más guapa de lo normal — dije yo automáticamente.

—¡*Shhh!* Escucha lo que está diciendo —ordenó Stevie Rae.

Sorprendida aún por la forma tan extraña de comportarse las tres, me callé y escuché.

—Así que, repitiendo la historia central de las noticias de esta noche, aún continúa la búsqueda del adolescente Chris Ford, del Union High School. El chico de diecisiete años desapareció ayer después de un entrenamiento de un partido de fútbol.

La foto que salía en ese momento en la pantalla mostraba a Chris con el uniforme de fútbol. Yo solté un grito al reconocer el nombre y el rostro.

—¡Eh, yo lo conozco!

—Por eso te he dicho que vengas —dijo Stevie Rae.

—Los equipos de búsqueda están peinando el área alrededor de la plaza de Utica y de Woodward Park, que es donde fue visto por última vez.

—Eso está realmente cerca de aquí —dije yo, interrumpiendo a la locutora.

—¡*Shssh!* —gritó Shaunee.

—¡Ya lo sabemos! —dijo Erin.

—Hasta el momento no hay ninguna pista acerca de por qué estaba en el área de Woodward Park. La madre de Chris dice que ella ni siquiera sabía que su hijo conociera el camino desde su casa hasta Woodward Park y que, por lo que ella sabe, su hijo jamás iba por allí. La señora Ford ha dicho también que esperaba que volviera a casa justo después del entrenamiento. De momento lleva desaparecido más de veinticuatro horas. Si alguien tiene alguna información que pueda ayudar a la policía a localizar a Chris, por favor llame a Crime Stoppers. Su llamada puede permanecer anónima.

Chera pasó entonces a otra historia, pero todas nos quedamos heladas.

—Entonces, ¿tú lo conocías? —preguntó Shaunee.

—Sí, pero no muy bien. Quiero decir que era uno de los delanteros del Union cuando yo más o menos salía con Heath. Sabéis, chicas, que Heath era *quarterback* del Broken Arrow, ¿no?

Ellas asintieron con impaciencia.

—Bueno, él solía arrastrarme a las fiestas con él, y todos los jugadores de fútbol se conocen los unos a los otros, así que Chris y su primo Jon formaban parte del grupo. Según los rumores, en lo que sí se habían graduado era en tomarse una cerveza barata detrás de otra hasta ponerse como una cuba mientras se pasaban un sucio porro —expliqué yo mirando a Shaunee, que mostraba un particular interés en las noticias, algo poco frecuente en ella—. Y antes de que lo preguntes sí, es tan mono en persona como en la foto.

—Es una vergüenza cuando le pasa algo malo a un colega mono —dijo Shaunee, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Es una vergüenza cuando le pasa algo a cualquier chico mono sea quien sea, gemela —puntualizó Erin—. No deberíamos hacer esas distinciones. Un chico mono es un chico mono.

—Tienes razón, gemela. Como siempre.

—A mí no me gusta la marihuana —intervino entonces Stevie Rae—. Huele mal. La probé una vez y tosí como una loca, me ardía la garganta. Además se me metió un poco de hierba en la boca. Estaba asqueroso.

—Nosotras no hacemos guarrerías —dijo Shaunee.

—Eso es, y la marihuana es una guarrería. Además te hace comer y comer sin razón alguna. Es una vergüenza que unos jugadores de fútbol tan atractivos estén metidos en eso —dijo Erin.

—Les hace menos atractivos —añadió Shaunee.

—Bien, pero el asunto no es ni lo atractivos que son ni la marihuana —dije yo—. Me da mala espina la historia esta de la desaparición.

—¡Oh, no! —exclamó Stevie Rae.

—¡Vaya mierda! —añadió Shaunee.

—Detesto cuando tienes uno de esos presentimientos tuyos —concluyó Erin.

No podíamos hablar de otra cosa que no fuera la desaparición de Chris y lo extraño que era el hecho de que hubiera sido visto por última vez tan cerca de la Casa de la Noche. En comparación con la desaparición del pobre chico, mi pequeño y dramático trauma con Loren parecía insignificante. Quiero decir que aún quería contárselo todo al menos a Stevie Rae, pero parecía incapaz de concentrarme en nada excepto en el absorbente y negro presentimiento que me había invadido nada más oír las noticias.

Chris estaba muerto. No quería creerlo. No quería saberlo. Pero todo en mi interior me decía que la policía lo encontraría, solo que muerto.

Nos encontramos con Damien en el comedor, y todo el mundo allí hablaba de Chris y explicaba sus teorías acerca de la desaparición, que iban desde la insistente historia de las gemelas, que estaban convencidas de que aquel cañón probablemente se había peleado con sus padres y se había marchado a algún sitio a emborracharse, hasta la firme creencia de Damien de que quizá el chico había descubierto sus tendencias homosexuales y se había largado a Nueva York a hacer realidad su sueño de ser modelo.

Yo no tenía ninguna teoría. Solo tenía un presentimiento horrible, del que no quería hablar.

Naturalmente, no pude probar bocado. El estómago me estaba matando. Otra vez.

—No comes nada, y el plato es excelente —dijo Damien.

—No tengo hambre.

—Eso dijiste a la hora de la comida.

—¡Sí, bueno, pues ahora vuelvo a decir lo mismo! —solté yo.

Tuve que lamentarlo de inmediato, al ver que Damien bajaba la vista hacia su cuenco de ensalada de espaguetis vietnamitas Bun Cha Gio con el ceño fruncido y una expresión dolida.

Las gemelas alzaron una ceja cada una en mi dirección, y después volvieron a concentrarse en la tarea de utilizar los palillos correctamente. Stevie Rae simplemente se me quedó mirando en silencio con cara de preocupación.

—Toma, me he encontrado esto. Me da la sensación de que es tuyo.

Aphrodite dejó caer el aro de plata junto a mi plato. Yo alcé la vista hacia su rostro perfecto. Extrañamente, carecía de expresión. Igual que su voz.

—Bueno, ¿es tuyo o no?

Yo me llevé la mano automáticamente a una oreja, de donde colgaba todavía el otro pendiente. Me había olvidado de que lo había tirado a propósito para poder fingir que lo buscaba mientras oía la conversación de Aphrodite y Neferet. Mierda.

—Sí, gracias.

—De nada. Supongo que no eres tú la única que tiene presentimientos sobre las cosas, ¿eh?

Aphrodite se giró y salió del comedor por las puertas de cristal en dirección al patio. Llevaba una bandeja con la cena que aún no había probado, pero ni siquiera hizo una pausa para mirar en dirección a la mesa en la que se sentaban sus amigas. Noté que ellas alzaban la vista al pasar Aphrodite, pero enseguida la apartaron a toda prisa. Ninguna la miró a los ojos. Aphrodite iba a comer fuera, en el patio escasamente iluminado en el que llevaba ya un mes comiendo. Sola.

—Vale, sí que es rara —comentó Shaunee.

—Sí, rara y un bicho psicótico del infierno —añadió Erin.

—Ni siquiera sus amigas quieren tener nada que ver con ella —dije yo.

—¡Deja ya de sentir lástima por ella! —exclamó entonces Stevie Rae, cuya voz sonaba especialmente cabreada—. Esa chica no da más que problemas, ¿es que no lo ves?

—Yo no he dicho que no, solo digo que hasta sus amigas le han dado la espalda —contesté yo.

—¿Nos hemos perdido algo? —preguntó Shaunee.

—¿Qué pasa entre Aphrodite y tú? —preguntó entonces Damien.

Yo abrí la boca para contarles lo que había oído a hurtadillas, pero la suave voz de Neferet me silenció.

—Zoey, espero que no te importe si te aparto de tus amigos esta noche.

Alcé la vista lentamente hacia ella, asustada casi ante lo que creía que podía ver. Quiero decir que la última vez que había oído su voz ella parecía terriblemente enfadada y fría. La miré a los ojos. Eran de un verde musgo que resultaba precioso, y su amable sonrisa solo comenzaba a mostrar cierta preocupación.

—Zoey, ¿ocurre algo?

—¡No! Lo siento. Mi mente divagaba.

—Me gustaría que cenaras conmigo esta noche.

—Ah, claro. Por supuesto. No hay problema: me encantaría.

Entonces me di cuenta de que estaba balbuceando, pero no parecía que pudiera hacer nada al respecto. Simplemente esperaba que la cosa se parara por sí sola en algún momento. Igual que cuando tienes diarrea, que no puede durar para siempre. Al final tiene que parar.

—Bien —sonrió Neferet en dirección a mis cuatro amigos—. Necesito que me prestéis a Zoey, pero os la devolveré muy pronto.

Los cuatro sonrieron como cuatro admiradores devotos, apresurándose a asegurarle que podía hacer lo que quisiera porque todo les parecería bien.

Sé que es ridículo, pero el hecho de que me dejaran marcharme con tanta facilidad me hizo sentirme insegura y abandonada. Pero es una estupidez. Neferet es

mi mentora, y es una alta sacerdotisa de Nyx. Es de las buenas.

Pero entonces, ¿por qué mi estómago se contrajo mientras la seguía fuera del comedor?

Miré hacia el grupo de mis amigos por encima del hombro. Estaban otra vez de cháchara. Damien sujetaba los palillos, y era evidente que pretendía darles a las gemelas una lección sobre cómo manejarlos. Stevie Rae hacía la demostración. Sentí los ojos de alguien fijos sobre mí, y desvié la vista hacia la pared de cristal que separaba el comedor del patio. Sentada sola en medio de la noche, Aphrodite me observaba con una expresión que parecía casi de lástima.



El comedor de los vampiros adultos no era una cafetería como la de los estudiantes: era un salón muy elegante situado exactamente encima y con una pared con ventanas exactamente iguales en forma de arco de medio punto que daban al patio. Había mesas y sillas de hierro forjado colocadas en la terraza que daba al patio. El salón estaba decorado con mucho gusto y mucho dinero, con gran variedad de mesas de todos los tamaños e incluso un par de bancos hechos de madera de cerezo en un tono oscuro. Allí no había bandejas ni un bufé libre para servirse; había manteles de lino, platos de porcelana y copas de cristal delicadamente colocados en las mesas, sobre las que descansaba además un alto candelero de cristal con una vela alegremente encendida. Esa noche había unos pocos profesores, cenando en silencio por parejas o en grupos reducidos. Asintieron con un gesto de respeto hacia Neferet y sonrieron, dándome la bienvenida rápidamente antes de volver cada cual la vista a su plato.

Traté de adivinar lo que estaban cenando sin quedarme mirando muy descaradamente, pero solo vi la misma ensalada vietnamita que estábamos comiendo nosotros abajo y algunos rollitos de primavera de aspecto divertido. No había ni rastro de carne ni de nada que se pareciera a la sangre (bueno, excepto por el vino tinto). Y, por supuesto, realmente no hacía falta que mirara por el rabillo del ojo. Si se estaban dando un festín de sangre, yo lo habría oído. Conocía íntimamente el delicioso aroma de la sangre.

—¿Te molestará el frío de la noche si nos sentamos fuera, en la terraza?

—No, no creo. Ya no siento el frío como lo sentía antes.

Esboqué una brillante sonrisa, recordándome con severidad a mí misma que Neferet era muy intuitiva y que, probablemente, había oído parte de las estupideces de la cascada de pensamientos de mi mente.

—Bien, porque yo prefiero cenar en la terraza estemos en la estación que estemos —contestó Neferet, guiándome a través de las puertas hacia una mesa puesta para dos. De súbito, como si se tratara de magia, apareció una camarera: obviamente una vampira, a juzgar por su marca coloreada y por la serie de delgados tatuajes que enmarcaban su rostro ovalado en forma de corazón. Sin embargo parecía muy joven —. Sí, tráeme el Bun Cha Gio y una botella del mismo vino tinto que tomé anoche — dijo Neferet, haciendo una pausa y añadiendo con una sonrisa cómplice hacia mí—: Y, por favor, tráele a Zoey un vaso de cualquier refresco marrón efervescente, el que tengamos, siempre y cuando no sea *light*.

—Gracias —dije yo.

—Pero procura no beber mucho de eso. Realmente no es bueno para ti —añadió,

guiñándome un ojo y haciendo de su amonestación una pequeña broma.

Yo sonreí feliz ante el hecho de que recordara lo que me gustaba y comencé a sentirme más relajada. Ella era Neferet, nuestra alta sacerdotisa. Era mi mentora y mi amiga, y en el mes que llevaba en la escuela ella siempre había sido amable conmigo. Sí, su voz había sonado absolutamente aterradora cuando la oí hablando con Aphrodite, pero Neferet era una sacerdotisa poderosa y, como decía siempre Stevie Rae, Aphrodite era una estúpida egoísta que se merecía todos los problemas que tenía. Seguro que incluso había estado cotilleando acerca de mí.

—¿Te sientes mejor ya? —preguntó Neferet.

Yo la miré a los ojos. Me analizaba atentamente.

—Sí, mejor.

—Cuando oí lo del adolescente humano desaparecido, me preocupé por ti. Ese Chris Ford era amigo tuyo, ¿no?

Nada de lo que ella dijera debía preocuparme. Neferet era muy inteligente y había sido especialmente dotada por la Diosa. Añádase a eso el extraño sexto sentido que tenían todos los vampiros: en resumen, que ella, con toda probabilidad, lo sabía todo. En sentido literal. O, al menos, todas las cosas importantes. Probablemente le había resultado fácil adivinar que yo había tenido un presentimiento acerca de la desaparición de Chris.

—Bueno, en realidad no era amigo mío. Estuvimos en algunas fiestas juntos, pero a mí en realidad no me gusta mucho ir a fiestas, así que tampoco lo conocía demasiado bien.

—Pero hay algo en su desaparición que te ha preocupado.

Yo asentí y contesté:

—Es simplemente un presentimiento que he tenido. Es una tontería. Probablemente se peleó con sus padres y su padre lo castigó o algo así, así que él se escapó. Lo más seguro es que ya esté en casa.

—Si de verdad creyeras eso no seguirías ahora tan preocupada.

Neferet esperó a que la camarera terminara de servirnos las bebidas y los platos antes de continuar hablando:

—Los humanos creen que todos los vampiros adultos tenemos poderes parapsicológicos. Lo cierto es que aunque muchos de nosotros sí tenemos el don de la predicción o de la clarividencia, la inmensa mayoría simplemente ha aprendido a escuchar a su propia intuición, que es algo que la mayor parte de los humanos han temido siempre hacer.

Hablaba con el mismo tono de voz con el que daba la clase, y yo la escuchaba con mucha atención mientras cenábamos.

—Piénsalo, Zoey. Tú eres una buena estudiante: estoy segura de que te acuerdas de lo que les ha ocurrido por lo general a los humanos a lo largo de la historia,

especialmente a las mujeres, cuando prestan demasiada atención a su intuición y comienzan a «escuchar voces en su cabeza» o incluso a vislumbrar el futuro.

—Que los demás enseguida piensan que pertenecen a la liga del demonio y ese tipo de cosas, dependiendo de la época de la historia. En resumen: que por culpa de la intuición acaban en el infierno.

Entonces me ruboricé porque había dicho esa palabra que empieza por «i» delante de una profesora. Pero a ella no pareció importarle: simplemente asentía con la cabeza, expresando con ello que estaba de acuerdo.

—Sí, exacto. Han atacado incluso a su gente sagrada, como Juana de Arco. Así que ya ves: los humanos han aprendido a silenciar sus instintos. Los vampiros, por el contrario, han aprendido a escucharlos muy atentamente. En el pasado, cuando los humanos trataban de herir o destruir a los de nuestra especie, el instinto era lo único que nos ayudaba a salvar las vidas de nuestros antepasados.

Yo me eché a temblar. No me gustaba pensar en lo duro que debía haber sido ser vampiro unos cien años atrás o así atrás.

—Ah, Zoeybird, no hay de qué preocuparse —sonrió Neferet. Oír que me llamaba por el apodo que usaba mi abuela me hizo sonreír a mí también—. La época de las hogueras no va a volver. Puede que no seamos reverenciados como lo éramos en días pasados, pero los humanos no podrán cazarnos y destruirnos ya nunca más.

Por un momento sus ojos verdes lanzaron un destello peligroso. Yo di un largo trago de mi refresco burbujeante: no quería mirar esos amenazadores ojos. Cuando por fin continuó hablando, Neferet lo hizo con su voz habitual: cualquier indicio de amenaza había desaparecido, y ella volvía a ser mi mentora y mi amiga.

—Bien, pues lo que quiero decir con todo esto es que quiero que te asegures de que escuchas a tu instinto. Si tienes malos presentimientos con respecto a una situación o con respecto a alguien, préstales atención. Y, por supuesto, si necesitas hablar conmigo, puedes venir cuando quieras.

—Gracias, Neferet, eso significa mucho para mí.

Ella hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Eso es lo que significa ser un mentor y una alta sacerdotisa: dos papeles que espero que tú desempeñes algún día.

Cuando hablaba de mi futuro y de mí como una alta sacerdotisa, yo siempre sentía una extraña sensación de cosquilleo. En parte por la esperanza y el nerviosismo que suscitaba en mí, y en parte debido a mi absoluto pavor.

—De hecho, me sorprendió que no vinieras hoy a verme nada más terminar tu trabajo en la biblioteca. ¿Es que no te has decidido aún por el nuevo rumbo que quieres que tome las Hijas Oscuras?

—¡Ah, oh, sí! Ya me he decidido —contesté yo, esforzándome por no pensar en mis encuentros con Loren en la biblioteca y en el muro del lado este de la escuela.

De ninguna forma quería que Neferet y su intuición adivinaran algo acerca de... bueno, de él.

—Noto que vacilas, Zoey. ¿Es que preferirías no contarme lo que has decidido?

—¡Oh, no! Quiero decir, sí. De hecho, en realidad sí fui a tu clase, pero tú estabas... —dije, interrumpiéndome para alzar la vista y recordando la escena que había oído. Entonces tragué fuerte y añadí—: Estabas ocupada con Aphrodite, así que me marché.

—Ah, comprendo. Y ahora entiendo que estés nerviosa conmigo —añadió Neferet, suspirando con tristeza—. Aphrodite... se ha convertido en un problema. Es una lástima, realmente. Tal y como dije el día de Samhain, cuando me di cuenta de hasta qué punto estaba haciendo las cosas mal, me siento responsable en parte de su comportamiento y de su transformación en una criatura oscura, que es en lo que se ha convertido. Yo sabía que era egoísta incluso cuando se unió a nuestra escuela. Hubiera debido de intervenir antes y tener una mano más firme con ella —explicó Neferet, que entonces me miró a los ojos—. ¿Qué es lo que oíste esta mañana?

Sentí el estremecimiento de una advertencia recorrer mi espina dorsal.

—No mucho —me apresuré a decir—. Aphrodite estaba llorando a lágrima viva. Te oí decirle que mirara en su interior, y comprendí que no querías que te interrumpiera.

Tras decir eso me callé, poniendo buen cuidado en no mencionar que eso era todo lo que había oído: es decir, poniendo buen cuidado de no mentir. Y no aparté la vista de su penetrante mirada.

Neferet volvió a suspirar y dio un sorbo de vino.

—Por lo general no suelo hablar de un iniciado con otro, pero este caso es especial. Tú sabes que el don que la Diosa le concedió a Aphrodite era el de ser capaz de prever acontecimientos desastrosos, ¿no?

Yo asentí, notando de inmediato que utilizaba el tiempo pasado para mencionar la habilidad de Aphrodite.

—Bueno, pues parece que el comportamiento de Aphrodite ha sido la causa de que Nyx le retirara su don. Es algo realmente muy poco frecuente. Una vez que la Diosa toca a alguien, raramente revoca el poder que ha concedido —explicó Neferet, encogiéndose de hombros con tristeza—. Pero ¿quién puede saber qué hay en la mente de la Gran Diosa de la Noche?

—Debe de haber sido terrible para Aphrodite —dije yo, pensando en voz alta más que tratando de charlar.

—Valoro tu compasión, pero no te lo cuento para que sientas pena por ella; en realidad te lo digo para ponerte en guardia. Las visiones de Aphrodite ya no son válidas, y puede que ella diga o haga cosas que resulten perturbadoras. Como líder de las Hijas Oscuras, será responsabilidad tuya asegurarte de que Aphrodite no inclina la

delicada balanza de la armonía que reina entre los iniciados. Por supuesto, sabes que nosotros siempre os animamos a resolver vuestros problemas sin ayuda. Sois mucho más que meros adolescentes humanos, y por eso esperamos de vosotros mucho más, pero puedes venir a verme cuando quieras si el comportamiento de Aphrodite se vuelve demasiado... —Neferet hizo una pausa como si estuviera considerando cuidadosamente la palabra que debía utilizar—... errático.

—Lo haré —dije yo, comenzando a sentir de nuevo que me dolía el estómago.

—¡Bien! Y ahora, ¿por qué no me cuentas los planes que tienes para tu reino como líder de las Hijas Oscuras?

Me olvidé del problema de Aphrodite y le conté esquemáticamente mis planes para el Consejo de prefectos y las Hijas Oscuras. Neferet me escuchó con atención y se mostró abiertamente impresionada por mi investigación y por lo que llamó una «reorganización lógica».

—Bien, así que lo que quieres de mí es que dirija la votación de los profesores de los dos nuevos prefectos, porque estoy de acuerdo contigo en que tú y tus cuatro amigos habéis demostrado de sobra cuánto valéis y que sois ya, de hecho, un Consejo en funciones excelente.

—Sí, y el Consejo quiere nominar a Erik Night para el primero de los dos puestos.

Neferet asintió con la cabeza y contestó:

—Erik es una sabia elección. Es popular entre los iniciados, y tiene un excelente futuro por delante. ¿A quién tenéis pensado para el último puesto?

—Bueno, en eso es en lo que mi Consejo no se pone de acuerdo. Yo creo que necesitamos a alguien de la clase de los mayores, y también creo que la persona elegida debería haber pertenecido al círculo de amigos íntimos de Aphrodite —dije yo. Neferet alzó las cejas, sorprendida—. Bueno, incluir a una de sus amigas reforzaría la idea que te he explicado antes de que yo no me he metido en esto porque esté ansiosa de poder o porque quiera quitarle a Aphrodite nada suyo o alguna estupidez así. Simplemente quiero hacer lo correcto. Mi intención no es comenzar una estúpida guerra entre bandas. Si una de sus amigas entra en el Consejo, entonces puede que el resto de ellas comprendan que no se trata de que yo pase por encima de todas ellas: que se trata de algo mucho más importante.

Neferet estuvo reflexionando durante un rato tan largo, que me pareció eterno. Finalmente dijo:

—Tú sabes que hasta sus amigas le han dado la espalda.

—Me he dado cuenta hoy, en el comedor.

—Entonces, ¿qué sentido tiene poner a una ex amiga de Aphrodite en el Consejo?

—No estoy del todo convencida de que ya no sean amigas. La gente actúa de un modo diferente en privado que en público.

—Sí, en eso también estoy de acuerdo contigo. He anunciado ya a los profesores que el domingo las Hijas y los Hijos Oscuros convocarán una reunión y un Ritual de la Luna Llena especiales. Espero que asistan casi todos los antiguos miembros, aunque no sea más que por curiosidad acerca de tus poderes.

Yo tragué y asentí, aunque en realidad era perfectamente consciente de que me había convertido en la principal atracción de la feria de *frikis* hacía tiempo.

—El domingo es el mejor momento para anunciar tu nueva visión de lo que debe ser las Hijas Oscuras. Anuncia que queda un puesto vacante en el Consejo y que debe ser ocupado por un estudiante de sexto. Tú y yo revisaremos las solicitudes y decidiremos quién encaja mejor.

—Pero yo no quiero que sea una simple elección nuestra —dije yo, frunciendo el ceño—. Quiero que voten los profesores tanto como los estudiantes.

—Votarán —dijo ella simple y llanamente—. Y luego decidiremos.

Yo quería decirle más cosas, pero los ojos verdes de Neferet se habían vuelto fríos; no me avergüenza decir que me daban miedo. Así en lugar de seguir discutiendo con ella (lo cual era absolutamente imposible), tomé otro camino (como diría mi abuela).

—También quiero que las Hijas Oscuras se impliquen en actos de caridad para la comunidad.

En esa ocasión Neferet alzó las cejas tan sorprendida, que desaparecieron bajo el flequillo.

—¿Te refieres a la comunidad de humanos?

—Exacto.

—¿Y crees que ellos aceptarán nuestra ayuda? Ellos nos rehuyen, nos aborrecen, nos tienen miedo.

—Quizá porque no nos conocen —dije yo—. Puede que si nosotros nos comportáramos como parte de la gente de Tulsa, ellos nos trataran como parte de Tulsa.

—¿Has leído algo acerca de los disturbios de Greenwood de 1920? Esos humanos afroamericanos eran parte de Tulsa, pero Tulsa acabó con ellos.

—Pero ya no estamos en 1920 —dije yo. Me costaba mantener su mirada, pero en lo más profundo de mi interior sabía que estaba haciendo lo correcto—. Neferet, mi intuición me dice que es algo que debo hacer.

Entonces vi cómo su expresión se dulcificaba mientras ella contestaba:

—Y acabo de decirte que sigas tu intuición, ¿no es así?

Yo asentí.

—¿Y en qué acto de caridad has elegido implicarte, si es que de hecho te permiten hacerlo?

—Ah, creo que nos lo permitirán. He decidido contactar con Street Cats, la

organización de rescate de gatos.

Neferet echó atrás la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada.



Había salido ya del comedor y me dirigía a los dormitorios cuando recordé que no le había contado nada a Neferet acerca de los fantasmas, pero de ninguna manera estaba dispuesta a volver a subir las escaleras para iniciar una nueva conversación sobre ese asunto. La charla que había mantenido con Neferet me había dejado verdaderamente exhausta, y a pesar de lo precioso que era el comedor con sus grandes vistas, sus copas de cristal y sus manteles de lino, estaba deseando escapar de allí. Quería volver al dormitorio y contarle a Stevie Rae todo lo sucedido con Loren, y luego no hacer nada más que vegetar y ver reposiciones de horribles programas de televisión y tratar de olvidar, aunque solo fuera por una noche, que había tenido una terrible premonición sobre la desaparición de Chris, que me había convertido en una persona importante y que estaba al mando del grupo estudiantil más importante de la escuela. O lo que sea. Sencillamente, quería volver a ser yo por un rato. Tal y como le había dicho a Neferet, probablemente Chris estaba ya a salvo en casa. Y para todo lo demás había tiempo de sobra. Al día siguiente escribiría un borrador esquemático sobre lo que iba a decir en la reunión de las Hijas Oscuras del domingo. Supongo que también tendría que trabajar sobre el Ritual de la Luna Llena... sería realmente la primera vez que trazara un círculo para invocar en público, y también mi primer ritual formal. Mi estómago comenzó su habitual gorgoteo. Pero no le hice caso.

Estaba ya a mitad de camino hacia los dormitorios cuando me acordé de que también tenía que escribir un ensayo de sociología vampírica para el lunes. Ciertamente, Neferet me había excusado de presentar la mayor parte de los trabajos de tercero para que pudiera centrarme en la lectura del libro de sociología de nivel más alto, pero yo me había empeñado hacía tiempo en ser una persona «normal» (significara eso lo que significara, porque ahí estaba yo: no era más que una adolescente y una vampira iniciada y, ¿cómo podía nada de eso resultar normal?), lo cual quería decir que tenía que hacer las mismas cosas que hacía el resto de mi clase. Así que corrí de vuelta hacia mi clase, donde estaba mi casillero y guardaba mis libros. Era también el aula donde impartía clases Neferet, pero acababa de dejarla en el comedor bebiendo vino con unos cuantos profesores así que, por una vez, no tenía que preocuparme el hecho de oír conversaciones horribles a hurtadillas.

Como siempre, la puerta de la clase estaba abierta. ¿De qué sirven las cerraduras cuando tienes la intuición de un vampiro y eres capaz de aterrorizar a los niños hasta dejarlos secos? La clase estaba a oscuras, pero eso no me importó. Solo llevaba un mes marcada, pero a esas alturas veía ya tan bien con las luces encendidas como apagadas. En realidad veía mejor en la oscuridad. La luz excesivamente brillante me

dañaba los ojos; la luz del sol me resultaba casi intolerable.

Vacilé mientras abría mi casillero, y entonces me di cuenta de que no había visto el sol en casi un mes. Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo hasta ese momento. Vaya, era extraño.

Estaba reflexionando sobre lo rara que era mi nueva vida cuando vi una nota pegada en el estante interior del armario. Revoloteó por un segundo con el aire que yo misma había levantado al abrir la puerta. Alargué la mano para evitar que saliera volando, y entonces sentí un sobresalto al darme cuenta de lo que era.

Poesía.

O, más exactamente, un poema. Era corto y estaba escrito con una atractiva y característica letra en cursiva. Lo leí una y otra vez, fijándome en concreto en lo que era. Un haiku.

*Antigua reina despierta
Una crisálida aún no formada
¿Se desplegarán tus alas?*

Rocé las palabras con las puntas de los dedos. Sabía quién la había escrito. Solo había una respuesta lógica. Mi corazón dio un vuelco al susurrar su nombre, «Loren».

—Lo digo en serio, Stevie Rae. Si te lo contara, tendrías que jurarme que no vas a decírselo a nadie. Y cuando digo a nadie me refiero en concreto a Damien y las gemelas.

—Mecachis, Zoey, puedes confiar en mí. Te he dicho que te lo juro. ¿Qué quieres que haga, que me abra las venas?

Yo no contesté nada.

—Zoey, en serio que puedes confiar en mí. Te lo prometo.

Yo analicé el rostro de mi mejor amiga. Necesitaba hablar con alguien, alguien que no fuera un vampiro. Miré en mi interior, en el centro mismo de lo que Neferet llamaba mi intuición. Sentí que era correcto confiar en Stevie Rae. Me sentí a salvo.

—Lo siento. Sé que puedo confiar en ti. Es solo que... no sé —dije yo, sacudiendo la cabeza con frustración ante mi propia confusión—. Bueno, hoy me han ocurrido cosas raras.

—¿Te refieres a cosas más raras de las que suelen ocurrir por aquí últimamente?

—Sí. Loren Blake vino hoy a la biblioteca mientras yo estaba allí. Fue la primera persona a la que le hablé de la idea del Consejo de prefectos y de mis nuevas ideas para las Hijas Oscuras.

—¿Loren Blake?, ¿el vampiro más atractivo que hayamos visto jamás ninguna de

nosotras? ¡*Ohdiosmío!* Será mejor que me siente —dijo Stevie Rae, cayendo sobre la cama, colapsada.

—Sí, el mismo.

—No puedo creer que no me hayas dicho nada de eso hasta ahora. Debes haber estado muriéndote de las ganas.

—Bueno, pero eso no es todo. Él... eh... me tocó. Y más de una vez. Vale, de hecho le he visto hoy más de una vez. A solas. Y creo que me ha escrito un poema.

—¿Qué?

—Sí, al principio creí que todo era perfectamente inocente y que me lo estaba imaginando todo. En la biblioteca simplemente hablamos sobre mis ideas para las Hijas Oscuras. No pensé que significara nada. Pero, bueno, él tocó mi marca.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Stevie Rae.

Stevie Rae tenía los ojos redondos como platos y parecía como si estuviera a punto de explotar.

—La de la cara. Esa vez.

—¿Qué quieres decir con eso de «esa vez»?

—Bueno, pues que después de terminar de cepillar a *Perséfone* no tenía ninguna prisa por volver al dormitorio, así que fui a dar un paseo por el lado este del muro. Loren estaba allí.

—¡*Ohdiosdemivida!* ¿Qué ocurrió?

—Creo que flirteamos.

—¿Crees?

—Nos reímos y nos sonreímos el uno al otro.

—Eso me suena a flirtear. ¡Dios!, él es superatractivo.

—Dímelo a mí. Cuando me sonrío, apenas soy capaz de respirar. Y entérate bien: me recitó un poema —dije yo—. Era un haiku que había escrito un poeta mientras contemplaba a su amante desnuda a la luz de la luna.

—¡Debes estar de broma! —exclamó Stevie Rae, comenzando a abanicarse con la mano—. Cuéntame lo de que te tocó.

Yo respiré hondo y contesté:

—En realidad fue muy confuso. Todo iba de maravilla. Ya te lo he dicho: hablábamos y nos reíamos. Entonces él dijo que estaba ahí fuera solo porque era así como se inspiraba para escribir un haiku...

—¡Lo cual es arrebatadoramente romántico!

Yo asentí y continué:

—Lo sé. Bueno, entonces le dije que no pretendía arrebatarse la inspiración y molestarlo, y él dijo que había muchas cosas que le inspiraban aparte de la noche. Y me pidió que fuera su inspiración.

—Hay que joderse.

—Eso mismo pensé yo.

—Y naturalmente le contestaste que encantada de inspirarle.

—Naturalmente —dije yo.

—Y... —continuó ansiosamente Stevie Rae.

—Y él me pidió que le dejara ver mi marca. La de los hombros y la espalda.

—¡No!

—Sí.

—¡Jopé!, yo me habría quitado la camisa en menos tiempo de lo que se tarda en decir «me encantan los chicos».

—Bueno —reí yo—, yo no me quité la camisa, pero sí me bajé la chaqueta. En realidad él me ayudó.

—¿Me estás diciendo que Loren Blake, el vampiro y poeta laureado y el hombre más jod...mente sexi que camina sobre dos pies te ayudó a quitarte la chaqueta como un caballero de los viejos tiempos?

—Sí. Fue así —dije yo, haciéndole una demostración y bajándome la chaqueta hasta los codos—. Y entonces no sé qué me pasó, pero de repente ya no estaba como un flan ni me comportaba como una estúpida. Y yo solita me bajé el tirante de la camiseta para él. Así —dije, haciéndole otra nueva demostración y bajándome otra vez el tirante para exponer la espalda, el hombro y buena parte del pecho (y entonces volví a sentirme aliviada otra vez por llevar ese día mi maravilloso sujetador negro) —. Entonces fue cuando él me tocó. Otra vez.

—¿Dónde?

—Siguió con el dedo el dibujo de la marca de la espalda y el hombro. Me dijo que parecía una antigua reina vampira y me recitó un poema.

—Hay que joderse —repitió Stevie Rae.

Yo me tiré en la cama frente a ella y suspiré, y después volví a colocarme el tirante de la camiseta.

—Sí, por un momento fue increíble. Estaba convencida de que habíamos conectado. Conectado en serio. Creo que él estuvo a punto de besarme. De hecho, sé que quería hacerlo. Y entonces, sin venir a cuento, su actitud cambió. Se puso todo cortés y formal, me dio las gracias por enseñarle la marca y se marchó.

—Bueno, no es de extrañar.

—¡Pues a mí desde luego sí que me extrañó! Quiero decir que primero me mira fijamente a los ojos y me manda señales de que me desea, y al segundo siguiente... ¡nada!

—Zoey, eres una estudiante. Él es profesor. Esta es una escuela para vampiros y no tiene nada que ver con la vida de un instituto normal y corriente, pero algunas cosas jamás cambian. Los estudiantes están más allá del alcance de los profesores.

Yo me mordí el labio y comenté:

—Pero él solo da clases a media jornada, es profesor solo temporalmente.

—Como si eso tuviera importancia —contestó Stevie Rae, girando los ojos en sus órbitas.

—Eso no ha sido todo lo que ha ocurrido. Acabo de encontrar este poema en mi casillero.

Le tendí a Stevie Rae el trozo de papel con el haiku. Ella tragó.

—¡Por Dios! Es tan romántico que podría morir. ¿Cómo?, ¿cómo te tocó la marca de la espalda?

—¿Pues cómo va a ser? ¡Con el dedo! Siguió el dibujo.

Juro que aún sentía el calor de su contacto.

—Te recitó un poema de amor, te tocó la marca, y luego escribió un poema para ti... —comentó Stevie Rae, suspirando soñadoramente—. Es como si fuerais Romeo y Julieta con todo el asunto de los amantes prohibidos y todo eso —añadió sin dejar de abanicarse con exageración. De pronto se paró, se incorporó en la cama y preguntó —: Ah, y, ¿qué pasa con Erik?

—¿Qué quieres decir con eso de qué pasa con Erik?

—Es tu novio, Zoey.

—Oficialmente no —contesté yo timorata.

—Bueno, ¡Dios!, ¿y qué tiene que hacer el pobre chico para que sea oficial?, ¿ponerse de rodillas? Durante este último mes ha quedado bastante claro que salís juntos.

—Lo sé —respondí yo, sintiéndome fatal.

—Entonces, ¿te gusta Loren más que Erik?

—¡No! Sí. Ay, ¡Dios!, no lo sé. Es como si Loren fuera por completo de otro mundo. Y además él y yo no podemos salir juntos o lo que sea.

En realidad yo no estaba muy segura de ese «lo que sea». ¿Podíamos Loren y yo vernos en secreto? ¿Quería yo hacerlo?

Como si pudiera leer mis pensamientos, Stevie Rae afirmó:

—Podrías escaparte y ver a Loren.

—Eso es ridículo. Probablemente él ni siquiera siente nada de eso por mí.

Pero mientras lo decía, recordaba al mismo tiempo el calor que emanaba de su cuerpo y el deseo reflejado en sus ojos negros.

—¿Y si él sí lo siente, Z? —preguntó Stevie Rae, escrutando mi rostro atentamente—. ¿Sabes?, tú eres diferente al resto de nosotros. Nadie ha sido marcado jamás como lo has sido tú. Nadie ha tenido nunca afinidad por cada uno de los cinco elementos. Quizás a ti no se te apliquen las mismas reglas.

Se me encogió el estómago. Desde el momento en el que había llegado a la Casa de la Noche había estado luchando por encajar. Lo único que realmente quería era convertir aquel nuevo lugar en mi hogar: tener amigos a los que poder considerar mi

familia. No quería ser diferente ni quería jugar con reglas distintas. Sacudí la cabeza y dije entre dientes:

—No quiero que las cosas sean así, Stevie Rae. Yo solo quiero ser normal.

—Lo sé —contestó Stevie Rae en voz baja—, pero eres diferente. Lo sabe todo el mundo. Además, ¿no quieres gustarle a Loren?

Yo suspiré y contesté:

—No estoy muy segura de lo que quiero, pero sí sé que no quiero que nadie se entere de lo de Loren y yo.

—Mis labios están sellados —dijo Stevie Rae que, como la verdadera paleta de Oklahoma que es, hizo el gesto de echarse la cremallera de la boca y tirar la llave—. Nadie va a sacarme ni una palabra —musitó con los labios medio sellados.

—¡Mierda! Eso me recuerda que Aphrodite vio a Loren tocándome.

—¿Esa bruja te siguió hasta el muro? —preguntó Stevie Rae con un chillido.

—No, no. Nadie nos vio fuera. Aphrodite entró en el centro multimedia cuando él me tocaba la cara.

—¡Ah, mierda!

—Exacto: ah, mierda. Y hay más. ¿Recuerdas que me salté parte de la clase de español porque quería ir a ver a Neferet? Pues no hablé con ella. Fui a su clase y la puerta estaba entornada, así que oí parte de su conversación. Estaba con Aphrodite.

—¡Ese bicho estaba cotilleando acerca de ti!

—No estoy segura. Solo oí parte de lo que decían.

—Apuesto a que estabas absolutamente aterrada cuando Neferet fue a buscarte al comedor para que cenaras con ella.

—Absolutamente —confirmé yo.

—No es de extrañar entonces que pareciera que estabas enferma. ¡Dios!, ahora lo comprendo —dijo Stevie Rae, cuyos ojos de pronto se agrandaron—. ¿Aphrodite te ha metido en problemas con Neferet?

—No. Esta noche, cuando hablé con Neferet, me dijo que las visiones de Aphrodite eran falsas porque Nyx le ha retirado el don. Así que sea lo que sea lo que Aphrodite le dijera, Neferet no la creyó.

—Bien —afirmó Stevie Rae, que parecía dispuesta a partir a Aphrodite en dos.

—No, bien no. La reacción de Neferet fue demasiado dura. Hizo llorar a Aphrodite. Mucho. Stevie Rae, Aphrodite estaba destrozada por lo que le había dicho Neferet. Además, Neferet no parecía la misma de siempre.

—Zoey, no puedo creer que tengamos que hablar de esto otra vez. Tienes que dejar de lamentarte por Aphrodite.

—Stevie Rae, tú no comprendes. No se trata de Aphrodite, sino de Neferet. Fue cruel. Aunque Aphrodite estuviera chivándose de algo mío y exagerando lo que vio, la respuesta de Neferet fue un error. Y tengo un mal presentimiento con respecto a

eso.

—¿Tienes un mal presentimiento con respecto a Neferet?

—Sí... no... no lo sé. No se trata solo de Neferet. Es como si se tratara de una mezcla de cosas, y todas ellas salen al mismo tiempo. Chris, Loren, Aphrodite, Neferet... Algo va mal, Stevie Rae.

Stevie Rae parecía confundida, pero enseguida me di cuenta de que necesitaba una analogía al estilo de Oklahoma para comprenderme.

—¿Sabes que justo antes de un tornado parece que todo va bien? Me refiero a cuando el cielo está despejado, pero el viento comienza a enfriarse y a cambiar de dirección. Sabes que algo está a punto de ocurrir, pero no siempre sabes lo que es. Pues así me siento yo ahora.

—¿Como si viniera una tormenta?

—Sí, una grande.

—Entonces, ¿qué quieres que haga yo?

—Que vigiles las tormentas.

—Eso puedo hacerlo.

—Gracias.

—¿Pero podemos ver primero una película? Damien acaba de pedir *Moulin Rouge* al Netflix. Pensaba traérsela, y las gemelas se las iban a arreglar para pillar unas patatas fritas de verdad, no de esas sin grasa —dijo Stevie Rae, mirando su reloj de Elvis—. Probablemente estarán ya abajo, cabreados porque llevan rato esperándonos.

Adoraba el hecho de poder descargar sobre Stevie Rae todo lo que sentía como un aterrador terremoto en mi interior y ver que ella se ponía a invocar a su «¡ohdiosmío!» para, un segundo después, comenzar a hablar de cosas tan banales como las películas y las patatas fritas. Me hacía sentirme como una persona normal, con los pies bien plantados en la tierra, y comprender que nada podía ser tan abrumador y confuso. Le sonreí.

—¿*Moulin Rouge*?, ¿con Ewan McGregor?

—El mismo. Espero que podamos verle el culo.

—Ya me has convencido. Vamos. Pero recuerda...

—¡Dios! Lo sé, lo sé. No digas nada de esto a nadie —me interrumpió Stevie Rae—. Pero entonces déjame decirlo una vez más: Loren Blake está por ti.

—¿Has terminado ya?

—Sí —sonrió ella maliciosamente.

—Espero que alguien me haya conseguido una bebida burbujeante marrón.

—¿Sabes, Z? Eres muy rara con eso del refresco burbujeante marrón.

—Lo que tú digas, señorita Lucky Charms —dije yo, empujándola por la puerta.

—Eh, tú también podrías ser la señorita Lucky Charms.

—¿En serio? Entonces dime, ¿qué es el dulce de malvavisco?, ¿una fruta, o un vegetal?

—Las dos cosas. Esos cereales Lucky Charms son únicos... como yo.

Me reía de la tonta de Stevie Rae y me sentía mejor que en todo el día cuando trotamos escaleras abajo hacia el salón que da paso a los dormitorios. Las gemelas y Damien habían tomado posesión de una de las enormes pantallas planas de televisión, y nos hicieron señas para indicarnos dónde estaban. Stevie Rae tenía razón: estaban masticando Doritos auténticos, embadurnados de salsa de cebolla verde con toda su grasa (suena ordinario, pero está rico de verdad). Y mi bienestar llegó al culmen cuando Damien me tendió un enorme vaso de refresco burbujeante marrón.

—Habéis tardado mucho —dijo Damien, echándose a un lado del sofá para que pudiéramos sentarnos con él.

Las gemelas, naturalmente, habían pillado dos enormes sillones idénticos que habían arrastrado junto al sofá.

—Lo siento —se disculpó Stevie Rae, añadiendo después con una sonrisa en dirección a Erin—: Necesitaba estar un rato a solas con mis intestinos.

—Una excelente descripción, Stevie Rae —contestó Erin complacida.

—¡Puaj! Pon la peli, vamos —dijo Damien.

—Espera, yo tengo el mando —añadió Erin.

—¡Espera! —exclamé yo antes de que presionara el botón de «play».

El volumen estaba al mínimo, pero podía ver a Chera Kimiko en las noticias de la Fox News 23. Hablaba directamente a la cámara con un aspecto triste y serio. En la parte inferior de la pantalla corría un mensaje escrito en el que decía «encontrado el cuerpo del adolescente».

—Sube el volumen —añadí yo.

Shaunee subió el volumen.

—Repetimos nuestra noticia principal de esta mañana: el cuerpo del desaparecido delantero del Union, Chris Ford, ha sido encontrado por dos excursionistas que iban en kayak a última hora de la tarde del viernes. El cuerpo estaba enganchado a las rocas y barcazas de arena que se usan como muro de contención para crear una zona de rápidos de recreo en el río Arkansas, a la altura de la calle Veintiuno. Según diversas fuentes, el adolescente murió a causa de una pérdida de sangre masiva asociada a laceraciones múltiples, y es posible que fuera atacado por un animal grande. Tendremos más información sobre el asunto en cuanto se publique el resultado del examen médico oficial.

Mi estómago, que por fin parecía haberse asentado y se comportaba con normalidad, se encogió otra vez. Sentí que todo mi cuerpo se helaba. Pero las malas noticias no habían terminado. Chera miró seria a la cámara con sus preciosos ojos marrones y continuó:

—Y justo a continuación de esta trágica noticia nos llega otro informe de otro jugador del equipo de fútbol Union, también desaparecido.

En la pantalla salió entonces la foto de otro chico también muy mono, vestido con el típico uniforme rojo y blanco del equipo.

—Brad Higeons fue visto por última vez el viernes, poco después de la salida del instituto, en el Starbucks de la plaza de Utica donde estaba pegando fotos de Chris. Brad no era solo compañero del equipo de fútbol de Chris, sino además su primo.

—¡*Ohdiosmío!* Todo el equipo de Union está cayendo como moscas —dijo Stevie Rae. Entonces me miró a mí y yo vi sus ojos agrandarse y ponerse como platos—. Zoey, ¿estás bien? No tienes buen aspecto.

—También le conocía.

—Es extraño —dijo Damien.

—Los dos iban siempre juntos a las fiestas. Todo el mundo los conocía porque eran primos, a pesar de que Chris era negro y Brad es blanco.

—Eso para mí tiene mucho sentido —dijo Shaunee.

—Lo mismo digo, gemela —dijo Erin.

Yo apenas podía oírlas con el zumbido de mis oídos.

—Necesito... salir a dar una vuelta.

—Yo voy contigo —afirmó Stevie Rae.

—No, quédate aquí a ver la película. Yo solo... solo necesito un poco de aire fresco.

—¿Seguro?

—Sin duda. No tardaré mucho. Volveré a tiempo de verle el culo a Ewan.

A pesar de que casi podía sentir la preocupación con la que me miraba Stevie Rae (y oír a las gemelas discutir con Damien sobre si se le vería o no el culo a Ewan), salí corriendo del salón al fresco de la noche de noviembre.

Ciega, me alejé del edificio principal de la escuela, apartándome instintivamente de todo camino en el que pudiera encontrarme a gente. Me esforcé por seguir caminando y por respirar. ¿Qué demonios me estaba sucediendo? Sentía una enorme tensión en el pecho y tenía el estómago tan destrozado que tenía que tragar fuerte a cada momento para no vomitar. El zumbido de los oídos parecía haber aminorado, pero no había nada que hacer contra la ansiedad que rebosaba por todo mi cuerpo. Todo dentro de mí gritaba. Gritaba que algo no iba bien una y otra vez. Algo no iba bien.

Mientras caminaba, poco a poco me fui dando cuenta de que el cielo, que antes estaba despejado y lleno de estrellas que ayudaban a la luna casi llena a iluminar su espesa oscuridad, se había cubierto de repente. La suave y fresca brisa se había tornado fría, y hacía mover las hojas secas de los árboles a mi alrededor, mezclando los olores de la tierra y del viento con los de la oscuridad. De algún modo eso me

calmó, y el tumulto, los pensamientos inconexos y la ansiedad se rebajaron lo suficiente como para permitirme de hecho pensar.

Me dirigí a los establos. Lenobia me había dicho que podía cepillar y acicalar a *Perséfone* siempre que quisiera pensar o estar sola. Y sin duda lo necesitaba. Además, tener una dirección en la que caminar, un destino al que ir, era un pequeño logro en medio de mi caos interior.

Los establos estaban justo delante, extendidos a lo largo en un edificio bajo. Mi respiración comenzaba a apaciguarse cuando oí un ruido. Al principio no supe de qué se trataba. Sonó demasiado amortiguado, demasiado extraño. Entonces pensé que quizá fuera *Nala*. Era muy propio de ella seguirme y quejarse con su voz de viejecita gruñona hasta que me parara a cogerla en brazos. Miré a mi alrededor y la llamé en voz baja:

—Gatita-gatita-gatita.

Entonces el ruido se hizo más nítido, pero no era un gato. De eso estaba segura. Un movimiento cerca de los establos me llamó la atención, y vi una silueta desplomada sobre el banco que había junto a las puertas principales del establo. Allí solo había una lámpara de gas que estaba justamente junto a las puertas, pero el banco estaba inmediatamente a continuación, fuera del foco de luz de la lámpara.

La silueta volvió a moverse, y entonces supe que era la de una persona: un iniciado o un vampiro. Estaba sentado, pero inclinado de tal modo hacia delante, que casi se doblaba sobre sí mismo. El ruido comenzó otra vez. Yo estaba ya tan cerca, que podía distinguir que se trataba de un lamento: como si la persona que había sentada sobre el banco estuviera sufriendo.

Naturalmente, quería correr y largarme de allí, pero no podía. No habría estado bien. Además, lo sentí: sabía en mi interior que no podía marcharme, que, fuera lo que fuera lo que ocurriera en aquel banco, tenía que enfrentarme a ello.

Respiré hondo y me acerqué al banco.

—Eh... ¿estás bien?

—¡No!

Aquella palabra había sonado como un susurro inquietante, como un estallido.

—¿Puedo... puedo ayudarte? —pregunté, tratando de averiguar quién era el que estaba sentado allí, entre las sombras.

Creí ver un cabello de color claro y quizá unas manos cubriendo el rostro.

—¡El agua! El agua está tan fría y es tan profunda. No puedo salir... no puedo salir.

Ella apartó las manos de la cara en ese momento y alzó la vista hacia mí, pero antes de que lo hiciera yo ya sabía quién era. Había reconocido su voz. Y también había comprendido lo que le estaba ocurriendo. Me esforcé por acercarme a ella con calma. Ella seguía mirándome. Su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—Vamos, Aphrodite, estás teniendo una visión. Tengo que llevarte con Neferet.

—¡No! —gritó ella—. ¡No! No me llesves con ella. Ella no va a escucharme. Ella... ya no cree en mí.

Recordé lo que había dicho Neferet poco antes acerca de que Nyx le había retirado su don a Aphrodite. ¿Qué necesidad tenía de complicarme la vida con ella?, ¿quién sabía qué le estaba pasando a Aphrodite? Probablemente solo estaba montando una escena patética de teatro para llamar la atención, y yo no tenía tiempo para esas mierdas.

—Bien. Digamos que yo tampoco creo en ti —dije yo—. Quédate aquí y ten tu visión o lo que sea. Yo tengo otras cosas de qué preocuparme.

Me giré en dirección al establo, pero ella alargó la mano y me agarró de la muñeca.

—¡Tienes que quedarte! —exclamó Aphrodite mientras le castañeteaban los dientes. Era evidente que le costaba hablar—. ¡Tienes que oír la visión!

—No, no tengo por qué —contesté, apartando sus dedos aferrados a mi muñeca—. Sea lo que sea lo que ocurra, es asunto tuyo, no mío. Tú te encargas de él.

En esa ocasión, cuando me giré para marcharme, lo hice más deprisa.

Pero no lo suficientemente deprisa. Sentí sus siguientes palabras rasgar mi interior.

—Tienes que escucharme. Si no lo haces, tu abuela morirá.



—¿De qué demonios estás hablando? —pregunté, volviéndome hacia ella.

Aphrodite estaba jadeando, y sus ojos se agitaban inquietos. Incluso en medio de la oscuridad podía ver el blanco de sus ojos comenzar a nublarse. La agarré de los hombros y la sacudí.

—¡Dime lo que ves!

Aphrodite asintió con una pequeña y brusca sacudida, tratando de controlarse.

—Lo haré —jadeó—. Pero quédate conmigo.

Me senté junto a ella en el banco y dejé que me agarrara la mano sin importarme el hecho de que me la apretaba tanto que parecía que fuera a rompérmela. Y sin importarme tampoco que ella fuera mi enemiga, y una persona en la que no confiaba. Sin importarme nada, excepto el hecho de que mi abuelita podía tener problemas.

—No voy a ninguna parte —dije seria.

Entonces recordé cómo Neferet al principio la había animado a que le contara lo que veía.

—¡Agua! Es horrible... tan marrón y tan fría. Es todo tan confuso... no puedo... no puedo abrir la puerta del Saturno...

Sentí un horrible escalofrío. La abuelita tenía un Saturno. Se lo había comprado porque era uno de los coches más seguros y se suponía que podía sobrevivir a todo.

—Pero ¿dónde está el coche, Aphrodite?, ¿en qué agua está sumergido?

—En el río Arkansas —jadeó ella—. El puente... se ha derrumbado —continuó Aphrodite, llorando y con aspecto de estar aterrada—. Vi un coche caer delante de mí y golpear la barcaza. ¡Está ardiendo! Esos niños pequeños... los que intentaban que los conductores de los camiones pitaran al pasar... están en el coche.

Yo tragué fuerte y pregunté:

—Bien, ¿qué puente?, ¿cuándo?

Todo el cuerpo de Aphrodite se tensó de pronto al contestar:

—¡No puedo salir! ¡No puedo salir! El agua, está...

Aphrodite hizo entonces un ruido horrible que juro que sonó como si se atragantara, y luego se desplomó de nuevo sobre el banco y su mano se quedó flácida junto a la mía.

—¡Aphrodite! —grité, sacudiéndola—. Tienes que despertarte. ¡Tienes que contarme más cosas de lo que has visto!

Lentamente, ella abrió los párpados. Esa vez no vi el blanco de sus ojos negros, y cuando terminó de abrirlos del todo parecían normales. Aphrodite me soltó bruscamente la mano y se apartó el pelo de la cara con la mano temblorosa. Noté que

la tenía mojada y que estaba cubierta de sudor. Ella parpadeó un par de veces más antes de mirarme a los ojos. Su mirada era tranquila, y no pude leer en ella otra cosa que puro agotamiento en su expresión y en su voz.

—Bien, te has quedado —dijo ella.

—Dime lo que has visto. ¿Qué le ocurría a mi abuela?

—El puente sobre el que estaba su coche se derrumbó, y ella cayó al río y se ahogó —dijo Aphrodite lisa y llanamente.

—No. No, eso no ocurrirá. Dime qué puente. Cuándo. Cómo. Yo lo detendré.

Los labios de Aphrodite se curvaron, esbozando un atisbo de sonrisa.

—Ah, ¿quieres decir que de pronto crees en mis visiones?

El temor por mi abuela era como un dolor hirviendo en mi interior. La agarré del brazo y me puse en pie, obligándola a ella a hacer lo mismo.

—Vamos.

Ella sacudió la mano tratando de apartarse de mí, pero estaba demasiado débil. No me costaba nada sujetarla.

—¿Adónde?

—A ver a Neferet, por supuesto. Ella arreglará esta mierda, y tú vas a hablar con ella.

—¡No! —dijo Aphrodite casi a gritos—. No se lo contaré. Juro que no lo haré. Pase lo que pase, diré que no me acuerdo de nada excepto de que había agua y un puente.

—Neferet te lo sonsacará.

—¡No lo hará! Sabrá que le miento, que le oculto algo, pero no sabrá qué. Si me llevas a verla, tu abuela morirá.

Me sentía tan enferma, que comencé a temblar.

—¿Qué quieres, Aphrodite?, ¿quieres ser la líder de las Hijas Oscuras otra vez? De acuerdo. Te devuelvo el puesto. Pero dime qué hago con mi abuela.

Una expresión de crudo dolor cruzó el pálido rostro de Aphrodite.

—Tú no puedes devolvérmelo, tiene que ser Neferet.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Solo quiero que me escuches para que sepas que Nyx no me ha abandonado. Quiero que creas que mis visiones siguen siendo reales —contestó Aphrodite, mirándome a los ojos. Su voz sonaba tensa y muy baja—. Y quiero que me debas una. Algún día serás una poderosa alta sacerdotisa, más poderosa aún que Neferet. Y puede que algún día yo necesite protección, y entonces me vendrá muy bien que me debas un favor.

Quería decirle que era absolutamente imposible que yo pudiera protegerla de Neferet. Ni en ese momento, ni quizá nunca. O quizá yo no quisiera hacerlo. Aphrodite estaba hecha un lío, y yo ya había sido testigo de lo egoísta y odiosa que

podía llegar a ser. No quería deberle un favor; no quería tener nada que ver con ella.

Pero tampoco tenía elección.

—Bien. No te llevaré ante Neferet. Y ahora dime, ¿qué has visto?

—Primero dame tu palabra de que me debes un favor. Y recuerda, no se trata de una promesa humana vacía. Cuando los vampiros dan su palabra, sean iniciados o adultos, es un compromiso.

—Si tú me dices cómo salvar a mi abuela, yo te doy mi palabra de que te debo un favor.

—Un favor de mi elección —se apresuró a añadir ella astutamente.

—Sí, lo que sea.

—Tienes que decir el juramento completo.

—Si tú me dices cómo salvar a mi abuela, te doy mi palabra de que te deberé un favor de tu elección.

—Así ha sido dicho; así se hará —susurró Aphrodite.

Su voz me produjo escalofríos en la espalda, pero no les hice caso.

—Dímelo.

—Primero tengo que sentarme —dijo ella.

De pronto estaba otra vez temblorosa, y se derrumbó sobre el banco.

Yo me senté junto a ella y esperé con impaciencia mientras se calmaba. Cuando comenzó a hablar, sentí todo el impacto del horror de lo que me estaba contando en mi interior, y supe en lo más hondo de mi alma que su visión era cierta. Si Nyx estaba enfadada con Aphrodite, aquella noche desde luego no lo demostraba.

—Esta tarde tu abuela tomará la autopista Muskogee Turnpike de camino a Tulsa —dijo Aphrodite, haciendo una pausa para ladear la cabeza como si tuviera que escuchar al viento—. Tu cumpleaños es el mes que viene. Ella viene a la ciudad a comprarte un regalo.

La sorpresa me invadió. Aphrodite tenía razón. Mi cumpleaños era en diciembre. El asqueroso día de mi cumpleaños era el veinticuatro de diciembre, así que en realidad jamás lo había celebrado. Todo el mundo quería juntarlo con la Navidad. Ni siquiera el año anterior, cuando cumplía dieciséis y hubiera debido de celebrarlo con una enorme y elegante fiesta, hice nada especial. Resultaba realmente una lata... Sacudí ese pensamiento. No era el momento de perderse en quejas eternas a propósito de mi cumpleaños.

—Bien, así que ella viene a la ciudad esta tarde, ¿y qué más ocurre? Aphrodite entrecerró los ojos como si estuviera tratando de ver en medio de la oscuridad.

—Es extraño. Por lo general puedo decir exactamente por qué ocurre el accidente, por ejemplo si un avión falla o lo que sea, pero esta vez estaba tan concentrada en tu abuela, que no estoy segura de por qué se hunde el puente —dijo Aphrodite, volviendo entonces la vista hacia mí—. Puede que sea porque esta es la primera

visión que tengo en la que muere alguien a quien reconozco. Eso me ha aturdido.

—Ella no va a morir —afirmé yo rotundamente.

—Entonces no debe de ir al puente. Recuerdo que el reloj del salpicadero de su coche marcaba las tres y cuarto, así que estoy segura de que es por la tarde.

Automáticamente miré el reloj: las seis y diez de la madrugada. Amanecería en una hora (y yo me iría a la cama), lo cual significaba que la abuela estaría despertándose. Conocía sus horarios. Se levantaba hacia el amanecer y salía a pasear a la suave luz de la mañana. Luego volvía a su acogedora casita y desayunaba algo ligero antes de comenzar con el trabajo que tuviera que hacer ese día en la granja de lavanda. La llamaría por teléfono y le diría que se quedara en casa, que no debía arriesgarse siquiera a salir en coche a ninguna parte. Ella estaría a salvo; yo me aseguraría de eso. Entonces otra idea cruzó mi mente. Miré a Aphrodite.

—¿Y la otra gente? Recuerdo que has dicho algo acerca de unos niños del coche de delante de ti, y que ese coche se estrelló y se prendió fuego.

—Sí.

Yo fruncí el ceño sin dejar de mirarla.

—¿Sí, qué?

—Que sí, yo lo observaba todo desde el punto de vista de tu abuela, y vi un montón de coches que se habían estrellado a mi alrededor. Sin embargo ocurrió muy deprisa, así que no puedo decirte realmente cuántos eran.

Ella no dijo nada más, pero yo sacudí la cabeza con disgusto.

—¿Y qué te parecería salvarlos? ¡Has dicho que morían niños!

Aphrodite se encogió de hombros.

—Te he dicho que mi visión era confusa. No puedo decir con exactitud dónde fue, y la única razón de que sepa la hora es porque vi la fecha y la hora en el salpicadero del coche de tu abuela.

—¿Así que vas a dejar que toda esa otra gente muera?

—¿Y a ti qué te importa? Tu abuela no morirá.

—Me pones enferma, Aphrodite. ¿Te importa alguien aparte de ti?

—Lo que tú digas, Zoey. ¡Como si tú fueras tan perfecta! No te he oído preocuparte por nadie excepto por tu abuela.

—¡Por supuesto que me he preocupado sobre todo por ella! ¡Yo la quiero! Pero no quiero que muera nadie más tampoco. Y nadie va a morir si yo puedo evitarlo. Así que tienes que encontrar el modo de decirme de qué puente estás hablando.

—Ya te lo he dicho, está en la autopista Muskogee Turnpike. No sé cuál de ellos es.

—¡Concéntrate! ¿Qué más has visto?

Aphrodite suspiró y cerró los ojos. Yo observé su rostro mientras fruncía el ceño: parecía encogerse de miedo. Con los ojos aún cerrados dijo:

—Espera, no. No es en la autopista. He visto la señal. Es en el puente de la I-40 sobre el río Arkansas, el que está justo al salir de la autopista junto a las cataratas Webber —dijo Aphrodite, abriendo los ojos—. Ahora ya sabes dónde y cuándo. No puedo decirte mucho más. Creo que una especie de barca plana, como una barcaza, que golpea el puente, pero eso es todo lo que sé. No he visto nada que pudiera identificar la barca. Y bien, ¿cómo vas a evitarlo?

—No lo sé, pero lo haré —musité.

—Bueno, pues mientras tú piensas en cómo salvar el mundo, yo me voy a mi dormitorio a hacerme las uñas. Las uñas andrajosas son patéticas.

—¿Sabes? Tener unos padres locos no es excusa para no tener corazón —dije yo.

Ella se había dado la vuelta, pero al oírme se detuvo. Tensó la espalda al máximo y cuando me miró por encima del hombro, vi que entrecerraba los ojos en un gesto de enfado.

—¿Y qué sabrás tú de eso?

—¿De tus padres? No mucho, excepto que te manejan y que tu madre es una pesadilla. ¿O te refieres a los padres-jódelo-todo en general? De eso sí sé mucho. He estado conviviendo con el problema de los padres coñazo desde que mi madre volvió a casarse hace tres años. Es jodido, pero no es una excusa para ser una guarra.

—Pues prueba a pasar dieciocho años con algo más que unos simples padres coñazo, y quizá comiences a comprender. Hasta entonces, tú no sabes una mierda.

Entonces, con el gesto de la antigua Aphrodite que tan bien conocía y a la que no soportaba, ella se sacudió la melena y se marchó, meneando su culito como si a mí me importara.

—Problemas. La chica tiene verdaderos problemas —musité yo.

Me senté en el banco y comencé a rebuscar el móvil por el bolso, contenta de llevarlo siempre encima aunque tuviera que llevarlo apagado, sin vibración siquiera. La razón podía resumirse en una sola palabra: Heath. Él era mi casi ex novio humano, y desde el momento en el que él y mi definitivamente ex amiga Kayla habían tratado de hacerme escapar de la Casa de la Noche (eso era exactamente lo que decían ellos, los muy imbéciles), Heath estaba más que obsesionado conmigo. Por supuesto, en realidad no era culpa suya. Fui yo la que probó su sangre y comenzó todo el asunto de la conexión con él, pero aún así. De todos modos, aunque el número de sus mensajes se había reducido desde un millón o así al día (que quiere decir unos veinte) a dos o tres, seguía sin tener ganas de dejarlo encendido y soportar que me molestara. Y, por supuesto, cuando lo abrí y encendí había dos llamadas perdidas, las dos de Heath. No había mensajes, en cambio, así que con un poco de suerte él me estaba demostrando que era capaz de aprender.

La abuela parecía somnolienta cuando contestó al teléfono, pero nada más darse cuenta de que era yo quien llamaba se espabiló.

—¡Oh, Zoeybird! Es tan maravilloso despertarme oyendo tu voz —comentó ella. Yo sonreí.

—Te echo de menos, abuelita.

—Y yo a ti también, cariño.

—Abuelita, la razón por la que te llamo es un poco rara, pero vas a tener que confiar en mí.

—Pues claro que confío en ti —contestó ella sin vacilar.

Mi abuela es tan distinta de mi madre que a veces me pregunto cómo puede ser que sean de la misma familia.

—Bien, hoy, más tarde, piensas ir a Tulsa a hacer algunas compras, ¿verdad?

Hubo una breve pausa, y entonces ella se echó a reír y contestó:

—Supongo que me va a costar trabajo mantener como una sorpresa los regalos de cumpleaños de mi nietecita la vampira.

—Necesito que me prometas una cosa, abuelita. Prométeme que hoy no irás a ninguna parte. No te subas al coche. No vayas conduciendo a ningún sitio. Simplemente quédate en casa y relájate.

—¿Qué ocurre, Zoey?

Yo vacilé, sin saber muy bien cómo decírselo. Entonces, haciendo uso de su habitual habilidad para comprenderme, la abuela dijo en voz baja:

—Recuerda que puedes contármelo todo, Zoeybird. Yo te creeré.

No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta ese instante. Mientras soltaba el aire, dije:

—El puente de la I-40 sobre el río Arkansas, junto a las cataratas de Webber, va a derrumbarse. Se supone que tú estarás en él y morirás.

La última frase la dije en voz baja, casi como un susurro.

—¡Oh! ¡Oh, Dios! Será mejor que me siente.

—Abuelita, ¿estás bien?

—Creo que ahora sí, pero no lo estaría si tú no me hubieras avisado, y por eso siento como si me mareara —contestó la abuela, que debió coger una revista o algo así porque yo oía cómo se abanicaba—. ¿Cómo lo has descubierto?, ¿tienes visiones?

—No, yo no. Aphrodite.

—¿La chica que era líder de las Hijas Oscuras? Creía que no erais amigas.

—No lo somos —solté yo—. De ningún modo. Me la encontré mientras tenía una visión, y ella me ha dicho lo que ha visto.

—¿Y tú confías en esa chica?

—En absoluto, pero sí confío en su poder. Y la vi, abuela. Era como si ella estuviera allí, contigo. Fue horrible. Te vio estrellarte y todos esos niños pequeños murieron...

Tuve que hacer una pausa para respirar. Lo cierto era que de pronto caía por fin

en la cuenta: mi abuela podía haber muerto ese día.

—Espera, ¿hay más gente involucrada en el accidente?

—Sí, cuando el puente se derrumbe un montón de coches caerán al río.

—Pero ¿y la otra gente?

—Yo me ocuparé de eso, abuela. Tú simplemente quédate en casa.

—¿Y no debería ir al puente y tratar de detenerlos?

—¡No! Mantente alejada de allí. Yo me aseguraré de que nadie resulta herido, te lo prometo. Pero tengo que saber que tú estás a salvo.

—De acuerdo, cariño. Te creo. No tienes que preocuparte por mí. Estaré en casa, sana y salva. Tú harás lo que tengas que hacer, y si me necesitas, llámame. A la hora que sea.

—Gracias, abuelita. Te quiero.

—Yo también te quiero, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa*.

Después de colgar me quedé un rato sentada ahí, tratando de serenarme y dejar de temblar. Solo un ratito. Mi mente comenzaba ya a elaborar un plan, y no tenía tiempo que perder. Necesitaba ponerme manos a la obra.



—Entonces, ¿por qué no podemos contarle a Neferet todo el asunto? A ella le basta con hacer unas cuantas llamadas telefónicas, igual que hizo el mes pasado cuando Aphrodite tuvo una visión sobre un avión que se estrellaba en el aeropuerto de Denver —dijo Damien, poniendo buen cuidado de mantener la voz baja.

—Aphrodite me hizo prometerle que no se lo diría a Neferet. Ellas dos están peleadas o algo así.

—Ya era hora de que Neferet comenzara a verla como la guarra que es —dijo Stevie Rae.

—Vaca odiosa —intervino Shaunee.

—Bruja del demonio —convino Erin.

—Sí, bueno, da igual qué sea realmente, lo que importa son sus visiones y la gente que está en peligro —dije yo.

—Oí decir que sus visiones ya no son fiables porque Nyx le ha retirado el don —dijo Damien—. Quizá sea por eso por lo que te hizo prometerle que no irías a ver a Neferet, porque se lo ha inventado todo y quiere ponerte nerviosa para que hagas algo que o bien te deje en mal lugar, o bien te cause problemas.

—Yo también pensaría lo mismo si no la hubiera visto teniendo esa visión. Te aseguro que no estaba fingiendo, de eso estoy segura.

—Pero ¿te está diciendo toda la verdad? —preguntó Stevie Rae.

Pensé sobre ello por un momento. Aphrodite había admitido ya abiertamente ante mí que podía ocultar partes de sus visiones a Neferet. ¿Qué me hacía pensar que no estaba haciendo lo mismo conmigo también? Entonces recordé la palidez de su rostro, la forma en que me había agarrado la mano y el miedo que delataba su voz mientras se unía a mi abuela en el momento de su muerte. Me eché a temblar.

—Me estaba diciendo la verdad —dije yo—. Chicos, me temo que tendréis que confiar en que mi intuición no se equivoca.

Miré a mis cuatro amigos. A ninguno de ellos le gustaba el asunto, pero yo sabía que los cuatro confiaban en mí y que podía contar con ellos.

—Bien, lo que hay que hacer es lo siguiente. Ya he llamado a mi abuela. Ella no estará en el puente, pero el resto de la gente sí. Tenemos que encontrar el modo de salvar a toda esa gente.

—Aphrodite dijo que una especie de barcaza golpeaba el puente provocando que se derrumbara, ¿no? —preguntó Damien.

Yo asentí.

—Bueno, podrías fingir que eres Neferet y hacer lo que hace ella, llamar a quien

sea que esté a cargo de esas barcazas y decirle que una de tus estudiantes ha tenido la visión de una tragedia. La gente escucha a Neferet: les asusta no hacerlo. Y todo el mundo sabe que su información ha salvado muchas vidas humanas.

—Eso ya lo he pensado, pero no funcionaría porque Aphrodite no vio la barcaza con claridad. Ni siquiera estaba segura de que fuera una barcaza, así que no hay modo de saber con quién contactar para detener la tragedia. Y no puedo fingir que soy Neferet. Me parece mal. Quiero decir que es como meterse uno sólito en problemas. Nunca puedes saber si la persona a la que llame no llamará después a Neferet para informarle sobre cómo lo han arreglado todo. Y entonces se descubriría el pastel.

—Sí, y sería un pastel realmente feo —comentó Shaunee.

—Sí, Neferet descubriría que la bruja ha tenido otra visión, así que tu promesa de mantenerlo en secreto se rompería —dijo Erin.

—Bien, así que no se puede hacer nada con la barcaza, y fingir que eres Neferet queda descartado. Eso te deja casi una sola opción: cerrar el puente —concluyó Damien.

—Sí, eso también lo había pensado yo —dije yo.

—¡Una amenaza de bomba! —exclamó Stevie Rae de repente.

Todos la miramos.

—¿Cómo? —preguntó Erin.

—Explícate —añadió Shaunee.

—Llamamos a quienquiera que llamen esos *frikis* que amenazan con una bomba.

—Eso desde luego podría funcionar —dijo Damien—. Cuando hay una amenaza de bomba en un edificio siempre lo desalojan, así que me imagino que si hay una amenaza de bomba en un puente, cerrarán el puente. Al menos hasta que averigüen si la amenaza de bomba es real.

—Si llamo desde el móvil no podrán saber quién ha llamado, ¿no? —pregunté yo.

—¡Oh, por favor! —exclamó Damien, sacudiendo la cabeza como si yo fuera idiota—. Por supuesto que pueden rastrear las llamadas de los móviles. No estamos en los años noventa.

—Entonces, ¿qué hago?

—Puedes usar un móvil, pero tiene que ser uno de esos que luego se tiran —explicó Damien.

—¿Quieres decir como esas cámaras de fotos de un solo uso?

—Pero tú, ¿dónde vives? —preguntó Shaunee.

—¿Quién es el que no sabe que existen móviles de usar y tirar? —preguntó Erin.

—Yo —dijo Stevie Rae.

—Exacto —dijeron las gemelas al unísono.

—Eh —dijo Damien, sacándose un enorme y feo Nokia del bolsillo—, usa el mío.

—¿Por qué tienes un móvil de usar y tirar? —pregunté yo mientras examinaba el aparato, que parecía completamente normal.

—Me lo compré cuando mis padres se volvieron locos porque era gay. Hasta que fui marcado y vine aquí, me sentía como si fueran a castigarme y a apartarme de la vida eternamente. No quiero decir con eso que esperara que me encerraran en un armario de por vida, pero siempre es bueno estar preparado por si acaso. Desde entonces, siempre me aseguro de llevar uno encima.

Ninguno de nosotros supo qué decir. Era realmente terrible que los padres de Damien se hubieran vuelto tan locos por el hecho de que él fuera gay.

—Gracias, Damien —dije yo al fin.

—De nada. Asegúrate de que lo apagas inmediatamente y me lo devuelves en cuanto hayas terminado de hacer la llamada. Yo lo destruiré.

—De acuerdo.

—Y asegúrate también de que les dices que la bomba está instalada por debajo de la superficie del agua. De ese modo tendrán que cerrar el puente durante mucho más tiempo para poder mandar a los buzos a buscarla.

Yo asentí.

—Buena idea. Les diré que la bomba explotará a las tres y cuarto, que es la hora exacta en la que ocurrirá. Aphrodite vio el reloj del salpicadero del coche de mi abuela cuando se estrellaba.

—No sé cuánto tiempo se necesita para estas cosas, pero me imagino que deberías llamar hacia las dos y media. Así tendrán tiempo suficiente para llegar y cerrar el puente, pero no tanto como para descubrir que el aviso es falso y volver a abrirlo, de modo que se llene otra vez de coches para las tres —dijo Stevie Rae.

—Eh, chicos —dijo Shaunee—, ¿ya quién vais a llamar?

—¡Dios!, no lo sé.

Comenzaba a sentir que el estrés me invadía, y sabía que muy pronto tendría un terrible dolor de cabeza.

—Míralo en Google —sugirió Erin.

—No —negó Damien rápidamente—. No queremos que sigan el rastro del ordenador. Basta con una llamada al departamento local del FBI. Seguro que el número viene en la guía. Harán lo que hacen siempre que llama un loco con un aviso.

—¿El qué?, ¿seguirle la pista y meterlo en la cárcel para el resto de la eternidad? —musité yo lúgubrementemente.

—No, no van a pillarte. No vas a dejar ninguna pista. No tendrán ninguna razón para pensar que ha sido uno de nosotros. Llama hacia las dos y media. Diles que has puesto una bomba debajo del puente porque... —Damien vaciló.

—¡Por la polución! —soltó Stevie Rae.

—¿La polución? —repitió Shaunee.

—No creo que debas decir que es por la polución, no resulta convincente. Creo que debes decir que es porque estás harta de la interferencia del Gobierno en los sectores de la vida privada —dijo Erin.

Yo, simplemente, parpadeé. ¿Qué demonios acababa de decir Erin?

—Excelente razón, gemela —dijo Shaunee.

—Ha sonado exactamente igual que mi padre. Seguro que él estaría orgulloso. Bueno, no de la parte de poner la bomba, pero de lo otro sí.

—Te comprendemos, gemela —dijo Shaunee.

—A mí sigue gustándome más eso de que estás cansada de tanta polución. La polución es un problema real —insistió Stevie Rae con cabezonería.

—Bien, ¿y si digo que es por la interferencia del Gobierno y por la polución en nuestros ríos? Esa sería una buena razón para poner la bomba en el puente —dije yo. Todos me miraron con una expresión atónita. Yo suspiré—. Por la polución en el río.

—¡Ahh! —exclamaron todos.

—Somos unos terroristas de pacotilla —rió Stevie Rae.

—Pues yo creo que eso es bueno —dijo Damien.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —pregunté yo—. Llamo al FBI, y todos mantenemos la boca cerrada con relación a la visión de Aphrodite.

Todos asintieron.

—Bien. Estupendo. Entonces supongo que necesito una guía telefónica para mirar el número del FBI, y luego...

Vi algo moverse por el rabillo del ojo, y alcé la vista y vi a Neferet acompañando a dos hombres con traje a los dormitorios. Todos nos quedamos callados de pronto, y yo oí repetidamente un susurro por el salón que decía: «Son humanos...». Entonces ya no me quedó tiempo para pensar ni para escuchar, porque enseguida fue evidente que Neferet y los dos humanos se dirigían directamente hacia mí.

—Ah, Zoey, estás ahí —sonrió Neferet en mi dirección, con su habitual amabilidad—. Estos caballeros necesitan hablar contigo. Creo que podemos ir a la biblioteca. No tardaremos más que un momento.

Neferet nos hizo un gesto digno a los hombres del traje y a mí para que la siguiéramos y salió del enorme salón principal (mientras todos nos miraban boquiabiertos) en dirección al cuartito que llamábamos la biblioteca de los dormitorios. En realidad era más bien una habitación dedicada a los ordenadores, con unas cuantas sillas cómodas y un puñado de estantes llenos de libros. Solo había dos chicas en la fila de ordenadores, pero Neferet se libró de ellas con una orden rápida. Se escurrieron fuera del cuartito y Neferet cerró la puerta. Por último ella se giró hacia nosotros. Yo miré el reloj que había sobre uno de los ordenadores. Eran las siete y seis minutos de la mañana del sábado. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Zoey, estos son el detective Marx —dijo Neferet señalando al más alto de los

dos hombres— y el detective Martin, de la división de homicidios del Departamento de Policía de Tulsa. Quieren hacerte unas cuantas preguntas sobre el chico humano que fue asesinado.

—Bien —dije yo.

No dejaba de preguntarme qué tipo de preguntas me harían. ¡Demonios!, yo no sabía nada. Ni siquiera conocía bien al chico.

—Señorita Montgomery —comenzó el detective Marx, al que Neferet interrumpió inmediatamente.

—Redbird.

—¿Cómo dice?

—Zoey cambió legalmente su apellido por el de Redbird cuando se convirtió en una menor emancipada al entrar en nuestra escuela el mes pasado. Todos nuestros estudiantes están legalmente emancipados. Es útil dada la naturaleza única de nuestra escuela.

El poli asintió brevemente. No pude adivinar si el comentario le había molestado o no, pero supuse, por su forma de mirar continuamente a Neferet, que la respuesta era no.

—Señorita Redbird —continuó él—, hemos recibido cierta información según la cual tú conoces a Chris Ford y a Brad Higeons. ¿Es eso cierto?

—Ya te digo. Quiero decir que sí —me apresuré a corregirme. Era evidente que no era el mejor momento para parecer una estúpida adolescente—. Los conozco... bueno, los conocía a los dos.

—¿Qué quieres decir con eso de que los «conocías»? —preguntó el detective Martin, el poli bajito, bruscamente.

—Bueno, quiero decir que ya no salgo más por ahí con adolescentes humanos, pero tampoco antes de ser marcada veía mucho ni a Chris ni a Brad.

Me pregunté por qué razón el poli se mostraba tan tenso ante mi respuesta, y entonces me di cuenta de que había hablado en pasado, lo cual debía haber sonado bastante mal dado que Chris estaba muerto, pero Brad solo había desaparecido.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste a los dos? —preguntó Marx.

Yo me mordí el labio, tratando de recordar.

—No los veo hace meses... desde el comienzo de la temporada de fútbol, pero entonces solo los vi en dos o tres fiestas en las que estaban ellos también.

—Entonces, ¿no estabas con ninguno de los dos?

Yo fruncí el ceño y contesté:

—No, yo más o menos salía con un *quarterback* del Broken Arrow. Por eso es por lo que conocía a los chicos del Union —expliqué, sonriendo para tratar de aligerar la tensión—. La gente cree que los jugadores del Union detestan a los del BA, pero en realidad no es cierto. Muchos han crecido juntos, y un puñado de ellos

aún siguen siendo amigos.

—Señorita Redbird, ¿cuánto tiempo lleva en la Casa de la Noche? —preguntó el poli bajito como si yo no me hubiera esforzado por ser amable.

—Zoey lleva con nosotros casi exactamente un mes —contestó Neferet por mí.

—Y durante ese mes, ¿alguno de los dos, Chris o Brad, han venido a visitarte?

—¡No! —exclamé yo, completamente sorprendida.

—¿Quieres decir que no ha venido ningún adolescente humano a visitarte aquí en absoluto?

Martin había disparado la pregunta muy deprisa. Tanto, que me pilló por sorpresa y contesté medio tartamudeando y como una estúpida. Y estoy segura de que tenía todo el aspecto de ser culpable. Por suerte, Neferet me salvó.

—Dos amigos de Zoey efectivamente vinieron a verla durante la primera semana que estuvo aquí, aunque no creo que se pudiera llamar a eso una visita oficial —dijo Neferet con una inteligente sonrisa de adulto, destinada a transmitirles a los detectives un mensaje que venía a decir algo así como: «Los niños siempre serán niños». Luego asintió alentadoramente en dirección a mí—. Continúa, cuéntales lo de tus dos amigos que pensaron que sería divertido escalar el muro.

Neferet me miró fijamente. Yo le había contado todo el asunto de que Heath y Kayla habían escalado el muro con la ridícula idea de ayudarme a escapar. O, al menos, esa había sido la idea de Heath. Kayla, mi ex mejor amiga, simplemente quería hacerme ver que estaba dispuesta a arrebatarme a Heath. Le había contado a Neferet todo eso y mucho más. Como, por ejemplo, cómo había probado medio accidentalmente la sangre de Heath, hasta que Kayla me había pillado y se había puesto hecha una furia. Entonces, mirando fijamente a los ojos de Neferet, supe tan claramente como si ella hubiera dicho las palabras en voz alta que tenía que guardarme para mí el pequeño incidente de que había saboreado la sangre, lo cual a mí me pareció mejor que bien.

—En realidad no hay mucho que contar, y hace de eso casi un mes. A Kayla y a Heath se les ocurrió colarse aquí para ayudarme a escapar —expliqué yo, sacudiendo la cabeza como si pensara que estaban locos.

El poli alto enseguida saltó con la pregunta:

—¿Kayla y Heath qué?

—Kayla Robinson y Heath Luck —contesté yo. (Sí, el apellido de Heath es Luck, «Suerte», pero lo único en lo que Heath ha tenido suerte es en que jamás lo han pillado conduciendo colocado)—. Bueno, el caso es que Heath es a veces un poco lento, y Kayla... bueno, a Kayla se le dan bien los zapatos y el pelo, pero de sentido común no anda muy allá. Así que en realidad no habían pensado mucho en el tema de «Eh, que ella va a convertirse en un vampiro, y si abandona la Casa de la Noche, morirá». Entonces les expliqué que no solo no quería escaparme, sino que además no

podía. Y eso fue todo.

—¿Y no ocurrió nada fuera de lo normal cuando viste a tus amigos?

—¿Quiere decir cuando volví al dormitorio?

—No. Repetiré la pregunta con otras palabras. ¿No ocurrió nada fuera de lo normal cuando viste a Kayla y a Heath? —preguntó Martin.

Yo tragué.

—No.

En realidad esa no era exactamente una mentira. Según parece, no es del todo anormal para un iniciado experimentar el deseo de sangre de un vampiro adulto. Yo no hubiera debido de experimentarlo tan pronto dentro de mi proceso de cambio, pero tampoco mi marca hubiera debido de estar coloreada ni hubiera debido de tener los tatuajes decorativos de la cara de un vampiro adulto. Por no mencionar el hecho de que ningún otro iniciado o vampiro ha tenido jamás tatuado el hombro y la espalda como la tengo yo. Vamos, que yo no soy exactamente un iniciado normal.

—¿No le hiciste un corte al chico y te bebiste su sangre? —preguntó el poli bajito con una voz como el hielo.

—¡No! —grité yo.

—¿Está usted acusando a Zoey de algo? —preguntó Neferet, dando un paso hacia mí.

—No, señora. Simplemente la estamos interrogando para tratar de hacernos una idea de la dinámica de los amigos de Chris Ford y Brad Higeons. Hay unos cuantos aspectos del caso que resultan especialmente poco habituales y...

El poli bajito siguió hablando y hablando mientras mi mente echaba a correr en otra dirección.

¿Qué estaba pasando? Yo no había cortado a Heath: solo le había arañado. Y no lo había hecho a propósito. Y lo que había hecho no era exactamente «beber» su sangre: más bien la había lamido. Pero ¿cómo diablos se habían enterado los polis de todo eso? Heath no era muy inteligente, pero no creía que él hubiera corrido a contarle a la gente (especialmente a unos detectives) que la chavala detrás de la cual andaba loco se había bebido su sangre. No, Heath jamás habría dicho nada de eso, pero...

Entonces supe por qué me estaban haciendo tantas preguntas.

—Hay algo que deberían saber acerca de Kayla Robinson —dije yo de pronto, interrumpiendo la aburrida charla del poli bajito—. Ella me vio besar a Heath. Bueno, en realidad fue él quien me besó a mí. A ella le gusta Heath —expliqué, mirando primero a un poli y luego al otro—. Quiero decir que le gusta de verdad, que quiere salir con él ahora que yo me he apartado de su camino. Así que cuando lo vio besarme se enfadó y comenzó a gritarme. Ciertamente, admito que no actué de un modo muy maduro. Me enfadé con ella. Quiero decir que está mal cuando tu mejor amiga va detrás de tu novio. Por eso... —me interrumpí y comencé a moverme

nerviosamente, como si me diera vergüenza admitir lo que estaba a punto de decir—. Le dije cosas malas a Kayla para asustarla. Ella se puso como loca y se marchó.

—¿Qué clase de cosas malas? —preguntó el detective Marx.

Yo suspiré antes de contestar:

—Algo así como que si no se marchaba, bajaría volando del muro y le chuparía la sangre.

—¡Zoey! —exclamó Neferet con dureza—. Tú sabes que esas no son formas apropiadas de hablar. Bastantes problemas tenemos ya con nuestra imagen sin necesidad de que asustes a los adolescentes humanos a propósito. No es de extrañar que el pobre se lo contara a la policía.

—Lo sé. Lo siento.

A pesar de saber que Neferet estaba siguiéndome el juego, me costaba no encogerme de miedo ante el poder de su voz. Alcé la vista hacia ambos detectives. Los dos miraban a Neferet con los ojos como platos, atónitos. Vaya. Así que, hasta ese momento, ella solo les había mostrado su precioso lado amable, el público. No tenían ni idea del tremendo poder al que se enfrentaban.

—¿Y no has visto a ninguno de los dos desde entonces? —preguntó el poli alto tras un incómodo silencio.

—Sí, una vez más, pero solo a Heath, y fue durante nuestro ritual de Samhain.

—¿Cómo dices?, ¿vuestro qué?

—Samhain es el antiguo nombre para la famosa noche de Halloween —explicó Neferet.

Ella volvía a ser la mujer despampanantemente bella y amable, y yo comprendí a la perfección por qué los polis parecían tan confusos. Sin embargo, le devolvieron a Neferet la sonrisa como si no tuvieran elección. Y, conociendo los poderes de Neferet, efectivamente no tenían elección.

—Continúa, Zoey —añadió Neferet.

—Bueno, estábamos unos cuantos chicos, y llevábamos a cabo nuestro ritual. Es como una misa de una iglesia pero al aire libre —expliqué yo.

Es cierto, nuestros rituales no tienen absolutamente nada que ver con una misa en la calle, pero de ninguna forma iba a explicarles a dos polis humanos que trazábamos un círculo e invocábamos a los espíritus de unos vampiros carnívoros muertos. Miré a Neferet. Ella asintió, alentándome a continuar. Yo respiré hondo y corregí la historia mientras la contaba. Sabía que en realidad no importaba lo que dijera. Heath no se acordaba de nada de lo ocurrido esa noche: la noche en la que estuvo a punto de morir a manos de los fantasmas de antiguos vampiros. Neferet se había asegurado de que su memoria quedara total y permanentemente bloqueada. Lo único que él sabía era que me había encontrado junto con un puñado de chicos y después se había desmayado.

—Bueno, pues Heath se coló en el ritual. Yo me sentía muy violenta, sobre todo porque... bueno... porque iba completamente ciego.

—¿Heath estaba borracho? —preguntó Mark.

Yo asentí.

—Sí, estaba borracho. Pero no quiero meterlo en ningún problema.

Había decidido de antemano no mencionar la desafortunada y esperemos que temporal fase de experimentación de Heath con la marihuana.

—Él no está metido en ningún problema.

—Bien. Quiero decir que ya no es mi novio, pero sigue siendo un buen chico.

—No te preocupes por eso, señorita Redbird, simplemente cuéntanos lo que pasó.

—Nada, en realidad. Se coló en nuestro ritual, y fue muy violento. Le dije que se fuera a casa y que no volviera, que él y yo ya habíamos terminado. Hizo el ridículo él solo y luego se desmayó. Lo dejamos ahí. Eso fue todo.

—¿No lo has visto desde entonces?

—No.

—¿Pero has sabido algo de él de alguna manera?

—Sí, me llama por teléfono demasiado a menudo y me deja molestos mensajes en el móvil. Pero cada vez menos —añadí precipitadamente. En realidad no quería causarle ningún problema—. Creo que por fin se está dando cuenta de que hemos terminado.

El poli alto terminó de tomar algunas notas y después se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que tenía metido dentro de una bolsa de plástico.

—¿Y qué me dices de esto, señorita Redbird? ¿Lo habías visto antes alguna vez?

El policía me tendió la bolsa y yo vi lo que había dentro. Era un colgante de plata con una larga cinta de terciopelo negro. El colgante tenía la forma de dos lunas crecientes, colocadas espalda contra espalda delante de una luna llena con incrustaciones de granates. Era el símbolo de la triple Diosa: madre, doncella y bruja. Yo tenía uno exactamente igual porque era el collar que llevaba siempre la líder de las Hijas Oscuras.



—¿De dónde han sacado esto? —preguntó Neferet.

Yo sabía que Neferet estaba tratando de mantener su voz bajo control, pero a pesar de todo tenía un tono poderoso y enfadado que no podía ocultar.

—Encontramos este collar cerca del cuerpo de Chris Ford.

Yo abrí la boca, pero no pude contestar. Sabía que me había puesto pálida, y el estómago se me había encogido dolorosamente.

—¿Reconoce el collar, señorita Redbird? —repitió la pregunta el detective Marx.

Yo tragué y me aclaré la garganta antes de contestar:

—Sí. Es el colgante de la líder de las Hijas Oscuras.

—¿Las Hijas Oscuras?

—Las Hijas y los Hijos Oscuros son una organización selecta de esta escuela, formada por los mejores estudiantes —explicó Neferet.

—¿Y tú perteneces a esa organización? —siguió preguntando el policía.

—Soy su líder.

—Entonces, ¿te importaría enseñarnos tu colgante?

—Yo... no lo tengo ahora aquí. Está en mi habitación.

Estaba tan asustada que comenzaba a marearme.

—Caballeros, ¿están acusando a Zoey de algo? —preguntó de nuevo Neferet.

Su tono de voz era normal, pero la amenazadora ira contenida en él me puso la piel de gallina. Pude ver por las nerviosas miradas que se dirigieron los policías que ellos también la sentían.

—Señora, simplemente la estamos interrogando.

—¿Cómo murió? —pregunté yo.

Había hecho la pregunta en voz baja, pero sonó excesivamente alta en medio del tenso silencio que rodeaba a Neferet.

—Por laceraciones múltiples y pérdida de sangre —contestó Marx.

—¿Le cortó alguien con una navaja o algo así?

Había oído en las noticias que a Chris lo había destrozado un animal, así que en realidad ya tenía la respuesta a mi pregunta. Sin embargo me sentía obligada a preguntar.

Marx sacudió la cabeza.

—Las heridas no eran en absoluto como las que produce un cuchillo: eran más bien como arañazos o mordiscos de un animal.

—Su cuerpo estaba casi por completo vacío de sangre —añadió Martin.

—Y vienen ustedes aquí porque parece el ataque de un vampiro —afirmó

Neferet, muy seria.

—Venimos a buscar respuestas, señora —dijo Marx.

—Entonces les sugiero que le hagan una prueba de alcohol en sangre al cuerpo. Por lo poco que sé de sus amigos, eran bebedores habituales. Probablemente se intoxicó y se calló al río. Es muy probable que las laceraciones se las hicieran las rocas, o quizá incluso algún animal. Es frecuente encontrar coyotes a lo largo del río incluso dentro de los límites de la ciudad de Tulsa —añadió Neferet.

—Sí, señora, las pruebas ya están en marcha. Aunque apenas le quedara sangre, esas pruebas pueden explicarnos muchas cosas.

—Bien, porque estoy segura de que una de las cosas que les va a explicar es que estaba borracho, quizá incluso muy borracho. Creo que deberían ustedes buscar causas más razonables que el ataque de un vampiro. Y ahora, ¿debo suponer que han terminado?

—Una pregunta más, señorita Redbird —dijo el detective Marx sin mirar a Neferet—. ¿Dónde estaba el jueves entre las ocho y las diez?

—¿De la noche? —pregunté yo a mi vez.

—Sí.

—En la escuela. Aquí. En clase.

Martin me miró con los ojos en blanco.

—¿En la escuela?, ¿a esas horas?

—Quizá debiera usted haberse informado antes de venir a interrogar a mis alumnos. Las clases en la Casa de la Noche comienzan a las ocho de la tarde y terminan a las tres de la madrugada. Los vampiros siempre hemos preferido la noche —explicó Neferet con un tono de voz aún amenazador—. Zoey estaba en clase cuando ese chico murió. Y ahora, ¿hemos terminado?

—De momento hemos terminado con la señorita Redbird —dijo Marx, volviendo un par de hojas atrás en el pequeño bloc en el que había estado escribiendo antes de añadir—: Necesitamos hablar con Loren Blake.

Traté de no reaccionar al oír mencionar el nombre de Loren, pero sé que mi cuerpo delató el sobresalto y sentí que me ponía colorada.

—Lo siento, pero Loren se marchó anoche antes del amanecer en el avión privado de la escuela. Se ha ido a la costa este a apoyar a los estudiantes que se presentan a la final de nuestro certamen internacional de monólogos de Shakespeare, pero desde luego puedo darle un mensaje para que los llame en cuanto vuelva el domingo —dijo Neferet mientras se encaminaba hacia la puerta, claramente ansiosa por deshacerse de ambos hombres.

Pero Marx no se movió. Seguía observándome. Lentamente metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una tarjeta de visita. Me la tendió y me dijo:

—Si se te ocurre algo, cualquier cosa que creas que pueda ayudarnos a encontrar

a la persona que le hizo eso a Chris, llámame. —Luego asintió en dirección a Neferet y añadió—: Gracias por su tiempo, señora. Volveremos el domingo para hablar con el señor Blake.

—Los acompañaré a la puerta —dijo Neferet, apretándome los hombros y pasando entre los dos detectives para guiarlos fuera.

Yo me senté allí, tratando de calmar el torbellino de mis pensamientos. Neferet había mentido, y no solo porque hubiera omitido decir que yo había bebido sangre de Heath y que él había estado a punto de resultar muerto durante el ritual de Samhain. Había mentido acerca de Loren. Él no se había marchado de la escuela el día anterior antes del amanecer. Al amanecer estaba conmigo en la parte este del muro de la escuela.

Entrelacé las manos para tratar de evitar que me temblaran.

No conseguí dormir hasta casi las diez (que para mí es como si fuera de madrugada). Damien, las gemelas y Stevie Rae querían saberlo todo acerca de la visita de los detectives, y a mí me pareció bien contárselo. Pensé que volver de nuevo a repasar los detalles podía darme alguna pista sobre lo que estaba ocurriendo. Pero me equivoqué. Nadie consiguió explicar por qué había un collar de la líder de las Hijas Oscuras junto al cuerpo de un chico humano muerto. Sí, lo comprobé y el mío seguía a salvo en mi joyero. Erin, Shaunee y Stevie Rae pensaban que de alguna manera Aphrodite estaba detrás del hecho de que los polis hubieran encontrado allí el collar, y quizá incluso detrás del asesinato. Damien y yo, en cambio, no estábamos tan seguros. Aphrodite no podía soportar a los humanos, pero para mí eso no quería decir que fuera a secuestrar y matar a un jugador de fútbol que era como un armario y al que no podía esconder precisamente en su adorable bolso Coach. Decididamente, ella no salía con humanos. Y sí, tenía un collar de líder de las Hijas Oscuras, pero Neferet se lo había quitado para dármelo a mí la noche en que me convertí en la líder de las Hijas e Hijos Oscuros.

Aparte del misterio del collar, lo único que pudimos averiguar los cinco juntos fue que la «Apestosa Puta Kayla» (como la llamaban las gemelas) le había contado a los polis que yo era la asesina porque estaba celosa de que Heath siguiera loco por mí. Evidentemente, los polis no tenían ninguna sospecha real porque, de haber sido así, no habrían venido a la escuela corriendo, basándose únicamente en la palabra de una adolescente celosa. Por supuesto, mis amigos no sabían nada acerca del tema de beber sangre. Yo me seguía sintiendo incapaz de contarles que había bebido (o lamido, o lo que sea) la sangre de Heath. Así que les di la misma versión corregida que les había contado a los detectives. Las únicas personas que conocían la historia real sobre el asunto de la sangre (aparte de Heath y de la Apestosa Puta Kayla) eran Neferet y Erik. Yo se lo había contado a Neferet, y Erik me había encontrado justo

después de tener la gran escena con Heath, así que él sabía la verdad. Y hablando de él, de pronto deseé que Erik volviera cuanto antes a la escuela. Había estado tan ocupada últimamente, que en realidad ni siquiera había tenido tiempo de echarlo de menos hasta ese momento en el que deseé tener a alguien que no fuera una alta sacerdotisa para poder hablar de lo que estaba ocurriendo.

El domingo, recordé mientras intentaba dormir. Erik estaría de vuelta el domingo. El mismo día que volvería Loren. (No, no pensaría en lo que podía haber entre Loren y yo, ni en cómo en parte ese asunto me había mantenido ocupada, impidiéndome echar de menos a Erik). Y, de todas formas, ¿por qué demonios necesitaban los detectives hablar con Loren? Ninguno de los cinco pudimos explicárnoslo.

Suspiré y traté de relajarme. Detestaba no poder dormir cuando tanto lo necesitaba. Pero no podía dejar de pensar. En mi cabeza no solo daba vueltas y más vueltas el asunto de Chris Ford/Brad Higeons, sino que encima en muy pocas horas tendría que llamar al FBI y hacerme pasar por una terrorista. Añádase a eso el hecho de que apenas había reflexionado sobre el círculo de invocación y el Ritual de la Luna Llena que se suponía que tenía que dirigir: no es de extrañar que tuviera un tremendo dolor de cabeza.

Miré la hora en el despertador. Eran las diez y media de la mañana. Cuatro horas más y tendría que levantarme para llamar al FBI, y después soportar el día entero mientras esperaba a que dijeran algo sobre el accidente del puente en las noticias (con un poco de suerte no dirían nada, lo cual significaría que se había evitado). Y después tendría que planear cómo dirigir el Ritual de la Luna Llena (sin ponerme en ridículo, con otro poco de suerte también).

Stevie Rae, que juro que es capaz de quedarse dormida haciendo el pino sobre la cabeza en medio de una ventisca de nieve, roncaba suavemente en la habitación. *Nala* estaba acurrucada sobre la almohada, junto a mi cabeza. Hasta ella había dejado de quejarse para respirar profundamente y roncar a su estilo. Pensé por un momento que quizá debía llevarla a hacerle una revisión médica por si tenía algún tipo de alergia. Estornudaba con mucha frecuencia. Pero decidí que me estaba obsesionando y que eso solo contribuía a aumentar mi estrés. La gata estaba tan gorda que parecía un pavo relleno de mantequilla. Quiero decir que tenía tanta tripa, que era como si tuviera una bolsa y llevara dentro a toda una carnada de canguros. Por eso seguramente le costaba respirar. No debía ser nada fácil andar por ahí cargando con tanta grasa.

Cerré los ojos y comencé a contar ovejas. Literalmente. Se suponía que funcionaba, ¿no? Así que imaginé un campo en mi cabeza con una puerta y unas cuantas ovejas blancas un tanto borrosas pero muy monas, saltando. (Creo que es así como se cuentan ovejas durmiendo, ¿no?). Después de la oveja número 56, los números comenzaron a hacerse borrosos en mi mente hasta que, por fin, caí en un

sueño poco profundo en el que vi que las ovejas llevaban el uniforme blanco y rojo del equipo de fútbol del Union. Una pastora los dirigía justo en el momento de saltar la puerta (que de pronto parecía una pequeña portería). Mi yo soñador flotaba suavemente por encima de la escena como si fuera un superhéroe. No podía ver la cara de la pastora, pero a pesar de que estaba de espaldas sabía que era alta y guapa. Tenía el pelo castaño hasta la cintura. Como si pudiera sentir que la observaba, ella se giró hacia mí y alzó la vista para mirarme con sus ojos verde musgo. Yo sonreí. Por supuesto que Neferet estaba al mando aunque solo fuera un sueño. La saludé con la mano, pero en lugar de responderme ella frunció el ceño con un gesto amenazador y se giró rápidamente. Luego, gruñendo igual que un animal fiero, agarró a una de las ovejas jugadoras de fútbol, la levantó y, con un solo movimiento bien practicado, le rebanó la garganta con su fuerza sobrehumana y sus uñas como garras, para enterrar luego el rostro en la garganta sangrienta del animal. Mi yo soñador estaba horrorizado al tiempo que se sentía extrañamente atraído por lo que estaba haciendo Neferet. Quería apartar la vista, pero no podía... no quería... Entonces el cuerpo de la oveja comenzó a temblar como las olas de calor de un puchero al fuego. Yo parpadeé, y de pronto ya no era una oveja. Era Chris Ford, y sus ojos muertos estaban muy abiertos, mirándome con una expresión acusadora.

Grité horrorizada y aparté la vista de la sangre con la intención de alejarme de aquella escena onírica de casquería, pero mis ojos quedaron atrapados porque ya no era Neferet quien se alimentaba de la garganta de Chris: era Loren Blake, y sus ojos se alzaban hacia mí y me sonreían por encima del río de sangre. No podía apartar la vista. Me quedé mirando, y mirando, y...

Mi cuerpo soñador se echó a temblar al oír una voz familiar, viajando por el aire hasta mí. Al principio el susurro era tan suave que casi no podía oírlo, pero mientras Loren se bebía hasta la última gota de sangre de Chris, las palabras se fueron haciendo cada vez más audibles y hasta visibles. Bailaban por el aire alrededor de mí con una luz plateada que me resultaba tan familiar como la voz.

Recuerda, la oscuridad no siempre es lo mismo que el mal, igual que la luz no siempre trae el bien.

Abrí los ojos súbitamente y me senté en la cama, respirando con agitación. Temblaba y me sentía enferma del estómago. Miré el reloj: las doce y media. Ahogué un grito. Había dormido solo dos horas. No era de extrañar que estuviera hecha una mierda. Me dirigí silenciosamente al baño que compartía con Stevie Rae para refrescarme la cara y tratar de desperezarme. Lástima que apartar el horrible presentimiento que me había provocado el extraño sueño no fuera tan fácil.

De ningún modo podía volver a dormir. Me acerqué lánguidamente hasta las pesadas cortinas de la ventana y me asomé fuera. Nubes bajas oscurecían el sol y la luz, y una llovizna constante lo hacía todo borroso. Encajaba perfectamente con mi

estado de ánimo, y también hacía de la luz del día algo tolerable. Además, ¿desde cuándo no salía fuera durante el día? Lo pensé por un momento y me di cuenta de que no había visto más que un amanecer ocasionalmente en todo el mes. Temblé. Y de pronto sentí que no podía seguir ahí dentro ni un solo instante más. Sentía claustrofobia, me sentía como si estuviera enterrada en una tumba, en un ataúd.

Me dirigí al baño y abrí el tarro de cristal que contenía el maquillaje que ocultaba por completo los tatuajes de un iniciado. Nada más entrar en la Casa de la Noche había tenido un pequeño ataque al comprender que, hasta el momento de pisar la escuela por primera vez, no había visto jamás a un iniciado. Quiero decir nunca. Naturalmente, yo pensaba que eso quería decir que los vampiros encerraban a los iniciados entre los muros de la escuela durante cuatro años. No tardé demasiado en descubrir la verdad: los iniciados tenían bastante libertad, pero si elegían salir de la escuela, tenían que seguir dos reglas importantes. La primera, tenían que ocultar su marca y quitarse cualquier prenda que llevara el emblema distintivo de cada curso de la escuela.

La segunda (y para mí la más importante), una vez que un iniciado entraba en la Casa de la Noche, debía permanecer siempre cerca de los vampiros adultos. El cambio de humano a vampiro es un proceso extraño y complejo; ni siquiera la ciencia moderna puede explicarlo por completo. Pero una cosa sí está clara: si a un iniciado se le impide todo contacto con vampiros adultos, el proceso se intensifica y degenera hasta acabar con la muerte del adolescente. Siempre. Así que podemos salir de la escuela para ir de compras o lo que sea, pero si permanecemos lejos de los vampiros adultos durante algo más de unas cuantas horas, nuestros cuerpos comenzarán el proceso de rechazo y moriremos. No era de extrañar que no creyera haber visto a ningún iniciado antes de ser marcada. Probablemente sí los había visto, pero a) llevaban la marca cubierta de maquillaje y b) los iniciados comprendían que no podían merodear por ahí como el típico adolescente. Los había visto, pero iban disfrazados y a lo suyo.

La razón del disfraz tenía también mucho sentido. No era para poder esconderse entre los humanos y espiarlos o cualquiera de las otras ridículas razones que se inventaban los humanos. Lo cierto es que los humanos y los vampiros coexisten en un inestable equilibrio de paz. Pero difundir que los iniciados de hecho sí abandonaban la escuela para ir de compras o al cine como un chico cualquiera habría sido exagerar y buscarse problemas. Me imagino perfectamente lo que diría la gente como mi horrible padrastro perdedor. Probablemente que los vampiros adolescentes formaban bandas y cometían todo tipo de actos delictivos juveniles y pecaminosos. ¡Es tan gilipollas! Pero no sería el único humano adulto que dijera tonterías. Sin duda, las reglas de los vampiros tenían sentido.

Decidida, me miré al espejo y comencé a darme golpecitos con un algodón

embadurnado de maquillaje sobre la marca de color zafiro que declaraba abiertamente quién era. Era increíble cómo aquel maquillaje ocultaba por completo la marca. Mientras mi luna creciente coloreada desaparecía junto con el dibujo de espirales azules que enmarcaba mis ojos, observé cómo reaparecía la vieja Zoey. No estaba del todo segura de qué sentía hacia ella. Sí, cierto, sabía que habían cambiado muchas más cosas en mi interior de lo que representaban esos pocos tatuajes, pero la ausencia de la marca de Nyx fue un *shock*. Me produjo una extraña e inesperada sensación de pérdida.

Volviendo la vista atrás, ahora pienso que hubiera debido de prestar más atención a las dudas que surgían en mi interior, lavarme la cara, coger un buen libro y volver directamente a la cama.

Pero en lugar de ello le susurré a mi reflejo:

—Eres realmente joven.

Entonces me puse unos vaqueros y un jersey negro, hurgué (silenciosamente, porque si despertaba a Stevie Rae o a *Nala* sabía que no saldría de allí sola) por los cajones del armario hasta encontrar mi vieja sudadera con capucha de los *Borg Invasión 4D*, me la puse encima junto con las cómodas Puma negras, y con eso y con la visera de la OSU (la Universidad del Estado de Oklahoma) bien calada y mis elegantes gafas de sol Maui Jim, estaba lista. Antes de que pudiera cambiar (inteligentemente) de opinión, agarré el bolso y salí de puntillas de la habitación.

No había nadie en el salón de los dormitorios. Abrí la puerta y respiré hondo para calmarme antes de salir fuera. La historia de que los vampiros estallan en llamas si los roza el sol es una ridícula mentira, pero es cierto que la luz del día provoca dolor en un vampiro adulto. Como iniciada extrañamente «avanzada» en el proceso de cambio, para mí resulta decididamente incómodo, pero apreté los dientes y me interné en la llovizna.

El campus de la escuela estaba completamente desierto. Resultaba extraño no cruzarse con ningún estudiante o vampiro a lo largo del camino que bordeaba el edificio principal (que seguía recordándome a un castillo) en dirección al aparcamiento. Fue fácil encontrar mi Volkswagen Escarabajo de 1966 entre los pulidos y caros coches de los vampiros. Su fiable motor chisporroteó solo un segundo, pero luego arrancó y rugió como si estuviera nuevo.

Apreté el botón del llavero que abría la puerta y que Neferet me había entregado después de traerme la abuela el coche. La puerta de hierro del muro de la escuela se abrió silenciosamente.

A pesar del hecho de que incluso la luz de un día nublado hería mis ojos y me producía picor en la piel, enseguida me animé al traspasar el muro de la escuela. No porque odiara la Casa de la Noche ni nada parecido. De hecho, la escuela y los amigos que había hecho allí se habían convertido en mi casa y mi familia.

Simplemente necesitaba algo más. Necesitaba sentirme normal otra vez, en el sentido de ser la misma de antes de ser marcada, cuando mi principal preocupación era la clase de geometría y mi único «poder» era mi extraña habilidad para encontrar zapatos bonitos en las rebajas.

De hecho, ir de compras era una buena idea. La plaza de Utica estaba a menos de kilómetro y medio de la Casa de la Noche bajando por la misma calle de la escuela, y siempre me ha gustado la tienda de American Eagle que hay allí. Por desgracia, desde que había sido marcada mi armario rebosaba de prendas de colores oscuros como el púrpura, el negro y el azul marino. Lo que necesitaba exactamente era un jersey de un rojo brillante.

Aparqué en el grupo de aparcamientos más vacío, detrás de la fila de tiendas en medio de las cuales estaba American Eagle. Los árboles de ese aparcamiento eran más grandes, así que me gustó la sombra que daban y el hecho de que hubiera menos gente. Sabía que mi imagen era la de una adolescente normal, pero por dentro seguía aún marcada y estaba algo más que un poco nerviosa por mi primera excursión a mi antiguo mundo a la luz del día.

No es que esperara encontrarme a nadie conocido. Yo era lo que mis amigas del instituto llamaban una tía «rara» porque me gustaba ir por las elegantes tiendas del centro de la ciudad en lugar de ir al ruidoso, aburrido y apestoso centro comercial, atestado de comida basura. La abuela Redbird era la responsable de mi exquisito gusto fuera de lo común. Cuando me llevaba por todo Tulsa durante un día, solía llamarlo «excursión por el campo». Imposible encontrarme a Kayla y a la gente del Broken Arrow en la plaza de Utica, pero en cambio enseguida los familiares olores y el escaparate de American Eagle provocarían su magia al por menor en mí. Para cuando pagué el precioso jersey rojo de punto, hecho totalmente a mano, el estómago había dejado de dolerme y, a pesar de que era mediodía y no había dormido nada, tampoco me dolía la cabeza.

Sin embargo me moría de hambre. Había un Starbucks en la misma plaza, frente a American Eagle. Estaba en la esquina que daba paso al precioso y sombreado patio adyacente a la plaza. Me habría apostado cualquier cosa a que, con lo lluvioso y triste que estaba el día, no había nadie sentado en las pequeñas mesas de hierro de la ancha acera bajo las sombras de los árboles. Podía pedir un delicioso capuchino y uno de esos *muffins* enormes de arándano, tomar un ejemplar del *Tulsa World* y sentarme fuera, fingiendo ser una colegiala cualquiera.

Aquel parecía un verdadero buen plan. Y yo tenía toda la razón: no había nadie sentado en las mesas de fuera. Pillé la mesa que estaba más cerca del enorme magnolio y me dispuse a echar un buen montón de azúcar al capuchino mientras mordisqueaba mi *muffin* del tamaño de una montaña.

No recuerdo cuándo sentí por primera vez su presencia. Comenzó de un modo

sutil, como un extraño picor en la piel. Me moví inquieta en la silla, tratando de concentrarme en la página de cine del periódico y pensando en que quizá pudiera convencer a Erik para echarle un vistazo a la cartelera el siguiente fin de semana, pero era incapaz de concentrarme en las críticas de cine. Aquel molesto picor en la piel persistía. Enfadada, alcé la vista y me quedé helada.

Heath estaba de pie, bajo una farola, a menos de cinco metros de mí.



Heath estaba clavando una especie de cartel a la farola. Pude ver su rostro claramente, y me sorprendió lo guapo que estaba. Sí, por supuesto, yo lo conocía desde tercero y lo había visto pasar de ser simplemente mono a desgarrado y luego de mono y desgarrado a sexi, pero jamás lo había visto con ese aspecto. Tenía una expresión tan seria en el rostro, que parecía mucho mayor de dieciocho. Era como si estuviera vislumbrando al hombre en el que iba a convertirse; y resultaba una visión preciosa. Era alto y rubio, con los pómulos bien marcados y una mandíbula realmente fuerte. Podía ver sus espesas pestañas sorprendentemente negras incluso desde esa distancia, y conocía bien los delicados ojos marrones que enmarcaban.

Y entonces, como si pudiera sentir mi mirada, sus ojos pasaron de la farola a mí, donde se quedaron fijos. Observé su cuerpo quedarse completamente quieto y, segundos después, un escalofrío lo recorrió como si alguien le hubiera dirigido directamente una ráfaga de aire helado.

Hubiera debido de ponerme en pie y meterme en el Starbucks, donde había ruido y grupos de gente hablando y riendo, y donde nos sería imposible realmente a Heath y a mí quedarnos solos. Pero no lo hice. Sencillamente me quedé ahí, sentada, mientras él dejaba caer los carteles, que volaron por la acera como pájaros moribundos mientras él se apresuraba a acercarse a mí. Heath se quedó de pie al otro lado de la mesa sin decir una palabra durante lo que me pareció una eternidad. Yo no sabía qué hacer, sobre todo porque de pronto, inesperadamente, me había puesto muy nerviosa. Finalmente no pude soportar por más tiempo aquel profundo silencio.

—Hola, Heath.

Su cuerpo se sacudió como si alguien acabara de saltar sobre él desde detrás de la puerta para hacerlo cagarse de miedo.

—¡Mierda! —soltó él precipitadamente. Aquella palabra había salido de su boca como una ráfaga de aire—. ¡Estás aquí de verdad!

Yo fruncí el ceño. Heath jamás había sido exactamente brillante, pero aquel comentario sonaba demasiado estúpido incluso para él.

—Por supuesto que estoy aquí. ¿Qué creías que era, un fantasma?

Heath se dejó caer en la silla frente a mí como si sus piernas no pudieran seguir sosteniéndolo.

—Sí. No. No lo sé. Es solo que te veo mucho y luego nunca estás. Creí que esta vez era como las otras.

—Heath, ¿de qué estás hablando? —pregunté yo, frunciendo el ceño con desprecio en su dirección—. ¿Estás borracho?

Él sacudió la cabeza.

—¿Colocado?

—No. No he bebido una gota en un mes. Y también he dejado de fumar porros.

Las frases parecían simples, pero yo parpadeé y me sentí como si estuviera tratando de razonar con la mente turbia.

—¿Has dejado la bebida?

—Y los porros. Lo he dejado todo. Esa es una de las razones por las que te he estado llamando tanto. Quería que supieras que he cambiado.

Realmente no supe qué decir.

—Ah, bueno, yo, eh... me alegro.

Sabía que parecía una tonta, pero la forma en que los ojos de Heath se posaban sobre mí me producía una sensación casi física. Y había algo más. Podía olerlo. No era el olor de una colonia o un olor dulce a tío. Era una fragancia profunda y seductora que me producía sensaciones cálidas y me recordaba a la luna llena y a sueños eróticos. Emanaba de sus poros y me hacía desear acercarme a él.

—¿Por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas? Ni siquiera me has mandado un mensaje.

Parpadeé, tratando de desvanecer la atracción que sentía por él y de pensar con claridad.

—Heath, no tiene sentido. Entre tú y yo no puede haber nada —contesté sensatamente.

—Tú sabes que ya hay algo entre tú y yo.

Sacudí la cabeza y abrí la boca para explicarle lo equivocado que estaba, pero él me interrumpió.

—¡Tu marca! ¡Ha desaparecido!

Detestaba que hablara casi a gritos, y automáticamente me eché atrás.

—Te equivocas otra vez. Mi marca no ha desaparecido. Simplemente me la he tapado para que los estúpidos humanos de por aquí no se asusten —dije, haciendo caso omiso de la expresión dolida que Heath esbozó y que pareció acabar de un plumazo con toda su madurez, devolviéndome al chico mono por el que había estado tan loca—. Heath —añadí, bajando la voz—, mi marca no desaparecerá jamás. O bien me transformo en vampiro, o bien muero en el plazo de tres años. Esas son mis únicas alternativas. Jamás volveré a ser lo que fui. Nunca más volverá a ser todo igual entre nosotros. —Hice una pausa, y luego añadí con suavidad—: Lo siento.

—Zo, eso ya lo sé. Lo que no entiendo es por qué todo eso tiene que terminar con nuestra relación.

—Heath, nuestra relación ya había terminado antes de ser marcada, ¿recuerdas? —expliqué, exasperada.

En lugar de soltarme una de sus típicas salidas impertinentes, Heath se quedó

mirándome a los ojos y, con una tremenda seriedad, dijo:

—Eso es porque yo me comporté como un estúpido. Tú detestabas que me emborrachara y me colocara. Y tenías razón. Lo estaba liando todo. Pero eso se acabó. Ahora me estoy centrando en el fútbol y en los estudios para poder ir a la OSU —dijo mientras me miraba y esbozaba la adorable sonrisa de niño pequeño que me había estado derritiendo el corazón desde tercero—. Y es allí adonde va a ir mi novia también. Va a ser veterinaria. Una vampira veterinaria.

—Heath, yo... —vacilé, sintiendo un nudo en la garganta que súbitamente me quemaba y me producía unas tremendas ganas de llorar—. Ya no sé si quiero ser veterinaria, pero aunque fuera así, eso no significa que tú y yo podamos estar juntos.

—Sales con otro —afirmó Heath. No parecía enfadado, solo extremadamente triste—. No recuerdo mucho de aquella noche. Lo he intentado, pero cada vez que trato de concentrarme, todo se vuelve borroso y se convierte en una pesadilla que no tiene ningún sentido, y luego me duele la cabeza.

Yo me quedé sentada muy quieta. Sabía que hablaba del ritual de Samhain al que me había seguido y en el que Aphrodite había perdido el control sobre los fantasmas de los vampiros. Heath había estado a punto de ser asesinado. Erik estaba allí, y como Neferet había dicho entonces, había demostrado ser un gran guerrero al quedarse al lado de Heath y luchar contra los espectros, dándome tiempo a mí para conjurar mi propio círculo y devolver a los fantasmas al lugar del que provenían. La última vez que había visto a Heath estaba inconsciente y sangrando a causa de laceraciones múltiples. Neferet me había asegurado que ella curaría sus heridas y nublaría su memoria. Evidentemente, la niebla de su mente se había ido disipando.

—Heath, no pienses en esa noche. Ya pasó, todo terminó y es mejor que...

—Estabas allí con alguien —me interrumpió él—. ¿Sales con él?

Yo suspiré y contesté:

—Sí.

—Dame una oportunidad para recuperarte, Zo.

Yo sacudí la cabeza, a pesar de que sus palabras se anclaban a mi corazón.

—No, Heath, es imposible.

—¿Por qué? —preguntó él, deslizando una mano por encima de la mesa para posarla sobre la mía—. No me importa todo ese rollo de los vampiros. Sigues siendo Zoey. La misma Zoey de siempre. La Zoey que fue la primera chica a la que besé. La Zoey que me conoce mejor que nadie en este mundo. La Zoey con la que sueño todas las noches.

Me llegaba su fragancia de la mano, sexi y exquisita, y sentí su pulso contra mis dedos. No quería decírselo, pero tenía que hacerlo. Lo miré directamente a los ojos y dije:

—La razón por la que no puedes olvidarme es porque al saborear tu sangre

aquella noche en el muro de la escuela establecí una conexión contigo. Me deseas porque eso es lo que pasa cuando un vampiro o, según parece, un iniciado, bebe sangre de una víctima humana. Neferet, nuestra alta sacerdotisa, dice que tú no estás por completo conectado conmigo y que si yo me aparto de ti esa conexión se desvanecerá, y tú volverás a ser normal otra vez y a olvidarte de mí. Y eso es lo que he estado haciendo.

El último párrafo lo había dicho a la carrera. Sabía que él probablemente se asustaría y me llamaría monstruo o algo así, pero la verdad era que no tenía elección. Él lo sabía por fin, y podía mirarlo todo desde otra perspectiva y...

Su risa interrumpió mi diatriba mental. Heath echó la cabeza atrás y se rió a carcajadas con su típico estilo exuberante, y ese sonido tan familiar, tan dulce y tan simplón me obligó a sonreír.

—¿Qué? —pregunté yo, tratando de ponerme seria.

—¡Oh, Zo!, contigo me parto de la risa —dijo él, apretándome la mano—. Estoy loco por ti desde que tenía ocho años. ¡Como si eso tuviera algo que ver con el hecho de que bebieras mi sangre!

—Heath, créeme, hemos comenzado a conectar.

—Eso me parece bien —dijo él, serio.

—¿Te parecería igual de bien que yo te sobreviviera varios cientos de años?

Heath alzó las cejas con torpeza y contestó:

—Se me ocurren cosas peores que tener a una chavala vampira joven y sexi a mi lado cuando cumpla, digamos, cincuenta.

Yo puse los ojos en blanco. ¡Qué comentario tan típico de un tío!

—Heath, no es tan sencillo. Hay muchas cosas a tener en cuenta.

Heath trazó un círculo sobre mi mano con el dedo pulgar.

—Siempre lo haces todo demasiado complicado. Solo somos tú y yo, y eso es todo lo que hay que tener en cuenta.

—Hay más cosas, Heath —dije yo. De pronto se me ocurrió una idea. Alcé las cejas sonriendo con fingida inocencia y pregunté—: Y hablando de otras cosas, ¿qué tal está mi ex mejor amiga Kayla?

Sin inmutarse lo más mínimo, Heath se encogió de hombros y contestó:

—No lo sé. Ya casi ni la veo.

—¿Por qué no?

Eso era extraño. Aunque él no saliera con Kayla, llevaban años saliendo con el mismo grupo de gente. Incluida yo.

—Ya no es como antes. No me gustan las cosas que dice.

Heath hablaba sin mirarme.

—¿Sobre mí?

Él asintió.

—¿Qué ha estado diciendo?

Me resultaba imposible decidir si estaba más dolida que enfadada.

—Bueno, cosas.

Seguía sin mirarme.

Yo fruncí el ceño al caer en la cuenta.

—Cree que tengo algo que ver con lo de Chris.

Él se movió inquieto en la silla.

—No tú, o al menos no dice que hayas sido tú. Sí cree que han sido los vampiros, pero eso lo piensa mucha gente.

—¿Y tú? —pregunté yo en voz baja.

Entonces él volvió a mirarme a los ojos.

—¡De ningún modo! Pero creo que algo está ocurriendo. Alguien está secuestrando a jugadores de fútbol. Por eso vine aquí hoy. Estoy pegando carteles con la foto de Brad. Quizá alguien recuerde haber visto que otra persona lo arrastraba o algo.

—Lamento lo de Chris —dije yo, entrelazando los dedos con los de él—. Sé que erais amigos.

—Es horrible. No puedo creer que esté muerto. —Heath tragó, y yo supe que luchaba por no llorar—. Creo que Brad también está muerto.

Yo también lo creía, pero no podía decirlo en voz alta.

—Quizá no. Puede que lo encuentren.

—Sí, puede. Eh, el funeral de Chris es el lunes. ¿Quieres venir conmigo?

—No puedo, Heath. ¿Te imaginas lo que sucedería si una iniciada se presentara en el funeral de un chico al que la gente cree que asesinó un vampiro?

—Sí, supongo que nada bueno.

—Exacto, nada bueno. Y eso es lo que he estado tratando de hacerte comprender. Tú y yo juntos... tendríamos que enfrentarnos a problemas como ese todo el tiempo.

—No cuando terminemos el instituto, Zo. Entonces podrás llevar esa cosa que llevas ahora y que te tapa la marca, y nadie lo sabrá.

Lo que estaba diciendo probablemente hubiera debido de ofenderme, pero lo decía tan en serio, estaba tan seguro de que si me tapaba los tatuajes con maquillaje todo volvería a ser como antes que... que no podía enfadarme, porque lo comprendía. ¿No era eso precisamente lo que estaba haciendo yo ese día allí?, ¿no había estado tratando de revivir parte de mi antigua vida?

Pero yo ya no era yo, y en lo más profundo de mi interior no quería volver a ser la de antes. Me gustaba la nueva Zoey, aunque despedirme de la antigua no solo fuera duro, sino también triste.

—Heath, no quiero taparme la marca. Eso sería pretender ser alguien que no soy —expliqué, respirando hondo antes de continuar—: He sido marcada especialmente

por la Diosa, y Nyx me ha otorgado algunos poderes poco frecuentes. Sería imposible para mí fingir que soy la Zoey humana otra vez, aunque quisiera. Y, Heath, no quiero.

Sus ojos escrutaron mi rostro.

—Bien, entonces lo haremos a tu modo y mandaremos a la mierda a la gente a la que no le guste.

—Ese no es mi modo de hacer las cosas, Heath. Yo no...

—Espera, no tienes que decidir nada ahora. Solo piénsalo. Podemos volver a encontrarnos aquí dentro de unos días —sonrió Heath—. Vendré incluso aunque sea por la noche.

Decirle a Heath que no volvería a verlo nunca era mucho más duro de lo que había imaginado. De hecho, ni siquiera me había imaginado que tendría una conversación así con él. Pensé que habíamos terminado. Estar sentada allí con él era extraño: en parte era normal, y en parte era algo imposible. Lo cual describía nuestra relación con bastante exactitud. Suspiré y miré nuestras manos, unidas, y por último le eché un vistazo al reloj.

—¡Oh, mierda!

Aparté la mano de él y cogí mi bolso y la bolsa de American Eagle. Eran las dos y cuarto. Tenía que hacer la maldita llamada telefónica al FBI en quince minutos.

—Tengo que irme, Heath. Llego tarde a un asunto de la escuela. Te... te llamaré más tarde —expliqué, apresurándome a marcharme.

No me sorprendió que él viniera conmigo.

—No —me interrumpió cuando yo comencé a decirle que se marchara—. Te acompaño al coche.

No discutí con él. Conocía ese tono de voz. Por gamberro y exasperante que pudiera llegar a ser Heath, siempre había demostrado que su padre le había enseñado buenos modales. Había sido todo un caballero desde tercero, abriéndome las puertas y llevándome los libros a pesar de que sus amigos lo llamaran perrito faldero. Acompañarme al coche era una de las cosas que siempre hacía Heath. Y punto.

El Volkswagen estaba solo bajo el enorme árbol, tal y como lo había dejado cuando había aparcado. Como siempre, Heath me adelantó y me abrió la puerta. No pude evitar sonreírle. Quiero decir que sin duda tenía una buena razón para que aquel chico me hubiera gustado durante tanto tiempo: realmente era un encanto.

—Gracias, Heath —dije yo, subiéndome al coche.

Iba a bajar la ventanilla para despedirme de él, pero Heath ya había dado la vuelta al coche y en dos segundos estaba sentado junto a mí, sonriendo.

—Eh... no puedes venir conmigo —dije yo—. Y tengo prisa, así que no puedo llevarte.

—Lo sé. No necesito que me lleves. Tengo la camioneta.

—Muy bien, entonces adiós. Te llamaré más tarde.

Él no se movió.

—Heath, tienes que...

—Tengo que enseñarte una cosa, Zo.

—¿Me la podrías enseñar deprisa?

No quería ser una maleducada con él, pero tenía verdadera prisa por volver a la escuela para hacer esa llamada. ¿Por qué diablos no me había guardado el teléfono móvil desechable de Damien en el bolso? Tamborileé impacientemente con los dedos sobre el volante mientras Heath se metía la mano en el bolsillo y sacaba lo que quería enseñarme.

—Aquí está. Comencé a llevar esto encima a diario hace un par de semanas, por si acaso.

Heath se sacó una cosa plana de unos treinta centímetros de largo del bolsillo. Lo llevaba envuelto en algo que parecía cartón.

—Heath, de verdad, tengo que irme y tú...

Mis palabras se desvanecieron en el aire al tiempo que me quedaba sin aliento. Heath desenvolvió aquel pequeño objeto. La cuchilla reflejó la luz y brilló seductoramente. Traté de hablar, pero de pronto tenía la boca seca.

—Quiero que bebas mi sangre, Zoey —dijo él con toda sencillez.

Un escalofrío de horrible deseo me recorrió todo el cuerpo. Me agarré al volante con ambas manos para evitar temblar... o quitarle la cuchilla de afeitar y deslizaría por su cálida, dulce piel, de modo que la sangre comenzara a brotar y brotar y...

—¡No! —grité, detestando de inmediato la forma en que el poder de mi voz lo dejó aterrado. Tragué fuerte y traté de controlarme—. Aparta eso y bájate del coche, Heath.

—No estoy asustado, Zo.

—¡Pero yo sí! —exclamé, medio llorando.

—No tienes que tener miedo. Solo somos tú y yo, como siempre.

—No sabes lo que estás haciendo, Heath.

Ni siquiera podía mirarlo a la cara. Temía que si lo hacía no podría seguir rechazándolo.

—Si lo sé. Bebiste un poco de mi sangre aquella noche. Fue... fue increíble. No he podido dejar de pensar en ello.

Quería gritar de frustración. Yo tampoco había podido dejar de pensar en ello a pesar de lo mucho que lo había intentado. Pero eso no podía decírselo. No se lo diría. En lugar de ello, finalmente lo miré y me obligué a mí misma a relajarme. Solo pensar en beber su sangre me ponía tensa y me excitaba.

—Quiero que te vayas, Heath. Esto no está bien.

—No me importa lo que la gente piense que está bien, Zoey. Te quiero.

Y antes de que pudiera detenerlo, Heath alzó la cuchilla de afeitar y la deslizó

hacia abajo por un lado de su cuello. Fascinada, contemplé la fina línea de color escarlata brotar contra el blanco de su piel.

Entonces sentí el olor: profundo, penetrante y seductor. Como el chocolate, solo que más dulce y más salvaje. En cuestión de segundos todo el coche se llenó de aquella fragancia. Me atraía como jamás me había atraído antes nada. No era solo que quisiera saborearlo: es que necesitaba saborearlo. Tenía que saborearlo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me había movido hasta que Heath habló, pero de pronto estaba inclinada en medio del espacio entre los dos asientos, atraída por su sangre.

—¡Sí! Quiero que lo hagas, Zoey —dijo Heath con una voz profunda y ronca, como si estuviera tratando por todos los medios de controlar su respiración.

—Quiero... quiero saborearlo, Heath.

—Lo sé, preciosa. Adelante —susurró él.

No pude resistirme. Saqué la lengua y lamí la sangre de su cuello.



Aquel sabor estalló en mi boca. Al tocar mi saliva la superficial herida su sangre comenzó a brotar más y más deprisa, y con un gemido que apenas reconocí como mío abrí la boca y presioné los labios contra su piel, chupando el delicioso hilo escarlata. Sentí los brazos de Heath rodearme mientras los míos lo envolvían por los hombros de modo que pudiera sujetarlo con más firmeza contra mi boca. Él echó atrás la cabeza y le oí gemir un «sí». Me agarró el culo con una mano y metió la otra por debajo de mi jersey para estrujarme el pecho.

El contacto físico intensificó el placer. Una ola de excitación recorrió mi cuerpo, poniéndome al rojo. Como si otra persona controlara mis movimientos, mi mano se deslizó desde el hombro de Heath por todo el pecho hasta restregar el duro paquete de delante de sus vaqueros. Succioné su cuello. No quedaba un solo pensamiento racional en mi mente. Lo único que podía hacer era sentir, saborear y tocar. Sabía en lo más profundo de mi interior que estaba reaccionando a un nivel que era casi animal por su urgencia y su ferocidad, pero no me importaba. Deseaba a Heath. Lo deseaba como jamás había deseado nada en mi vida.

—¡Oh, Dios, Zo, sí! —jadeó él mientras sus caderas comenzaban a embestir al ritmo de mi mano.

Alguien golpeó la ventanilla del asiento del pasajero.

—¡Eh, no podéis hacer eso aquí!

La voz de aquel hombre me sobresaltó de tal modo, que terminó con la excitación de mi cuerpo. Vi de reojo el uniforme de un guardia de seguridad y traté de apartarme de Heath, pero él apretó mi cabeza contra un lado de su cuello y se giró de modo que el guardia, que seguía de pie justo delante de la ventanilla, no pudiera verme bien ni tampoco ver el hilo de sangre que seguía brotando con regularidad del cuello de Heath.

—¿Me habéis oído, chicos? —gritó el tipo—. Marchaos de aquí antes de que tome nota de vuestros nombres y llame a vuestros padres.

—Enseguida, señor —gritó Heath con buenos modales. Era increíble, pero su voz sonaba perfectamente normal solo que un poco jadeante—. Ya nos vamos.

—Más os vale. Estoy vigilándoos. Malditos adolescentes... —gruñó el hombre enfadado, largándose.

—Bien, ahora ya se ha ido y no puede ver la sangre —dijo Heath, soltándome un poco por fin.

Yo me eché atrás instantáneamente, apretándome contra la puerta del asiento del conductor y tan lejos de Heath como pude. Con manos temblorosas abrí el bolso y

saqué un pañuelo de papel, tendiéndoselo a Heath sin tocarlo.

—Presiona esto contra tu cuello para que deje de sangrar.

Él hizo lo que le decía.

Bajé mi ventanilla y me estrujé las manos, respirando hondo el aire fresco y tratando de impedir que la fragancia del cuerpo de Heath y de su sangre siguiera invadiéndome.

—Zoey, mírame.

—No puedo, Heath —contesté yo, tragándome las lágrimas que me quemaban la garganta—. Por favor, vete.

—No hasta que me mires y escuches lo que tengo que decirte.

Giré la cabeza y lo miré.

—¿Cómo diablos puedes estar tan sereno y tan normal?

Heath seguía presionando el pañuelo de papel contra su cuello. Tenía la cara colorada y el pelo revuelto. Me sonrió y yo pensé que jamás había visto a nadie tan absolutamente adorable.

—Tranquila, Zo. Para mí, montármelo contigo es perfectamente normal. Has estado volviéndome loco durante años.

Yo ya había mantenido con él toda esa larga conversación sobre el tema de «aún-no-estoy-preparada-para-acostarme-contigo» cuando tenía quince años y él diecisiete. Entonces él me había dicho que lo comprendía y que estaba dispuesto a esperar, lo cual, por supuesto, no significaba que él y yo no nos lo montáramos en plan fuerte. Pero lo que había ocurrido en el coche era diferente. Era más excitante, más crudo. Sabía que si me permitía el lujo de volver a verlo no seguiría siendo virgen por mucho tiempo, y no porque Heath me presionara precisamente. Yo misma no podría controlar mi deseo de sangre. La idea me asustaba casi tanto como me fascinaba. Cerré los ojos y me restregué la frente. Comenzaba a dolerme la cabeza. Otra vez.

—¿Te duele el cuello? —pregunté, mirándolo por entre los dedos de la mano como si estuviera viendo una estúpida película de miedo.

—No. Estoy bien, Zo. No me has hecho daño en absoluto —contestó él, alargando una mano y retirándome la mía de la cara—. Todo irá bien. Deja de preocuparte tanto.

Quería creerle. Y, de pronto, me di cuenta de que también quería volver a verlo. Suspiré.

—Lo intentaré. Pero de verdad que ahora tengo que irme. No puedo llegar tarde a la escuela.

Él tomó mi mano entre las suyas. Pude sentir el pulso de su sangre, y supe que latía al mismo ritmo que mi corazón, como si él y yo nos hubiéramos sincronizado interiormente de alguna manera.

—Prométeme que me llamarás —dijo él.

—Te lo prometo.

—Y volveremos a encontrarnos aquí esta semana.

—No sé cuándo podré volver a escaparme. Esta semana va a ser muy dura para mí.

Esperaba que él se pusiera a discutir, pero simplemente asintió y me apretó la mano.

—Vale, lo comprendo. Vivir veinticuatro horas al día metida en un colegio debe ser una putada. ¿Qué te parece esto? El viernes jugamos con el Jenks en casa. Podríamos vernos en el Starbucks después del partido.

—Quizá.

—¿Lo intentarás?

—Sí.

Heath sonrió y se inclinó para darme un rápido beso.

—¡Esa es mi Zo! Te veo el viernes —dijo, saliendo del coche. Antes de cerrar la puerta se inclinó otra vez y añadió—: Te quiero, Zo.

Pude verlo por el retrovisor del coche mientras me alejaba. Él estaba de pie, en medio del aparcamiento, presionando el pañuelo contra su cuello y diciéndome adiós con la mano.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo, Zoey Redbird —dije en voz alta para mí misma mientras veía el cielo gris abrirse y comenzar a descargar fría lluvia.

Eran las dos y treinta y cinco cuando entré de puntillas de vuelta en mi habitación. El hecho de que llegara casi justo a la hora en realidad fue bueno. Así no tuve tiempo de volver a pensar en lo que tenía que hacer. Stevie Rae y *Nala* seguían profundamente dormidas. De hecho, *Nala* había abandonado mi cama y estaba acurrucada encima de la almohada de Stevie Rae junto a su cabeza, lo cual me hizo sonreír. (La gata era una verdadera acaparadora de almohadas). Abrí en silencio el ordenador portátil de mi mesa y cogí el móvil desechable de Damien junto con el pedazo de papel en el que había escrito el número del FBI, y luego fui al baño.

Respiré hondo un par de veces, recordando el consejo de Damien. La llamada telefónica debía ser corta. Mi voz debía sonar un poco enfadada y como de una persona medio loca, pero no como la de una adolescente. Marqué el número. Cuando contestó un hombre con voz de oficial que dijo «Oficina Federal de Investigación. ¿En qué puedo ayudarlo?», yo entoné una voz grave y dura, cortando rápidamente las palabras como si tuviera que reprimirme a causa de todo el odio que albergaba (que era tal y como Erin, con sus repentinos, inesperados y extraños conocimientos políticos, me había descrito que debía sentirme supuestamente).

—Quiero informar de la colocación de una bomba.

Seguí hablando sin darle tiempo para interrumpirme, pero hablé despacio y con

claridad porque sabía que estaban grabando la conversación.

—Mi grupo, la Jihad por la Naturaleza (nombre que se había inventado Shaunee), acaba de colocarla justo por debajo de la superficie del agua en uno de los pilares (la palabra la había sugerido Damien) del puente que cruza el río Arkansas en la I-40, junto a las cataratas Webber. Está programada para estallar a las 1515 (usar la terminología militar para decir la hora había sido otra de las brillantes ideas de Damien). Queremos hacernos totalmente responsables de este acto de desobediencia civil (más ideas de Erin, aunque ella había dicho que un acto de terrorismo no era de hecho desobediencia civil, sino... bueno, terrorismo, que es algo completamente diferente) para protestar por la interferencia del Gobierno de los Estados Unidos en nuestras vidas y por la polución de los ríos americanos. Quedan advertidos de que este es únicamente el primer aviso.

Colgué. Entonces le di la vuelta al pedacito de papel y marqué el número escrito por el otro lado.

—Fox News de Tulsa —dijo animadamente una mujer.

Esa parte había sido, de hecho, idea mía. Me imaginé que si llamaba a un centro informativo local tendríamos más posibilidades de que la noticia de la amenaza se difundiera rápidamente, y entonces podríamos estar al tanto de lo que iba ocurriendo e incluso quizá saber si nuestro intento de clausurar el puente había sido o no un éxito, y en qué momento lo habían cerrado. Respiré hondo y me lancé a cumplir el resto del plan.

—Un grupo terrorista conocido con el nombre de Jihad por la Naturaleza ha llamado por teléfono al FBI para darles la información de que han colocado una bomba en el puente de la I-40 sobre el río Arkansas junto a las cataratas Webber. Está programada para explotar a las tres y cuarto de hoy.

Cometí el error de detenerme durante una fracción de segundo, y la mujer, cuya voz ya no sonaba tan animada, preguntó:

—¿Quién es usted, señora, y de dónde ha sacado esa información?

—¡Abajo la intervención del Gobierno y la polución, y arriba el poder de la gente! —grité y luego colgué.

Inmediatamente apagué el móvil. Entonces mis rodillas no pudieron seguir sosteniéndome por más tiempo y me derrumbé sobre la tapa del retrete. Lo había hecho. Lo había hecho de verdad.

Sonaron dos suaves golpecitos contra la puerta del baño, seguidos de la voz de Stevie Rae con su acento de Oklahoma.

—¿Zoey?, ¿estás bien?

—Sí —contesté sin aliento.

Hice un esfuerzo por ponerme en pie y dirigirme a la puerta. La abrí y vi el rostro de Stevie Rae, mirándome como si fuera un conejito campestre somnoliento.

—¿Los has llamado? —susurró ella.

—Sí, y no hace falta que susurres. Solo estamos tú y yo —contesté. *Nala* bostezó y me dirigió un malhumorado *mi-auu* desde la almohada de Stevie Rae—. Y *Nala*.

—¿Y qué ha pasado?, ¿te han dicho algo?

—Nada más que eso de «Hola, aquí el FBI». Damien dijo que no debía darles la oportunidad de hablar, ¿recuerdas?

—¿Les dijiste que somos la Jihad por la Naturaleza?

—Stevie Rae, no somos la Jihad por la Naturaleza, solo lo fingimos.

—Bueno, te oí gritar eso de «Abajo el gobierno y la polución», así que pensé que quizá... en realidad no sé lo que pensé. Supongo que me dejé llevar.

—Stevie Rae, solo estaba actuando —contesté yo, girando los ojos en las órbitas—. La mujer de las noticias me preguntó quién era y me entró miedo. Y sí, les he dicho todo lo que dijimos que debía decirles. Espero que funcione.

Me quité la sudadera y la colgué del respaldo de una silla para que se secase.

Stevie Rae se dio cuenta entonces de que tenía el pelo mojado y la marca tapada, cosa de la que yo me había olvidado por completo con las prisas por hacer las llamadas. ¡Mierda!

—¿Has ido a alguna parte?

—Sí —admití, reacia—. No podía dormir, así que fui al American Eagle de Utica y me compré un jersey nuevo —expliqué, señalando la bolsa de la tienda que había arrojado a un rincón.

—Deberías haberme despertado, habría ido contigo.

De no haber sonado la voz de Stevie Rae tan dolida, habría tenido más tiempo para pensar en qué iba a contarle exactamente acerca de lo sucedido con Heath, en lugar de soltar precipitadamente:

—Me encontré con mi ex novio.

—¡*Ohdiosmío!* Cuéntamelo todo.

Stevie Rae se tiró en mi cama. Tenía los ojos brillantes. *Nala* refunfuñó y saltó de la almohada de mi compañera a la mía. Yo cogí una toalla y comencé a secarme el pelo.

—Yo estaba en el Starbucks. Él estaba pegando carteles con la foto de Brad en la calle.

—¿Y?, ¿qué pasó cuando te vio?

—Hablamos.

—¡Vamos! —exclamó Stevie Rae, girando los ojos en sus órbitas—. ¿Y qué más?

—Ha dejado de beber y de fumar marihuana.

—¡Vaya!, eso sí que está bien. ¿No fue por eso precisamente por lo que tú lo dejaste?

—Sí.

—Eh, ¿y qué hay de la apestosa Kayla y él?

—Heath dice que ya no la ve por culpa de la mierda que suelta Kayla sobre los vampiros.

—¿Lo ves? Así que teníamos razón cuando pensamos que ella era la razón por la que habían venido aquí los policías a hacerte preguntas —dijo Stevie Rae.

—Eso parece.

Stevie Rae me observaba con demasiada atención.

—Aún te gusta, ¿verdad?

—No es tan sencillo.

—Bueno, de hecho, en parte sí es sencillo. Quiero decir que si no te gusta, ya está. No vuelves a verlo. Sencillo —argumentó Stevie Rae con toda su lógica.

—Aún me gusta —admití yo.

—¿Lo sabía! —exclamó Stevie Rae, dando un salto en la cama—. ¡Dios!, tienes como un millón de hombres, Z. ¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni la menor idea —contesté yo tristemente.

—Erik vuelve de la competición de Shakespeare mañana.

—Lo sé. Neferet dijo que Loren había ido a apoyar a Erik y al resto de chicos, así que eso significa que volverá también mañana. Y le dije a Heath que saldría con él el viernes después del partido.

—¿Vas a contarle a Erik lo de Heath?

—No lo sé.

—¿Te gusta más Heath que Erik?

—No lo sé.

—¿Y Loren?

—Stevie Rae, no lo sé —contesté yo, llevándome la mano a la frente. El dolor de cabeza era ya insistente—. ¿Podríamos dejar de hablar de eso por un momento, al menos hasta que me haya aclarado un poco?

—Vale, vamos —dijo Stevie Rae, agarrándome del brazo.

—¿Adónde? —pregunté yo, parpadeando confusa.

Había pasado de Heath a Erik y luego a Loren y luego a «vámonos» demasiado deprisa para mi gusto.

—Necesitas tu tazón de Conde Chócula, y yo necesito mis Lucky Charms. Y las dos tenemos que ver la CNN y las noticias.

Eché a caminar arrastrando los pies hacia la puerta. *Nala* se estiró, refunfuñó como una gruñona y luego, aunque reacia, me siguió. Stevie Rae sacudió la cabeza en dirección a las dos.

—Vamos, vosotras dos. Todo te parecerá mejor cuando te hayas tomado tu tazón de Conde Chócula.

—Y mi refresco burbujeante marrón —dije yo.

Stevie Rae retorció el gesto como si acabara de succionar un limón.

—¿Para desayunar?

—Tengo la sensación de que hoy es uno de esos días en que necesito desayunar un refresco.



Por suerte no tuvimos que esperar mucho para oír algo. Stevie Rae, las gemelas y yo estábamos viendo el *The Dr. Phil Show* exactamente a las tres y diez (Stevie Rae y yo íbamos por nuestro segundo tazón de cereales, y yo iba por el tercer refresco burbujeante marrón) cuando interrumpieron la programación para dar un informativo especial en la Fox News.

—Aquí Chera Kimiko con las últimas noticias. Hemos sabido que poco después de las dos y media de esta tarde la sección de Oklahoma del FBI ha recibido una alerta de bomba de un grupo terrorista que se llama a sí mismo la Jihad por la Naturaleza. Fox News ha descubierto que el grupo terrorista ha declarado haber colocado una bomba en el puente de la I-40 sobre el río Arkansas, no lejos de las cataratas de Webber. Conectamos en directo con Hannah Downs para que nos cuente las últimas noticias.

Las cuatro nos quedamos muy quietas, observando cómo la cámara enfocaba a una joven periodista que estaba de pie, ante el puente de una autopista de aspecto perfectamente normal. Bueno, el puente tenía un aspecto perfectamente normal excepto por el hecho de que una marea de hombres uniformados pululaban en manadas por allí. Yo suspiré aliviada. Habían cortado el tráfico.

—Gracias, Chera. Como pueden ustedes ver, el FBI y la policía, incluyendo a un equipo de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de fuego y Explosivos, ATF, han clausurado el puente. Están realizando una búsqueda exhaustiva de la supuesta bomba.

—Hannah, ¿han encontrado algo de momento? —preguntó Chera.

—Es demasiado pronto para contestar a esa pregunta, Chera. Las lanchas del FBI acaban de llegar ahora mismo.

—Gracias, Hannah —dijo Chera. La cámara volvió al plató—. Les contaremos algo más acerca de esta última noticia en cuanto tengamos más información sobre la supuesta bomba o sobre este nuevo grupo terrorista. Hasta entonces, la Fox vuelve ahora a...

—Una amenaza de bomba, eso ha sido inteligente.

Las palabras habían sonado en una voz tan baja y yo estaba tan concentrada en la televisión, que tardé unos segundos en caer en la cuenta de que se trataba de Aphrodite. Cuando al fin lo comprendí, alcé la vista. Ella estaba de pie, a mi derecha, detrás del sofá en el que estábamos sentadas Stevie Rae y yo. Esperaba que soltara una de sus habituales risitas arrogantes, así que me sorprendió cuando asintió en mi dirección ligeramente, casi hasta con respeto.

—¿Qué quieres? —preguntó Stevie Rae con una voz dura muy poco frecuente en ella.

Yo me di cuenta entonces de que muchas de las chicas que habían estado viendo la televisión en grupos por allí dirigían de pronto la vista hacia nosotras. Y por la forma repentina de cambiar de expresión, era evidente que Aphrodite también se había dado cuenta.

—¿De una ex nevera? ¡Nada! —contestó Aphrodite despreciativamente.

Noté que Stevie Rae se ponía tensa. Yo sabía que ella detestaba que le recordaran que le había permitido a Aphrodite y a sus amigas del grupo de las Hijas Oscuras utilizar su sangre en un ritual que había sido un completo error. Ser utilizada como «nevera» no era nada bueno, y ser llamada así se consideraba un insulto.

—Eh, puta bruja del infierno —dijo entonces Shaunee en un tono de voz dulce y amistoso—, eso nos recuerda que el nuevo grupo de las Hijas Oscuras...

—... que ahora somos nosotros, y no tus asquerosas amigas —intervino Erin, completando la frase.

—... tiene una vacante para el puesto de nevera para el ritual de mañana —terminó Shaunee la frase, tranquilamente.

—Sí, y ahora que ya no eres una mierda, tu única posibilidad de entrar en el ritual es haciendo de aperitivo —dijo Erin—. ¿Has venido a solicitar el puesto?

—Porque si es así, lo siento. Quién sabe dónde habrás estado, no nos gustan las guarrerías —dijo Shaunee.

—¡Jódeme, puta! —soltó Aphrodite.

—Ni aunque me lo supliques —dijo Shaunee.

—¡Ya hooo! —gritó Erin.

Stevie Rae se quedó simplemente sentada, pálida y con mal aspecto. Yo quería darles a todas juntas de cabezazos.

—¡Ya vale, basta! —grité, haciéndolas callar a todas. Miré a Aphrodite—. No vuelvas a llamar a Stevie Rae «nevera» nunca más. —Entonces me volví hacia las gemelas—. Una de las cosas del ritual con las que voy a terminar es esa de utilizar a los iniciados como neveras, así que no necesitamos que nadie haga el papel de víctima. Lo cual significa que no habrá aperitivo.

Bueno, no había gritado exactamente a las gemelas, pero las dos me miraron con una expresión idéntica de sorpresa y tristeza. Suspiré.

—Estamos todos del mismo lado —añadí, bajando la voz y tratando de asegurarme de que las chicas que había alrededor, escuchando, no pudieran oírme—, así que no estaría mal si dejáramos de discutir.

—No te engañes a ti misma, no estamos del mismo lado. Ni siquiera nos acercamos —dijo Aphrodite que, acto seguido, soltó una risa que más bien parecía un gruñido y se marchó.

Yo la observé caminar hasta la puerta principal, y justo antes de atravesarla volvió la vista hacia mí, me miró a los ojos y me hizo un guiño.

¿De qué iba eso? Casi parecía como si hubiera estado jugando, como si fuéramos amigas y estuviéramos de broma. Pero eso no era posible. ¿O sí?

—Me da escalofríos —dijo Stevie Rae.

—Aphrodite tiene problemas —dije yo. Las tres me miraron como si acabara de decir que realmente Hitler no era tan malo—. Ya sabéis, chicas, que en serio quiero que las Hijas Oscuras sea un grupo que una a la gente, no un grupito engraido y tan exclusivo que solo puedan entrar las amiguitas de la camarilla —continué yo. Ellas seguían mirándome—. Ha sido su aviso lo que ha salvado a mi abuela y a otra mucha gente hoy.

—Ella te avisó solo porque quiere algo de ti, Zoey. No te engañes en eso —dijo Erin.

—Por favor, no me digas que estás pensando en dejarla volver a las Hijas Oscuras —dijo Stevie Rae.

Yo sacudí la cabeza y contesté:

—No. Y aunque quisiera, que no es así —me apresuré a añadir—, según mis propias nuevas reglas ella no tiene las cualidades necesarias para ser miembro. Una hija o un hijo oscuro tiene que dar ejemplo de nuestros ideales con su conducta.

—Esa bruja no sabe en absoluto cómo ser auténtica, fiel, sabia, empática ni sincera más que con sus odiosos planes —soltó Shaunee.

—Para dominar el mundo —añadió Erin.

—Y no creas que están exagerando —dijo Stevie Rae.

—Stevie Rae, ella no es amiga mía. Solo... no sé —vacilé, tratando de poner palabras al instinto que tan a menudo me susurraba y me dirigía hacia lo que tenía o no que hacer—. Supongo que a veces me da realmente lástima. Y también creo que la entiendo un poco. Aphrodite solo quiere ser aceptada, pero lo hace todo al revés. Cree que la manipulación y las mentiras unidas al control pueden forzar a la gente a que la quieran. Eso es lo que ve en su casa, y eso es lo que la hace ser así.

—Lo siento, Zoey, pero eso son gilipolleces —dijo Shaunee—. Es demasiado mayor para comportarse como una estúpida solo porque su madre es una *jodelotodo*.

—¡Por favor! ¡De verdad, ya basta con eso de «la culpa de que sea una puta mierda es de mamá»! —exclamó Erin.

—No pretendo ofenderte ni nada de eso, pero tú también tienes una madre *jodelotodo*, Zoey, y tú no permites que ella ni tu padrastro perdedor te líen así —dijo Stevie Rae—. Y Damien tiene una madre que ya no lo quiere porque es gay.

—Sí, pero él no se ha vuelto una odiosa puta bruja —dijo Shaunee—. De hecho, es todo lo contrario. Él es como... es como... —Shaunee hizo una pausa, mirando a Erin en busca de ayuda—. Gemela, ¿cómo se llamaba la chica de la película *Sonrisas*

y lágrimas que interpretaba Julie Andrews?

—María. Y es verdad, gemela. Damien es como esa niñera estupenda. Solo tiene que soltarse un poco, o no va a pillar cacho nunca.

—No puedo creer que estéis discutiendo mi vida amorosa, chicas —dijo Damien. Todas nos sobresaltamos y musitamos un «Lo siento».

Damien sacudió la cabeza mientras Stevie Rae y yo nos echábamos a un lado para dejarle sitio en el sofá.

—Y quiero que sepáis que yo no quiero simplemente «pillar cacho», como decís vosotras con tanta cochinería. Quiero una relación larga con una persona a la que realmente quiera, y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta.

—*Ja, fräulein* —susurró Shaunee.

—María —musitó Erin.

Stevie Rae trató de disimular las risitas tosiendo.

Damien frunció el ceño en dirección a las tres. Yo decidí que esa era mi oportunidad para hablar.

—Ha funcionado —dije en voz baja—. Han cerrado el puente.

Me saqué el móvil de Damien del bolsillo y se lo devolví. Él comprobó que estuviera apagado y asintió.

—Lo sé, vine para acá en cuanto vi las noticias.

Damien miró el reloj digital del dvd del salón, junto a la televisión, y luego me miró.

—Son las tres y veinte. Lo hemos conseguido.

Los cinco sonreímos. Es cierto, me sentí aliviada, pero por dentro me seguía corroyendo una preocupación de la que no podía librarme y que no era solo el nerviosismo por lo de Heath. Quizá necesitara mi tercer refresco burbujeante marrón.

—Vale, bien, eso ya está resuelto, así que, ¿por qué seguimos aquí sentados, hablando de mi vida amorosa? —preguntó Damien.

—O de tu falta de vida amorosa —le susurró Shaunee a Erin, que trataba de no echarse a reír (junto con Stevie Rae), pero sin éxito.

Damien no les hizo caso. Se puso en pie y me miró.

—Bueno, vamos.

—¿Eh?

Él giró los ojos en sus órbitas, alzó la vista al cielo, sacudió la cabeza y añadió:

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo? Tienes que celebrar un ritual mañana, lo que significa que tienes que transformar el salón de entretenimiento. ¿O creías que Aphrodite iba a ofrecerse voluntaria para arreglártelo todo?

—No había pensado en eso —dije yo.

Como si hubiera tenido tiempo.

—Bueno, pues piénsalo ahora —dijo Damien, tirándome del brazo para ponerme

en pie—. Tenemos trabajo que hacer.

Yo recogí mi refresco burbujeante marrón y todos seguimos al tornado de Damien afuera, a la fría y nublada tarde de sábado. Había dejado de llover, pero las nubes estaban más negras que antes.

—Parece como si fuera a nevar —dije yo, alzando la vista al cielo plomizo.

—¡Dios, ojalá! ¡Me encantaría ver un poco de nieve! —exclamó Stevie Rae, girando sobre sí misma con los brazos extendidos como si fuera una niña.

—Pues ve a Connecticut. Verás más nieve de la que podrás soportar. Se hace realmente agobiante después de meses y meses de frío y humedad. ¡Por favor! Si es la razón por la que los del norte somos tan cascarrabias —comentó Shaunee, mirándola con simpatía.

—No me importa lo que digas, no me lo vas a estropear. La nieve es mágica. Hace que la tierra parezca como si se hubiera echado una esponjosa sábana blanca por encima —continuó Stevie Rae, abriendo los brazos y gritando—: ¡Quiero que nieve!

—Sí, bueno, y yo quiero esos vaqueros decorados impresionantes de cuatrocientos cincuenta dólares que vi en el catálogo de Victoria's Secret —dijo Erin—. Lo cual demuestra que no siempre podemos tener lo que queremos, ya sea nieve o unos vaqueros.

—Bueno, gemela, quizá los rebajen. Esos vaqueros son demasiado bonitos como para renunciar a ellos.

—¿Y por qué no coges tu par de vaqueros favoritos y miras a ver si puedes reproducir los dibujos? No puede ser tan difícil, ¿no crees? —sugirió Damien con lógica (y muy al estilo gay).

Yo abrí la boca para decir que estaba de acuerdo con Damien y, de pronto, me cayó un copo de nieve en la frente.

—Eh, Stevie Rae, tu deseo se ha hecho realidad. Está nevando.

Stevie Rae soltó un grito de alegría.

—¡Sí! ¡Que nieve más y más!

Y, por supuesto, Stevie Rae consiguió lo que deseaba. Para cuando llegamos al salón de entretenimiento todo estaba cubierto de gruesos y enormes copos de nieve. Tuve que admitir que Stevie Rae tenía razón. La nieve era como una sábana blanca sobre la tierra. Lo convertía todo en algo suave y blanco, e incluso Shaunee (del malhumorado y nevado estado de Connecticut), se reía y trataba de pescar copos de nieve con la lengua.

Todos nos reíamos a carcajadas cuando entramos en el salón de entretenimiento. Había bastantes chicos allí. Algunos jugaban al billar americano y otros con los videojuegos de las viejas máquinas arcade. Nuestras risas mientras nos sacudíamos la nieve les llamaron la atención, y muchos dejaron lo que estaban haciendo para alzar

las gruesas cortinas negras de las ventanas que aislaban el salón de la luz del día.

—¡Sí, está nevando! —exclamó Stevie Rae.

Yo simplemente sonreí y me encaminé hacia la pequeña cocina de la parte trasera de ese edificio seguida de Damien, las gemelas y Stevie Rae, que seguía como loca por la nieve. Sabía que había un almacén junto a la cocina y que era allí donde las Hijas Oscuras guardaban las cosas para sus rituales. Quizá hubiera llegado el momento de prepararlo todo, y sobre todo de fingir que sabía lo que estaba haciendo.

Oía la puerta del salón de entretenimiento abrirse y luego cerrarse detrás de mí, y entonces me sorprendió la voz de Neferet.

—La nieve es preciosa, ¿verdad?

Los chicos que había de pie junto a las ventanas le contestaron con un respetuoso «Sí». Me sorprendió sentirme de pronto ligeramente molesta, así que traté de olvidarme de esa sensación al instante y me giré para volver al salón a saludar a mi mentora. Como los bebés patitos, mi panda me siguió.

—¡Zoey!, bien. Me alegro de encontrarte aquí —dijo Neferet con un cariño tan evidente hacia mí que el sentimiento de molestia que había notado por su interrupción instantes antes se desvaneció.

Neferet era algo más que mi mentora. Era como una madre para mí, y era un egoísmo por mi parte enfadarme porque hubiera venido a buscarme.

—Hola, Neferet —contesté yo cálidamente—. Estábamos empezando a preparar el salón para el ritual de mañana.

—¡Excelente! Esa es una de las razones por las que quería verte. Si necesitas algo para el ritual, no dudes en pedírmelo. Y definitivamente cuenta conmigo mañana por la noche, pero no te preocupes —dijo, volviendo a sonreír en mi dirección—, porque no me quedará a ver todo el ritual: solo lo suficiente como para demostrar mi apoyo a tu nueva perspectiva de las Hijas Oscuras. Luego dejaré las Hijas e Hijos Oscuros en tus capacitadas manos.

—Gracias, Neferet —dije yo.

—Bien, y la segunda razón por la que quería verte a ti y a tus amigos —continuó Neferet, girando la cabeza hacia ellos sin dejar de sonreír— es porque quiero presentaros a nuestro estudiante recién llegado.

Neferet hizo un gesto, y un chico de cuya presencia yo aún no me había percatado dio un paso adelante. Era un chico mono en cierto sentido, con el cabello rubio rizado y unos ojos azules realmente bonitos. Era evidente que era uno de esos chicos un poco raros que por lo general son idiotas, pero era un chico raro en cierto modo simpático y con cierto potencial (traducción: se bañaba y se lavaba los dientes, y además tenía una piel y un pelo bonitos, y no se vestía como un completo perdedor).

—Quiero presentaros a todos a Jack Twist. Jack, esta es mi iniciada, Zoey Redbird, líder de las Hijas Oscuras, y sus amigos y prefectos, miembros del Consejo,

Erin Bates, Shaunee Cole, Stevie Rae Johnson y Damien Maslin.

Neferet fue señalándolos uno a uno mientras se los presentaba, y se oyó un «hola» detrás de otro. El chico nuevo parecía un poco nervioso y pálido, pero aparte de eso tenía una bonita sonrisa y no debía ser un completo marginado ni nada de eso. Justo estaba preguntándome por qué Neferet había estado buscándome precisamente a mí para presentarme al chico nuevo cuando ella comenzó a explicarlo:

—Jack es poeta y escritor, y Loren Blake va a ser su mentor, solo que Loren no volverá de su viaje del este hasta mañana. Además Jack va a ser el compañero de habitación de Erik Night, y como todos vosotros sabéis, Erik tampoco volverá a la escuela hasta mañana. Por eso pensé que estaría bien que vosotros cinco le enseñarais la escuela y os aseguraraís de que se siente bienvenido y se instala a gusto hoy.

—Claro, nos encantaría —dije yo sin vacilar, pensando que ser el nuevo nunca había sido un plato de gusto.

—Damien, tú puedes enseñarle la habitación de Erik, ¿verdad?

—Claro, por supuesto —contestó Damien.

—Sabía que podía contar con los amigos de Zoey —añadió Neferet con una sonrisa increíble que pareció iluminar la habitación por sí sola y que, de pronto, me hizo sentirme profundamente orgullosa al ver que el resto de chicos observaban el evidente trato de favor de Neferet hacia nosotros—. Y recordad, si necesitáis algo especial para mañana, decídmelo. Ah, y como es tu primer ritual he ordenado en la cocina que preparen algo especial para ti y para los Hijos e Hijas Oscuros para después. Debería ser una celebración encantadora y muy especial para ti, Zoey.

Me sentí abrumada por tanta consideración, y no pude evitar comparar su comportamiento con el modo frío y despreocupado con que me trataba mi madre. ¡Dios!, la verdad era que mi madre ni siquiera me quería lo suficiente como para tratarme de otro modo. La había visto solo una vez en todo el mes, pero después de la estúpida escena que había montado el perdedor de su marido con Neferet no parecía probable que volviera a verla pronto. Pero ¿me importaba? No. No cuando tenía buenos amigos y a una mentora como Neferet, dispuestos a ayudarme en cualquier momento.

—Realmente aprecio mucho tu gesto, Neferet —dije yo, tragándome el nudo de la garganta, producto de la pura emoción.

—Para mí es un placer, y es lo menos que puedo hacer por mi iniciada en su primer Ritual de la Luna Llena como líder de las Hijas Oscuras.

Neferet me dio un abrazo rápido y después abandonó el salón, asintiendo amablemente hacia los chicos que le dirigían la palabra y la saludaban con respeto.

—¡Uau! —exclamó Jack—. Es realmente increíble.

—Desde luego que lo es —contesté yo, sonriendo a mis amigos (y al chico nuevo)—. Bueno, ¿listos para trabajar? Aquí hay muchas cosas que sacar —continué

yo, viendo entonces que Jack tenía todo el aspecto de estar despistado—. Damien, será mejor que le des a Jack una clase rápida sobre rituales vampíricos para que no se sienta tan perdido.

Entonces eché a caminar hacia la cocina (de nuevo), y oí a Damien comenzar su pequeña escena en el papel de profesor, explicando para empezar lo relativo al Ritual de la Luna Llena.

—Eh... Zoey, ¿podemos ayudarte?

Yo miré por encima del hombro. Drew Partain, un chico bajito y atlético al que reconocí porque íbamos a la misma clase de esgrima (él era increíblemente bueno en esgrima: tan bueno como Damien, y eso es decir mucho), estaba de pie junto a la pared, de espaldas a las ventanas, con un grupo de amigos. Me sonrió, pero yo noté que no dejaba de mirar a Stevie Rae.

—Hay muchas cosas que sacar. Lo sé porque mis amigos y yo solíamos ayudar a Aphrodite a preparar el salón —continuó él.

—*Huh* —oí que murmuraba Shaunee, apenas sin aliento.

Antes de que Erin pudiera añadir algo más a aquel susurro sarcástico, yo me apresuré a contestar:

—Sí, no nos vendría mal vuestra ayuda. Excepto porque mi ritual va a ser diferente. Damien os explicará a qué me refiero —añadí, tratando de ponerlos a prueba.

Esperé a ver las miradas desdeñosas y de sarcasmo que los chicos de estilo deportista solían dirigir invariablemente a Damien y a los otros pocos chicos que se mostraban como gays abiertamente en la escuela, pero Drew solo se encogió de hombros y contestó:

—Vale, por mí está bien. Simplemente dinos qué hacer.

Luego sonrió y le guiñó un ojo a Stevie Rae, que soltó una risita nerviosa y se puso colorada.

—Damien, son todos tuyos —dije yo.

—Estoy seguro de que el infierno se está congelando por alguna parte —susurró Damien sin mover apenas los labios. Luego, con su voz de siempre, añadió—: Bueno, lo primero que no le gusta a Zoey es que el salón parezca un depósito de cadáveres con todas esas máquinas retiradas hacia atrás y cubiertas con una tela negra, así que vamos a ver si podemos meter la mayor parte de ellas en la cocina y el vestíbulo.

El grupo de Drew comenzó a trabajar junto con Damien y el chico nuevo, y Damien volvió a su lección.

—Nosotras iremos a por las velas y sacaremos la mesa —les dije yo a los chicos, haciéndoles un gesto a Stevie Rae y a las gemelas para que me siguieran.

—Damien ha muerto y ha resucitado directamente en el paraíso de los gays —comentó Shaunee en cuanto nos alejamos lo suficiente como para que nadie la oyera.

—Bueno, ya era hora de que esos chicos dejaran de comportarse como ignorantes pueblerinos y demostraran un poco de sentido común —dije yo.

—Shaunee no se refería a eso, aunque estamos de acuerdo contigo —dijo Erin—. Se refería al pequeño Jack el-chico-mono-gay-nuevo Twist.

—Pero ¿qué demonios os ha hecho pensar que es gay? —preguntó Stevie Rae.

—Stevie Rae, juro que tienes que abrir tus horizontes, chica —contestó Shaunee.

—Vale, yo también estoy perdida. ¿Por qué pensáis que Jack es gay? —pregunté yo.

Shaunee y Erin se miraron la una a la otra con una expresión de pena, y luego Erin explicó:

—Jack Twist es idéntico al superatractivo *cowboy* gay al que interpreta Jake Gyllenhaal en *Brokeback Mountain*.

—Además, ¡De verdad! Cualquiera que elija un nombre como ese y que tenga un aspecto tan desaliñadamente mono como él es que es total, completa y absolutamente del equipo de Damien.

—Ah —dije yo.

—Bueno, lo que tú digas —dijo Stevie Rae—. ¿Sabéis? Yo jamás vi esa película. No la trajeron al Cinema 8 de Henrietta.

—¿No te lo había dicho? —dijo Shaunee.

—¡Por favor, no puedo creerlo! —exclamó Erin sarcástica, fingiendo incredulidad.

—Bueno, Stevie Rae, pues creo que ha llegado la hora de enseñarte esa excelente película en dvd —añadió Shaunee.

—¿Se ve cómo se besan los dos chicos?

—A pedir de boca —contestaron Shaunee y Erin al unísono.

Yo lo intenté, pero fallé irremisiblemente a la hora de no echarme a reír ante la expresión del rostro de Stevie Rae.



Casi habíamos terminado de arreglar el salón para el ritual cuando alguien encendió la enorme pantalla de televisión que habíamos tenido que dejar allí. Daban las noticias de la noche. Los cinco nos lanzamos miraditas rápidas: lo que llamaban la «broma de mal gusto de la Jihad por la Naturaleza» seguía siendo la noticia del día. Aunque yo sabía que no podían rastrear mi llamada telefónica y había visto a Damien dejar caer «accidentalmente» el móvil desechable, que después había pisado, solo respiré con un poco más de tranquilidad al oír a Chera Kimiko repetir que hasta ese momento la policía no tenía ninguna pista acerca de la identidad del grupo terrorista.

Como noticia relacionada con la anterior del río Arkansas, la Fox News contaba también que aquella noche Samuel Johnson, capitán de una de las barcas del servicio de transporte marítimo por el río, había sufrido un ataque cardíaco mientras pilotaba la barca. Había sido una «verdadera suerte» para él que el tráfico hubiera estado cortado en ese momento y que hubiera médicos y policía tan cerca. Le habían salvado la vida, y la barca no había chocado contra ninguna otra ni contra ningún pilar de ningún puente.

—¡Eso era! —exclamó Damien—. Tuvo un ataque cardíaco y la barca se estrelló contra un pilar del puente.

Yo asentí, medio paralizada.

—Y eso demuestra que las visiones de Aphrodite son ciertas —añadí yo.

—Pero esa no es una buena noticia —comentó Stevie Rae.

—Yo creo que sí —contesté yo—. Siempre y cuando Aphrodite nos cuente sus visiones, claro. Así podremos tomárnoslas en serio.

Damien sacudió la cabeza.

—Tiene que haber una razón para que Neferet piense que Nyx le ha retirado el don a Aphrodite. Es una lástima que no podamos contarle todo esto, porque de ese modo ella podría explicarnos qué ocurre o quizá incluso cambiar de opinión con respecto a Aphrodite.

—No, le di mi palabra de que no diría nada.

—Si Aphrodite estuviera dejando de ser una bruja, ella misma se lo diría a Neferet —comentó Shaunee.

—Quizá debieras hablar con ella acerca de todo esto —sugirió Erin.

Stevie Rae emitió una especie de gruñido.

Yo puse los ojos en blanco, pero Stevie Rae ni siquiera se dio cuenta porque Drew sonreía en ese momento en dirección a nosotras, y ella estaba demasiado ocupada ruborizándose como para prestarme atención.

—¿Qué te parece, Zoey? —preguntó él sin apartar los ojos de Stevie Rae.

Que estás loquito por mi compañera de habitación, eso hubiera querido yo contestarle. Pero pensé que era un chico majo y que el rubor de Stevie Rae demostraba claramente que ella pensaba lo mismo, así que decidí no mortificarla.

—Ha quedado estupenda —dije yo.

—Sí, desde aquí tampoco se ve tan mal —comentó Shaunee, mirando a Drew de arriba abajo.

—Lo mismo digo, gemela —añadió Erin.

—Estoy muerto de hambre —dijo él.

—Yo también —dijo Stevie Rae.

—Bueno, ¿y por qué no vamos a por algo de comer? —le preguntó Drew a Stevie Rae.

—Vale —se apresuró a contestar Stevie Rae, dándose cuenta después de que todos la mirábamos y poniéndose aún más colorada—. Bueno, es la hora de cenar. Será mejor que vayamos a por algo.

Con un gesto nervioso, Stevie Rae se pasó una mano por el pelo corto y rizado y llamó a Damien, que estaba en el otro extremo del salón muy concentrado, hablando con Jack. (Por lo que yo había oído, a los dos les gustaban los mismos libros y estaban discutiendo acerca de cuál de los volúmenes de Harry Potter era el mejor. Evidentemente, los dos eran igual de bobos).

—Damien, nos vamos a comer. ¿No tenéis hambre Jack y tú?

Jack y Damien intercambiaron una mirada, y luego Damien nos gritó:

—¡Sí, ya vamos!

—¡Chachi! —exclamó Stevie Rae sin dejar de sonreír a Drew—. Todos tenemos hambre.

Shaunee suspiró y echó a caminar hacia la puerta, comentando:

—¡Por favor! Solo con las hormonas de los jóvenes amantes reunidos en este salón tengo ya dolor de cabeza.

—Pues yo me siento como si estuviera encerrada en una película de Lifetime. ¡Espérame, gemela! —gritó Erin.

—¿Por qué son las gemelas tan cínicas con respecto al amor? —le pregunté yo a Damien nada más cruzar él y Jack el salón en nuestra dirección.

—No lo son. Simplemente están enfadadas porque los últimos chicos con los que han salido les parecieron aburridos —explicó Damien.

Salimos todos fuera como un solo grupo a la magia de una noche nevada de noviembre. Los copos habían cambiado y eran ya más pequeños, pero seguían cayendo regularmente y haciendo que la Casa de la Noche pareciera aún más misteriosa y más parecida a un castillo que nunca.

—Sí, las gemelas son duras con los tíos. Es como si supieran el doble que ellos —

dijo Stevie Rae.

Yo noté que Stevie Rae caminaba realmente muy cerca de Drew y que de vez en cuando sus brazos se rozaban.

Oí un montón de murmullos de asentimiento procedentes del grupo de chicos que habían estado ayudándonos a mover los muebles por el salón de entretenimiento, e imaginé que para un chico (vampiro o humano) salir con una de las gemelas debía ser todo un reto.

—¿Os acordáis cuando Thor quiso salir con Erin? —preguntó uno de los amigos de Drew, que creo que se llama Keith.

—Sí, ella lo llamó lémur. Ya sabes, como los estúpidos lémures esos de la película de Disney —dijo Stevie Rae, riéndose.

—Y Walter salió con Shaunee un total exacto de dos días y medio, y luego, en medio del Starbucks, lo llamó ordenador Pentium 3 —comentó Damien.

Yo le lancé una mirada despistada.

—Z, ahora ya vamos por el ordenador Pentium 5.

—Ah.

—Erin sigue llamándolo el Lento McSlowenstein cada vez que se cruza con él —añadió Stevie Rae.

—Entonces es evidente que hacen falta dos chicos especiales de verdad para salir con las gemelas —dije yo.

—Yo creo que siempre hay alguien especial para todo el mundo —dijo de pronto Jack.

Todos nos giramos hacia él, que se ruborizó. Pero antes de que ninguno de los chicos pudiera burlarse de él yo dije:

—Yo estoy de acuerdo con Jack.

Aunque lo difícil era figurarse quién estaba hecho precisamente para él, añadí yo en silencio para mí misma.

—¡Totalmente! —exclamó Stevie Rae con su habitual animación y optimismo.

—¡Absolutamente! —agregó Damien, guiñándome un ojo.

Yo le sonreí.

—¡Eh! —exclamó Shaunee, saliendo de detrás de un árbol—. ¿De qué estáis hablando, chicos?

—De tu falta de vida amorosa —gritó Damien todo contento.

—¿En serio?

—En serio —dijo Damien.

—¿Y por qué no habláis mejor del frío que hace y de lo mojados que estáis? —sugirió Shaunee.

Damien frunció el ceño antes de contestar:

—¿Cómo? Yo no tengo frío.

Erin salió de detrás del mismo árbol, por el otro lado, con una bola de nieve en la mano.

—¡Pero lo tendrás! —gritó, tirándosela a Damien y dándole en todo el pecho.

Por supuesto, enseguida se montó una guerra de bolas de nieve. Los chicos gritaban y corrían a ponerse a cubierto mientras recogían puñados enteros de nieve virgen y se la tiraban a Shaunee y a Erin. Yo traté de echarme atrás.

—¡Te dije que la nieve era genial! —gritó Stevie Rae.

—Bueno, entonces esperemos un vendaval —gritó Damien, apuntando a Erin—. Viento y nieve en abundancia. ¡Sin duda lo mejor para una guerra de bolas de nieve!

Damien lanzó la bola, pero Erin fue demasiado rápida y saltó justo a tiempo de evitar que le diera en toda la cabeza.

—¿Adónde vas, Z? —gritó Stevie Rae desde detrás de un arbusto ornamental.

Yo vi que Drew estaba justo a su lado, disparando bolas de nieve a Shaunee desde su refugio.

—Al centro multimedia. Tengo que trabajar en el texto del ritual de mañana. Ya pillaré algo de comer cuando haya terminado, de camino al dormitorio —dije yo, caminando marcha atrás cada vez más deprisa—. Detesto perderme la parte divertida, pero...

Conseguí retroceder, entrar y cerrar de golpe la puerta detrás de mí justo a tiempo de oír los tres *plop, plop, plop* de tres bolas de nieve, golpeando la vieja puerta de madera.

No se trataba de una excusa para evitar la guerra de bolas de nieve. De hecho, pensaba saltarme la cena y pasar unas cuantas horas en el centro multimedia. Al día siguiente tenía que invocar un círculo y dirigir un ritual que quizá fuera tan antiguo como la luna misma.

Y no tenía ni idea de qué hacer.

Sí, claro; había invocado un círculo con mis amigos un mes atrás como experimento casero para ver si de verdad tenía afinidad con los elementos o si me estaba engañando. Hasta no sentir el poder del viento, del fuego, del agua, de la tierra y del espíritu recorrer todo mi cuerpo, y hasta que mis amigos no lo vieran también, yo habría jurado que me estaba engañando. No es que sea una completa cínica o algo así, pero ¡por favor!, ¡de verdad! (como dirían las gemelas). Ser capaz de extraer el poder de los elementos es una habilidad muy poco común. Quiero decir que mi vida no era una película de los X-Men (aunque sin duda me habría gustado tener unas cuantas aventuras con *Lobezno*).

El centro multimedia estaba vacío, como era de esperar; después de todo era sábado por la noche. Solo un completo gilipollas pasa la noche del sábado en un centro multimedia. Sí, sabía muy bien en qué me convertía eso. Tenía decidido de

antemano por dónde iba a iniciar la investigación. Pinché la pestaña «catálogo» del menú principal del ordenador y busqué libros de hechizos y rituales antiguos, pero no hice caso de ninguno que tuviera una fecha de publicación reciente. Me atrajo especialmente un libro titulado *Ritos místicos de la luna de cristal*, de Fiona. Recordaba vagamente ese nombre por ser una de las vampiras poetas laureadas a principios del siglo XIX (había una foto suya muy bonita en nuestro dormitorio). Tomé nota del código del libro según el sistema de clasificación decimal Dewey y lo encontré por fin en un oscuro estante, solitario y polvoriento. Pensé que ese era un excelente síntoma: se trataba de uno de esos tomos antiguos, encuadernados en piel. Necesitaba un fundamento y una tradición de modo que mi liderazgo de las Hijas Oscuras conociera algo más que las costumbres ultramodernas (y de guerra) de Aphrodite.

Abrí el cuaderno de notas y saqué mi bolígrafo favorito, lo cual me hizo recordar lo que había dicho Loren acerca del hecho de preferir escribir a mano a escribir en el ordenador; eso, a su vez, me hizo recordar a Loren tocando mi rostro y mi espalda, y la conexión que se había establecido entre los dos. Sonreí y sentí que mis mejillas se sonrojaban, y entonces me di cuenta de que estaba ahí sola, sentada, sonriendo y ruborizándome como una retrasada mental a causa de un chico que era demasiado mayor para mí y que, además, era un vampiro. Ambas cosas me ponían realmente nerviosa (como debe ser). Quiero decir que él era superatractivo, pero tenía veintitantos años: era un verdadero adulto que conocía todos los secretos de los vampiros sobre el deseo de sangre y, bueno, sobre el deseo en general. Lo cual, por desgracia, contribuía a hacerle aún más seductor, sobre todo después de mi breve y picante escena de sexo, succionando sangre, con Heath.

Di golpecitos con el bolígrafo sobre la página en blanco. Bueno, vale, durante el último mes había estado besándome y enrollándome con Erik un poco. Y sí, me gustaba. Pero no, no habíamos llegado demasiado lejos. Y una de las razones era que, a pesar de toda reciente evidencia en contra, yo por lo general no me comporto como una guerra. La otra razón era que yo era aún demasiado consciente de la escena que había observado entre Erik y Aphrodite, su ex novia, en la que ella estaba arrodillada delante de él, tratando de hacerle una mamada. No quería que Erik albergara la menor duda sobre el hecho de que yo no soy una guerra como Aphrodite, la prostituta. (Eso, haciendo caso omiso de mi forma de restregar el paquete de Heath). Así que sin duda me sentía atraída por Erik, al que todo el mundo consideraba mi novio oficial a pesar de que no habíamos hecho gran cosa al respecto.

Entonces comencé a pensar en Loren. Fuera, a la luz de la luna y con la piel desnuda, Loren me había hecho sentirme como una mujer: no como una chica nerviosa y sin experiencia, que es como suelo sentirme cuando estoy con Erik. Cuando vi el deseo en los ojos de Loren me sentí bella y poderosa y muy, muy sexi.

Y sí, tenía que admitir que me gustaba ese sentimiento.

¿Cómo demonios encajaba Heath en medio de todo eso? Con Heath me sentía de un modo completamente diferente a como me sentía con Erik o con Loren. Heath y yo teníamos una historia. Nos conocíamos el uno al otro desde que éramos niños, y habíamos estado saliendo de un modo irregular durante el último par de años. Yo siempre me había sentido atraída hacia Heath, y los dos nos habíamos enrollado muchas veces a base de bien, pero él jamás me había excitado tanto como cuando se cortó el cuello y yo bebí su sangre.

Temblé y me lamí los labios automáticamente. Solo de pensarlo me excitaba y me sentía horrorizada al mismo tiempo. Sin duda quería volver a verlo, pero ¿era porque aún lo quería, o simplemente por el intenso deseo que sentía por su sangre?

No tenía ni idea.

Cierto, Heath me había gustado durante años. A veces se comportaba como un estúpido, pero aún así resultaba un estúpido entrañable. Él me trataba bien, y a mí me gustaba salir con él. O al menos así había sido hasta el momento de comenzar él a emborracharse y a colocarse. Entonces su estupidez había pasado a ser gilipollez, y yo no había vuelto a confiar en él. Pero él había dejado la bebida y los porros, así que, ¿significaba eso que volvía a ser el mismo chico de antes, el que me gustaba tanto? Y si era así, ¿qué diablos se suponía que debía hacer yo acerca de: 1) Erik, 2) Loren, 3) el hecho de que beber la sangre de Heath estuviera completamente prohibido en la Casa de la Noche y 4) el hecho de que, sin lugar a dudas, yo volvería a beber su sangre?

Mi suspiro sonó sospechosamente a llanto. Realmente necesitaba a alguien con quien hablar.

¿Neferet? De ningún modo. No estaba dispuesta a contarle a ningún vampiro adulto el asunto de Loren. Sabía que tenía que reconocer que había bebido la sangre de Heath (otra vez, admití suspirando) y sabía que probablemente eso había intensificado la conexión entre los dos. Pero no podía decírselo a ella. O al menos no podía hacerlo tan pronto. Sabía que era una actitud egoísta, pero no quería meterme en problemas con ella cuando aún no había establecido mi liderazgo en las Hijas Oscuras.

¿Stevie Rae? Ella era mi mejor amiga y yo quería contárselo, pero si de verdad iba a contárselo entonces tenía que admitir ante ella que había bebido la sangre de Heath. Dos veces. Y admitir cuánto deseaba volver a beberla otra vez. ¿Cómo no iba eso a asustarla? Me asustaba incluso a mí. No podía soportar la idea de que mi mejor amiga me mirara como si fuera un monstruo. Además, no creo que ella lo entendiera en realidad.

No podía contárselo a la abuela. Sin duda a ella le desagradaría el hecho de que Loren tuviera veintitantos años. Y era incapaz de imaginarme a mí misma hablándole

de mi deseo por la sangre.

Irónicamente, de inmediato me di cuenta de quién sería la única persona que no se asustaría por el asunto de la sangre y que, sin duda, comprendería mis deseos y todo eso: Aphrodite. Y, por extraño que parezca, en parte quería hablar con ella, sobre todo después de descubrir que sus visiones seguían siendo ciertas. Con esa chica tenía el presentimiento de que ocultaba mucho más que el mero hecho de que cuando quería podía ser una odiosa guarra. Había cabreado a Neferet, eso era evidente. Pero Neferet le había dicho con palabras duras y odiosas que Nyx le había retirado su favor, y me había dejado bien claro a mí (y prácticamente a toda la escuela) que las visiones de Aphrodite eran falsas. Sin embargo yo tenía una prueba de que no lo eran, y eso me producía una aterradora e inquietante sensación que, no obstante, era inevitable: comenzaba a preguntarme hasta qué punto podía confiar, de hecho, en Neferet.

Traté de concentrarme en la investigación que tenía que hacer, abrí el antiguo libro de rituales y entonces un pedazo de papel salió volando de entre sus páginas. Lo recogí, creyendo que algún chico se había dejado sus notas allí olvidadas, y me quedé helada. Mi nombre estaba escrito en la cabecera de aquella nota escrita a mano, de la que definitivamente reconocía la letra:

Para Zoey

Tentadora sacerdotisa

La noche no puede envolver tu sueño escarlata

Acepta la llamada del deseo.

Las palabras del poema me produjeron un escalofrío. ¿Qué demonios...?, ¿cómo podía nadie, y menos aún Loren que, supuestamente, estaba en la costa Este, saber que consultaría ese libro?

La mano me temblaba, así que dejé el papel sobre la mesa y volví a leer el poema. Si dejaba a un lado el hecho de que era increíblemente romántico que un vampiro y poeta laureado me escribiera una poesía, y leía el poema sin dejarme llevar por lo sexi que resultaba, tenía que reconocer que en ese poema había algo tan perturbador como el haiku mismo. «La noche no puede envolver tu sueño escarlata». ¿Me estaba volviendo absolutamente loca, o aquella línea implicaba que Loren sabía que había bebido sangre? De pronto el poema me pareció mal..., peligroso..., como si se tratara de una advertencia que no fuera en realidad una advertencia, y empecé a hacerme preguntas sobre el poeta. ¿Y si no había sido Loren quien lo había escrito?, ¿y si había sido Aphrodite? Yo había oído su conversación con sus padres. Se suponía que ella tenía que conseguir que me arrebataran el liderazgo de las Hijas Oscuras.

¿Encajaba el poema con sus planes? (¡Dios!, eso de «sus planes» sí que sonaba a cómic malo).

Sí, Aphrodite me había visto con Loren, pero ¿cómo podía ella saber nada del haiku? Además, ¿cómo podía saber también que volvería al centro multimedia para consultar aquel libro antiguo en particular? Eso sonaba más bien a un presentimiento psíquico de un vampiro adulto, aunque yo no tenía ni idea de cómo lo hacían. Quiero decir que ni siquiera yo sabía que iba a escoger ese libro hasta unos minutos antes.

Nala saltó sobre la mesa del ordenador, dándome un susto de muerte. Se quejó y se restregó contra mí.

—Vale, vale, ya me pongo a trabajar.

Pero mientras buscaba rituales y hechizos tradicionales en aquel antiguo libro, mi mente no dejaba de dar vueltas y más vueltas al poema y a esa extraña sensación que parecía haberseme aposentado de manera permanente bajo el esternón.



Saqué a *Nala* en brazos del centro multimedia. La gata se había quedado tan profundamente dormida, que ni siquiera se molestó en quejarse cuando la recogí. Miré el reloj al salir, y no pude creer que hubieran transcurrido tantas horas. No era de extrañar que se me hubiera dormido el culo ni que tuviera el cuello tan tenso. Pero nada de eso importaba, porque por fin sabía qué iba a hacer en el Ritual de la Luna Llena. Me había quitado un gran peso de encima. Seguía nerviosa, así que no me paré demasiado a considerar el hecho de que cuando desarrollara el ritual, lo haría delante de un puñado de chicos que, en su mayoría, no estarían precisamente encantados de verme en el puesto de su *compi* Aphrodite. Sencillamente, tenía que centrarme en el ritual y recordar los increíbles sentimientos que me embargaban cada vez que invocaba a los cinco elementos. El resto se arreglaría por sí solo. Con suerte.

Empujé la pesada puerta principal de la escuela y salí a un mundo diferente. Nevaba a un ritmo regular, y seguramente había seguido así mientras yo estaba en el centro multimedia. Los jardines del colegio estaban cubiertos de blanco como si se tratara de una manta de pelo. Se había levantado viento, y la visibilidad era terrible. Las farolas de gas que señalaban el oscuro camino apenas eran sino diminutos puntos de luz amarilla contra la blanca oscuridad. Hubiera debido de volver a entrar en el edificio y recorrerlo entero hasta el otro extremo, permaneciendo dentro todo el tiempo que pudiera para, después, salir corriendo hasta el edificio de los dormitorios de las chicas. Pero en realidad no quería hacerlo. Pensé que Stevie Rae tenía razón. La nieve era realmente mágica. Cambiaba el mundo, lo hacía más silencioso, más suave, más misterioso. Como iniciada, yo contaba ya con bastante de la protección natural de la que disfruta un vampiro contra el frío, que antes siempre me producía cierto repelús. Quiero decir que el frío me hacía pensar en criaturas muertas y heladas que existían solo porque bebían la sangre de los vivos: algo completamente espantoso, aunque solo pensara en ello alguna que otra vez. Por fin sabía más acerca de eso en lo que me estaba convirtiendo, así que comprendía que mi protección contra el frío era más bien el resultado de un metabolismo alterado, y no debido al hecho de estar no muerta. Los vampiros no están muertos. Simplemente han cambiado. Es a los humanos a quienes les gusta alimentar el aterrador mito de los muertos vivientes, cosa que yo comenzaba a encontrar algo más que simplemente molesto. De un modo u otro, me gustaba de verdad ser capaz de disfrutar de un paseo en medio de un vendaval sin sentir que me iba a congelar. *Nala* se acurrucó contra mí, ronroneando fuerte cuando la envolví con un gesto protector con los brazos. La nieve amortiguaba mis pisadas, y por un momento me pareció como si estuviera sola

en un mundo en el que se habían mezclado el negro y el blanco para formar un color único solo para mí.

Había dado solo un par de pasos cuando, de pronto, suspiré. Me habría dado un tortazo a mi misma en la frente de no haber tenido los brazos ocupados con la gata. Tenía que ir al almacén de hechizos y rituales de la escuela a por un poco de eucalipto. Por lo que había leído en el libro de rituales, el eucalipto se asociaba con la curación, la protección y la purificación: tres cosas que yo creía importante tener presentes durante mi primer ritual como líder de las Hijas Oscuras. Me figuré que podría conseguir el eucalipto al día siguiente, pero necesitaba anudar las hebras formando una cuerda como parte del hechizo que tenía planeado invocar y, bueno, probablemente lo más inteligente era practicar antes. No quería que se me cayera nada durante el ritual o, peor aún, descubrir que las hebras de eucalipto se rompían en pedazos porque no eran lo flexibles que yo esperaba, porque entonces me pondría colorada y tendría que acurrucarme en posición fetal para llorar...

Aparté la encantadora imagen de mi mente, me giré y comencé a caminar con dificultad de vuelta al edificio principal. Fue entonces cuando vi la sombra. Me llamó la atención porque no encajaba: y no solo porque era poco habitual que otro iniciado fuera lo suficientemente estúpido como para salir a dar un paseo durante una tormenta de nieve. Lo que me pareció extraño fue que esa persona, porque definitivamente no era ni un gato ni un arbusto, no caminaba por la acera. Iba en dirección al salón de entretenimiento, pero tomando un atajo y atravesando la cuadrícula de césped más lejano. Me detuve y observé con los ojos entrecerrados la figura contra la nieve que seguía cayendo. Llevaba una capa larga y oscura y una capucha.

De pronto me invadió tal urgencia por seguirla, que me quedé atónita. Casi como si no tuviera voluntad propia, bajé de la acera y me apresuré a seguir a esa misteriosa persona que acababa de llegar al borde de la línea de árboles que crecían a lo largo del muro de la escuela.

Abrí los ojos inmensamente. En el instante en el que la figura se internó entre las sombras, fuera quien fuera, él o ella comenzó a moverse con una velocidad inhumana, haciendo ondear la capa bruscamente detrás de sí en aquel viento plagado de copos de nieve de modo que parecía tener alas. ¿Rojo?, ¿había visto fiases de color escarlata contra los destellos de piel blanca? La nieve me producía picor de ojos y mi visión se nubló, pero sujeté a *Nala* con más fuerza contra mí y apreté el paso, a pesar de que sabía que la figura me guiaba hacia la zona este de la valla donde se encontraba la trampilla secreta. El mismo lugar en el que había visto a dos fantasmas o espectros o lo que fuera; el mismo lugar al que me había dicho a mí misma que no volvería, o al menos que no volvería sola.

Sí, hubiera debido de girar a la izquierda y marcharme directamente al

dormitorio. Pero naturalmente no lo hice.

El corazón me galopaba como un loco y *Nala* refunfuñaba en mi oído cuando llegué a la línea de árboles y continué a toda prisa a lo largo del muro, pensando todo el tiempo en lo loca que estaba por estar ahí fuera, persiguiendo en el mejor de los casos a un chico que trataba de escaparse de la escuela y en el peor a un fantasma seriamente peligroso.

Había perdido de vista a la figura, pero sabía que me estaba acercando a la trampilla, así que aminoré la marcha automáticamente, buscando las sombras más impenetrables y moviéndome de árbol en árbol. En ese momento nevaba con más fuerza aún, y *Nala* y yo estábamos cubiertas de blanco. De hecho yo comenzaba a sentirme helada. ¿Qué estaba haciendo allí? Me dijeran lo que dijeran mis tripas, mi mente me decía que estaba haciendo una locura y que tenía que volver al dormitorio (con mi temblorosa gata). Aquel no era realmente asunto mío. Quizás alguna de las profesoras estuviera comprobando... no sé... los terrenos, para asegurarse de que ningún iniciado estúpido (como yo) se dedicaba a husmear por los alrededores en medio de una tormenta.

O quizá alguien acabara de colarse en los terrenos de la escuela tras asesinar brutalmente a Chris Ford y secuestrar a Brad Higeons, y en ese momento volvía a escabullirse para salir, y si yo me enfrentaba a él o a ella sería igualmente asesinada.

Sí, bien. Y luego hablaban de la imaginación sobreexcitada.

Entonces oí las voces.

Aminoré aún más la marcha, caminando prácticamente de puntillas hasta que finalmente los vi. Había dos figuras de pie junto a la trampilla abierta. Parpadeé con fuerza, tratando de ver con más claridad a través del velo de copos de nieve que caían. Yo había estado persiguiendo a la persona que estaba más cerca de la trampilla y que por fin no estaba corriendo (a una velocidad ridícula), de modo que pude ver que estaba de pie en una extraña postura, agazapada y con la espalda encorvada. Dirigí la atención a la otra figura, y entonces sentí que el escalofrío que había estado rozando mi piel como los copos de nieve se hundía profundamente en mi alma. Era Neferet.

Tenía un aspecto misterioso y poderoso con su pelo otoñal volando alborotado alrededor del rostro y la nieve cubriendo su largo vestido negro. Estaba de frente a mí, así que pude ver que su expresión era seria y casi de enfado, y que hablaba mirando fijamente a la persona agazapada, utilizando las manos de un modo muy expresivo. Me acerqué en silencio, contenta de llevar ropa oscura que se camuflaba bien con las sombras del muro. Desde aquella posición el viento me traía algunas de las palabras que pronunciaba Neferet.

—¡... más cuidado con lo que haces! No pienso...

Escuché con atención, tratando de oír las palabras a pesar de los aullidos del

viento, y entonces me di cuenta de que el aire me llevaba algo más que simplemente la voz de Neferet. Podía oler algo, y podía olerlo a pesar del olor fresco de la nieve cayendo. Era un olor seco y mohoso, extrañamente fuera de lugar en medio de aquella noche fría y húmeda.

—... demasiado peligroso —seguía diciendo Neferet—. Obedece o...

No oí el resto de la frase, pero después ella hizo una pausa. La figura de la capa respondió con un extraño sonido, como un gruñido, más animal que humano.

Nala, que había estado acurrucada bajo mi mentón y que parecía haberse quedado dormida otra vez, de pronto comenzó a mover la cabeza a toda prisa a su alrededor. Entonces se puso a gruñir, y yo me agazapé aún más detrás del tronco del árbol bajo cuya sombra estaba escondida.

—*Shhh* —susurré, tratando de calmarla.

Nala se calló, pero yo sentí que se le erizaba el pelo de la espalda y que cerraba los ojos hasta quedar solo dos rendijas. Parecía enfadada mientras miraba a la persona de la capa.

—¡Lo prometiste!

El sonido gutural de la misteriosa voz de aquel hombre me puso la carne de gallina. Asomé la cabeza justo a tiempo de ver a Neferet levantar la mano como si fuera a pegarlo. El hombre, acobardado, se pegó al muro de tal modo que se le cayó la capucha de la cabeza, y mi estómago se hizo un nudo tan fuerte que estuve a punto de vomitar.

Era Elliot, el chico muerto cuyo «fantasma» nos había atacado a mí y a *Nala* el mes anterior.

Neferet no le pegó. En lugar de ello hizo un gesto violento hacia la trampa. Alzó la voz, de modo que el viento me trajo todas sus palabras.

—¡Ya no puedes tomar más! Ahora no es el momento. Tú no puedes comprender estas cosas, y tampoco puedes cuestionarme. Y ahora vete de aquí. Si vuelves a desobedecerme otra vez conocerás mi ira, y la ira de una diosa es terrible de soportar.

Elliot se encogió de miedo y se apartó de Neferet, medio llorando y contestando:

—Sí, Diosa.

Era él. Estaba segura. A pesar de que su voz sonaba ronca, la reconocí. De alguna manera Elliot no había muerto, pero tampoco había cambiado ni se había transformado en un vampiro adulto. Era otra cosa. Algo terrible.

Pero mientras yo pensaba en lo desagradable que resultaba, Neferet en cambio suavizaba su expresión y añadía:

—No quiero volver a enfadarme con mis niños. Tú sabes que son mi mayor alegría.

A pesar de la repugnancia que sentía, observé a Neferet dar un paso adelante y acariciar el rostro de Elliot. Los ojos de él comenzaron a tomar un brillo del color de

la sangre vieja, y no obstante la distancia pude ver que todo su cuerpo temblaba. Elliot había sido un chico bajito, regordete y nada atractivo, con la piel demasiado blanca y el pelo de un rojo zanahoria que por lo general se encrespaba. Y seguía siendo todas esas cosas, pero sus pálidas mejillas parecían en ese momento demacradas y tenía todo el cuerpo encorvado, como si se hubiera doblado sobre sí mismo. Por eso Neferet tuvo que inclinarse para besarlo en los labios. Oí con absoluta repugnancia que Elliot gemía de placer. Neferet se enderezó y se echó a reír. Su risa sonó oscura y seductora.

—¡Por favor, Diosa! —lloró Elliot.

—Sabes que no te lo mereces.

—¡Por favor, Diosa! —repitió él.

El cuerpo de Elliot temblaba violentamente.

—Muy bien, pero recuerda. Lo que una diosa te da, puede volver a quitártelo.

Yo me sentía incapaz de dejar de espiar. Vi a Neferet alzar un brazo y retirarse la manga. Entonces lo acarició con una uña a lo largo, dejando una línea escarlata que enseguida comenzó a gotear sangre. Sentí la atracción de su sangre. Cuando alargó el brazo ofreciéndoselo a Elliot, yo me apreté contra la rugosa corteza del árbol, esforzándome por permanecer quieta y oculta mientras Elliot caía rendido, de rodillas ante ella, y comenzaba a emitir gemidos y sonidos guturales y luego a succionar el brazo de Neferet. Entonces yo aparté la vista de él para dirigirla hacia Neferet. Ella había echado atrás la cabeza y abría los labios como si el hecho de que una criatura tan grotesca como Elliot le succionara la sangre fuera para ella una experiencia excitante.

En lo más profundo de mi interior sentí deseo. Quería abrir la piel de alguien y...

No. Me escondí por completo detrás del árbol. No me convertiría en un monstruo. No sería un bicho raro. No permitiría que esa fuerza me controlara. Lenta y silenciosamente, comencé a volver sobre mis pasos, negándome a volver a mirarlos otra vez.



Aún estaba temblorosa y confusa y algo más que un poco enferma del estómago cuando por fin llegué al salón que daba paso a los dormitorios. Grupos de chicos empapados se apiñaban para ver la televisión y beber chocolate caliente. Yo cogí una toalla del montón que había junto a la puerta y me uní a Stevie Rae, las gemelas y Damien, que veían *Project Runway* sentados ante nuestra pantalla favorita. Enseguida comencé a secar a *Nala*, que no dejaba de gruñir. Stevie Rae no se dio cuenta de que yo estaba más callada de lo normal. Estaba demasiado ocupada, hablando con entusiasmo sobre cómo la batalla de bolas de nieve que yo había evitado un poco antes se había metamorfoseado en una gran guerra después de la cena, y sobre cómo esa guerra había hecho estragos hasta que alguien había arrojado una bola que había chocado contra una de las ventanas del despacho de Dragon. Todo el mundo llamaba «Dragon» simplemente al profesor de esgrima, pero a pesar de tanta familiaridad ningún iniciado estaba dispuesto a provocar su ira.

—Dragon terminó con la guerra de bolas de nieve —rió Stevie Rae—, pero hasta ese momento fue realmente divertido.

—Sí, Z, te has perdido una guerra infernal —dijo Erin.

—Damien y su novio se han cagado de miedo —comentó Shaunee.

—¡Él no es mi novio! —exclamó Damien, cuya ligera sonrisa parecía añadir un silencioso «todavía» al final de la frase.

—¿Qué...?

—... Ni lo será jamás —dijeron las gemelas.

—A mí me parece mono —dijo Stevie Rae.

—Y a mí —convino Damien, poniéndose adorablemente colorado.

—¿Qué piensas tú de él, Zoey? —preguntó Stevie Rae.

Yo la miré y parpadeé. Me sentía como si estuviera dentro de una pecera en la que estaba teniendo lugar un tifón y todo el mundo estuviera fuera, disfrutando del buen tiempo y sin tener ni idea de lo que me ocurría.

—¿Va todo bien, Zoey? —preguntó Damien.

—Damien, ¿puedes conseguirme un poco de eucalipto? —pregunté yo con brusquedad.

—¿Eucalipto?

Yo asentí.

—Sí, unas pocas hebras. Y también un poco de salvia. Las necesito las dos para el ritual de mañana.

—Sí, claro. Tranquila —contestó Damien, observándome de arriba abajo

atentamente.

—¿Ya sabes cómo va a ser el ritual, Z? —preguntó Stevie Rae.

—Eso creo —contesté, haciendo una pausa y respirando hondo. Entonces noté que Damien no dejaba de mirarme inquisitivamente—. Damien, ¿hay algún caso en la historia de algún iniciado que parezca que haya muerto, pero que luego se haya descubierto que está vivo?

Tengo que decir a favor de Damien que no se asustó ni me miró como si me hubiera vuelto loca. En cambio sí sentí que las gemelas y Stevie Rae me observaban como si acabara de anunciar que iba a participar en un de esos vídeos eróticos de *Girls Gone Wild: Vamp Edition*. Sin embargo yo no hice caso y me concentré en Damien. Todos sabíamos que él se pasaba horas y horas estudiando y que recordaba todo lo que leía. Si alguno de los allí presentes conocía la respuesta a mi extraña pregunta, ese era él.

—Cuando el cuerpo de un iniciado comienza a rechazar el cambio no hay manera de pararlo: eso está claro en todos los libros. Y también es lo que nos ha contado Neferet, Zoey —contestó Damien, al que yo jamás había visto tan serio—. ¿Qué ocurre?

—¡Por favor, por favor, por favor, dime que no estás enferma! —rogó Stevie Rae, prácticamente llorando.

—¡No! No es nada de eso —me apresuré yo a contestar—. Estoy bien, te lo prometo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Shaunee.

—Nos estás asustando —dijo Erin.

—No era mi intención. Bueno, no era así como pretendía decíroslo, pero creo que he visto a ese chico, Elliot.

—¿Qué? —preguntaron las gemelas al mismo tiempo.

—No comprendo —dijo Damien—. Elliot murió el mes pasado.

De pronto Stevie Rae abrió los ojos inmensamente.

—¡Igual que Elizabeth! —exclamó. Antes de que yo pudiera decir nada, ella soltó sin parar y apenas sin aliento—: El mes pasado Zoey creyó ver al fantasma de Elizabeth junto al muro en la zona este, pero no dijimos nada porque no queríamos asustaros.

Yo abrí la boca para explicar lo de Elliot. Y lo de Neferet. Pero luego volví a cerrarla. Antes de pronunciar una sola palabra delante de mis amigos, debí haberme dado cuenta de que no podía contarles absolutamente nada acerca de Neferet. Todos los vampiros son intuitivos hasta cierto punto, pero una alta sacerdotisa como Neferet lo es increíblemente más. Tanto, que a menudo parecía capaz de leer el pensamiento. De ninguna forma podían mis amigos pasearse por la escuela sabiendo que yo había visto a una criatura desagradable y no muerta como Elliot succionándole la sangre a

Neferet, porque ella adivinaría todo lo que pasara por sus aterradas mentes.

Lo que había visto esa noche tenía que guardármelo para mí.

—¿Zoey? —me llamó Stevie Rae, poniendo una mano sobre mi brazo—. Puedes contárnoslo.

Yo le sonreí y deseé con todo mi corazón que fuera así.

—Creí que había visto al fantasma de Elizabeth el mes pasado, y esta noche creo que he visto al de Elliot —dije yo por fin.

Damien frunció el ceño y preguntó:

—Si lo que has visto son fantasmas, ¿por qué me preguntas si algún iniciado se ha recuperado alguna vez de un proceso de rechazo?

Miré a mi amigo a los ojos y mentí como una bellaca.

—Porque me ha parecido más fácil creer eso que creer que había visto un fantasma. O al menos me lo ha parecido hasta que lo he dicho en voz alta. Entonces me ha parecido una locura.

—Pues a mí me aterraría ver a un fantasma —dijo Shaunee.

Erin asintió con entusiasmo: estaba más que de acuerdo con su gemela.

—¿Fue igual que con Elizabeth? —preguntó Stevie Rae.

Al menos no tenía que mentir para responder a esa pregunta.

—No. Elliot parecía más real, pero a los dos los he visto en el mismo sitio, al final del muro en la zona este, y los dos tenían los ojos brillantes de un extraño color rojo.

Shaunee se echó a temblar.

—Yo desde luego no pienso acercarme a ese misterioso trozo de muro de la zona este —afirmó Erin.

Damien, siempre tan aleccionador, se tamborileó la barbilla con los dedos como si fuera un profesor.

—Zoey, quizá tengas otra afinidad más. Quizá puedas ver a los iniciados muertos.

Yo también lo habría creído así, a pesar de que era una idea un tanto burda, de no haber visto al supuesto fantasma con un aspecto absolutamente sólido y real, succionando la sangre de mi mentora. Aún así seguía siendo una buena teoría y una excelente forma de mantener a Damien ocupado.

—Puede que tengas razón —dije yo.

—¡Puaj! —exclamó Stevie Rae—, espero que no.

—Yo también, pero ¿podrías investigar el asunto por mí, Damien?

—Por supuesto. Y también buscaré cualquier referencia a apariciones de iniciados.

—Gracias, me vendría bien.

—¿Sabes? Creo recordar haber leído algo en un libro de texto de historia griega antigua sobre espíritus de vampiros merodeando por tumbas antiguas de...

Yo dejé de escuchar la lección de Damien, y observé contenta que Stevie Rae y las gemelas prestaban toda su atención a esa historia de fantasmas y se olvidaban de hacerme preguntas más concretas. Detestaba mentirles, sobre todo porque de verdad me habría encantado poder contárselo todo. Pero lo que había visto me había asustado de verdad. ¿Cómo mierda iba a enfrentarme de nuevo a Neferet?

Nala se restregó la cara contra la mía y luego se sentó en mi regazo. Yo me quedé mirando la televisión y acariciándola mientras Damien seguía y seguía contando historias de viejos vampiros fantasmas. Y entonces me di cuenta de lo que estaba viendo y alargué precipitadamente la mano hacia Stevie Rae, en busca del mando a distancia que estaba en la mesita de la esquina, a su lado. Molesta por el movimiento, *Nala* soltó otro *mi-aa-u* gruñón y saltó de mi regazo. Yo ni siquiera me molesté en calmarla: subí el volumen lo más rápidamente que pude.

Era Chera Kimiko otra vez, que repetía la historia principal de las noticias de esa noche.

—El cuerpo del segundo adolescente del equipo Union High School, Brad Higeons, ha sido encontrado por los guardias de seguridad del museo Philbrook esta noche, en plena corriente del río. El cuerpo se encontraba en la zona del río que pasa precisamente por delante de dicho museo. A estas horas todavía no se ha establecido oficialmente la causa de la muerte, pero diversas fuentes han informado a Fox News de que podría tratarse del resultado de laceraciones múltiples y de su consecuente pérdida masiva de sangre.

—¡No...!

Sentí que mi cabeza se sacudía adelante y atrás. Tenía un terrible pitido en los oídos.

—Ese es el trozo de río que cruzamos cuando fuimos al jardín del Philbrook para el ritual de Samhain del mes pasado —dijo Stevie Rae.

—Está aquí al lado, bajando la calle —añadió Shaunee.

—Las Hijas Oscuras solían escaparse de la escuela e ir allí muy a menudo para los rituales —dijo Erin.

Entonces Damien dijo lo que ya todos pensábamos:

—Alguien trata de hacer parecer que son los vampiros los que están matando a adolescentes humanos.

—O quizá lo sean de verdad —dije yo.

De hecho no pretendía decir lo que pensaba en voz alta, así que apreté los labios y me callé, arrepintiéndome inmediatamente del desliz.

—¿Por qué dices eso, Zoey? —preguntó Stevie Rae con verdadera perplejidad.

—No... no lo sé. No lo decía en serio —contesté yo, tartamudeando.

No estaba del todo segura de lo que había querido decir ni de por qué lo había dicho.

—Estás asustada, no es más que eso —explicó Erin.

—Por supuesto que lo está. Ella conocía a esos dos chicos —añadió Shaunee—. Y encima esta noche ha visto a un maldito fantasma.

Damien volvía a escrutarme otra vez.

—¿Has tenido un presentimiento sobre Brad antes de oír que estaba muerto, Zoey?

—Sí. No —contesté yo, suspirando—. Pensé que estaba muerto en cuanto oí que había desaparecido —admití por fin.

—¿Pero pensaste algo en concreto, alguna información, mientras tenías ese presentimiento?, ¿sabes algo más? —siguió preguntando Damien.

Como si las preguntas de Damien hubieran activado de pronto mi memoria, volví a oír en mi mente trozos de frases que había escuchado decir a Neferet: «... *Demasiado peligroso... ya no puedes tomar más... tú no puedes comprender... tampoco puedes cuestionarme...*».

Sentí un terrible escalofrío que no tenía nada que ver con la tormenta que se desarrollaba fuera.

—No, no pensé nada en concreto, aparte del presentimiento. Ahora tengo que marcharme a mi habitación —añadí, incapaz de pronto de mirar a la cara a ninguno de ellos. Detestaba mentir, pero dudaba que pudiera guardármelo todo para mí misma si me quedaba allí con ellos mucho tiempo—. Tengo que terminar de preparar el texto para el ritual de mañana. Y anoche no dormí mucho, estoy realmente cansada —añadí con tristeza.

—Vale, de acuerdo. Lo comprendemos —dijo Damien.

Estaban todos tan preocupados por mí, que yo apenas podía mirarlos a los ojos.

—Gracias, chicos —musité mientras abandonaba el salón.

Estaba ya a medio camino por las escaleras cuando Stevie Rae me alcanzó.

—¿Te importa si vuelvo yo también al dormitorio ahora? Tengo un dolor de cabeza terrible, me muero de ganas de irme a la cama. No te molestaré si vas a estudiar o lo que sea.

—No, no me importa —me apresuré yo a decir.

La miré. Estaba un poco pálida. Stevie Rae era una chica tan sensible, que aunque ni siquiera conocía a Chris ni a Brad, sus muertes claramente la afectaban. Añádase a eso mi noticia a propósito de los fantasmas: la pobre chica debía estar muerta de miedo. La rodeé por los hombros con el brazo y la estrujé mientras nos dirigíamos al dormitorio.

—Eh, todo va a salir bien.

—Sí, lo sé. Solo estoy cansada —contestó ella sonriendo y alzando la cabeza hacia mí.

Su voz, sin embargo, no sonaba tan animada como siempre.

No hablamos mucho mientras nos poníamos los pijamas. *Nala* entró en el dormitorio por la trampilla para gatos, saltó sobre mi cama y se durmió casi tan deprisa como Stevie Rae, lo cual fue un alivio para mí porque no tuve que fingir que escribía el texto de un ritual que ya tenía preparado. Era otra cosa lo que tenía que hacer, solo que no quería explicárselo a nadie, ni siquiera a mi mejor amiga.



Mi libro de texto de Sociología vampírica 415 estaba exactamente donde lo había dejado: en el estante de encima de la mesa donde tenía el ordenador. Era un libro para mayores o, como lo llamaban aquí, un libro del nivel de los de la clase de sexto. Neferet me lo había dado poco después de llegar a la escuela, cuando resultó obvio que los cambios que se producían en mi cuerpo se desarrollaban a una velocidad distinta de los del resto de los iniciados normales. Ella había querido sacarme de la clase de sociales de tercero para llevarme a la clase de sociales del nivel más alto, pero yo había conseguido convencerla de que no lo hiciera diciéndole que ya me sentía lo suficientemente diferente al resto: era la *friki* de la escuela. Habíamos llegado a un acuerdo por el cual yo me comprometía a estudiar el libro de texto de nivel 415, capítulo por capítulo, y le hacía las preguntas que me fueran surgiendo.

Bueno, bien, esa había sido mi intención, pero entre unas cosas y otras (hacerme cargo de las Hijas Oscuras, salir con Erik, los deberes cotidianos de la escuela y demás) apenas le había echado un vistazo más que a la tapa.

Con un suspiro que sonó tan exhausto como me sentía en realidad, tomé el libro, me lo llevé a la cama y me senté, apoyándome sobre una pila de almohadas. A pesar de los terribles sucesos de ese día, tuve que luchar para mantener los ojos abiertos mientras buscaba en el glosario lo que me interesaba: el deseo de sangre.

Había toda una fila de números de páginas detrás de la entrada de esa palabra, así que la marqué en el glosario y, con cansancio, pasé a la primera página enumerada y comencé a leer. Al principio no decía sino cosas que yo ya me había figurado: que cuanto más evolucionado estaba el iniciado en el cambio, más desarrollaba el gusto por la sangre; que beber sangre pasaba de ser algo aborrecible a algo delicioso; que solo cuando un iniciado estaba ya bien avanzado en el proceso de cambio, comenzaba a detectar el olor de la sangre a distancia; que debido a los cambios en el metabolismo, las drogas y el alcohol tenían progresivamente menos efecto en los iniciados y que, al tiempo que ese efecto se disipaba, se incrementaba en igual medida el efecto que producía beber sangre.

—No es broma —me dije en susurros.

Incluso beber sangre de un iniciado mezclada con vino me había producido una increíble excitación. Beber la de Heath había sido como sentir el fuego explotar deliciosamente dentro de mí. Pasé páginas y seguí leyendo más adelante. Sabía ya perfectamente todo eso de lo deliciosa que era la sangre. Entonces un nuevo título captó mi atención, y me detuve en esa página.

Sexualidad y lujuria por la sangre

Aunque la frecuencia de la necesidad difiere dependiendo de la edad, el sexo y, en general, la fuerza del vampiro, los adultos deben beber regularmente sangre humana para mantenerse saludables y cuerdos. Es por tanto lógico que la evolución y nuestra amada Diosa, Nyx, se hayan asegurado de que el proceso de beber sangre sea placentero tanto para el vampiro como para el donante humano. Tal y como ya hemos dicho, la saliva del vampiro actúa como anticoagulante para la sangre humana. La saliva del vampiro segrega además endorfinas durante el proceso de ingesta de sangre, lo cual estimula las zonas de placer tanto en el cerebro humano como en el del vampiro, y puede de hecho simular el orgasmo.

Parpadeé y me restregué la cara con la mano. ¡Dios! No era de extrañar que hubiera respondido como una guarra con Heath. Estaba programado en el proceso de cambio de mis genes que me excitaría cuando bebiera sangre. Fascinada, seguí leyendo.

Cuanto mayor sea el vampiro más endorfinas segregará durante el proceso de ingesta y, por tanto, más placentero resultará tanto para el vampiro como para el humano. Los vampiros llevan siglos especulando acerca de si el éxtasis por la sangre es la clave para explicar la difamación humana de nuestra raza. Los humanos se sienten amenazados por nuestra capacidad para proporcionarles un intenso placer durante un acto que ellos consideran peligroso y odioso, así que nos han puesto la etiqueta de «depredadores». La verdad, por supuesto, es que los vampiros pueden controlar su deseo de sangre, así que el peligro físico es mínimo para el donante humano. El peligro se esconde, sin embargo, en la conexión que se produce a menudo durante el ritual de beber sangre.

Completamente absorta, seguí leyendo el párrafo siguiente.

Conexión

La conexión entre vampiro y humano no se establece necesariamente cada vez que el primero bebe la sangre del segundo. Se han realizado muchos estudios para tratar de determinar exactamente por qué algunos humanos quedan conectados y otros no, pero aunque hay muchos factores determinantes, tales como la relación emocional, la relación entre el humano y el vampiro antes del cambio, la edad, la orientación sexual y la frecuencia con la que se bebe sangre, no hay manera de predecir con seguridad si un humano quedará o no conectado con un vampiro.

El texto seguía hablando acerca de las precauciones que debía tener un vampiro cuando bebía sangre de un donante vivo comparado con la ingesta de sangre procedente de un banco, que era un negocio altamente secreto de cuya existencia muy pocos humanos estaban enterados (y, según parecía, esos pocos humanos estaban muy bien pagados por su silencio). Sin lugar a dudas, el libro de sociales tenía una opinión muy crítica con relación a la ingesta de sangre de un humano vivo, y estaba lleno de advertencias sobre lo peligroso que era establecer esa conexión, porque no solo el humano quedaba emocionalmente unido al vampiro, sino que el vampiro quedaba asimismo atado al humano. La idea me hizo enderezarme en la cama. A

pesar de cierto malestar en el estómago, seguí leyendo acerca de cómo una vez establecida la conexión, el vampiro es capaz de sentir las emociones humanas y, en algunos casos, llamar al humano o seguirle el rastro. A partir de ahí el texto se salía por la tangente y contaba cómo Bram Stoker, que de hecho había mantenido una conexión con una alta sacerdotisa, no había sido capaz de comprender que el compromiso de esta con Nyx era más fuerte y anterior a su lazo con él y, en un arranque de celos, la había traicionado exagerando los aspectos negativos de la conexión en su tristemente famoso libro, *Drácula*.

—Vaya, no tenía ni idea —dije en voz alta.

Era irónico, pero esa había sido una de mis novelas favoritas desde los trece años. Leí por encima el resto del párrafo hasta que llegué a una parte que me interesó tanto, que la leí muy despacio sin dejar de morderme el labio.

Conexiones entre iniciados y vampiros

Como ya explicamos en el capítulo anterior, los iniciados tienen prohibido beber sangre de un donante humano debido a la posibilidad de la conexión, pero pueden hacer experimentos entre ellos. Tal y como ha sido demostrado, los iniciados no pueden establecer conexiones entre sí. Sin embargo, sí es posible que un vampiro adulto la establezca con un iniciado. Una vez que el Iniciado termina el proceso de cambio, esa conexión lleva a complicaciones físicas y emocionales que a menudo no son beneficiosas para ninguno de los dos: por tanto queda absolutamente prohibido beber sangre entre vampiros adultos e iniciados.

Sacudí la cabeza, horrorizándome más y más ante la escena de la que había sido testigo entre Neferet y Elliot. Dejando a un lado todo el asunto de que Elliot estaba muerto, problema que me tenía por completo confusa, Neferet era una alta sacerdotisa. De ningún maldito modo hubiera debido de permitir que un iniciado bebiera su sangre (por muerto que estuviera).

Había un capítulo sobre la ruptura de las conexiones que comencé a leer, pero era demasiado deprimente. Según parecía, esa ruptura requería de la ayuda de una poderosa alta sacerdotisa e implicaba mucho dolor físico, sobre todo por parte del humano, e incluso una vigilancia constante tanto por parte del humano como del vampiro para mantenerse apartados el uno del otro de modo que la conexión no volviera a restablecerse.

De repente me sentí increíblemente cansada. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía de verdad? Más de un día. Miré el despertador. Eran las seis y diez de la madrugada. Pronto amanecería. Tensa y agotada, me levanté y devolví el libro a su estante. Luego tiré de un extremo de las pesadas cortinas que cubrían por completo la enorme ventana de nuestra habitación e impedían entrar la luz. Seguía nevando, pero a la vacilante luz de poco antes del amanecer el mundo parecía inocente y de ensueño. Era difícil imaginar que allí pudieran ocurrir cosas tan horribles como el asesinato de

un adolescente o la reanimación de un iniciado muerto. Cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre el frío cristal. No quería pensar en ninguna de esas cosas en ese momento. Estaba demasiado cansada, demasiado confusa, me sentía demasiado incapaz de dar con las respuestas que tanto necesitaba.

Mi mente somnolienta divagó. Quería tumbarme, pero el frío del cristal me sentaba bien en la frente. Erik llegaría un poco más tarde ese mismo día. La idea me produjo entusiasmo, pero también un fuerte sentimiento de culpabilidad y, por supuesto, ese sentimiento de culpabilidad me hizo pensar en Heath.

Probablemente había entablado una conexión con él. La idea me asustaba, pero a la vez también me atraía. ¿Tan terrible sería sentirse emocional y psíquicamente atada a un Heath sobrio? Antes de conocer a Erik (o a Loren), mi respuesta sin duda habría sido no. No, no sería tan terrible. En realidad en ese momento lo que verdaderamente me preocupaba no era lo terrible que pudiera llegar a ser, sino el hecho de que tendría que ocultárselo a todo el mundo. Aunque, por supuesto, siempre podía mentir. La idea pasó rozando por mi sobreexcitada cabeza como un veneno. Neferet sabía que un mes atrás me había encontrado en una situación difícil en la que había bebido la sangre de Heath; hasta Erik lo sabía, y en aquel entonces yo no sabía nada de la lujuria por la sangre ni de la conexión. Podía fingir que había entablado la conexión en ese momento. De hecho incluso Neferet me había mencionado esa posibilidad. Quizá pudiera encontrar el modo de seguir viendo tanto a Heath como a Erik.

Pero sabía que esa forma de pensar estaba mal. Sabía que verlos a los dos era deshonesto tanto para Erik como para Heath, y sin embargo me sentía completamente dividida en dos. Comenzaba de hecho a encariñarme con Erik, y además él vivía en mi mundo y comprendía mis problemas, como el del cambio y el de cambiar por completo de vida. Pensar en romper con él me rompía el corazón.

Pero pensar en no volver a ver a Heath nunca más, en no volver a saborear su sangre jamás... eso me hacía sentirme como si estuviera sufriendo un ataque de pánico. Volví a suspirar. Si esto era así de terrible para mí, probablemente era una millón de veces peor para Heath. Después de todo hacía un mes que no nos veíamos, y durante todo ese tiempo él había estado llevando encima una navaja de afeitar por si acaso se daba la remota posibilidad de que nos encontráramos por casualidad. Heath había dejado de beber y de fumar a causa de lo ocurrido entre nosotros dos. Y estaba ansioso por cortarse para que bebiera su sangre. Me eché a temblar solo de recordarlo, y no por lo frío que estaba el cristal. El deseo me hacía temblar. En el libro de texto de sociales se describían lógicamente y desapasionadamente las razones por las que se producía el deseo de sangre, pero esas descripciones no se acercaban ni de lejos a la realidad.

Beber la sangre de Heath era una experiencia increíblemente excitante. Era algo que quería hacer una y otra, y otra vez. Cuanto antes. En ese mismo instante, de

hecho. Me mordí el labio para reprimir un gemido mientras pensaba en él, en la dureza de su paquete y en el increíble sabor de su sangre.

Y de pronto fue como si parte de mi mente se elevara, como si hubiera sacado y arrojado una hebra de un enorme ovillo de lana. Podía sentir esa parte de mí buscando, cazando, siguiendo una pista... hasta que chocó con una habitación oscura y planeó sobre una cama. Contuve el aliento. Era Heath.

Él estaba tumbado en la cama boca arriba. Tenía el pelo rubio revuelto, y eso le hacía parecer un niño pequeño. Sí, todo el mundo habría dicho que era un chico monísimo. Quiero decir que ya se sabe que los vampiros son increíblemente guapos y atractivos, pero incluso un vampiro habría tenido que admitir que Heath daba una puntuación alta dentro de su propia escala de belleza.

Como si pudiera sentir mi presencia, Heath se estiró aún en sueños, movió inquieto la cabeza y le dio una patada a la sábana. Estaba desnudo excepto por el par de calzoncillos *boxer* azules con dibujitos de ranas gordas verdes. Eso me hizo sonreír. Pero mi sonrisa se heló cuando me di cuenta de que podía ver la fina línea rosa que recorría un lado entero de su cuello.

Era ahí donde él se había cortado con la cuchilla de afeitar y donde yo había succionado su sangre. Casi podía volver a saborearla otra vez: sentí su calidez y su sabor denso como si fuera chocolate derretido solo que mil veces mejor.

Gemí, incapaz de reprimirme, y en el mismo instante Heath gimió en sueños.

—Zoey... —musitó él en sueños, volviendo a moverse en la cama, inquieto.

—¡Oh, Heath! —susurré yo—. No sé qué hacer con lo nuestro.

Pero sabía lo que quería hacer demasiado bien. Quería olvidarme de mi agotamiento, subirme al coche y conducir directamente a casa de Heath. Luego me colaría por la ventana de su dormitorio (y no sería la primera vez), le reabría la herida cerrada del cuello y dejaría que la sangre fluyera por mi boca mientras presionaba mi cuerpo contra el de él y hacía el amor por primera vez en mi vida.

—¡Zoey!

Esa vez los ojos de Heath se abrieron de par en par. Él volvió a gemir, bajó la mano hacia el duro paquete de los calzoncillos y comenzó a...

Yo también abrí los ojos, y entonces estaba de vuelta en mi habitación con la frente sobre el cristal de la ventana, respirando con demasiada fuerza.

Mi móvil soltó el pitido que indicaba que tenía un mensaje de texto. Las manos me temblaban mientras lo abría y lo leía: «T e sntid aki. Prmetme q ns vrens l vrnes».

Respiré hondo y contesté a Heath con dos palabras que me encogieron el estómago de pura excitación: «T l prmeto».

Cerré el móvil y lo apagué. Entonces, esforzándome por olvidar la imagen de Heath con la herida aún sin curar del todo en el cuello, cálido y atractivo y evidentemente deseándome tanto como yo a él, me alejé de la ventana y me fui a la

cama. Era increíble, pero según el despertador eran las ocho y veintisiete minutos de la mañana. Había estado más de dos horas de pie, delante de la ventana. No era de extrañar que tuviera el cuerpo tan tenso y hecho polvo. Tomé nota mentalmente de que tenía que buscar más información sobre la conexión entre humanos y vampiros en cuanto volviera al centro multimedia (lo cual debía ser cuanto antes). Antes de apagar la lámpara de la mesilla dirigí la vista hacia Stevie Rae. Estaba acurrucada de lado y con la espalda hacia mí, pero su respiración profunda era signo inequívoco de que seguía dormida. Bueno, al menos mis amigos no sabían en qué demonio de *friki* lujurioso me había convertido.

Deseaba a Heath.

Necesitaba a Erik.

Y me intrigaba Loren.

No tenía ni la menor idea de qué iba a hacer con aquel caos en el que se había convertido mi vida.

Estrujé la almohada hasta hacer con ella una pelota. Estaba tan cansada que me sentía como si alguien me hubiera drogado, pero a pesar de todo mi mente no quería desconectar. Casi con toda seguridad cuando despertara volvería a ver a Erik otra vez, y también probablemente a Loren. Y tendría que enfrentarme a Neferet. Tendría que celebrar un ritual delante de un grupo de chicos que probablemente se alegrarían de verme fracasar o, al menos, de cometer un error, y siempre cabía la posibilidad de que ocurrieran ambas cosas. Y luego estaba la extrañeza de saber que había visto lo que solo podía llamarse el fantasma de Elliot, comportándose de un modo muy poco característico de un fantasma. Por no mencionar el hecho de que había muerto otro adolescente, y de que cada vez más y más el asunto tenía pinta de estar relacionado con un vampiro.

Cerré los ojos y le ordené a mi cuerpo que se relajara y a mi mente que se concentrara en algo agradable como... como... como lo preciosa que era la nieve.

Lentamente, el cansancio se apoderó de mí y por fin, por suerte, caí en un profundo sueño.



Unos golpes en la puerta me despertaron de un sueño acerca de copos de nieve con forma de gato.

—¡Zoey! ¡Stevie Rae! ¡Vais llegar tarde!

La voz de Shaunee sonaba amortiguada pero apresurada, igual que un molesto timbre de despertador cubierto con una toalla.

—¡Vale, vale, ya voy! —grité yo mientras luchaba por liberarme de las mantas y *Nala* se quejaba a voz en grito.

Miré el despertador, que no me había molestado en poner. Quiero decir que no era como si fuese un día laborable, y por lo general yo tampoco duermo más de ocho o nueve horas seguidas así que...

—¡Dios!

Parpadeé. Pero no cabía duda: eran las nueve y cincuenta y nueve minutos de la noche. ¿Sería posible que hubiera dormido más de doce horas? Corrí a trompicones hacia la puerta, deteniéndome un momento para sacudir a Stevie Rae.

—Mumph —musitó ella, dormida.

Entorné la puerta. Shaunee me miraba.

—¡Por favor, qué manía de dormir todo el día! Vosotras dos vais a tener que dejar de acostaros tarde si luego sois incapaces de levantaros. Erik estará en el escenario en media hora.

—¡Ah, mierda! —exclamé yo, restregándome la cara y tratando de despertarme—. Me había olvidado por completo.

Shaunee giró los ojos en sus órbitas.

—Será mejor que te des prisa y te vistas. Échate bien de maquillaje en ese rostro tan pálido y hazte algo en el pelo, que se nota que acabas de levantarte. Tu novio ha estado buscándote por todas partes.

—Vale, bien, bien. ¡Mierda! Ya voy. ¿Os importaría a Erin y a ti...?

Shaunee alzó una mano y me interrumpió.

—¡Por favor! Ya le hemos dado una excusa de tu parte. Ahora mismo Erin está guardando los asientos de la primera fila del auditorio.

—¿Eres tú, mamá? Hoy no quiero ir al colegio... —musitó Stevie Rae, evidentemente dormida aún.

Shaunee soltó un bufido.

—Nos daremos prisa. Vosotras simplemente guardadnos el sitio —dije yo, cerrando de golpe la puerta y apresurándome a la cama de Stevie Rae—. ¡Despierta! —grité, sacudiéndole el hombro.

Ella entreabrió los ojos.

—¿*Huh?*

—¡Que te despiertes de una vez! —solté yo, sacando toda mi frustración por haberme quedado dormida y pagándolo con ella.

—¿Qué...?

Stevie Rae alzó los ojos legañosos hacia el despertador, y por fin eso la despertó.

—¡*Ohdiosmíodemivida!* ¡Vamos a llegar tarde!

Yo giré los ojos en sus órbitas.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte. Yo voy a ponerme cualquier cosa rápidamente y a arreglarme el pelo y la cara con maquillaje. Tú métete en la ducha, tienes un aspecto terrible.

—Vale —contestó Stevie Rae, tambaleándose hacia el baño.

Me puse unos vaqueros y un jersey negro a todo correr, y entonces comencé con el pelo y el maquillaje. No podía creer que me hubiera olvidado por completo de que Erik iba a interpretar el monólogo de Shakespeare con el que había asistido a la competición. De hecho, ni siquiera me había preocupado por averiguar en qué puesto había quedado, lo cual no estaba nada bien en una novia. Por supuesto no es que no tuviera ninguna otra cosa en qué pensar, pero aún así. Todo el mundo me consideraba la chica con suerte que había pescado a Erik después de que él escapara de la sucia telaraña de Aphrodite (y con eso de la telaraña me refiero a la entrepierna). ¡Dios!, yo misma consideraba que tenía suerte de tenerlo, aunque me costara recordarlo mientras succionaba la sangre de Heath o ligaba con Loren.

—Lamento haberme quedado dormida, Z —dijo Stevie Rae al salir del baño en medio de una nube de vapor y con una toalla en la cabeza.

Iba vestida muy parecida a mí, pero debía de estar todavía medio dormida porque estaba pálida y tenía aspecto de cansancio. Bostezó abriendo enormemente la boca y se estiró como un gato.

—No, ha sido culpa mía —dije yo, que aún me sentía mal por la forma en que la había despertado—. Tendría que haber puesto el despertador, porque con lo poco que he dormido era evidente que iba a hacerme falta.

Supongo que no debía sorprenderme que Stevie Rae tampoco hubiera dormido mucho en los últimos tiempos. Éramos muy buenas amigas, y ella siempre notaba cuándo estaba excesivamente estresada. Las dos necesitábamos un largo y reparador sueño.

—Yo estoy en un segundo. Solo voy a ponerme un poco de maquillaje y el brillo de labios. De todos modos el pelo se me secará en dos minutos —comentó Stevie Rae.

Salimos del dormitorio en cinco minutos. No quedaba tiempo para desayunar: del dormitorio prácticamente corrimos al auditorio. Llegamos a los asientos que Erin nos

tenía reservados justo cuando comenzaban a apagar y encender las luces, advirtiéndolo al público de que tomara asiento porque en dos minutos empezaría la función.

—Erik ha estado aquí fuera esperándote hasta hace exactamente un segundo —dijo Damien.

Yo me alegré de ver que estaba sentado junto a Jack. Los dos hacían realmente buena pareja.

—¿Se ha enfadado? —pregunté yo.

—Yo más bien diría que la palabra que lo describe mejor es «confusión» —dijo Shaunee.

—O preocupación. Parecía preocupado también —añadió Erin.

Yo suspiré.

—¿Le dijisteis que me había quedado dormida?

—Sí, y de ahí que mi gemela diga que parecía preocupado —contestó Shaunee.

—Le conté que habían muerto dos amigos tuyos. Erik comprende que eso ha tenido que ser duro para ti, y por eso es por lo que estaba preocupado —explicó Damien, frunciendo el ceño en dirección a Shaunee y Erin.

—Yo solo digo que Erik es demasiado atractivo para tenerlo ahí de pie esperando, Z —añadió Erin.

—Lo mismo digo, gemela —convino Shaunee.

—Yo no... —comencé a soltar a borbotones.

Sin embargo, me interrumpieron las luces, que se apagaron.

La profesora de teatro, la profesora Nolan, salió a escena y se quedó un rato explicando la importancia de un buen entrenamiento en teatro clásico para los actores y hablando de lo prestigioso que era el certamen de monólogos de Shakespeare para los vampiros de todo el mundo. Nos recordó que cada uno de los veinticinco campus de las Casas de la Noche de todo el mundo enviaba a sus cinco mejores alumnos, lo cual significaba que había un total de ciento veinticinco iniciados con gran talento compitiendo los unos contra los otros.

—¡Dios!, no sabía que Erik tuviera que competir con tantos chicos —murmuré yo en dirección a Stevie Rae.

—Probablemente Erik les ha dado una patada en el culo a todos. Él es impresionante —contestó ella en susurros.

Stevie Rae bostezó y tosió. Yo la miré con el ceño fruncido. Tenía un aspecto horrible. ¿Cómo podía seguir tan cansada después de lo que había dormido?

—Lo siento —sonrió Stevie Rae tímidamente—, tengo un sapo en la garganta.

—¡Shhh! —silbaron las gemelas.

Volví la atención de nuevo hacia la profesora Nolan.

—El resultado de la competición ha permanecido sellado y en secreto hasta hoy, día en que todos los estudiantes vuelven a sus respectivas escuelas. Anunciaré el

puesto en el que ha quedado cada uno de nuestros finalistas mientras os los voy presentando. Todos ellos volverán a interpretar su monólogo para nosotros. No tengo palabras para expresar lo orgullosos que estamos todos de nuestro equipo. Todos y cada uno de nuestros participantes han realizado un trabajo espléndido.

La profesora Nolan irradiaba satisfacción y alegría. Acto seguido presentó a la primera participante: una chica llamada Kaci Crump. Era una chica de cuarto a la que yo no conocía demasiado bien porque era tímida y siempre estaba muy calladita cuando andábamos por los dormitorios, pero parecía maja. No creo que fuera miembro de las Hijas Oscuras, así que tomé nota mentalmente para mandarle una invitación. La profesora Nolan anunció que Kaci había quedado en el puesto número cincuenta y dos de la competición con su interpretación del monólogo de Beatriz de la obra *Mucho ruido y pocas nueces*.

A mí la interpretación me pareció buena, pero no fue nada comparada con la que hizo Cassie Kramme después. Cassie era de quinto curso y había quedado en el puesto número veinticinco del certamen. Interpretó el famoso discurso de Porcia de *El mercader de Venecia* que comienza: «Lo característico de la compasión es que no es forzada...». Yo lo reconocí porque era el monólogo que había elegido memorizar durante mi primer año de estudios en mi antiguo instituto SIHS. Sin lugar a dudas, la interpretación de Cassie daba mil vueltas a la mía. Y no creía que ella fuera tampoco miembro de las Hijas Oscuras. Según parecía, Aphrodite no quería reinas del drama que pudieran competir con su actuación. Menuda sorpresa.

La siguiente interpretación la hizo un chico al que conocía porque era amigo de Erik. Cole Clifton era alto, rubio y monísimo. Había quedado en el puesto número veintidós del certamen con su interpretación del discurso de Romeo: «Pero ¡silencio!, ¿qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana?». Vale, era bueno. Sí, era realmente bueno. Oí a Shaunee y a Erin (sobre todo a Shaunee) soltar unas cuantas exclamaciones de admiración, y sus aplausos al terminar fueron atronadores. *Hmmm...* Tendría que hablar con Erin acerca de emparejar a Shaunee con Cole. En mi opinión, los chicos blancos deberían salir con más frecuencia con mujeres de color. Era bueno para expandir sus horizontes (y eso resultaba especialmente cierto de los chicos blancos de Oklahoma).

Y hablando de mujeres de color, la siguiente interpretación estuvo a cargo de Deino. Deino era una mulata impresionante con un pelo de morirse y piel de color vainilla. También era una de las chicas del círculo íntimo de Aphrodite, o al menos lo había sido. A mí me la habían presentado durante el Ritual de la Luna Llena. Deino era una de las tres mejores amigas de Aphrodite. Las tres se habían cambiado de nombre para ponerse los de las hermanas mitológicas de Gorgona y Escila: Deino, Enyo y Penfredo que, traducidos, querían decir Terrible, Belicosa y Avispa.

Los nombres desde luego encajaban bien. Eran tres odiosas y egoístas guarras que

habían abandonado a Aphrodite durante el ritual de Samhain y, por lo que yo sabía, no habían vuelto a dirigirle la palabra. Vale, Aphrodite lo había liado todo y sin duda era una bruja, pero yo misma puedo ser una bruja y liarlo todo y no creo que Stevie Rae, las gemelas o Damien me den la espalda por eso. Enfadarse conmigo sí, seguro, e incluso decirme que me he vuelto loca, por supuesto. Pero abandonarme: de ningún modo.

La profesora Nolan presentó a Deino diciendo que había quedado en el increíble puesto número once, y entonces Deino comenzó a recitar el monólogo de Cleopatra en la escena de su muerte. Tengo que admitir que era buena. Realmente buena. Su talento me deslumbró tanto, que comencé a preguntarme hasta qué punto su odioso carácter de bruja no era producto de la influencia de Aphrodite. Desde que yo me había hecho cargo de las Hijas Oscuras, ninguna de las amigas íntimas de Aphrodite había causado el más mínimo problema. De hecho, pensándolo bien, me di cuenta que desde entonces Terrible, Belicosa y Avispa apenas habían llamado la atención. *Mmm*. Bueno, yo había decidido que quería incluir a una de las antiguas amigas íntimas de Aphrodite en el Consejo de prefectos. Quizá Deino fuera la elección correcta. Podía hacerle preguntas a Erik acerca de ella. Con Aphrodite lejos del poder, podía darle a Deino una oportunidad (aunque al mismo tiempo deseaba sinceramente que su nombre no hubiera sido tan perturbador).

Aún estaba preguntándome cómo les diría a mis amigos (que eran además mis compañeros prefectos) que se me había ocurrido pedirle a Terrible que se uniera a nuestro Consejo, cuando la profesora Nolan volvió a escena. Primero esperó a que la audiencia guardara silencio. Cuando por fin comenzó a hablar, sus ojos brillaron de entusiasmo y parecía a punto de estallar. Yo sentí un ligero arrebató de emoción. Erik había quedado entre los diez primeros.

—Erik Night es nuestro último intérprete. Él ha demostrado tener un increíble talento desde el día mismo en que fue marcado, hace tres años. Estoy muy orgullosa de ser su profesora y su mentora —dijo ella con una sonrisa deslumbrante—. ¡Por favor, ofrezcédle la bienvenida de héroe que se merece por haber quedado el primero en el Certamen Internacional de Monólogos de Shakespeare!

Todo el auditorio explotó al salir Erik al escenario, sonriendo. Yo apenas podía respirar. ¿Cómo podía haberme olvidado de lo absolutamente guapo que es? Alto, más alto incluso que Cole, tenía un pelo negro que hacía ese adorable rizo a lo Superman y unos ojos de un azul tan brillante, que mirarlos era como quedarse mirando el cielo de verano. Igual que el resto de oradores, iba vestido todo de negro con la insignia del curso de quinto sobre el lado izquierdo del pecho como único elemento de color: el carro de oro de Nyx, tirando de una estela de estrellas. Y permitidme que os diga una cosa: en él el negro hasta resultaba bien.

Caminó hasta el centro del escenario, se detuvo, sonrió directamente hacia mí

(fue obvio) y me guiñó el ojo. Era tan increíblemente sexi, que sentí que me moría. Entonces inclinó la cabeza, y cuando volvió a levantarla ya no era el chico de dieciocho años Erik Night, vampiro iniciado de quinto curso de la Casa de la Noche. De algún modo, allí mismo, delante de nuestros ojos, se había convertido en un guerrero moro que trataba de explicar a una sala abarrotada de escépticos cómo una princesa veneciana se había enamorado de él, y él de ella:

Su padre me quería; me invitaba a menudo;
Seguía haciéndome preguntas sobre la historia de mi vida,
Detallada año por año; las batallas, los asedios, la suerte
Que había corrido.

Yo no podía apartar la vista de él, pero nadie en toda la sala parecía capaz tampoco de hacerlo mientras se transformaba en Otelo. Y tampoco pude evitar compararlo con Heath. A su manera, Heath tenía tanto éxito y tanto talento como Erik. Era el *quarterback* estrella del Broken Arrow, con una brillante carrera universitaria por delante e incluso, quizá, un futuro como futbolista profesional. Heath era un líder. Erik era un líder. Yo había crecido viendo a Heath jugar al fútbol, me había sentido orgullosa de él y me había alegrado por él. Pero jamás me había sentido maravillada por su talento como me sentía maravillada por el de Erik. Y la única ocasión en la que Heath me había hecho sentir que apenas podía respirar había sido cuando se había cortado el cuello para ofrecerme su sangre.

Erik hizo una pausa en el monólogo y caminó por el escenario hasta quedarse justo al borde, tan cerca de mí que si me ponía de pie podía alargar la mano y tocarlo. Entonces me miró a los ojos y terminó el discurso de Otelo dedicándomelo a mí, como si yo fuera la ausente Desdémona de la que él hablaba:

... Ella deseó no haberlo oído, y sin embargo deseó
Que el cielo creara a un hombre semejante para ella; me dio las
gracias,
Y me dijo que si tenía un amigo que la amara,
Debía enseñarle cómo contaba mi historia,
Y que con eso se la ganaría. Ante la insinuación yo hablé:
Ella me amaría por los peligros que había corrido
Y yo la amé por la compasión que mostró por ellos.

Erik se llevó los dedos a los labios y alargó la mano hacia mí como ofreciéndome ese beso formal, y luego los presionó contra su pecho e inclinó la cabeza. La audiencia prorrumpió en vítores y en una ovación general, todos se pusieron en pie.

Stevie Rae lo aclamaba de pie, a mi lado, secándose las lágrimas de los ojos y riendo.

—¡Eso ha sido tan romántico que casi me meo en los pantalones! —gritó.

—¡Y yo! —reí yo.

Entonces volvió a salir la profesora Nolan al escenario, cerró la función y dirigió a todo el mundo hacia el vestíbulo, donde estaba preparada ya la recepción de bienvenida con vino y queso.

—Vamos, Z —me dijo Erin, agarrándome de la mano.

—Sí, nos vamos contigo porque ese amigo de Erik que ha interpretado a Romeo está como un cañón —dijo Shaunee, agarrándome de la otra mano.

Las gemelas comenzaron a arrastrarme entre la multitud, adelantando a los otros chicos que avanzaban más despacio. Yo volví la vista con frustración en dirección a Damien y Stevie Rae. Estaba claro que tendrían que apañárselas solos para alcanzarnos. Las gemelas eran una fuerza bruta más allá de mi control.

Salimos del auditorio repleto hasta el borde de gente como tres corchos que por fin alcanzan la superficie. Y de pronto ahí estaba Erik, entrando justo en el vestíbulo por el lado de los actores. Nuestras miradas se encontraron y él al instante dejó de hablar con Cole y se dirigió directamente hacia mí.

—¡Mmmmm! ¡Es totalmente sexi! —murmuró Shaunee.

—Como siempre, estamos de acuerdo, gemela —suspiró Erin soñadora.

No pude hacer nada excepto quedarme ahí, de pie, sonriendo como una estúpida mientras Erik nos alcanzaba. Con un brillo malicioso en la mirada me agarró la mano, la besó y luego, inclinando la cabeza y con su voz de actor, audible en todo el vestíbulo, proclamó:

—Hola, mi dulce Desdémona.

Sentí que mis mejillas se ponían realmente coloradas, y de hecho me eché a reír. Él estaba tirando de mí para darme un cálido abrazo de esos que son aptos para el consumo en público cuando oí una risa familiar y odiosa. Aphrodite, despampanante con una falda corta negra, botas de tacón de aguja y un jersey ceñido, se reía mientras pasaba por delante de nosotros (de hecho, más que caminar casi parecía convulsionarse. Quiero decir que esa chica sabía menear el culo de verdad). Nuestras miradas se encontraron por encima del hombro de Erik y, con una voz sedosa que habría sonado amistosa de no haber procedido de esa boca, dijo:

—Si te llama Desdémona, entonces te sugiero que tengas cuidado. Aunque solo parezca que lo estás engañando, te estrangulará en la cama. Pero tú jamás lo engañarías, ¿verdad?

Entonces meneó los largos, rubios y perfectos cabellos y se marchó, moviendo bruscamente el culo.

Nadie dijo nada durante un segundo, pero después las gemelas dijeron al mismo tiempo:

—Problemas. Esa chica tiene problemas.

Y todo el mundo se echó a reír.

Todos menos yo. Lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que nos había visto a Loren y a mí en el centro multimedia, y en que la escena sin duda podría parecer un engaño hacia Erik por mi parte. ¿Estaba advirtiéndome de que iba a decírselo a Erik? Bien, porque no me preocupaba que él me estrangulara en la cama, pero ¿la creería? Además el aspecto más que perfecto de Aphrodite me recordaba que yo solo llevaba unos vaqueros arrugados y un jersey que me había puesto precipitadamente. Y mi pelo y mi maquillaje habían visto días más gloriosos. De hecho, creo aún me quedaban arrugas de la almohada marcadas en la cara.

—No dejes que ella te afecte —dijo Erik amablemente.

Alcé la vista hacia él. Me agarraba de la mano y me sonreía, mirando para abajo. Sacudí de mi mente todas esas ideas.

—Tranquilo, no me afecta —contesté animadamente—. De todos modos, ¿a quién le importa? ¡Has ganado la competición! Es increíble, Erik. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Volví a abrazarlo. Adoraba su olor a limpio y el hecho de que su altura me hiciera sentirme pequeña y delicada. Pero entonces nuestro pequeño momento de intimidad se desvaneció al llegar más y más gente del auditorio.

—¡Erik, es genial que hayas ganado! —dijo Erin—. Aunque, la verdad, no nos sorprende. Nos has dado una buena lección a todos en escena.

—Totalmente. Y lo mismo tu amigo de ahí —dijo Shaunee, ladeando la barbilla en dirección a Cole—. Ha estado estupendo en el papel de Romeo.

Erik sonrió y dijo:

—Le diré lo que has dicho.

—Pues dile también que si quiere un poco de azúcar morena en su Julieta, no hace falta que busque mucho. Basta con que mire para acá —añadió Shaunee, señalándose a sí misma y frunciendo los labios.

—Gemela, creo que las cosas no habrían acabado tan mal si Julieta hubiera sido negra. Quiero decir que habríamos tenido el suficiente sentido común como para no bebemos esa mierda de veneno para dormir y pasar por todo ese drama solo por un desafortunado problema familiar.

—Exactamente —dijo Shaunee.

Ninguno de nosotros afirmó algo que era obvio: que Erin, con el cabello rubio y los ojos azules, definitivamente no era negra. Estábamos demasiado acostumbrados a verlas a las dos comportarse como verdaderas gemelas como para hacer preguntas sobre lo extraño que resultaba el tema.

—¡Erik, eres increíble! —exclamó Damien, corriendo a nuestro lado seguido de cerca por Jack.

—Enhorabuena —dijo Jack con timidez, pero con mucho entusiasmo.

Erik les sonrió.

—Gracias, chicos. Eh, Jack, antes estaba muy nervioso y no pude decirte que me alegro de que estés aquí. Será estupendo tener un compañero de habitación.

El encantador rostro de Jack se iluminó, y yo le apreté la mano a Erik. Esa era una de las razones por las que él me gustaba tanto. Además de ser guapo y tener talento, Erik era un auténtico buen chico. Había muchos en su misma situación (ridículamente populares) que, o bien habrían hecho caso omiso de aquel compañero de habitación de un curso muy inferior o bien, peor aún, se habrían mostrado abiertamente cabreados por tener que compartir la habitación con un maricón. Pero Erik no era en absoluto así, y yo no pude evitar compararlo con Heath, que probablemente se habría asustado de haber tenido que usar el mismo cuarto que un chico gay. Y no es que Heath fuera odioso ni nada parecido, simplemente era el típico adolescente *okie* (o sea, de Oklahoma), que en general venía a significar que de pura estrechez mental llegaba a la homofobia. Lo cual me hizo darme cuenta de que jamás le había preguntado a Erik de dónde era. ¡Dios!, era una mierda de novia.

—¿Me has oído, Zoey?

—¿Qué?

La pregunta de Damien interrumpió mi balbuceo mental. Pero no, no la había oído.

—¡Eh! ¡Vuelve a la tierra, Zoey! Te he preguntado si te has dado cuenta de la hora que es. ¿Te acuerdas de que el Ritual de la Luna Llena empieza a medianoche?

Miré el reloj de la pared.

—¡Ah, Dios!

Eran las once y cinco. Todavía tenía que cambiarme de ropa y dirigirme al salón de entretenimientos, encender el círculo de velas, asegurarme de que las cinco velas de los cinco elementos estuvieran en su sitio y comprobar que todo estuviera dispuesto en la mesa de la Diosa.

—Erik, lo siento mucho pero tengo que marcharme. Tengo que hacer un millón de cosas antes de que empiece el ritual —me excusé yo, mirando entonces a mis cinco amigos—. Y vosotros, chicos, tenéis que venir conmigo —añadí. Los cinco asintieron como muñecos de cabezas articuladas. Entonces me giré hacia Erik—. Vindrás al ritual, ¿no?

—Claro. Y eso me recuerda que te he traído una cosa de Nueva York. Espérame solo un segundo, voy a traerlo.

Erik se apresuró al auditorio otra vez desde la entrada de actores.

—Juro que ese chico es demasiado bueno para ser verdad —dijo Erin.

—Esperemos que su amigo sea exactamente como él —dijo Shaunee, lanzándole una sonrisa coqueta a Cole, que estaba en el otro extremo del vestíbulo.

Yo me fijé en que él se la devolvía.

—Damien, ¿me conseguiste el eucalipto y la salvia?

Comenzaba a ponerme nerviosa. Y hubiera debido de comer algo: tenía el estómago más vacío que una caverna, y parecía dispuesto a saltar sobre lo primero que cayera.

—Tranquila, Z. Tengo el eucalipto, e incluso te lo he atado con la salvia todo junto —dijo Damien.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —me tranquilizó Stevie Rae.

—Sí, no te pongas nerviosa —dijo Shaunee.

—Nosotros estaremos contigo —terminó Erin.

Yo les sonreí a todos, feliz de tener tan buenos amigos. Y entonces volvió Erik. Me tendió una caja grande blanca. Yo vacilé antes de abrirla, y entonces Shaunee dijo:

—Z, si no la abres tú, la abriré yo.

—O yo —dijo Erin.

Ansiosa, solté la cinta decorativa que cerraba la caja, abrí la tapa y me quedé boquiabierta (exactamente igual que el resto de personas que estaban lo suficientemente cerca como para ver qué era). Dentro de la caja estaba el vestido más bonito que haya visto nunca. Era negro, pero llevaba cuentas metálicas plateadas bordadas al material de modo que todo él brillaba y reflejaba la luz como si las cuentas fueran estrellas en la noche.

—¡Erik, es precioso!

Me atraganté al decirlo porque intentaba por todos los medios no hacer el ridículo y echarme a llorar de emoción.

—Quería que tuvieras algo especial para tu primer ritual como líder de las Hijas Oscuras —dijo él.

Volvimos a abrazarnos delante de mis amigos y luego tuve que correr a la sala de entretenimiento. Me aferré al vestido y traté de no pensar en el hecho de que mientras Erik me estaba comprando un regalo increíblemente elegante, yo estaba o bien succionándole la sangre a Heath, o bien ligando con Loren. Y mientras trataba de no pensar en ello, traté también de hacer caso omiso de la voz de mi conciencia, que resonaba en mi interior sin dejar de repetir: *No te lo mereces, no te lo mereces, no te lo mereces...*



—Shaunee, Erin y Stevie Rae: vosotras, chicas, comenzad a encender las velas blancas. Damien, si colocas las velas de colores de los elementos en sus posiciones respectivas, yo comprobaré que todo esté perfecto en la mesa de Nyx.

—Fácil —comentó Shaunee.

—Chupado —convino Erin.

—Más que chupado —añadió Stevie Rae, haciendo que las gemelas pusieran los ojos en blanco.

—¿Las velas de los elementos siguen en el almacén? —preguntó Damien.

—Sí —grité yo mientras me dirigía a la cocina.

Me alegré de haber preparado con antelación una fuente de frutas, quesos y carnes para Nyx. Solo tenía que sacarla de la nevera junto con la botella de vino y colocarlo todo bien decorado en la mesa que había en el centro del gran círculo de velas blancas. Sobre la mesa había ya un cáliz y una figura de la Diosa, un esbelto y elegante encendedor y una vela de color púrpura que representaría al espíritu, el último elemento al que invocaría al círculo. La mesa simbolizaba la riqueza de las bendiciones que Nyx había concedido a sus hijos, vampiros e iniciados. Me gustaba poner la mesa de la Diosa. Me serenaba, y eso era algo que me hacía mucha falta esa noche. Coloqué la comida y el vino, y repasé una y otra vez las palabras que iba a decir durante el ritual en unos quince minutos (miré la hora en el reloj y sentí que se me hacía un nudo en el estómago). Los iniciados habían comenzado ya a entrar en la sala de entretenimiento, pero se mostraban bastante comedidos y se quedaban de pie, en grupos, por los rincones del enorme salón mientras observaban a las gemelas y a Stevie Rae encender las luces blancas que formaban el círculo. Quizá no fuera yo la única persona que estaba nerviosa esa noche. El hecho de que yo dirigiera las Hijas Oscuras suponía un gran cambio. Aphrodite había sido la líder durante los últimos dos años, y en ese tiempo el grupo se había convertido en un club exclusivista y esnob que se burlaba de los iniciados a los que no consideraba *in*, además de utilizarlos.

Bien, pues aquella noche todo iba a cambiar.

Miré a mis amigos. Todos nos habíamos apresurado a cambiarnos de ropa antes de dirigirnos al salón de entretenimiento, y todos habían decidido vestirse de negro total para ir a tono con el increíble vestido que Erik me había regalado. Me miré otra vez más. El vestido era sencillo, pero perfecto. Tenía el cuello redondo pero escotado, aunque no tanto como los de los vestidos que solía llevar Aphrodite en los rituales. Era de manga larga y entallado hasta la cintura, y a partir de ahí caía haciendo vuelo

hasta el suelo. Las cuentas plateadas que lo cubrían por entero resplandecían a la luz de las velas cada vez que me movía, pero lo que también brillaba cada vez que me movía era el colgante que pendía de la cadena de plata de mi cuello. Cada uno de los Hijos e Hijas Oscuros tenía un colgante idéntico excepto por dos detalles: solo en el mío las tres lunas tenían incrustaciones de granates, y solo el mío había sido encontrado junto al cadáver de un adolescente humano. Bueno, cierto, no había sido exactamente mi colgante el que habían hallado junto al cuerpo, pero sí uno igual. Idéntico al mío.

No, no debía pensar en cosas negativas esa noche. Debía concentrarme solo en las cosas positivas y prepararme para dirigir un ritual y una invocación en círculo en público. Damien volvió al salón con una gran bandeja sobre la que se balanceaban cuatro velas que representaban a los cuatro elementos: amarilla para el aire, roja para el fuego, azul para el agua y verde para la tierra. Yo tenía ya preparada mi vela púrpura para el espíritu sobre la mesa de Nyx. Sonreí y pensé en lo estupendos que estaban mis chicos, vestidos de negro y con un aspecto tan chic, con sus colgantes de las Hijas Oscuras en plateado. Stevie Rae estaba situada ya en su puesto en la parte norte del círculo, donde debía estar la tierra. Damien le tendió la vela verde. Por casualidad yo lo estaba observando, así que no me cupo duda sobre lo que vi. Nada más tocar Stevie Rae la vela, abrió los ojos inmensamente y soltó un extraño ruido, entre grito y jadeo. Damien dio un paso atrás con tanta precipitación, que tuvo que agarrar el resto de las velas para evitar que se cayeran de la bandeja.

—¿Lo has sentido? —preguntó Stevie Rae con una voz extraña, una especie de susurro que, no obstante, sonó amplificado.

Damien estaba tembloroso, pero asintió y dijo:

—Sí, y también lo he olido.

Los dos se giraron para mirarme a mí.

—Eh, Zoey, ¿podrías venir aquí un segundo? —preguntó Damien.

Damien volvía a hablar con completa normalidad, de modo que de no haber observado yo lo que acababa de ocurrir entre ellos dos habría pensado simplemente que él necesitaba ayuda con las velas.

Pero había estado observándolo, y por eso no grité desde el centro del círculo para preguntarle qué quería. En lugar de ello me apresuré a acercarme y hablé en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—Díselo —le dijo Damien a Stevie Rae.

Sobresaltada, con los ojos como platos aún y bastante pálida, Stevie Rae contestó:

—¿No lo hueles?

—¿Olerlo? —repetí yo, frunciendo el ceño—. ¿Qué son...?

Y entonces lo olí: heno recién cortado, a madreSelva y a otra cosa que juro que me recordaba al abono recién arado de los campos de lavanda de mi abuela.

—Sí, lo huelo —dije vacilante con una sensación de absoluta confusión—, pero yo aún no he invocado a la tierra al círculo.

Mi afinidad o poder concedido por Nyx era una habilidad para materializar a los cinco elementos. Pero aún después de transcurrido un mes, yo no estaba del todo segura de qué incluían todos esos poderes. Lo único que sabía a ciencia cierta era que cuando trazaba un círculo y llamaba a cada uno de los cinco elementos, estos se manifestaban de un modo físico: el viento soplaba a mi alrededor cuando llamaba al aire; el fuego hacía brillar mi piel de calor (y, sinceramente, también me hacía sudar); podía sentir el frío del mar cuando invocaba al agua; y cuando llamaba a la tierra al círculo, olía cosas terrestres e incluso sentía el césped bajo mis pies (a pesar de llevar zapatos, lo cual era realmente muy extraño).

Pero, tal y como he dicho, aún no había comenzado a invocar el círculo, así que no había llamado a ninguno de los elementos. Y sin embargo Stevie Rae, Damien y yo sin ninguna duda estábamos oliendo olores terrestres.

Damien respiró profundamente y su rostro esbozó una enorme sonrisa.

—¡Stevie Rae tiene afinidad con la tierra! —exclamó, nervioso.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—¡De ningún modo! —afirmó Stevie Rae.

—Espera, vamos a probar a ver con esto —continuó Damien con creciente excitación—. Cierra los ojos, Stevie Rae, y piensa en la tierra. Y tú no pienses en ella —añadió en dirección a mí.

—Está bien —me apresuré yo a decir.

El entusiasmo de Damien era contagioso. Habría sido fantástico que Stevie Rae tuviera afinidad con la tierra. Tener una afinidad con un elemento era un poderoso don de Nyx, y sin duda para mí habría sido maravilloso si mi mejor amiga hubiera sido bendecida con ese don por nuestra Diosa.

—Vale —accedió Stevie Rae a pesar de estar sin aliento, cerrando los ojos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó entonces Erin.

—¿Por qué tiene Stevie Rae los ojos cerrados? —inquirió a su vez Shaunee. Entonces olió el aire visiblemente—. ¿Y por qué huele a heno aquí? Stevie Rae, te juro que como estés probando un nuevo perfume asqueroso, voy a tener que darte un puñetazo.

—¡Shhhh! —ordenó Damien, llevándose un dedo a los labios para hacerlas callar—. Creemos que Stevie Rae ha desarrollado una afinidad con la tierra.

—¿Sí? ¡No! —exclamó Shaunee, parpadeando.

—¿Eh? —preguntó Erin.

—¡No puedo concentrarme si estáis todos hablando! —gritó Stevie Rae, abriendo los ojos y mirando a las gemelas.

—Lo siento —musitaron ellas.

—Inténtalo otra vez —la animé yo.

Stevie Rae asintió. Cerró los ojos y arrugó la frente de pura concentración mientras pensaba en la tierra. Yo no pensé en ella, lo cual me costó bastante porque en cuestión de dos segundos el aire se llenó de olores a césped recién cortado y a flores, y yo incluso pude oír el canto de unos cuantos pájaros.

—¡*Ohdiosmío!* ¡Stevie Rae tiene afinidad con la tierra! —solté yo.

Stevie Rae abrió los ojos y se tapó la boca con las dos manos. Estaba emocionada y atónita.

—¡Stevie Rae, es increíble! —exclamó Damien.

En cuestión de segundos todos estábamos felicitándola y abrazándola mientras ella no paraba de reír y llorar de emoción.

Y entonces ocurrió: yo tuve uno de mis presentimientos. Y esa vez (por suerte) fue bueno.

—Damien, Shaunee, Erin: quiero que os coloquéis en vuestros puestos en el círculo —dije yo.

Todos me dirigieron miradas inquisitivas, pero debieron advertir que les hablaba con un tono de voz autoritario porque inmediatamente hicieron lo que les decía. Yo no era exactamente su jefa, pero mis amigos sentían respeto por el hecho de que yo me estuviera entrenando para ser su alta sacerdotisa algún día. Entonces se colocaron obedientemente cada uno en el lugar que yo les había asignado hacía semanas cuando, estando los cinco solos, tracé el círculo por primera vez para tratar de descubrir si de verdad tenía una afinidad o si era solo producto de mi imaginación y de mi falta de sentido común.

Mientras ellos se colocaban yo miré a mi alrededor, hacia los chicos que había en el salón de entretenimiento. Sin lugar a dudas necesitaba ayuda. Entonces entraron Erik y Jack, y yo les sonreí y les hice un gesto para que se acercaran.

—¿Qué ocurre, Z? Pareces a punto de estallar —dijo Erik, bajando la voz y añadiendo a mi oído—: Y estás tan sexi con ese vestido como me había imaginado.

—¡Gracias, me encanta! —exclamé yo, dando una vuelta completa en parte por coquetería hacia Erik y en parte de pura felicidad ante lo que casi con toda seguridad estaba a punto de ocurrir—. Jack, ¿te importaría acercarte a Damien y traer la bandeja con las velas que él sostiene hasta el centro del círculo?

—Sí —contestó Jack, que salió casi corriendo a buscar la bandeja.

Bueno, es cierto, no corrió, pero sí lo hizo con mucho ánimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erik.

—Ahora lo verás —sonreí yo, que apenas podía ocultar mi entusiasmo.

Nada más volver Jack con la bandeja, yo dejé las velas sobre la mesa de Nyx. Me concentré por un segundo y decidí que mi instinto me decía que lo mejor era elegir primero el fuego. Entonces recogí la vela roja y se la tendí a Erik, diciéndole:

—Bien, necesito que le des esto a Shaunee.

Erik arrugó la frente.

—¿Solo tengo que dárselo?

—Sí. Dáselo y presta atención.

—¿A qué?

—Será mejor que no te lo diga.

Erik se encogió de hombros y me miró como si estuviera convencido de que estaba loca, aparte de que pudiera estar muy sexi, pero hizo lo que le pedí y se acercó a Shaunee, que estaba de pie en el extremo más al sur del círculo. Erik se detuvo delante de ella. Shaunee me miró a mí.

—Coge la vela —le grité yo, concentrándome en lo atractivo que estaba Erik para no pensar en absoluto en el fuego.

—Bien —accedió Shaunee, encogiéndose de hombros.

Shaunee tomó la vela roja de manos de Erik. Yo la observaba atentamente, pero en realidad no hacía falta. Lo que ocurrió resultó tan evidente, que muchos de los chicos que estaban de pie a nuestro alrededor, fuera del círculo, abrieron la boca atónitos al mismo tiempo que Shaunee. En el instante en el que ella tocó la vela se produjo un fuerte ruido. Su pelo largo y negro se elevó como si todo a su alrededor estuviera lleno de electricidad estática, y su preciosa piel de color chocolate brilló como si su cuerpo tuviera luz en su interior.

—¡Lo sabía! —grité yo, saltando arriba y abajo de pura emoción.

Shaunee alzó la vista de su propio cuerpo luminoso y me miró a los ojos.

—Eso lo he hecho yo, ¿no?

—¡Sí, tú!

—¡Tengo afinidad con el fuego!

—¡Sí, la tienes! —grité yo, feliz.

Oí montones de exclamaciones a mi alrededor, pues cada vez se amontonaba más gente, pero no tenía tiempo que perder. Seguí mi instinto y le pedí a Erik que volviera al centro del círculo, lo cual hizo con una enorme sonrisa en el rostro.

—Creo que esto ha sido lo más bonito que he visto nunca —dijo él.

—Pues espera. Si no me equivoco, creo que todavía hay más —contesté yo, dándole la vela azul—. Ahora llévale esto a Erin.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Erik, haciendo una reverencia con una floritura al estilo antiguo.

De haber hecho ese gesto cualquier otra persona, habría parecido un completo estúpido. En Erik, en cambio, resultaba de lo más sexi: en parte parecía un caballero y en parte un pirata malo. Yo seguía pensando en lo bueno que estaba cuando Erin y Shaunee soltaron alaridos de felicidad casi en el mismo instante.

—¡Mira el suelo! —dijo Erin, señalando el suelo de baldosines de cerámica del

salón.

En un área circular alrededor de Erin el suelo parecía hacer ondas y lamer sus pies, a pesar de que no había nada mojado, de hecho. Parecía como si Erin estuviera de pie como un fantasma en medio de la costa del océano. Entonces ella alzó la vista y me miró con sus relucientes ojos azules.

—¡Oh, Z! ¡Tengo afinidad con el agua!

—¡Sí, así es! —sonreí yo.

Erik volvió de prisa hacia mí. En esa ocasión no tuve que decirle que recogiera la vela amarilla.

—Se la doy a Damien, ¿verdad?

—Exacto.

Erik se dirigió a Damien, que se movía inquieto en el punto más al este del círculo, donde debía manifestarse el elemento aire. Erik le ofreció la vela amarilla. Damien no la tocó. En lugar de ello me miró. El pobre estaba muerto de miedo.

—Tranquilo, adelante, cógela —le dije yo.

—¿Estás segura de que todo va a ir bien? —preguntó Damien con nerviosismo, mirando a su alrededor a lo que se había convertido en un numeroso grupo de iniciados, que nos observaban expectantes.

Yo sabía qué era lo que iba mal. Damien tenía miedo de fallar, de quedar fuera de la magia que les estaba ocurriendo a las chicas. En clase de sociales había aprendido que era muy extraño que un don tan fuerte como el de la afinidad por un elemento fuera concedido a un hombre. Nyx otorgaba a los hombres una fuerza excepcional, y sus afinidades por lo general se relacionaban con lo físico, como en el caso de Dragon, nuestro profesor de esgrima, que había sido bendecido con una rapidez y una exactitud visual excepcionales. El aire era sin duda una afinidad femenina, y habría sido algo increíble por parte de Nyx concedérsela a Damien. Pero en mi interior yo sentía un profundo sentimiento de felicidad y de paz. Asentí en dirección a Damien y traté de infundirle seguridad.

—Estoy segura. Adelante. Yo estaré ocupada pensando en lo guapo que está Erik mientras tú invocas al aire —dije yo.

Erik giró la cabeza por encima del hombro para sonreír y, mientras tanto, Damien respiró hondo y alargó la mano para tomar la vela que él le ofrecía. Parecía como si creyera que estaba a punto de agarrar una bomba.

—¡Magnífico!, ¡glorioso!, ¡maravilloso!

Damien hizo uso de todo su vocabulario mientras el pelo y la ropa se le levantaban como locos a causa del repentino aire que lo rodeaba. Cuando volvió a mirarme, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Nyx me ha concedido un don. ¡A mí! —dijo, pronunciando las palabras nítidamente.

Yo supe qué quería decir con esas dos únicas palabras: que Nyx lo encontraba valioso a pesar de que sus padres no, y a pesar incluso de que mucha de la gente de su vida anterior se había burlado de él porque le gustaban los hombres. Yo tuve que parpadear varias veces para evitar llorar como un bebé.

—Sí, a ti —afirmé yo con rotundidad.

—Tus amigos son espectaculares, Zoey —resonó entonces la voz de Neferet por encima de los gritos de entusiasmo de los chicos que hacían comentarios sobre los cuatro nuevos talentos recién descubiertos.

La alta sacerdotisa estaba de pie justo a la entrada del salón de entretenimiento, y yo me pregunté cuánto tiempo llevaba allí. Pude ver que había unos cuantos profesores con ella, pero la sombra de la puerta me impidió ver quiénes eran exactamente. Sí, podía hacerlo. Podía enfrentarme a ella. Tragué fuerte y me esforcé por concentrarme en mis amigos y en los milagros que acababan de ocurrir.

—¡Sí, mis amigos son espectaculares! —convine con entusiasmo.

—Es perfectamente normal que Nyx, en su sabiduría, haya pensado ofrecerte un regalo precisamente a ti, a una iniciada con poderes muy poco habituales: el regalo de un grupo de amigos que también han sido bendecidos con poderes impresionantes —afirmó Neferet, asintiendo y alzando los brazos con un gesto exagerado—. Yo predigo que este grupo de iniciados hará historia. Nunca antes había sido concedido tanto en un solo momento y lugar.

Neferet sonrió en dirección a todos, y su aspecto era verdaderamente el de una amantísima madre. Yo me habría sentido tan emocionada por la calidez y la belleza de su sonrisa como todos los demás, de no haber sido por el brillo de la fina línea roja de un corte reciente en su antebrazo. Temblé y traté de apartar los ojos y la mente de aquella prueba que corroboraba que lo que había visto no era producto de mi imaginación.

Y menos mal que lo hice, porque Neferet se giró entonces hacia mí.

—Zoey, creo que es el momento perfecto para anunciar tu proyecto para los nuevos Hijos e Hijas Oscuros.

Yo abrí la boca para comenzar a explicar lo que había pensado hacer (aunque en realidad no había pensado anunciar los cambios hasta después de haber invocado el círculo ritual y de haber demostrado así a los antiguos miembros de las Hijas Oscuras que Nyx me había concedido un don), pero nadie me prestaba atención. Todo el mundo tenía la vista fija en Neferet, que entró en el salón y se quedó de pie muy cerca de Shaunee, de modo que el fuego de su don iluminó a la alta sacerdotisa hasta hacerla parecer un punto ardiente de luz. Entonces, con la misma voz atractiva y poderosa con la que invocaba durante un ritual, Neferet habló. Solo que en esa ocasión hizo uso de mis palabras y de mis ideas.

—Ha llegado el momento de que las Hijas Oscuras establezcan su fundamento.

Ha sido decidido que Zoey Redbird comenzará una nueva era y una nueva tradición con su liderazgo. Ella constituirá un Consejo de prefectos, formado por siete iniciados, de los cuales ella será la directora. Los otros miembros del Consejo serán Shaunee Cole, Erin Bates, Stevie Rae Johnson, Damien Maslin y Erik Night. Habrá otro prefecto más, elegido de entre el círculo más estrecho de amigos de Aphrodite, que representará mi deseo de unidad entre todos los iniciados.

¿Su deseo? Yo apreté los dientes y traté de no perder el buen humor mientras Neferet hacía una pausa, esperando a que cesaran los gritos de entusiasmo (incluyendo los de las gemelas, Stevie Rae, Damien, Erik y Jack, que lo celebraban a bombo y platillo). ¡Dios! Neferet hacía como si fuera ella la responsable de todas las ideas por las que yo llevaba semanas sudando.

—El Consejo de prefectos será responsable del funcionamiento de los nuevos Hijos e Hijas Oscuros, lo cual incluirá asegurarse a partir del mismo día de hoy de que todos sus miembros dan ejemplo de las siguientes ideas: deben ser auténticos por el aire; deben ser leales por el fuego; sabios por el agua; empáticos por la tierra y sinceros por el espíritu. Si un hijo o una hija oscura fallan en el mantenimiento de estos ideales, el trabajo del Consejo consistirá en decidir qué castigo se le aplica, incluyendo la expulsión del grupo.

Neferet hizo una nueva pausa, y yo observé lo serios y atentos que estaban todos. Era la reacción que yo esperaba cuando hiciera el mismo anuncio durante el Ritual de la Luna Llena.

—También he decidido que les corresponde a nuestros iniciados involucrarse más en la comunidad en la que vivimos. Después de todo, la ignorancia no da pie más que al miedo y al odio. Por eso quiero que los Hijos e Hijas Oscuros comiencen a trabajar con algún organismo de caridad local. Después de mucho considerarlo, he decidido que ese organismo de caridad local sea Street Cats, la organización de caridad de salvamento de gatos sin hogar.

Al oír aquello hubo risas y buen humor, que era exactamente la reacción que había tenido Neferet al contarle yo mi decisión de involucrar a las Hijas Oscuras en ese organismo de caridad en particular. No podía creer que Neferet se estuviera llevando todo el mérito por algo que le había contado yo esa misma noche.

—Y ahora os dejo. Este es el ritual de Zoey, y yo solo estoy aquí para mostrar mi apoyo de todo corazón a una iniciada de gran talento —continuó Neferet, sonriéndome. Yo me obligué a devolverle la sonrisa—. Pero primero tengo un regalo para el nuevo Consejo de prefectos.

Neferet dio una palmada y cinco hombres vampiros a los que jamás había visto salieron de entre las sombras de la entrada. Cada uno de ellos llevaba lo que parecían gruesas baldosas rectangulares que debían medir alrededor de unos treinta centímetros cuadrados y unos cinco centímetros de espesor. Las dejaron en el suelo, a

los pies de Neferet, y volvieron a desaparecer por la puerta. Yo me quedé mirando aquellas cosas. Eran de color crema y parecían estar mojadas. No tenía ni idea de qué eran. La risa de Neferet nos rodeaba, y a mí me hizo apretar los dientes. ¿Acaso nadie pensaba que sonaba completamente autoritaria?

—¡Zoey, me asombra que no reconozcas tu propia idea!

—Yo... no. No sé qué son —dije yo.

—Son baldosas de cemento húmedo. Recuerdo que me dijiste que querías que cada uno de los miembros del Consejo de prefectos tuviera una huella de su mano para poder preservarla para siempre. Esta noche seis de esos miembros del nuevo Consejo podrán tener su huella.

Yo parpadeé varias veces. Genial. Por fin me otorgaba el mérito de algo, aunque la idea era de Damien.

—Gracias por tu regalo —dije yo, apresurándome a añadir—, pero la idea de hacer las huellas de la mano fue de Damien, no mía.

La sonrisa de Neferet entonces fue cegadora, y cuando se giró hacia Damien no necesité mirarlo yo también a él para saber que, prácticamente, el chico se retorció de puro placer.

—Qué idea más encantadora, Damien —añadió Neferet, volviéndose entonces hacia todo el salón—. Me siento muy complacida de que Nyx haya concedido tantísimos dones a este grupo. ¡Que seáis todos bendecidos y buenas noches!

Neferet se inclinó haciendo una graciosa reverencia. Luego, ante los gritos de júbilo de los iniciados, se alzó y salió del salón haciendo volar las faldas e interpretando una salida de escena magnífica.

Lo cual me dejó a mí en medio de un círculo en el que aún no se había invocado nada, sintiéndome como si me hubiera quedado compuesta y sin novio.



Tardamos siglos en conseguir que todo el mundo se calmara y se colocara en su lugar para el ritual, sobre todo porque yo no podía demostrar cómo me sentía exactamente: cabreada. No solamente nadie lo comprendería, sino que además nadie creería lo que yo estaba comenzando a vislumbrar: que había algo oscuro y erróneo en Neferet. ¿Y por qué iba nadie a comprenderme o a creerme? Después de todo, yo no era más que una cría. Por muchos poderes que me hubiera concedido Nyx, no estaba ni muchísimo menos a la altura de una alta sacerdotisa. Y además de eso nadie, excepto yo, había sido testigo de todas aquellas pequeñas piezas del puzzle que comenzaban a encajar para crear una imagen tan terrible.

Pero Aphrodite sí me comprendería y me creería. Detestaba pensar que esa era la verdad.

—Zoey, tú dime cuándo estás lista y yo pondré la música —gritó Jack desde el rincón de más atrás del salón de entretenimiento donde estaba todo el equipo de audio.

Según parecía el chico era un genio con los aparatos electrónicos, así que yo instantáneamente lo había reclutado para que se encargara de la música del ritual.

—Vale, un segundo. ¿Qué te parecería si te hiciera un gesto cuando estuviera lista?

—Por mí bien —dijo él con una sonrisa.

Retrocedí varios pasos dándome cuenta de que, irónicamente, en ese momento estaba de pie justo donde Neferet había estado minutos antes. Traté de despejar mi mente de toda la confusión y las ideas negativas que no dejaban de darme vueltas. Observé todo el círculo. Había un grupo verdaderamente grande de chicos: de hecho, había más de los que yo esperaba. Todos se habían callado, pero a pesar de todo seguía notándose cierta excitación en el ambiente. Las velas blancas en sus altas palmatorias de cristal iluminaban el círculo con una luz brillante. Podía ver a mis cuatro amigos de pie en sus posiciones, esperando expectantes a que comenzara el ritual. Me concentré en ellos y en los maravillosos dones que les habían sido concedidos, y entonces me sentí preparada y le hice la señal a Jack.

—Se me ha ocurrido venir como voluntario a ofrecerte mis servicios.

La profunda voz de Loren me sobresaltó de tal modo, que tuve que lanzar un grito muy poco atractivo. Él estaba de pie, detrás de mí, junto a la puerta.

—¡Dios, Loren! ¡Me has asustado tanto que casi me meo encima! —solté yo antes de recordar que debía controlar mi estúpida lengua.

Sin embargo, lo que decía era verdad: Loren me había asustado hasta

encogerseme el corazón.

Según parecía, a él no le importaba mi incapacidad para controlar la lengua. Me sonrió larga y lentamente, esbozando su sonrisa más sexi, y dijo:

—Creía que sabías que estaba aquí.

—No, estaba distraída.

—Estresada, diría yo.

Loren me tocó el brazo con un gesto aparentemente inocente: como si se tratara del contacto de un profesional y un amigo, dispuesto a apoyarte. Sin embargo yo lo sentí como una caricia: como una verdadera caricia íntima. Su amplia sonrisa me hizo preguntarme por su capacidad intuitiva como vampiro adulto. Si era capaz de leer mi mente aunque solo fuera en parte, me moriría.

—Bueno, pues aquí estoy para ayudarte con ese estrés.

¿Estaba de broma? Perdía la cabeza solo con verlo. ¿Loren Blake, ayudarme a reducir el estrés? Imposible.

—¿En serio?, y eso, ¿cómo vas a hacerlo? —pregunté yo con la sonrisa más ligera que pude esbozar, consciente de que todos en el salón nos observaban, incluyendo a mi novio.

—Haré por ti lo que hago por Neferet.

El silencio se prolongó entre nosotros unos instantes mientras mi mente se sumergía más y más en el arroyo. Me preguntaba qué hacía él exactamente para Neferet. Por suerte, Loren no me dejó bucear durante demasiado tiempo.

—Toda alta sacerdotisa tiene un poeta que recita versos antiguos para evocar la presencia de la musa al comenzar el ritual. Hoy me ofrezco para recitar para una alta sacerdotisa muy especial que se está entrenando. Además, creo que hay ciertos malentendidos que convendría aclarar.

Loren se llevó el puño al pecho en un gesto tradicional de respeto que la gente usaba a menudo para saludar a Neferet. Pero a diferencia de la elegante alta sacerdotisa, tan segura de sí, y más bien como una imbécil, yo simplemente me quedé ahí, mirándolo. Quiero decir que no tenía ni idea de qué estaba hablando. ¿Malentendidos?, ¿en el sentido de que alguien podía creer que yo sabía qué demonios estaba haciendo?

—Pero necesitaré tu permiso —continuó Loren—. No quisiera entrometerme en tu ritual.

—¡Oh, no!

Entonces me di cuenta de lo que él debía haber pensado que significaba mi silencio primero y después aquella vaga exclamación, y añadí:

—Lo que quiero decir es que no, sin duda no lo considero una intromisión, y sí, acepto tu oferta. Gracias.

Entonces no pude evitar preguntarme cómo era posible que en algún momento yo

me hubiera sentido madura y sexi frente a ese hombre.

La sonrisa que me dirigió me hizo desear derretirme formando un charco a sus pies.

—Excelente. Cuando estés lista, dímelo y yo comenzaré la introducción —contestó Loren, dirigiendo la vista hacia Jack, que nos observaba con la boca abierta—. ¿Te importa si hablo unas palabras con tu ayudante sobre este pequeño cambio de planes?

—No —contesté yo, sintiendo que nada de todo aquello era real.

Al pasar por mi lado Loren me rozó íntimamente el brazo. ¿Me lo estaba imaginando, o era cierto todo el ligoteo que se desarrollaba entre él y yo? Dirigí la vista a los chicos del círculo y vi que todos me observaban. Reacia, busqué a Erik con la mirada, de pie junto a Stevie Rae. Él me sonrió y me guiñó un ojo. Bien, así que él no parecía haber visto nada erróneo en el comportamiento de Loren hacia mí. Entonces miré a Shaunee y a Erin. Seguían a Loren con una mirada voraz. Debieron sentir que yo las observaba, porque las dos apartaron la vista del culo de Loren y me miraron sonrientes. También ellas dos actuaban de un modo completamente normal.

Así que era solo yo quien me sentía extraña con Loren.

—¡Cálmate! —me ordené en un susurro—. ¡Concéntrate... concéntrate, concéntrate...!

—Zoey, yo estoy listo si lo estás tú —dijo Loren, volviendo a mi lado.

Yo respiré hondo, tratando de calmarme y alcé la cabeza.

—Estoy lista.

Sus ojos oscuros sostuvieron mi mirada.

—Recuerda, confía en tu instinto. Nyx les habla a sus sacerdotisas directamente al corazón.

Tras decir eso, Loren caminó un par de pasos y se alejó un poco de mí. Luego continuó:

—Esta es una noche de júbilo.

La voz de Loren no solamente era profunda y expresiva, sino también autoritaria. Tenía la misma habilidad que Erik de captar la atención de todo el mundo en la sala simplemente con la voz. Todos se callaron al instante, esperando ansiosos sus siguientes palabras.

—Pero deberíais saber que el júbilo de esta noche no lo encontramos solo en los dones que Nyx ha concedido tan manifiestamente aquí. Parte de ese júbilo se debe a lo ocurrido hace un par de noches, cuando vuestra nueva líder se decidía sobre el futuro que quería para los Hijos e Hijas Oscuros.

Esas palabras me sorprendieron. No sabía si alguien más comprendía realmente lo que Loren estaba diciendo: que era a mí, y no a Neferet, a quien se le había ocurrido establecer reglas para las Hijas Oscuras. No obstante apreciaba ese intento por

enderezar las cosas.

—Y para celebrar a vuestra nueva líder, Zoey Redbird, y su nueva visión de las Hijas Oscuras, tengo el honor de abrir su primer ritual como directora del Consejo y aprendiz de alta sacerdotisa con un poema clásico sobre el júbilo que fue escrito por mi tocayo, William Blake.

Loren giró la vista hacia mí y pronunció en silencio «Te toca», y luego asintió en dirección a Jack, que se apresuró a poner en marcha el equipo.

Los sonidos mágicos de la canción orquestal de Enya *Aldebaran* inundaron el salón. Yo me tragué los últimos restos de mi nerviosismo y eché a andar, trazando un camino alrededor de la parte externa del círculo tal y como les había visto hacer a Neferet y a Aphrodite en sus rituales. Igual que ellas, me moví al ritmo de la música haciendo pequeños giros improvisados y movimientos de danza. Había estado realmente asustada por esa parte en concreto del ritual. Quiero decir que no soy una absoluta torpe, pero tampoco soy la señorita Felicidad del Pelotón de Animación. Por suerte, era muchísimo más fácil de lo que yo había imaginado. Había escogido esa canción por su bello ritmo cadencioso, pero también porque había buscado la palabra «Aldebaran» en Google y había descubierto que es una estrella gigante, y entonces había pensado que resultaba muy apropiada por ser una música que celebraba la noche. Fue una buena elección, porque pareció como si la música me llevara, moviendo mi cuerpo graciosamente alrededor del salón y ayudándome a superar mis nervios y mi incomodidad del principio. Cuando la voz de Loren comenzó a recitar el poema, él también se hizo eco de la cadencia de la música exactamente igual que mi cuerpo, y era como si los dos estuviéramos haciendo magia juntos.

—No tengo nombre,
solo tengo dos días.
—¿Cómo te llamaré?
—Feliz soy,
Júbilo es mi nombre.
—¡Dulce júbilo vivas!

Las palabras del poema me emocionaron. Y mientras me dirigía al centro del círculo, me sentí literalmente como si personificara la emoción.

¡Bello júbilo!
Dulce júbilo de solo dos días,
Dulce júbilo te llamo;
Tú que sonrías...

Haciendo eco de las palabras del poema, sonreí. Adoraba aquella sensación de magia y misterio que parecía inundar la sala junto con la música y la voz de Loren.

Yo canto mientras tanto,
Dulce júbilo vivas.

De algún modo Loren consiguió sincronizarse conmigo perfectamente, porque su poema concluyó justo al llegar yo a la mesa de Nyx en el centro del círculo. Solo estaba ligeramente sin aliento al sonreír y decir:

—¡Bienvenidos al primer Ritual de la Luna Llena de los nuevos Hijos e Hijas Oscuros!

—¡Bien hallados! —respondieron todos al instante.

Sin darme tiempo a mí misma para vacilar, recogí el encendedor ornamental del ritual y me dirigí a propósito hacia Damien, quedándome de pie delante de él. El primer elemento al que había que invocar al trazar el círculo era el aire, y del mismo modo debía ser el último en abandonar cuando se cerrara el círculo. Podía sentir el nerviosismo y la expectación de Damien como si se tratara de fuerzas físicas.

Yo le sonreí y tragué con fuerza para tratar de aclararme la garganta, porque la tenía seca. Cuando hablé, traté de proyectar mi voz lejos como hacía Neferet. No estoy muy segura de qué tal me salió. Digamos simplemente que me alegré de que el círculo no fuera excesivamente grande y de que la sala estuviera en silencio.

—Llamo al elemento del aire el primero a nuestro círculo, y le pido que nos guarde con los vientos de la perspicacia. ¡Ven a mí, aire!

Acerqué el encendedor a la vela de Damien, que inmediatamente cobró vida a pesar de que de repente él y yo estábamos metidos en el centro de un fuerte torbellino de viento que nos volaba el pelo y que cantaba juguetón con mi falda de vuelo. Damien rió y susurró:

—Lo siento, es todo tan nuevo para mí que me cuesta no mostrarme un tanto exuberante.

—Te comprendo perfectamente —le contesté yo, también en susurros. Luego me giré a mi derecha y continué el círculo hasta Shaunee, que estaba mucho más seria de lo normal: igual que si estuviera haciendo un examen de matemáticas—. Tranquila —le dije en voz muy baja, tratando de no mover siquiera los labios.

Ella asintió bruscamente. Parecía asustada hasta la muerte.

—Llamo al elemento del fuego a nuestro círculo y le pido que arda con brillantez aquí, con la luz del poder y la pasión, trayéndonos esas dos fuerzas para guardarnos y guiarnos. ¡Ven a mí, fuego!

Alargué el brazo para acercar el encendedor a la vela roja que sostenía Shaunee, pero antes de rozar la mecha, esta se encendió con una llama blanca y parpadeante

que se elevaba bastante por encima de la palmatoria de cristal que la cubría.

—¡Uy! —exclamó Shaunee.

Tuve que morderme los labios para no soltar una carcajada. Enseguida me apresuré a mi derecha, hacia Erin, que esperaba sosteniendo la vela azul ante sí como si fuera un pájaro dispuesto a echar a volar si no lo sujetaba con fuerza.

—Llamo al agua a este círculo y le pido que nos guarde con sus océanos de misterio y majestad, y que nos alimente como hace su lluvia con el césped y los árboles. ¡Ven a mí, agua!

Encendí la vela azul de Erin, y entonces ocurrió la cosa más extraña. Juro que fue como si de pronto me viera transportada a la orilla de un lago. Podía oler el agua y sentir su frío contra mi piel a pesar de saber que estaba de pie en medio de un salón en el que no había agua por ninguna parte.

—Supongo que la próxima vez debería moderar el tono un poco —dijo Erin en voz baja.

—¡*Nah!* —susurré yo.

Entonces me dirigí a Stevie Rae. Pensé que estaba un poco pálida, pero sonreía ampliamente cuando me situé frente a ella.

—¡Estoy lista! —exclamó ella con una voz tan fuerte, que los chicos que estaban cerca soltaron unas cuantas carcajadas en voz baja.

—Bien —contesté yo—. Entonces llamo a la tierra al círculo, y le pido que nos guarde con la fuerza de la piedra y la riqueza de los campos cubiertos de trigo. ¡Ven a mí, tierra!

Encendí la vela verde y súbitamente me invadieron las fragancias de los prados y me vi rodeada de flores y cantos de pájaros.

—¡Esto es genial! —exclamó Stevie Rae.

—Y eso también —dijo Erik.

Me sorprendió oír su voz, pero cuando lo miré él me señaló el círculo. Confusa, seguí la dirección de su mano y vi el hilo de luz plateada que conectaba las cuatro velas de mis cuatro amigos, las personificaciones de los cuatro elementos, y que creaba una barrera de poder en el interior de la circunferencia que ya estaba iluminada.

—Es como si fuera solo para nosotros, solo que ahora es más fuerte —susurró Stevie Rae.

Por la expresión de sorpresa de Erik, imaginé que la había oído. Supongo que tendría que dar algún tipo de explicación más tarde, porque sin lugar a dudas aquel no era el momento.

Volví deprisa a la mesa de Nyx en el centro del círculo para completar la invocación. Me quedé frente a la vela púrpura que había sobre la mesa.

—Finalmente, llamo al espíritu a nuestro círculo y le pido que se una a nosotros y

nos proporcione entendimiento y verdad, de modo que los Hijos y las Hijas Oscuros puedan ser guardados por su integridad. ¡Ven a mí, espíritu!

Encendí la vela. Ardió con más fuerza aún que la de Shaunee, y el espacio a mi alrededor quedó repleto con las fragancias y los sonidos de los otros cuatro elementos. A mí también me inundaron, haciéndome sentirme fuerte y tranquila, e inspirándome confianza al mismo tiempo que me procuraban energía. Con manos serenas tomé la rama trenzada de eucalipto y salvia. La encendí con la vela del espíritu, dejé que ardiera unos minutos y luego la apagué de un soplo, de modo que el fragante humo me rodeara con sus ondas. Entonces me di la vuelta, miré hacia el círculo y comencé mi discurso. Había estado preocupada por lo que iba a decir después de que Neferet se hubiera presentado allí de improviso para robarme literalmente la mayor parte de las ideas que iba a explicar. Sin embargo en ese momento, en el centro del círculo que acababa de invocar y que estaba a rebosar con el poder de los cinco elementos, mi confianza se veía restaurada y las frases surgían precipitadamente en mi mente con nuevas palabras.

Hice ondear el ramo trenzado de hierbas a mi alrededor mientras recorría el círculo, mirando a todos los chicos a los ojos y tratando de hacerles sentirse bienvenidos, y dije:

—Esta noche yo quería cambiar las cosas: desde la forma de arder del incienso hasta el abuso de nuestros compañeros.

Hablé despacio, dejando que mis palabras y el humo se mezclaran, empapando a todo el grupo de atentos chicos. Todos sabían que bajo el liderazgo de Aphrodite se había utilizado el incienso de los rituales mezclado con marihuana, exactamente igual que todo el mundo sabía que a Aphrodite le encantaba mezclar la sangre de cualquier pobre chico, al que llamaba «nevera» o «aperitivo», con el vino que todos bebíamos. Pero ninguna de esas dos cosas iba a volver a ocurrir si es que yo podía evitarlo.

—Esta noche he elegido quemar eucalipto y salvia por sus propiedades especiales. El eucalipto ha sido utilizado por los indios americanos durante siglos por su poder curativo y su capacidad de purificación y protección, igual que utilizaban también la salvia para ahuyentar a los malos espíritus, las energías y las influencias negativas. Esta noche les pido a los cinco elementos que potencien el poder de estas hierbas y magnifiquen su energía.

De pronto el aire a mi alrededor se movió, atrayendo el humo de la rama ardiente, curvándolo y haciendo ondas con él para arrastrarlo por todo el círculo como si se tratara de la mano de un gigante, haciendo ondear el humo. Atónitos, los iniciados del círculo comenzaron a murmurar, y yo le mandé una oración en silencio a Nyx, agradeciéndole que permitiera que mi poder sobre los elementos se manifestara aquella noche con tanta claridad.

Cuando todos en el círculo guardaron silencio de nuevo, yo continué:

—El momento en el que aparece la luna llena es un momento mágico, es el momento en el que el velo entre lo conocido y lo desconocido es más fino e incluso puede llegar a levantarse. Eso es misterioso y maravilloso, pero esta noche quiero centrarme en otro aspecto de la luna llena: en el hecho de que es un momento excelente para completar o terminar cosas. Y con lo que quiero terminar hoy es con la vieja y negativa reputación de los Hijos e Hijas Oscuros. Y de igual modo que esta noche de luna llena que termina se despide de nosotros, así comienza un nuevo tiempo.

Seguí caminando, moviéndome alrededor del círculo en el sentido de las agujas del reloj. Eligiendo cuidadosamente las palabras, continué:

—De ahora en adelante los Hijos e Hijas Oscuros será un grupo íntegro y lleno de buenos propósitos, y creo que los iniciados a los que Nyx ha elegido conceder el don de la afinidad con un elemento representan muy bien esos nuevos ideales de nuestro grupo —afirmé, dirigiendo la vista hacia Damien y sonriendo—. Mi amigo Damien es la persona más auténtica que conozco, a pesar de que esa sinceridad consigo mismo ha sido muy dura de mantener. Él representa bien el aire.

El viento se levantó alrededor de Damien y él sonrió tímidamente hacia mí.

Entonces me volví hacia Shaunee.

—Mi amiga Shaunee es la persona más fiel que conozco. Si está de tu parte, lo estará siempre, estés en un error o estés en lo cierto. Si estás en un error ella te lo dirá, pero no te abandonará. Ella representa bien el fuego.

La piel de color moca de Shaunee brilló mientras todo su cuerpo se iluminaba. No ardía, pero sí se iluminaba como una llama.

Me volví hacia Erin.

—La belleza de mi amiga Erin a veces engaña a la gente, haciéndola creer que tiene un hermoso pelo y muy poco cerebro. Pero no es así. Es una de las personas más sabias que conozco, y Nyx ha demostrado al elegirla que siempre mira al interior, y jamás al exterior. Ella representa bien el agua.

Al pasar por delante de Erin, pude oír el sonido de las olas rompiendo contra la costa.

Entonces me detuve frente a Stevie Rae. Parecía cansada, y tenía ojeras y bolsas alrededor de los ojos, pero era lógico. Evidentemente, había estado preocupándose demasiado por mí. Como siempre, por otra parte.

—Mi amiga Stevie Rae siempre sabe cuándo estoy triste y cuándo feliz, cuándo estresada y cuándo relajada. Se preocupa por mí. La verdad es que se preocupa por todos sus amigos, y a veces incluso es demasiado empática. Me alegro de que ahora tenga afinidad con la tierra, de la cual extraerá energía. Ella representa bien la tierra.

Sonreí en dirección a Stevie Rae, y ella me devolvió la sonrisa y parpadeó rápidamente para evitar llorar. Entonces me dirigí al centro del círculo y dejé el ramo

de hierbas sobre la mesa para recoger la vela de color púrpura.

—No soy perfecta, y no voy a pretender que lo soy. Pero sí os prometo sinceramente que quiero lo mejor para los Hijos e Hijas Oscuros y para todos los iniciados de la Casa de la Noche.

Estaba a punto de decir que esperaba poder representar bien el espíritu cuando la voz de Erik se elevó y resonó por todo el círculo, gritando:

—¡Ella representa bien el espíritu!

Mis cuatro amigos gritaron a su vez para demostrar que estaban de acuerdo, y yo me alegré (y me sorprendí bastante también) de oír gritar a unos cuantos iniciados más como si se tratara de un eco.



Cuando comencé de nuevo a hablar, todo el mundo se calló.

—Aquellos de vosotros que creáis que podéis mantener los ideales de los Hijos e Hijas Oscuros y que estéis dispuestos a intentar por todos los medios ser auténticos, fieles, sabios, empáticos y sinceros, podéis continuar siendo miembros del grupo. Pero quiero que sepáis que nuevos iniciados se unirán a nosotros, y que no serán juzgados por su aspecto o según quienes sean sus amigos. Tomad vuestra decisión y venid a verme a mí o a cualquiera de los otros prefectos para hacernos saber si os quedáis en el grupo o no —dije. Entonces miré a los ojos a algunos de los antiguos amigos de Aphrodite y añadí—: Nadie os criticará por vuestro pasado. Lo que cuenta es cómo os comportáis a partir de ahora.

Un par de chicas apartaron la vista de mí con aspecto de sentirse culpables, y otras pocas más parecían tratar por todos los medios de evitar llorar. Me alegró especialmente ver que Deino me miraba serena a los ojos y asentía seriamente. Quizá, después de todo, no fuera tan «terrible».

Dejé la vela púrpura y alcé la copa ceremonial que había servido previamente con dulce vino tinto.

—Y ahora brindemos para celebrar la luna llena y el fin que da comienzo al nuevo inicio.

Mientras recorría el círculo completo, ofreciendo vino a cada uno de los iniciados, recité la oración del Ritual de la Luna Llena que había encontrado en el libro antiguo *Ritos místicos de la luna de cristal*, de Fiona, la poetisa vampira laureada a principios del siglo XIX.

Luz airosa de la luna
Misterio de la tierra profunda
Poder del agua que fluye
Calidez de la llama ardiente
¡En nombre de Nyx te llamamos a nosotros!

Me concentré en las palabras de aquel precioso poema antiguo, y deseé sinceramente que aquella noche de verdad fuera el comienzo de algo especial.

Curación de las heridas
Enderezamiento de lo erróneo

Limpieza de lo impuro
Deseo de verdad
¡En nombre de Nyx te llamamos a nosotros!

Rodeé rápidamente el círculo y me alegré de ver que la mayor parte de los chicos sonreían y murmuraban «Bendita seas» tras beber de la copa. Supongo que a nadie le importó que aquella noche el vino no estuviera mezclado con la sangre de ningún pobre iniciado (y me negué a pensar en lo mucho que me habría gustado el sabor de la sangre de un iniciado mezclado con el vino).

Vista del gato
Oído del delfín
Velocidad de la serpiente
Misterio del fénix
¡En nombre de Nyx te llamamos a nosotros
y te pedimos que te mezcles con nosotros!

Bebí las últimas gotas de vino y dejé la copa de nuevo sobre la mesa. En orden inverso, agradecí a cada elemento su presencia y los devolví a cada uno a su lugar, comenzando por Stevie Rae, siguiendo con Erin y Shaunee y terminando por Damien mientras ellos, alternativamente, iban apagando sus velas. Entonces terminé el ritual diciendo:

—Este Rito de la Luna Llena ha terminado. ¡Bienvenidos, partid con bien y de nuevo bienvenidos!

Y eso fue todo. Mi primer ritual como líder de las Hijas Oscuras había terminado.

Entonces me sentí un poco como vacía y casi incluso triste, ¿sabes? Medio decepcionada, igual que cuando has estado esperando y esperando a que llegue la primavera y de pronto llega y se acaba el colegio y te das cuenta de que no tienes absolutamente nada que hacer. Aunque bueno, la verdad, esa sensación solo me duró unos segundos, porque súbitamente todos mis amigos se acercaron a mí, hablando sin parar de la huella de la mano y de que las baldosas de cemento se iban a secar.

—¡Por favor! ¡Como si mi gemela no pudiera invocar al agua para que moje un poco ese cemento, si es que se atreve a secarse antes de que estampemos nuestras huellas! —dijo Shaunee.

—Para eso estoy yo aquí, gemela —contestó Erin, asintiendo—. Para eso y para ser ejemplo de un increíble buen gusto para la moda.

—Y las dos cosas son muy importantes, gemela.

Damien puso los ojos en blanco, pero esa vez con un gesto exagerado.

—Ya, venga, vamos a estampar las huellas y a salir de aquí. Me duele el estómago y tengo un dolor de cabeza que me está matando —dijo Stevie Rae.

Yo asentí en dirección a Stevie Rae, a la que comprendía perfectamente. Nos habíamos levantado tan tarde que no habíamos tenido tiempo para tomar nada. Yo también estaba muerta de hambre. Y probablemente no tardaría en tener dolor de cabeza si no comía y bebía algo cuanto antes.

—Estoy de acuerdo con Stevie Rae. Vamos a darnos prisa y a estampar las huellas, y luego nos unimos a los demás en la otra sala con la comida.

—Neferet les ha pedido a los cocineros que preparen una barra libre especial de tacos. Asomé la cabeza hace un rato, y tenía un aspecto delicioso —comentó Damien.

—Bueno, pues entonces démonos prisa. Dejad ya de decir tonterías —dijo Stevie Rae de mal humor mientras se lanzaba hacia las baldosas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Damien con un susurro.

—Es evidente que tiene problemas con el síndrome premenstrual —declaró Shaunee.

—Sí, ya me pareció a mí antes que estaba pálida e hinchada, pero no quise decir nada para no fastidiarla —dijo Erin.

—Vamos a estampar las huellas y a comer —dije yo, recogiendo una de las baldosas de cemento, feliz de ver que Erin elegía la que estaba a mi derecha.

—*Mmm...* He mojado unas toallas en la cocina para vosotros, chicos. Para que podáis lavaros las manos cuando hayáis terminado —dijo Jack, que estaba monísimo y muy nervioso, sujetando un montón de toallas blancas.

Yo le sonreí y le contesté:

—Eres muy amable, Jack. ¡Venga, vamos con esto!

De cerca era evidente que las baldosas de cemento habían sido moldeadas sobre moldes de cartón, y parecía que sería fácil retirarlo una vez el cemento se hubiera secado. Me seguía gustando la idea de Damien de colocar las baldosas con la huella de la mano en el patio que había a la salida del comedor, como si se tratara de una extraña pasarela.

El cemento seguía húmedo, y nos reímos mucho mientras estampábamos las huellas y usábamos las ramas que Jack había corrido a recoger por el jardín para escribir nuestros nombres (realmente resultaba útil tener a aquel chico siempre cerca).

Mientras nos limpiábamos las manos con las toallas y examinábamos nuestro trabajo, Erik se acercó a mí y dijo:

—Me alegro de que Neferet me eligiera como prefecto para el Consejo.

Yo mantuve la boca cerrada y asentí. Si le decía que de hecho había sido yo quien lo había elegido de acuerdo con Damien, Stevie Rae y las gemelas, probablemente sería como cortarle las alas. Neferet era una persona muy importante, y realmente no

le hacía daño a nadie (excepto a mi ego) dejar que él siguiera pensando que había sido la alta sacerdotisa quien lo había elegido. Me disponía a cambiar de tema de conversación y a llamarlos a todos para ir a comer cuando oí extraños ruidos a mi derecha. Al darme cuenta de qué eran esos extraños ruidos se me encogió el corazón.

Stevie Rae estaba tosiendo.

Damien estaba justo a mi derecha. Luego estaban las gemelas y por último Stevie Rae, que había elegido la baldosa de cemento más a la derecha del todo, la que estaba junto a la puerta del salón donde habían preparado la cena. Un grupo de chicos estaban ya allí comiendo, pero la otra mitad más o menos había preferido quedarse a observarnos estampar la huella y charlar, así que había bastante gente entre Stevie Rae y yo. A pesar de ello yo podía ver que ella seguía en cuclillas, frente al bloque de cemento. Stevie Rae debió sentir que la miraba, porque se echó hacia atrás, sentándose en los talones, y alzó la cabeza hacia mí. La oí aclararse la garganta. Sonrió con cara de cansancio y luego se encogió de hombros, pronunciando las palabras «tengo un sapo en la garganta» en silencio. En ese instante yo recordé que eso era exactamente lo que me había dicho durante la interpretación de los monólogos. Ya entonces ella había estado tosiendo.

Sin mirarlo siquiera, le ordené a Erik:

—¡Ve a por Neferet! ¡Deprisa!

Me puse en pie y eché a caminar hacia ella. Stevie Rae había estampado ya la huella de su mano y había firmado la baldosa, y estaba secándose las manos con una toalla. Pero antes de que yo pudiera llegar a su lado, Stevie Rae comenzó de nuevo a toser. Tanto, que sacudió los hombros. Tenía la toalla apretada contra la boca.

Entonces lo oí, y fue como si chocara de golpe contra un muro invisible. El olor de la sangre me invadió, seductor, atractivo y al mismo tiempo horrible. Me detuve en seco y cerré los ojos. Quizá, si me quedaba muy quieta y no volvía a abrirlos, lograría convencerme de que todo aquello no era más que un mal sueño, de que podía despertar en unas cuantas horas, nerviosa aún por el Ritual de la Luna Llena, con *Nala* roncando plácidamente sobre mi almohada y Stevie Rae roncando exactamente igual, en la cama de al lado.

Sentí que un brazo me rodeaba, pero seguí sin moverme.

—Ella te necesita, Zoey.

Era la voz de Damien, solo ligeramente temblorosa. Entonces abrí los ojos y lo miré. Él ya estaba llorando.

—No creo que pueda hacer esto.

—Sí, sí puedes. Tienes que hacerlo —contestó él, apretándose más los hombros.

—¡Zoey! —lloró Stevie Rae.

Sin pensarlo más, me solté de los brazos de Damien y corrí hacia mi mejor amiga. Ella estaba de rodillas, aferrada a la toalla llena de sangre que sujetaba apretada

contra el pecho. Tosió más y más, y salió más sangre de su boca y de su nariz.

—¡Tráeme más toallas! —le pedí a Erin, que estaba sentada con la cara pálida y en silencio, junto a Stevie Rae. Entonces me arrodillé en el suelo frente a ella y dije —: Todo va a salir bien. Te lo prometo. Todo va a salir bien.

Stevie Rae estaba llorando, y sus lágrimas estaban teñidas de rojo. Ella sacudió la cabeza.

—No. Ya no. No puede ser. Me estoy muriendo.

Su voz sonaba débil y acuosa al tratar de hablar con aquella hemorragia de sangre en los pulmones y la garganta.

—Yo me quedo contigo. No voy a dejarte sola —dije yo.

Ella me agarró la mano y yo me quedé atónita ante lo fría que la tenía.

—Tengo miedo, Z.

—Lo sé. Yo también tengo miedo. Pero soportaremos esto juntas. Te lo prometo.

Erin me tendió una pila de toallas. Yo le quité a Stevie Rae la toalla sucia de sangre de las manos y comencé a limpiarle la cara y la boca con otra limpia, pero entonces Stevie Rae empezó de nuevo a toser y fue inútil seguir. Había demasiada sangre. De pronto Stevie Rae se echó a temblar de tal modo, que ni siquiera podía seguir sosteniendo ya una toalla por sí sola. Grité y la atraje a mi regazo, la rodeé con mis brazos y ella volvió a ser como una niña, y yo la acuné y le dije una y otra vez que todo saldría bien, que no iba a abandonarla.

—Zoey, puede que esto ayude.

Yo me había olvidado de que había otras personas en la sala, así que la voz de Damien me sorprendió. Alcé la vista y vi que sostenía la vela verde que representaba la tierra, encendida de nuevo. Entonces, de algún modo, en medio de mi miedo y de mi desesperación, mi instinto surgió y de pronto sentí una tremenda calma.

—Agáchate, Damien. Sujeta la vela cerca de ella.

Damien se puso de rodillas y, sin hacer caso del charco de sangre que no dejaba de crecer a nuestro alrededor y que nos calaba, se acercó cuanto pudo a Stevie Rae y sujetó la vela junto a su rostro. Más que verlas, yo sentí que Erin y Shaunee se arrodillaban cada una a un lado mío, así que conseguí extraer fuerza de su presencia.

—Stevie Rae, abre los ojos, cariño —dije yo suavemente.

Con una respiración húmeda y agitada, Stevie Rae abrió los ojos. Tenía el blanco de los ojos completamente colorado y más lágrimas rojas comenzaron a resbalar por sus pálidas mejillas. Sin embargo, sus ojos permanecieron fijos en la vela.

—Llamo al elemento tierra sobre nosotros ahora —dije yo con una voz cada vez más fuerte y más alta—. Y le pido a la tierra que permanezca con esta iniciada tan especial, Stevie Rae Johnson, que acaba de ser bendecida con el don de la afinidad por este elemento. La tierra es nuestro hogar, nuestra madre proveedora y el lugar al que volveremos algún día. Esta noche le pido a la tierra que abrace y reconforte a

Stevie Rae, y que haga de su viaje de vuelta a casa una travesía tranquila.

Una ráfaga de aire repleto con las fragancias y los sonidos de un huerto de frutales nos envolvió de pronto. Olí las manzanas y el heno, y escuché a los pájaros cantar y a las abejas zumbar.

Los labios rojos de Stevie Rae sonrieron. Sus ojos no dejaron de mirar ni un segundo la vela verde. Entonces susurró:

—Ya no tengo miedo, Z.

De pronto oí la puerta principal abrirse. En cuestión de segundos Neferet estaba agachada a mi lado. Comenzó a apartar a Damien y a las gemelas de allí y a quitarme a Stevie Rae de los brazos, pero mi voz estalló en el salón con todo su poder, y vi que incluso Neferet se echaba atrás, sorprendida.

—¡No! Nosotros nos quedamos con ella. Ella necesita su elemento y nos necesita a nosotros.

—Muy bien —accedió Neferet—, de todos modos ya casi ha terminado. Ayúdame a darle esto de beber para que su muerte no sea tan dolorosa.

Yo iba a quitarle la ampolla llena de líquido blanco a Neferet para dársela a Stevie Rae cuando, de pronto, ella habló con sorprendente claridad.

—No la necesito. Desde que ha venido la tierra, ya no me duele.

—Por supuesto que ya no te duele, niña —dijo Neferet, tocando la mejilla ensangrentada de Stevie Rae. Entonces y o sentí que su cuerpo se relajaba y dejaba por completo de temblar. La alta sacerdotisa alzó la cabeza—. Ayudad a Zoey a levantarla para llevarla a la camilla. Que estén las dos juntas. Vamos a llevarla a la enfermería —dijo por último, mirándome a mí.

Yo asentí. Fuertes manos nos agarraron a Stevie Rae y a mí, y en cuestión de minutos yo estaba en la camilla con Stevie Rae en mis brazos. Rodeadas de Damien, Shaunee, Erin y Erik, nos internamos suavemente en la noche. Más tarde recordé muchas cosas extrañas de ese corto trayecto desde el salón de entretenimiento hasta la enfermería, como por ejemplo el hecho de que nevaba fuertemente, y sin embargo a nosotros no nos caía ningún copo encima. Y todo estaba inusualmente silencioso, como si la tierra estuviera conteniéndose porque estuviera ya afligida. Yo no dejaba de susurrarle cosas al oído a Stevie Rae, de decirle que todo iría bien y que no había razón para estar asustada. Recuerdo que ella en algún momento se inclinó hacia delante para vomitar sangre por un lado de la camilla y recuerdo la imagen de las gotas de color escarlata sobre la nieve blanca y limpia recién caída.

Y entonces, de pronto, estábamos en la enfermería, y nos elevaron y nos pasaron de la camilla a la cama. Neferet les hizo un gesto a mis amigos para que se acercaran a nosotras. Damien se subió a la cama junto a Stevie Rae. Seguía sujetando la vela verde encendida. La alzó por si Stevie Rae volvía a abrir los ojos, para que la viera. Yo respiré hondo. El aire a nuestro alrededor estaba lleno de manzanos cubiertos de

flores y cánticos de pájaros.

Entonces Stevie Rae abrió los ojos y parpadeó un par de veces. Parecía confusa. Me miró a mí y sonrió.

—¿Les dirás a mi mamá y a mi papá que los quiero?

No me costaba nada entenderla, pero su voz sonaba débil y terriblemente húmeda.

—Por supuesto que se lo diré —me apresuré a contestar.

—¿Y harás otra cosa por mí?

—Lo que tú quieras.

—En realidad tú no tienes ni mamá ni papá, así que, ¿querrás decirle a mi mamá que ahora tú eres su hija? Creo que me preocuparía menos por ellos si supiera que os tenéis los unos a los otros.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas. No pude evitar respirar entrecortadamente, llorando, antes de contestar:

—No te preocupes por nada, yo se lo diré.

Stevie Rae volvió a cerrar los ojos y a sonreír.

—Bien. Mamá hará galletas de chocolate para ti —dijo Stevie Rae que, con un evidente esfuerzo, volvió a abrir los ojos y a mirar a su alrededor, buscando a Damien, Shaunee y Erin—. Vosotros, todos, tenéis que seguir con Zoey. No dejéis que nada os separe de ella.

—Tranquila —susurró Damien sin dejar de llorar.

—Nosotros cuidaremos de ella por ti —consiguió decir Shaunee a duras penas.

Erin se aferraba a la mano de Shaunee y lloraba sin parar, pero asintió mostrando su acuerdo y sonrió en dirección a Stevie Rae.

—Bien —dijo Stevie Rae, que enseguida volvió a cerrar los ojos—. Z, creo que ahora me voy a dormir un rato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, cariño —dije yo.

Stevie Rae abrió los ojos una vez más y me miró.

—¿Te quedarás conmigo?

Yo la abracé con fuerza.

—No voy a ninguna parte. Tú descansa. Estaremos todos aquí contigo.

—Bien... —dijo Stevie Rae muy débilmente.

Stevie Rae cerró los ojos. Respiró con gran trabajo un par de veces más. Entonces sentí que se quedaba completamente quieta y que no volvía a respirar. Sus labios se abrieron una pizca, como si estuviera sonriendo. Le salieron gotas de sangre de la boca, de los ojos, de la nariz y de las orejas, pero yo no pude olerla. Lo único que podía oler eran las fragancias de la tierra. Entonces, con una ráfaga de viento repleta de esencias de la pradera, la vela verde se apagó y mi mejor amiga murió.



—Zoey, cariño, tienes que dejarla marchar.

En realidad no llegué a comprender lo que decía Damien. Quiero decir que oía su voz, pero era como si él hablara en una extraña lengua extranjera. Lo que decía no tenía sentido para mí.

—Zoey, ¿por qué no vienes con nosotros ahora?

Esa era Shaunee. ¿No hubiera debido Erin hacer el eco? Apenas había logrado formar esa idea en mi mente cuando oí:

—Sí, Zoey, necesitamos que vengas con nosotros.

Sí, esa era Erin.

—Está paralizada por la conmoción. Habladle despacio y tratad de hacerla soltar el cuerpo de Stevie Rae.

El cuerpo de Stevie Rae. Aquellas palabras resonaron de un modo extraño en mi cerebro. Yo estaba aferrada a algo. Eso lo sabía. Pero tenía los ojos cerrados y estaba verdaderamente helada. No quería abrirlos, y no creía que nunca jamás volviera a calentarme.

—Tengo una idea —la voz de Damien rebotó dentro de mi cerebro como si se tratara de la bola de una de esas máquinas tragaperras—. No tenemos velas ni círculo sagrado, pero no es como si Nyx no estuviera aquí. Vamos a utilizar nuestros elementos para ayudarla. Yo lo haré el primero.

Sentí una mano agarrarme del antebrazo, y luego oí a Damien musitar algo sobre invocar al aire para hacer volar la fragancia de la muerte y la desesperación. Un fuerte viento sopló a mi alrededor, y me eché a temblar.

—Será mejor que ahora lo haga yo. Parece que está helada.

Esa era Shaunee. Otra persona más tocó mi brazo y después de decir unas palabras que no llegué a entender, me sentí rodeada de calidez igual que si estuviera junto a una chimenea.

—Mi turno —dijo Erin—. Llamo al agua y le pido que lave de mi amiga y futura alta sacerdotisa la tristeza y el dolor que está sintiendo. Sé que no todo puede desaparecer, pero, por favor, ¿podrías llevarte lo suficiente como para que ella pueda seguir adelante?

Entendí las palabras de Erin con más claridad, pero a pesar de todo seguía sin querer abrir los ojos.

—Aún queda un elemento en el círculo.

Me sorprendió oír la voz de Erik. Parte de mí quería abrir los ojos y mirarlo, pero otra parte, una parte muy grande aún, se negaba a moverse.

—Pero Zoey siempre representa el espíritu —dijo Damien.

—Ahora mismo Zoey no puede representar nada por sí misma. Vamos a ayudarla —dijo Erik. Dos fuertes manos me agarraron de los hombros mientras otras cuantas me cogían de los brazos—. Yo no tengo afinidad por estos elementos, pero me preocupa lo que le ocurra a Zoey, y ella ha sido bendecida con la afinidad por los cinco elementos, así que, junto con todos sus amigos, le pido al elemento espíritu que la ayude a despertar de modo que pueda superar la muerte de su mejor amiga —terminó Erik.

Sentí una especie de choque eléctrico, mi cuerpo fue repentinamente sacudido, se llenó de una increíble sensación de alerta. Vi el rostro sonriente de Stevie Rae tras los párpados cerrados. No estaba pálido y cubierto de sangre, como la última vez que ella me había sonreído. La imagen que vi fue una imagen saludable y feliz de Stevie Rae, y se acercaba a los brazos de una mujer bella que me resultaba familiar mientras reía llena de júbilo.

Era Nyx, pensé. Stevie Rae estaba siendo abrazada por la Diosa.

Abrí los ojos.

—¡Zoey!, ¡has vuelto con nosotros! —gritó Damien.

—Z, ahora vas a tener que dejar marchar a Stevie Rae —dijo Erik seriamente.

Yo desvié la vista de Damien a Erik. Luego miré a Shaunee y a Erin. Los cuatro tenían las manos encima de mí, y los cuatro lloraban. Entonces me di cuenta de que era eso a lo que me aferraba. Lentamente, miré para abajo.

Stevie Rae tenía un aspecto sereno. Estaba demasiado pálida y sus labios comenzaban a ponerse azules, pero tenía los ojos cerrados y su rostro estaba relajado, aunque estuviera cubierto de sangre. Ya no le salía sangre de ningún orificio, pero en cierto modo yo me di cuenta de que no olía como debía. Olía a rancio, a viejo, a muerto. Casi a moho.

—Z —dijo Erik—, tienes que dejarla marchar.

Yo lo miré a los ojos.

—Pero le dije que me quedaría con ella.

Mi voz había sonado extraña, rota.

—Y lo has hecho. Has estado con ella hasta el final. Pero ahora ella se ha ido, así que ya no puedes hacer nada más.

—Por favor, Zoey —rogó Damien.

—Neferet tiene que lavarla para que pueda verla su madre —dijo Shaunee.

—Tú sabes que ella no querría que sus padres la vieran toda cubierta de sangre —añadió Erin.

—Sí, pero... pero no sé cómo dejarla marchar.

Mi voz volvió a sonar rota, y sentí lágrimas nuevas resbalar una vez más por las mejillas.

—Yo me la llevaré, Zoeybird —dijo Neferet alargando los brazos hacia mí como si se preparara para recibir a un bebé que yo hubiera estado sujetando.

Neferet parecía tan triste, tan bella y tan fuerte; tan familiar, que yo me olvidé de todas mis dudas acerca de ella, asentí con sencillez y me incliné despacio hacia delante.

Neferet metió los brazos por debajo del cuerpo de Stevie Rae, la levantó y la apartó de mí. Entonces la agarró mejor, la giró y la tumbó suavemente sobre la cama vacía que había junto a la mía.

Yo miré para abajo. Mi vestido nuevo estaba empapado de sangre que ya se estaba secando. Las cuentas plateadas seguían tratando de brillar a la luz de las lámparas de la enfermería, pero en lugar de la luz pura que antes emitían en ese momento solo lucía un débil reflejo cobrizo. No podía seguir mirándolas. Tenía que apartarme de allí. Tenía que salir de allí y quitarme ese vestido. Saqué los pies por un lado de la cama y traté de ponerme en pie, pero la habitación pareció cabecear y rodar a mi alrededor. Entonces noté inmediatamente las fuertes manos de mis amigos otra vez en mis brazos, y sentí que me anclaban a la tierra con su calor.

—Llevala a su habitación. Quitadle el vestido y lavadla. Y luego aseguraos de que se va a la cama y de que está caliente y en silencio —dijo Neferet como si yo no estuviera allí. Pero a mí no me importó. No quería estar allí. No quería nada de lo que estaba ocurriendo—. Dadle esto de beber antes de meterla en la cama. La ayudará a dormir sin tener pesadillas —siguió diciendo Neferet. Yo sentí su suave mano en mi mejilla. El calor que pasó de su cuerpo al mío fue para mí como un choque, así que instintivamente me aparté—. Que te mejores, Zoeybird —añadió Neferet amablemente—. Te doy mi palabra de que te recuperarás de esto. Llevala a su habitación.

Yo no la miré, pero supe que había desviado la atención de nuevo hacia mis amigos.

Caminé hacia delante. Erik iba a mi lado y me sujetaba con fuerza el codo derecho. Damien iba a mi izquierda, y también me sujetaba con fuerza. Las gemelas iban detrás de nosotros. Nadie dijo nada mientras me llevaban a mi dormitorio. Volví la vista atrás por encima del hombro para ver el cuerpo inerte de Stevie Rae sobre la cama. Casi parecía como si estuviera durmiendo, pero yo sabía que no era así. Yo sabía que estaba muerta.

Los cinco abandonamos la enfermería y salimos a la noche nevada. Yo temblé, y todos nos detuvimos un momento para darle tiempo a Erik de quitarse la chaqueta y ponérmela por encima de los hombros. Me gustaba la forma en que olía, traté de pensar en ello en lugar de observar a los chicos silenciosos por delante de los cuales pasábamos. Al acercarnos a ellos, estuvieran solos o en grupos, se echaban a un lado, se apartaban de la acera, inclinaban la cabeza y se llevaban el puño derecho al

corazón en silencio.

Llegamos al dormitorio en cuestión de segundos. O eso me pareció a mí. Al entrar en el salón las chicas que veían la televisión por allí sentadas se quedaron completamente en silencio. Yo no miré a ninguna de ellas. Simplemente dejé que Erik y Damien me guiaran escaleras arriba. Pero antes de llegar Aphrodite se interpuso en nuestro camino. Yo parpadeé fuertemente tratando de enfocar su rostro. Ella parecía cansada.

—Lamento que Stevie Rae haya muerto. Yo no quería que muriera —dijo Aphrodite.

—¡No nos vengas ahora con esa mierda, jodida bruja! —exclamó Shaunee.

Ella y Erin dieron un paso adelante. Parecían dispuestas a arrancarle la piel a tiras.

—No, esperad —me obligué a mí misma a decir. Mis cinco amigos vacilaron—. Necesito hablar con Aphrodite.

Los cinco me miraron como si irremediablemente hubiera perdido del todo la cabeza, pero yo me aparté de los brazos que me sujetaban formando un nido y caminé a tientas unos pocos pasos, alejándome del grupo. Aphrodite vaciló, pero por fin me siguió.

—¿Sabías lo que le iba a ocurrir a Stevie Rae? —le pregunté en voz baja—. ¿Tuviste una visión acerca de ella?

Aphrodite sacudió la cabeza lentamente y contestó:

—No, solo tuve un presentimiento. Sabía que esta noche iba a ocurrir algo terrible.

—Yo también los tengo —dije yo en voz baja.

—¿Presentimientos acerca de la gente?

Yo asentí.

—Son más bastos que las visiones. No son tan específicos. ¿Tuviste un presentimiento con respecto a Stevie Rae?

—No. No tenía ni idea, a pesar de que ahora, si vuelvo la vista atrás, veo signos de que algo iba mal con respecto a ella.

Aphrodite me miró a los ojos.

—No habrías podido detenerlo. No habrías podido salvarla. Nyx no te permitió ver que iba a suceder porque no podías hacer nada.

—¿Cómo lo sabes? Neferet dice que Nyx te ha abandonado —solté yo directamente.

Sabía que estaba siendo cruel, pero no me importaba. Lo hacía a propósito. Quería que todo el mundo se sintiera tan dolido como yo.

Sin dejar de mirarme a los ojos, Aphrodite dijo:

—Neferet miente.

Entonces echó a caminar, pero cambió de opinión y volvió para añadir:

—Y no te bebas lo que te ha dado.

Después de eso se marchó.

Erik, Damien y las gemelas estuvieron a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

—No escuches nada de lo que te diga esa bruja —soltó Shaunee.

—Si te ha dicho algo malo acerca de Stevie Rae, vamos a darle de patadas en el culo —añadió Erin.

—No, no me ha dicho nada malo, solo me ha dicho que lo lamentaba. Eso es todo.

—¿Por qué querías hablar con ella? —preguntó Erik.

Él y Damien habían vuelto a agarrarme del brazo y me llevaban escaleras arriba.

—Quería saber si había tenido visiones sobre la muerte de Stevie Rae —dije yo.

—Pero Neferet ha dejado muy claro que Nyx le ha dado la espalda a Aphrodite —dijo Damien.

—De todas maneras quería preguntárselo —dije yo.

Iba a añadir que Aphrodite había tenido razón acerca del accidente que casi acaba con mi abuela, pero no pude decir nada de eso delante de Erik. Llegamos a la puerta de mi dormitorio. Nuestro dormitorio: de Stevie Rae y mío. Yo me paré. Erik abrió la puerta y todos entramos.

—¡No! —grité yo—. ¡Se han llevado todas sus cosas! ¡No pueden hacer eso!

Todas las cosas de Stevie Rae habían desaparecido: desde la lámpara con forma de bota de *cowboy* hasta el póster de Kenny Chesney o el reloj giratorio de Elvis. Los estantes sobre su mesa del ordenador estaban vacíos. Tampoco estaba su ordenador. Y sabía que si miraba en su armario, también habría desaparecido su ropa.

Erik me rodeó con el brazo y me dijo:

—Es lo que hacen siempre. No te preocupes, no han tirado sus cosas. Simplemente se las han llevado para que no te pongas triste. Si quieres alguna cosa de ella y a su familia no le importa, te lo darán.

No sabía qué decir. No quería las cosas de Stevie Rae, la quería a ella.

—Zoey, ahora de verdad que tienes que quitarte eso y tomar una ducha caliente —dijo Damien suavemente.

—Vale.

—Mientras estás en la ducha, te conseguiremos algo de comer —dijo Shaunee.

—No tengo hambre —negué yo.

—Tienes que comer. Te traeremos algo sencillo, como sopa, ¿vale? —insistió Erin.

Parecía tan preocupada y resultaba tan evidente que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa y cualquier esfuerzo por lograr hacerme sentirme mejor, que yo asentí. Además, estaba demasiado cansada como para discutir.

—Vale —contesté yo.

—Yo me quedaría, pero hace rato que se ha pasado la hora del toque de queda y no me permiten estar en los dormitorios de las chicas —dijo Erik.

—No importa, lo comprendo.

—Yo también quiero quedarme, pero de hecho no soy una chica —dijo Damien.

Yo sabía que trataba de hacerme sonreír, así que obligué a mis labios a moverse. Supongo que parecería uno de esos payasos aterradores y tristes que tienen una sonrisa eterna pintada en los labios junto con una lágrima en la mejilla.

Erik me abrazó, y lo mismo hizo Damien. Luego se marcharon.

—¿Quieres que una de nosotras se quede mientras te vas a la ducha? —me preguntó Shaunee.

—No, estoy bien.

—Bueno, entonces... —dijo Shaunee, que parecía a punto de echarse a llorar otra vez.

—Enseguida volvemos —dijo Erin, tomando a Shaunee de la mano.

Las dos abandonaron la habitación y cerraron la puerta suavemente.

Yo me moví muy despacio, como si alguien me hubiera apretado el botón de encendido, pero me hubiera dejado la velocidad al mínimo. Me quité el vestido, el sujetador y las bragas, y los arrojé a la bolsa de plástico de la papelería que había en un rincón de nuestro... quiero decir de mi dormitorio. Cerré la bolsa de plástico y la saqué fuera. Sabía que una de las gemelas la tiraría por mí. Entré en el baño con la intención de dirigirme directamente a la ducha, pero mi propio reflejo me llamó la atención y me detuve. Me miré. Una vez más me había convertido en una extraña que a mí misma me resultaba familiar. Tenía un aspecto terrible. Estaba pálida, pero tenía bolsas oscuras bajo los ojos. Los tatuajes del rostro, la espalda y los hombros resaltaban por su color oscuro, contrastando el color azul zafiro con el blanco de la piel y las manchas rojizas de sangre seca que cubrían mi cuerpo. Mis ojos parecían enormes y más oscuros de lo normal. No me había quitado el colgante de las Hijas Oscuras. La plata de la cadena y el rojo de las granadas atraían la luz y brillaban.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué has permitido que muera Stevie Rae?

En realidad no esperaba respuesta, y no la obtuve. Así que me metí en la ducha y me quedé allí mucho tiempo, dejando que las lágrimas se mezclaran con el agua y con la sangre y se fueran por el desagüe.



Cuando salí del baño Shaunee y Erin estaban sentadas en la cama de Stevie Rae. En medio de ellas había una bandeja con un cuenco de sopa, unas cuantas galletas saladas y una lata de refresco burbujeante marrón con toda su azúcar. Habían estado hablando en voz baja, pero nada más entrar yo se callaron.

Suspiré y me senté en la cama.

—Si empezáis a comportaros de una forma tan rara conmigo, no sé si voy a poder aguantarlo.

—Lo siento —musitaron las dos al unísono, mirándose tímidamente la una a la otra.

Entonces Shaunee me tendió la bandeja. Yo miré la comida como si fuera incapaz de recordar lo que había que hacer con ella.

—Tienes que comer para poder tomarte la medicina que nos dio Neferet para ti —dijo Erin.

—Además, puede que te haga sentirte mejor —agregó Shaunee.

—No creo que jamás vuelva a sentirme mejor.

Los ojos de Erin se llenaron de lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

—No digas eso, Zoey. Si tú no te sientes mejor nunca, entonces nosotras tampoco.

—Tienes que intentarlo, Zoey. Stevie Rae se enfadaría contigo si no lo intentaras —dijo Shaunee, sorbiéndose la nariz a pesar de las lágrimas.

—Es verdad, se enfadaría —dije yo.

Tomé la cuchara y comencé a dar sorbos de sopa. Era sopa de pollo con fideos chinos. Atravesaba mi garganta trazando un camino que me resultaba familiar y expandiéndose por todo mi cuerpo, de modo que apartaba el terrible frío que había estado sintiendo.

—Y cuando se enfadaba le salía un acento fortísimo que no podía controlar —dijo Shaunee.

Eso nos hizo sonreír a Erin y a mí.

—¡Portaos *bieeen!* —dijo Erin, imitando a Stevie Rae y repitiendo las mismas palabras que les había dicho a las gemelas miles de veces.

Las tres sonreímos, y a mí comenzó a costarme menos tragarme la sopa. Cuando iba ya por la mitad del cuenco, tuve un pensamiento repentino.

—No van a hacerle ningún funeral ni nada de eso, ¿verdad?

—No —dijo Shaunee mientras las dos negaban con la cabeza.

—Nunca lo hacen —añadió Erin.

—Bueno, gemela, creo que algunos padres sí, pero eso será en sus respectivas ciudades.

—Cierto, gemela —confirmó Erin—. Pero no creo que nadie de aquí vaya a viajar a... —La voz de Erin se desvaneció mientras reflexionaba—. ¿Cuál era el nombre de esa pequeña ciudad tan paleta de donde era Stevie Rae?

—Henrietta —dije yo—. El hogar de las gallinas de pelea.

—¿Gallinas de pelea? —repitieron las dos gemelas.

Yo asentí.

—A Stevie Rae la volvía loca. A pesar de lo pueblerina que era, no le hacía ninguna gracia ser una gallina de pelea.

—¿Pero las gallinas pelean? —preguntó Shaunee.

—¿Cómo voy a saberlo yo, gemela? —preguntó Erin a su vez, encogiéndose de hombros.

—Yo creía que solo se peleaban los gallos —dije yo.

Las tres nos miramos alternativamente y gritamos «¡Gallos!»^[2], y entonces nos echamos a reír y enseguida también a llorar.

—A Stevie Rae le habría parecido gracioso —dije yo en cuanto recuperé el aliento.

—Todo va a ir realmente bien, ¿verdad, Zoey? —preguntó Shaunee.

—Sí, ¿verdad? —preguntó a su vez Erin.

—Eso creo —dije yo.

—Pero ¿cómo? —volvió a preguntar Shaunee.

—En realidad no lo sé. Creo que lo único que podemos hacer es ir poquito a poco, día a día.

Sorprendentemente, me terminé toda la sopa. Y me sentí mejor: más caliente, más normal. También estaba increíblemente cansada. Las gemelas debieron notar que se me caían los párpados, porque Erin me quitó la bandeja. Shaunee me tendió el frasco con el líquido lechoso.

—Neferet dijo que debías beberte esto, que te ayudaría a dormir sin pesadillas.

—Gracias —dije yo, quitándoselo de las manos. Pero no me lo bebí. Ella y Erin se quedaron ahí, mirándome—. Me lo tomaré en un minuto, después de ir al baño. Pero deja el refresco por si esto me sabe malo.

Eso pareció dejarlas satisfechas. Antes de marcharse, Shaunee dijo:

—Zoey, ¿quieres que te traigamos alguna cosa más?

—No, pero gracias.

—Nos llamarás si necesitas cualquier cosa, ¿verdad? —preguntó Erin—. Le prometimos a Stevie Rae...

Erin no pudo terminar la frase, pero Shaunee lo hizo por ella:

—Le prometimos que cuidaríamos de ti, y nosotras siempre cumplimos nuestras

promesas.

—Sí, os llamaré —dije yo.

—Vale, buenas noches —se despidieron ellas.

—Buenas noches —dije yo mientras se cerraba la puerta.

Nada más marcharse tiré el espeso líquido blanco por el lavabo y arrojé el frasco a la papelera.

Entonces me quedé sola. Miré la hora en el despertador: las seis de la madrugada. Era increíble la cantidad de cosas que podían cambiar en unas pocas horas. Traté de no pensar en ello, pero me venían a la mente imágenes de la muerte de Stevie Rae como si tuviera una horrible película atascada en la cabeza. Me sobresalté cuando sonó el móvil, así que primero comprobé de quién se trataba. Era el número de mi abuela. Me sentí tremendamente aliviada. Abrí el teléfono y traté de no echarme a llorar.

—¡Me alegro tanto de que me llames, abuelita!

—Pequeño pajarito, me he despertado y estaba soñando contigo. ¿Va todo bien?

Su tono de voz preocupado daba a entender que ya sabía que no todo iba bien, lo cual no me sorprendió. Mi abuela y yo siempre habíamos estado muy unidas durante toda la vida.

—No, nada va bien —susurré mientras comenzaba otra vez a llorar—. Abuelita, Stevie Rae ha muerto esta noche.

—¡Oh, Zoey, lo siento mucho!

—Ha muerto en mis brazos, abuelita, solo unos pocos minutos después de que Nyx le concediera la afinidad con el elemento tierra.

—Ha debido de ser muy reconfortante para ella el que tú estuvieras con ella al final —dijo mi abuela, a la que oía llorar también.

—Todos estábamos con ella, todos sus amigos.

—Y Nyx también ha estado con ella.

—Sí —dije yo, medio llorando—. Creo que la Diosa estaba con ella, pero no lo comprendo, abuela. No tiene ningún sentido que Nyx le concediera un don y después la dejara morir.

—La muerte nunca tiene sentido cuando le ocurre a una persona joven, pero creo que vuestra Diosa estaba muy cerca de Stevie Rae a pesar de que su muerte sucediera tan pronto, y ahora ella descansa en paz con Nyx.

—Eso espero.

—Ojalá pudiera ir a visitarte, pero con toda esa nieve en las carreteras es imposible. ¿Qué te parecería si hoy ayunara y rezara por Stevie Rae?

—Gracias, abuelita. Sé que ella lo apreciará.

—¡Ah, cariño! Tienes que superarlo.

—Pero ¿cómo, abuelita?

—Honrando su memoria, viviendo una vida de la que ella pudiera estar orgullosa. Viviendo también por ella.

—Es difícil, abuelita. Sobre todo porque los *vamps* quieren que nos olvidemos cuanto antes de los chicos que mueren. Los tratan como si solo fueran una dificultad pasajera, no se detienen más que un minuto y ¡hala, ya está!

—No pretendo poner en cuestión a tu alta sacerdotisa ni a ningún otro vampiro adulto, pero eso me parece poco inteligente. La muerte es más difícil de asumir si ni siquiera se reconoce.

—Eso creo yo. De hecho, eso era lo que creía también Stevie Rae —dije yo. Entonces se me ocurrió una idea, y al mismo tiempo sentí en mi interior que era lo correcto—. Puedo cambiar eso. Con o sin permiso, voy a asegurarme de que se honra la muerte de Stevie Rae. Ella va a ser algo más que una dificultad pasajera.

—No te metas en problemas, cariño.

—Abuelita, soy la iniciada más poderosa de la historia de los vampiros. Creo que debería de estar ansiosa por meterme en problemas cuando se trata de algo que siento de una forma tan fuerte.

La abuela hizo una pausa y por fin dijo:

—En eso puede que tengas razón, Zoeybird.

—Te quiero, abuelita.

—Y yo a ti también, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa* —contestó ella. La palabra «hija» en cheroqui me hizo sentirme amada y a salvo—. Y ahora quiero que intentes dormir. Quiero que sepas que voy a estar rezando por ti y que le pediré a los espíritus de nuestros antepasados que te cuiden y te reconforten.

—Gracias, abuelita. Adiós.

—Adiós, Zoeybird.

Cerré el móvil suavemente. Me sentía mejor después de hablar con la abuela. Antes de eso era como si tuviera un peso enorme e invisible sobre mi pecho, pero después ese peso pareció desplazarse un poco y me resultó más fácil respirar. Me tumbé en la cama, y entonces *Nala* entró por la trampilla para gatos, se subió a mi cama y de inmediato comenzó con su *mi-a-uu*. Yo la acaricié y le dije cuánto me alegraba de verla, y luego miré la cama vacía de Stevie Rae. Ella siempre se reía con el mal genio de *Nala*. Decía que era como una vieja, pero quería a la gata tanto como yo. Una vez más las lágrimas inundaron mis ojos, y yo me pregunté si había algún límite en lo que una persona podía llorar. Justo entonces sonó el móvil, pero esa vez era un mensaje de texto. Me restregué los ojos y lo abrí.

«tas bn? alg va mal?»

Era Heath. Bueno, al menos ya no cabía ninguna duda sobre el hecho de que él y yo teníamos una conexión. Y qué diablos iba a hacer al respecto, de eso no tenía ni idea.

«mal dia,m mjoy amga a mrto» Escribí el mensaje y se lo mandé.

Pasó tanto rato, que creí que él no iba a responder. Finalmente el móvil sonó otra vez.

«ms amgos an mrto, 2»

Cerré los ojos. ¿Cómo podía haberme olvidado de que dos de los amigos de Heath acababan de ser asesinados?

«l snto», escribí yo.

«io tb,qres q vya a vrte?»

Un poderoso e instantáneo «si» surgió y recorrió todo mi cuerpo, sorprendiéndome por lo impetuoso, pero supuse que no debía hacerlo. Habría sido maravilloso encontrar el olvido en brazos de Heath, en la seducción escarlata de la sangre de Heath.

«no» me apresuré a rechazar, con manos temblorosas, «tnes cole».

«no n un día d niev»

Sonreí y me quedé un segundo o dos deseando poder volver a los tiempos en los que un día de nieve significaba unas pequeñas vacaciones, vagabundeando por las calles con mis amigos para acabar ante la televisión, viendo películas alquiladas y comiendo pizza. El móvil volvió a sonar, haciendo añicos mi fantasía.

«l vrnes staras mjr».

Suspiré. Había olvidado por completo que le había prometido a Heath vernos después del partido. No debía volver a verlo. Lo sabía. De hecho, hubiera debido de presentarme ante Neferet y confesárselo todo para que ella me ayudara a arreglarlo.

«Neferet miente», oí la voz de Aphrodite susurrar en mi mente. No. No podía presentarme ante Neferet, y no solo por la advertencia de Aphrodite. Sentía que algo estaba mal con respecto a ella. No podía confiar en ella. El móvil sonó.

«zo?»

Suspiré. Estaba tan cansada que me costaba concentrarme. Comencé a escribir otro mensaje de texto para decirle a Heath que sencillamente no podía quedar con él por mucho que quisiera. Incluso llegué a apretar el botón de la «N» y el de la «O». Pero entonces me detuve, volví a atrás y lo borré, y escribí con decisión: «ok».

«ok». Esa fue su respuesta.

Suspiré otra vez, cerré el teléfono y me senté en la cama. Acaricié a *Nala* con la mirada perdida, deseando desesperadamente poder girar las agujas del reloj y dar marcha atrás un día o incluso un año. Y por fin noté que, fuera por la razón que fuera, los *vamps* que se habían llevado las cosas de Stevie Rae habían olvidado el viejo edredón hecho a mano que ella dejaba siempre doblado a los pies de la cama. Dejé a *Nala* sobre mi almohada y me levanté para ir a por él y luego la gata y yo nos acurrucamos y nos tapamos con él.

Sentía como si cada una de las moléculas de mi cuerpo estuviera cansada, pero a pesar de todo no podía dormir. Supongo que echaba de menos los suaves ronquidos de Stevie Rae y el hecho de saber que no estaba sola. Una enorme tristeza me invadió y era tan profunda, que creí ahogarme en ella.

Entonces oí dos suaves golpes en la puerta. Luego se abrió despacio. Me incorporé a medias en la cama y vi a Shaunee y a Erin, las dos en pijama y zapatillas, con un montón de almohadas y mantas.

—¿Podemos dormir contigo? —preguntó Erin.

—No queremos estar solas —dijo Shaunee.

—Sí, y hemos pensado que puede que tú tampoco quieras estar sola —añadió Erin.

—Tenéis razón, no quiero —contesté yo, tragándome las lágrimas—. Entrad.

Entraron arrastrando los pies y, tras un segundo de vacilación, se subieron a la cama de Stevie Rae. Su gato de pelo largo color gris plateado, *Belcebú*, se subió en medio de ambas. *Nala* alzó la cabeza de mi almohada para mirarlo y luego, como si el gato hubiera sido aceptado en el reino de su presencia, se enroscó otra vez y se durmió rápidamente.

Yo estaba a punto de quedarme dormida cuando oí otro golpe en la puerta. En esa ocasión la puerta no se abrió segundos después, así que grité:

—¿Quién es?

—Yo.

Shaunee, Erin y yo nos miramos y parpadeamos perplejas. Luego yo me apresuré a ir a abrir la puerta. Damien estaba de pie, con su pijama de franela lleno de ositos con lazos rosas. Parecía mojado, y llevaba algún que otro copo de nieve sin derretir en el pelo. Cargaba con un saco de dormir y una almohada. Yo lo agarré del brazo y tiré de él rápidamente para que entrara. Su gordo gato atigrado, *Cameron*, entró con él.

—¿Qué estás haciendo, Damien? Sabes que vas a tener muchos problemas como te pillen aquí.

—Sí, porque ya se ha pasado la hora del toque de queda —añadió Erin.

—Podrías haber venido a desflorarnos a nosotras, las vírgenes —dijo Shaunee.

Entonces ella y Erin se miraron la una a la otra y se echaron a reír, cosa que a mí me hizo sonreír. Era extraño tener un sentimiento feliz en medio de tanta tristeza, y probablemente por eso las carcajadas de las gemelas y mi sonrisa se desvanecieron pronto.

—Stevie Rae no querría que dejáramos de ser felices —dijo Damien en medio del incómodo silencio. Entonces se encaminó al centro de la habitación, estiró su saco de dormir en el suelo, entre las dos camas, y añadió—: Y estoy aquí porque tenemos que seguir juntos, no porque quiera desfloraros a ninguna de las tres. Ni aunque fuerais vírgenes, aunque aprecio en lo que vale tu uso del vocabulario.

Erin y Shaunee soltaron un bufido, pero parecían más divertidas que ofendidas, así que yo tomé nota mentalmente para interrogarlas sobre el sexo más adelante.

—Bueno, me alegro de que hayas venido, pero nos va a costar trabajo sacarte de

aquí mañana cuando todo el mundo esté desayunando y corriendo de un lado para otro antes de clase —dije yo, comenzando a trazar planes de huida para Damien en mi cabeza.

—Ah, por eso no te preocupes. Los *vamps* están poniendo carteles por toda la escuela para anunciar que mañana estará cerrada por la nieve. Nadie saldrá corriendo a ninguna parte. Me iré caminando con vosotras cuando quiera.

—¿Poniendo carteles? ¿Quieres decir que han tenido que levantarse, vestirse y bajar las escaleras antes de que nos levantemos y descubramos que no hay colé? ¡Qué horror!

Casi podía oírse la risa en la voz de Damien al contestar:

—Lo anunciaron por la radio local exactamente igual que en los colegios normales, pero ¿acaso escucháis Stevie Rae y tú las noticias alguna vez mientras...?

La voz de Damien se desvaneció, y yo me di cuenta de que él había comenzado a hacer la pregunta como si Stevie Rae estuviera aún viva.

—No —me apresuré yo a contestar, tratando de disimular su malestar—. Siempre solíamos escuchar música *country*. A mí esa música me daba muchas ganas de darme prisa y estar lista cuanto antes para escapar y no tener que oírla —añadí. Mis amigos se echaron a reír. Yo esperé a que se callaran otra vez, y entonces dije—: No voy a olvidar a Stevie Rae, y no voy a fingir que su muerte no significa nada para mí.

—Yo tampoco —dijo Damien.

—Ni yo —dijo Shaunee.

—Lo mismo digo, gemela —dijo Erin.

Tras una pausa, yo añadí:

—No creí que pudiera ocurrirle a una iniciada a la que Nyx acababa de otorgar una afinidad. Yo... yo no creí que pudiera ocurrir.

—Nadie tiene garantizado nada durante el cambio, ni siquiera aquellos a los que Nyx ha otorgado un don —dijo Damien en voz baja.

—Eso solo significa que tenemos que seguir juntos —dijo Erin.

—Es el único modo de superar todo esto —dijo Shaunee.

—Entonces eso es lo que haremos, seguir juntos —dije yo con rotundidad—. Y prometeremos que si ocurre lo peor, y algunos de nosotros no conseguimos llegar al final, los otros no permitirán que seamos olvidados.

—Lo prometemos —dijeron solemnemente mis tres amigos.

Todos estuvimos de acuerdo y de algún modo, en ese momento, el dormitorio dejó de ser una estancia tan solitaria. Justo antes de quedarme dormida yo susurré:

—Gracias por no dejarme estar sola...

En ese momento, sin embargo, no estaba muy segura de si les daba las gracias a mis amigos, a mi Diosa o a Stevie Rae.



Estaba nevando en mi sueño. Al principio pensé que era genial. Quiero decir que realmente estaba todo precioso y que con la nieve mi mundo parecía Disney: un mundo perfecto en el que nada malo podía ocurrir o, si ocurría, era solo algo temporal porque todo el mundo sabe que en Disney todos son felices y comen perdices.

Yo caminaba lentamente, sin sentir el frío. Parecía estar a punto de amanecer aunque era difícil estar segura con el cielo nevado y todo gris. Ladeé la cabeza hacia atrás y observé como la nieve colgaba de las gruesas ramas de los viejos robles y como con ella el muro del este parecía más bajo y menos imponente.

El muro del este.

Vacilé en mi sueño al darme cuenta de dónde estaba. Entonces vi figuras, con capa y capucha, de pie, formando un grupo de cuatro, frente a la trampilla abierta de la puerta secreta.

No, le grité a mi yo soñador. No quería estar allí. No tan pronto después de la muerte de Stevie Rae. Las dos últimas veces en que había muerto un iniciado había visto sus fantasmas, o sus espíritus, o sus cuerpos no muertos, o lo que fueran, caminando por allí. Aunque Nyx me hubiera otorgado la extraña habilidad de ver a los muertos, ya era suficiente. Yo no quería...

La más pequeña de esas figuras se dio la vuelta, y entonces todos esos argumentos se dispersaron por mi mente. Era Stevie Rae. Solo que no lo era. Estaba demasiado pálida y demasiado delgada. Y había algo más. Me quedé mirándola, pero enseguida mi urgente necesidad de comprender superó con creces mi vacilación inicial. Quiero decir que si realmente era Stevie Rae, entonces no tenía por qué tener miedo de ella. Aunque extrañamente transformada por la muerte, seguía siendo mi mejor amiga, ¿no? No pude evitar acercarme hasta que me quedé de pie a pocos pasos del grupo. Contuve el aliento, esperando a que se dieran la vuelta hacia mí, pero ninguno se dio cuenta de que estaba ahí. Así que me acerqué más. Era incapaz de apartar los ojos de Stevie Rae. Ella tenía un aspecto terrible, parecía histérica y no paraba quieta, y movía los ojos de un lado para otro como si estuviera extremadamente nerviosa o aterrada.

—No deberíamos estar aquí. Tenemos que marcharnos.

Al oír la voz de Stevie Rae me sobresalté. Ella seguía teniendo su acento *okie*, pero por lo demás resultaba irreconocible. Su tono de voz era duro y plano, carecía de toda emoción, excepto por cierta especie de nerviosismo animal.

—Tú no eres responsable de nosotros —susurró otra de las figuras con capa, mostrándole los dientes a Stevie Rae.

¡Puaj!, era esa criatura otra vez, Elliot. A pesar de tener el cuerpo extrañamente encorvado, se alzaba amenazador por encima de Stevie Rae. Sus ojos comenzaron entonces a brillar con un sucio color rojo. Yo tenía miedo por ella, pero Stevie Rae no permitió que él la intimidara. En lugar de ello también ella enseñó los dientes, lanzó un brillo escarlata con la mirada y soltó un horrible gruñido. Y luego le dijo de mala manera:

—¿Te responde a ti la tierra? ¡No! —exclamó, respondiendo ella misma a su pregunta y dando un paso adelante. Elliot dio varios pasos atrás automáticamente—. ¡Pues me obedecerás hasta que llegue el día en que lo haga! Eso es lo que ha dicho ella.

Entonces la criatura Elliot hizo una reverencia extraña y servil que imitaron enseguida las otras dos figuras con capa. Stevie Rae señaló la trampilla del muro abierta y dijo:

—Ahora, vamos, deprisa.

Pero antes de que ninguno de ellos pudiera moverse, yo oí una voz al otro lado del muro que me resultó familiar.

—Eh, vosotros, ¿conocéis a Zoey Redbird? Necesito decirle que estoy aquí y que...

La voz de Heath se interrumpió cuando las cuatro criaturas atravesaron la trampilla del muro a una velocidad pasmosa hacia él.

—¡No! ¡Quietos! ¿Qué diablos estáis haciendo? —grité yo.

El corazón me latía tan deprisa que me dolía. Yo corría hacia la puerta de la trampilla que se cerraba, pero llegué justo a tiempo de ver como las tres figuras agarraban a Heath. Oí a Stevie Rae decir:

—Nos ha visto. Ahora tiene que venir con nosotros.

—¡Pero ella ha dicho que ya no más! —gritó Elliot mientras sujetaba fuertemente a Heath, que no dejaba de luchar.

—¡Pero él nos ha visto! —repitió Stevie Rae—. ¡Por eso viene con nosotros hasta que ella nos diga qué hacer!

Ninguno de los tres discutió con Stevie Rae, y con una fuerza sobrehumana lo arrastraron y se lo llevaron. La nieve parecía ahogar los gritos de Heath.

Me incorporé de golpe en la cama y me senté. Respiraba muy deprisa, sudaba y temblaba. *Nala* refunfuñó. Yo miré a mi alrededor en el dormitorio y de pronto sentí pánico. Estaba sola. ¿Es que acaso había soñado todo lo que había ocurrido el día anterior? Miré la cama vacía de Stevie Rae y luego vi que no quedaba por allí ninguna de sus cosas. No. No lo había soñado. Mi mejor amiga había muerto. Dejé que el peso de la tristeza se asentara en mi corazón y entonces supe que lo llevaba encima desde hacía tiempo.

¿Pero no habían venido las gemelas y Damien a dormir conmigo? Medio grogui,

me restregué los ojos y miré el despertador. Eran las cinco de la tarde. Debí haberme quedado dormida en algún momento entre las seis y media y las siete. Y definitivamente había dormido lo suficiente. Me levanté, me acerqué a la ventana y asomé la cabeza por las pesadas cortinas. Era increíble, pero seguía nevando y aunque aún era pronto, las farolas de gas estaban encendidas, iluminando una noche negra como la pizarra y brillando como pequeños halos de nieve. Los iniciados hacían las cosas típicas de los niños: construir muñecos de nieve y hacer peleas de bolas. Vi a una chica que me pareció Cassie Kramme, la que había obtenido tan buen resultado en la competición de monólogos, construyendo ángeles de nieve con otro par de chicas. A Stevie Rae le habría encantado. Me habría obligado a levantarme horas antes y me habría sacado ahí fuera, en medio de todo el divertido tumulto (me gustara o no). Y pensando acerca de ello, no sabía si quería llorar o reír.

—¿Z?, ¿estás durmiendo? —preguntó Shaunee a tientas por la puerta entreabierta.

Yo le hice un gesto para que entrara y contesté:

—¿Adónde os habíais ido, chicos?

—Llevamos despiertos un par de horas. Hemos estado viendo la tele. ¿Quieres venir abajo con nosotros? Erik y Cole, ese chico que está como un cañón, amigo de él, también van a venir.

Nada más terminar de decirlo, Shaunee miró a su alrededor con una expresión de culpabilidad, como si de pronto recordara que Stevie Rae se había ido y lamentara haberse comportado con naturalidad. Algo en mi interior me obligó a hablar.

—Shaunee, tenemos que seguir adelante. Tenemos que tener citas y ser felices y vivir nuestras vidas. No hay nada garantizado, y la muerte de Stevie Rae es la mejor demostración de ello. No podemos malgastar el tiempo que se nos ofrece. Cuando dije que me aseguraría de que ella era recordada, no quería decir con eso que fuéramos a estar tristes para siempre. Solo quise decir que recordaría la felicidad que ella nos trajo y que guardaría su sonrisa cerca de mi corazón. Siempre.

—Siempre —repitió Shaunee, asintiendo.

—Si me das un segundo, me pongo unos vaqueros y nos vemos abajo.

—Bien —contestó Shaunee con una sonrisa.

Nada más marcharse Shaunee, parte de la sonriente fachada que yo mantenía se derrumbó. Lo que le había dicho iba completamente en serio, solo que me costaría trabajo ponerlo en práctica. Además, lo estaba pasando un poco mal tratando de olvidar aquel mal sueño. Sabía que no era más que un sueño, pero a pesar de todo me incomodaba. Era como si pudiera oír el eco de los gritos de Heath en el opresivo silencio de mi dormitorio. Me vestí automáticamente con mis vaqueros más cómodos y la sudadera gigante que había comprado en la tienda de la escuela un par de semanas antes. Bordada sobre el corazón llevaba la insignia de plata de Nyx, de pie

con los brazos en alto, sosteniendo una luna llena. De algún modo esa insignia me hacía sentirme mejor. Me cepillé el pelo y suspiré ante mi reflejo en el espejo. Tenía un aspecto horroroso. Me tapé las bolsas bajo los ojos con un lápiz color carne y me puse maquillaje y un brillo de labios que olía a fresas. Entonces me sentí lista para enfrentarme al mundo y bajé las escaleras.

Pero al llegar al final de las escaleras me detuve. La escena me resultaba familiar, y sin embargo todo había cambiado. Las chicas se arremolinaban ante las distintas pantallas planas de televisión. Debían estar hablando y supongo que lo hacían, pero sus voces sonaban como si lo estuvieran haciendo en voz baja. El grupo de mis amigos estaba delante de nuestra pantalla de televisión preferida: las gemelas en sus mullidos sillones idénticos, Damien y Jack sentados en el suelo junto al pequeño sofá de dos plazas (los dos con aspecto de estar compartiendo muy cómodamente la intimidad), y Erik en ese mismo sofá. Pero lo que más me sorprendió de todo fue que también estaba Cole, el amigo de Erik que está como un cañón, que se había sentado en una silla en medio de las dos gemelas. Sentí que mis labios se crispaban con un tic involuntario y repentino. O bien aquel chico era un valiente, o bien era un imbécil. Estaban todos hablando en voz baja, y desde luego ninguno prestaba atención a la película *El retorno de la momia*. Así que, excepto por dos detalles, la escena me era completamente familiar. El primero, que todos estaban demasiado callados. Y el segundo, que Stevie Rae hubiera debido de estar sentada en el pequeño sofá, con las piernas subidas encima, diciéndole a todo el mundo que se callara para poder oír la televisión.

Yo tragué fuerte para tratar de evitar la emoción que me ahogaba. Tenía que seguir adelante. Todos teníamos que seguir adelante.

—Hola, chicos —dije yo, esforzándome por sonar normal.

En esa ocasión no se produjo un extraño silencio al presentarme. En lugar de ello hubo un intercambio de saludos multitudinario que me resultó igual de extraño.

—Hola, Z.

—¡Zoey!

—Eh, ¿qué hay, Z?

Conseguí no suspirar ni poner los ojos en blanco mientras me sentaba en el sofá junto a Erik. Él colocó el brazo alrededor de mis hombros y me estrechó con fuerza, lo cual me hizo sentir extrañamente mejor y a la vez más culpable. Mejor porque Erik era muy cariñoso y muy sexi y yo seguía alucinada por el hecho de gustarle tanto, y culpable porque... bueno, eso de culpable podría resumirse en una sola palabra: Heath.

—¡Bien!, ahora que ha venido Z podemos empezar la maratón —dijo Erik.

—Quieres decir la maratón de mierda —lo corrigió Shaunee con un gruñido.

—Si fuera fin de semana, podríamos llamarlo el fin de semana de mierda —

agregó Erin.

—Dejadme que adivine —dije entonces yo, alzando la vista hacia Erik—. Tú has traído las películas.

—Sí, he sido yo.

El resto del grupo emitió silbidos y gruñidos de exagerada desaprobación.

—Lo cual significa que vamos a ver *La guerra de las galaxias* —añadí.

—Otra vez —puntualizó con un murmullo su amigo Cole.

Shaunee arqueó una ceja perfectamente depilada en su dirección y preguntó:

—¿Quieres decir con eso que no eres un fan de *La guerra de las galaxias*?

Él sonrió a Shaunee, e incluso yo desde mi posición pude ver un brillo seductor en su mirada.

—No he venido aquí a ver por enésima vez la versión resumida de Erik de la versión ampliada del director de *La guerra de las galaxias*, aunque sí soy un fan entusiasta. Pero no de Darth o de Chewbacca.

—¿Quieres decir que te gusta más la princesa Leia? —siguió preguntando Shaunee.

—No, yo soy algo más colorista que eso —contestó Cole, inclinándose hacia ella.

—Yo tampoco estoy aquí porque sea fan de *La guerra de las galaxias* —intervino entonces Jack, lanzándole a Damien una mirada de adoración.

Erin soltó una risita sofocada y comentó:

—Bueno, a ti ya sabemos que la princesa Leia no te gusta.

—¡Por suerte! —exclamó Damien.

—Ojalá estuviera aquí Stevie Rae —dijo entonces Erik—. Os regañaría a todos, os diría que no estáis siendo muy amables.

Las palabras de Erik nos hicieron callar a todos. Yo alcé la vista hacia él y vi que sus mejillas se ponían coloradas. Era como si no se hubiera dado cuenta de lo que iba a decir hasta después de soltarlo. Sonreí, apoyé la cabeza sobre su hombro y dije:

—Tienes razón, Stevie Rae estaría regañándonos como si fuera nuestra mamá.

—Y luego nos haría palomitas a todos y nos diría que las compartiéramos como buenos hermanos —añadió Damien—. Como buenos hermanitos, como diría ella.

—Me gustaba lo paleta que era Stevie Rae con las palabras —dijo entonces Shaunee.

—Sí, siempre lo decía todo al estilo *okie* —comentó Erin.

Todos sonreímos, y yo sentí cierta sensación de calor en el pecho. Y así es como comenzó. Así es como recordaríamos a partir de entonces a Stevie Rae: con sonrisas y amor.

—Eh... ¿puedo sentarme con vosotros, chicos?

Alcé la vista y vi a ese chico tan mono, Drew Partain, de pie, nervioso, cerca de nosotros, pero al margen. Estaba pálido y parecía triste, y tenía los ojos rojos como si

hubiera estado llorando. Me acordé de cómo había mirado a Stevie Rae, y sentí súbitamente un impulso de simpatía hacia él.

—¡Claro! —exclamé, tratando de animarlo—. Tráete una silla. Hay sitio ahí, al lado de Erin —añadí tras otro impulso súbito.

Erin abrió los ojos azules un poco, pero enseguida se recobró y dijo:

—Sí, tráete una silla, Drew. Pero te lo advierto, estamos viendo *La guerra de las galaxias*.

—Por mí, bien —dijo Drew, sonriendo tímidamente en dirección a Erin.

—Bajito, pero mono —le oí decir a Shaunee en murmullos en dirección a Erin.

Estoy casi segura de que en ese momento vi que las mejillas de Erin se sonrojaban un poco.

—Eh, voy a hacer palomitas para todos. Además, necesito mi...

—¡Tu refresco de burbujas marrón, y a lo sabemos! —gritaron Damien, las gemelas y Erik al mismo tiempo.

Me solté del brazo de Erik y fui a la cocina, sintiéndome más ligera que nunca desde el momento de comenzar a toser Stevie Rae. Todo iría bien. La Casa de la Noche era mi hogar. Mis amigos eran mi familia. Yo misma seguiría mi propio consejo y me tomaría las cosas con calma, de una en una. Encontraría el modo de capear el temporal con los problemas de los novios. Haría todo cuanto estuviera en mi mano para evitar a Neferet (sin que se notara que la evitaba) hasta que descubriera qué ocurría con ella y con Elliot, el no muerto. (Y con él solito bastaba para producir pesadillas a cualquiera, así que no era de extrañar que hubiera tenido ese terrible sueño acerca de Stevie Rae y Heath).

Coloqué una bolsa de palomitas con ración extra de mantequilla en cada uno de los cuatro microondas y preparé cuencos grandes mientras se iban haciendo. Quizá debiera invocar un círculo en privado para pedirle ayuda a Nyx para entender el problema del repulsivo Elliot. Se me hizo un nudo en el estómago al darme cuenta de que no contaría con Stevie Rae para hacerlo. ¿Cómo iba a reemplazarla? Me ponía enferma, pero tenía que hacerlo. Si no en ese preciso momento, para el ritual privado, sí al menos para el siguiente Ritual de la Luna Llena. Cerré los ojos para no sentir el dolor por la pérdida de Stevie Rae y para no ver que el mundo seguía adelante sin ella. Rogaba en silencio para que Nyx me mostrara qué debía hacer.

—Zoey, tienes que venir al salón.

Abrí los ojos de golpe. La voz de Erik me sobresaltó. La expresión de su rostro puso en marcha toda mi adrenalina.

—¿Qué ocurre?

—Tú ven —insistió él, tomándome de la mano y sacándome de la cocina—. Están las noticias.

A pesar de que el inmenso salón estaba lleno de chicos, el silencio era total. Todos

miraban nuestra enorme pantalla de televisión, en la que Chera Kimiko hablaba con solemnidad, con los ojos fijos en la cámara.

—... policía está lanzando advertencias a los ciudadanos para que no cunda el pánico, a pesar de que este es ya el tercer adolescente que desaparece. Están investigando, y han asegurado a la cadena Fox News que tienen varias pistas. Repetimos la información de este boletín especial: un adolescente de Broken Arrow, casualmente otro jugador del equipo de fútbol del instituto, ha sido declarado desaparecido. Su nombre es Heath Luck.

Las rodillas no pudieron seguir sosteniéndome. Me habría caído redonda al suelo si Erik no me hubiera agarrado por la cintura y no me hubiera sentado en el sofá. Sentía como si no pudiera respirar mientras escuchaba a Chera, que seguía diciendo:

—Han encontrado la camioneta de Heath junto a la puerta de la Casa de la Noche, pero la alta sacerdotisa de esa escuela, Neferet, le ha asegurado a la policía que ni él ha entrado en la propiedad del colegio, ni nadie de allí lo ha visto. Por supuesto, se especula mucho acerca de estas desapariciones, sobre todo después de que el informe del médico forense afirmara que la causa de la muerte de los otros dos chicos secuestrados fue una pérdida de sangre debida a mordiscos y laceraciones múltiples. Y si bien es cierto que los vampiros no muerden cuando toman sangre de los humanos, las laceraciones siguen un patrón que es perfectamente coherente con la forma de alimentación de los vampiros. Es importante que recordemos a la ciudadanía que los vampiros han firmado un acuerdo legal vinculante con los humanos según el cual no se alimentarán de su sangre contra su voluntad. Les contaremos más cosas sobre esta historia a las diez en punto, y por supuesto interrumpiremos la programación si surgen nuevas noticias...

—¡Que alguien me traiga alguna cosa donde vomitar, estoy enferma! —conseguí exclamar a pesar del zumbido de mi cabeza.

Alguien me puso un enorme cuenco en las manos y yo eché dentro todas mis entrañas.



—Toma, Zoey, bébete esto, yo te ayudo.

Ciega, tomé lo que me tendía Erin y comprobé, aliviada, que solo era agua fría. Escupí en el cuenco sucio del vómito.

—¡Puaj, llévatelo! —dije yo, reprimiendo el instinto reflejo de volver a vomitar al ver el cuenco.

Quería taparme la cara con las manos y romper a llorar, pero sabía que todo el mundo en el salón me estaba observando, así que me enderecé despacio y me aparté el pelo de la cara, por detrás de las orejas. No podía permitirme el lujo de ponerme histérica. Mi mente procesaba ya las cosas que necesitaba hacer: lo que tenía que hacer. Por Heath. Él era lo más importante en ese momento, no yo y mi necesidad de ponerme histérica.

—Tengo que ver a Neferet —dije resuelta, poniéndome en pie.

Me sorprendió lo fuertes que se habían vuelto de pronto mis rodillas.

—Voy contigo —dijo Erik.

—Gracias, pero primero tengo que lavarme los dientes y ponerme unos zapatos —contesté yo, sonriendo en dirección a Erik (me había puesto solo un par de calcetines gordos para bajar a ver la televisión)—. Subiré corriendo y bajaré en un momento —dije. Luego, al ver que las gemelas se preparaban para acompañarme, añadí—: Estoy bien, solo será un segundo.

Entonces me giré y comencé a subir las escaleras.

Pero no me detuve en mi habitación, sino que seguí por el pasillo, giré a la derecha y me paré delante de la puerta del dormitorio número 124. Alcé el puño para llamar, pero antes de que lo hiciera la puerta se abrió.

—Pensé que serías tú —dijo Aphrodite, lanzándome una mirada fría, pero echándose a un lado para que pasara—. Vamos, entra.

Yo entré y me sorprendió ver que el dormitorio estaba decorado con un bonito color pastel. Supongo que esperaba que fuera oscuro y tenebroso, como la tela de araña de una viuda negra.

—¿Tienes algún enjuague bucal? Acabo de vomitar, lo he echado todo.

Ella señaló con la barbilla el armario de las medicinas encima del lavabo y contestó:

—Ahí. El vaso está limpio.

Me lavé la boca y aproveché aquellos instantes para tratar de aclarar mi mente. Cuando terminé me giré hacia ella. Decidí no perder el tiempo con tonterías e ir directa al grano.

—¿Cómo sabes si una visión es real o es solo un sueño?

Aphrodite se sentó en una de las camas y se echó atrás la larga, rubia y perfecta melena antes de decir:

—Lo sientes en tu interior. Las visiones jamás son fáciles ni cómodas ni vienen envueltas en papel de flores rosas como en las películas. Al revés, apestan. Al menos las reales. Básicamente, si te hacen sentirte fatal, entonces es que son reales y no son un sueño —explicó, mirándome muy atentamente con sus ojos azules y preguntando—: Entonces, ¿has estado teniendo visiones?

—Anoche creí tener un sueño. Una pesadilla, de hecho. Hoy creo que fue una visión.

—Bueno, pero fue algo malo —dijo Aphrodite, alzando muy levemente los labios hacia arriba.

Entonces yo cambié de tema y pregunté:

—¿Qué pasa con Neferet?

Aphrodite se quedó mirando con una expresión vaga, y por fin preguntó a su vez:

—¿A qué te refieres?

—Creo que tú sabes perfectamente a qué me refiero. Algo va mal, y quiero saber qué.

—Tú eres su iniciada. Su favorita. Su nueva chica de oro. ¿De verdad crees que voy a contarte a ti toda la mierda? Puede que sea rubia, pero desde luego no soy tonta.

—Si eso es realmente lo que piensas, ¿por qué me advertiste sobre la medicina que me dio?

Aphrodite apartó la mirada y luego respondió:

—Mi primera compañera de dormitorio murió seis meses después de llegar aquí. Yo entonces tomé la medicina y me... me afectó. Durante mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?, ¿cómo te afectó?

—Me hizo sentirme extraña, todo me daba igual. Y dejé de tener visiones. No para siempre, pero sí durante un par de semanas. Y luego me costaba recordar incluso qué aspecto tenía mi amiga —explicó Aphrodite, haciendo una pausa—. Se llamaba Venus. Venus Davis —dijo Aphrodite, mirándome de nuevo a los ojos. Los de ella parecían tristes—. Fue por ella por lo que yo elegí el nombre de Aphrodite. Éramos muy buenas amigas, y a las dos nos parecían nombres muy enrollados. Yo quería recordar a Venus, y supongo que tú querrás recordar a Stevie Rae.

—Sí, quiero recordarla y la recordaré. Gracias.

—Deberías marcharte. No creo que sea bueno para ninguna de las dos si alguien nos ve aquí, hablando —advirtió Aphrodite.

Entonces yo me di cuenta de que probablemente tenía razón y me encaminé hacia la puerta, pero la voz de ella me detuvo.

—Neferet te hace creer que es buena, pero no lo es. No todo lo que es luz es bueno, y no todo lo que es oscuridad es siempre malo.

La oscuridad no siempre es lo mismo que el mal, igual que la luz no siempre trae el bien. Esas eran las palabras que me había dicho Nyx el día en que fui marcada, y se reflejaban perfectamente en la advertencia de Aphrodite.

—En otras palabras, ten cuidado con Neferet y no confíes en ella —dije yo.

—Sí, pero yo jamás he dicho eso.

—¿Decir qué? Ni siquiera estamos teniendo esta conversación —contesté yo, saliendo y cerrando la puerta para apresurarme a ir a mi habitación.

Me lavé la cara y los dientes, me puse unos zapatos y después volví al salón.

—¿Lista? —preguntó Erik.

—Nosotros también vamos —declaró Damien, haciendo un gesto en el que incluía a las gemelas, Jack y Drew.

Yo abrí la boca para decirles que no, pero no pude conseguir que me saliera esa palabra. Lo cierto era que me alegraba de que estuvieran conmigo, de que sintieran la necesidad de unir sus fuerzas a las mías y de protegerme. Durante mucho tiempo me había preocupado el hecho de que mis poderes especiales y mi extraña marca, fruto de la elección de la Diosa, hicieran de mí una completa *friki*, incapaz de encajar en ningún sitio y sin amigos. Pero la verdad es que estaba ocurriendo exactamente lo contrario.

—Bien, pues vamos.

Nos dirigimos hacia la puerta. Yo no estaba del todo segura de qué iba a decirle a Neferet. Lo único que sabía era que no podía seguir con la boca cerrada, que tenía el extraño presentimiento de que mi mal «sueño» había sido en realidad una visión, y que los «espíritus» eran algo más que simples fantasmas. Y, sobre todo, temía que esos espíritus se hubieran apoderado de Heath. En qué convertía eso a Stevie Rae era algo que me helaba el corazón, pero no por eso dejaba de ser cierto que Heath había desaparecido y que yo creía saber quién lo había secuestrado (si es que se trataba de personas).

Ni siquiera habíamos llegado a la puerta cuando esta se abrió y Neferet entró en medio de una ráfaga de aire con olor a nieve. La seguían el detective Marx y el detective Martin. Llevaban anoraks azules abrochados hasta el cuello y las gorras cubiertas de nieve, y tenían las narices coloradas. Neferet, como siempre, iba perfectamente arreglada y lucía su aspecto de absoluto aplomo y control de la situación.

—Ah, Zoey, bien. Ahora no tendré que buscarte. Estos dos detectives tienen muy malas noticias, y quieren hablar contigo un momento.

Yo no me molesté en mirar ni una sola vez a Neferet, pero sentí que ella se ponía tensa al ver que les respondía directamente a los agentes.

—Ya he oído en las noticias que Heath ha desaparecido. Si puedo ayudar en algo, cuenten conmigo.

—¿Podríamos volver a usar la biblioteca? —preguntó el detective Marx.

—Por supuesto respondió Neferet.

Yo eché a caminar detrás de Neferet y de los dos detectives, pero me detuve un momento para volver la vista atrás en dirección a Erik.

—Estaremos aquí —aseguró él.

—Todos —añadió Damien.

Yo asentí. Eso me hizo sentirme mejor, así que me dirigí a la biblioteca. Apenas entré el detective Martin comenzó a interrogarme.

—Zoey, ¿puedes explicarnos dónde has estado entre las seis y media y las ocho y media de esta mañana?

Yo asentí y respondí:

—Arriba, en mi habitación. A esa hora más o menos estaba hablando por teléfono con mi abuela, y luego Heath y yo estuvimos mandándonos mensajes de texto el uno al otro un buen rato —expliqué, metiéndome la mano en el bolsillo de los vaqueros para sacar el móvil—. Ni siquiera he borrado los mensajes, pueden verlos todos si quieren.

—No tienes que darles tu teléfono, Zoey —dijo Neferet.

Yo me esforcé por sonreír en su dirección y contesté:

—No importa, no pasa nada.

El detective Martin cogió mi teléfono y comenzó a revisar los mensajes de texto almacenados, tomando nota de ellos en un pequeño bloc de notas.

—¿Has visto a Heath esta mañana? —preguntó mientras tanto el detective Marx.

—No. Me preguntó si podía venir a verme, pero le dije que no.

—Aquí pone que planeabas verlo el viernes —dijo el detective Martin.

Sentí la dura mirada de Neferet sobre mí. Respiré hondo. La única manera de salir de la situación era decir toda la verdad en la medida de lo posible.

—Sí, iba a salir con él el viernes después del partido.

—Zoey, tú sabes que va completamente en contra de las reglas de esta escuela seguir viendo a humanos de tu antigua vida.

Por primera vez noté el disgusto con el que Neferet pronunciaba la palabra «humanos».

—Lo sé, lo siento —dije yo. Una vez más volví a decir la verdad, solo que omitiendo el pequeño detalle de la succión de sangre. Omitiendo el tema de la conexión, y omitiendo el detalle de que ya no confiaba más en ella: un detalle por aquí, otro por allá—. Es solo que Heath y yo hemos vivido juntos muchas cosas, y me resulta realmente difícil dejar de hablar con él por completo, a pesar de saber que tengo que hacerlo. Pensé que quizá fuera más fácil si nos veíamos y, de una vez por

todas, le explicaba por qué no podemos seguir viéndonos. Te lo habría dicho, pero quería arreglar este asunto yo sola.

—Entonces, ¿no has vuelto a verlo esta mañana? —volvió a preguntar el detective Martin.

—No. Al terminar de mandarnos los mensajes me fui a la cama.

—¿Puede alguien respaldar tu historia de que a esas horas estabas en tu habitación, durmiendo?

—Señores —contestó Neferet con voz de hielo—, acabo de explicarles que Zoey ha sufrido una terrible pérdida justamente ayer. Su compañera de habitación ha muerto, así que nadie puede respaldar su historia de que...

—Ah, disculpa, Neferet, pero en realidad anoche no dormí sola. Mis amigas Shaunee y Erin no querían que estuviera sola, así que vinieron a mi habitación y durmieron conmigo.

No mencioné a Damien. No tenía sentido causarle problemas al pobre chico.

—¡Ah, qué amables por su parte! —exclamó Neferet, bajando la voz y cambiando el tono de vampira tenebrosa a amante madre.

Yo traté de no pensar en que a mí no me engañaba.

—¿Tienen ustedes alguna idea de dónde está Heath? —le pregunté al detective Marx (que seguía siendo el que mejor me caía de los dos).

—No. Encontraron su camioneta no lejos del muro de esta escuela, pero ha caído tanta nieve y tan deprisa, que cualquier huella que hubiera podido dejar ha quedado por completo cubierta.

—Bien, porque, en mi opinión, sería mejor que en lugar de perder el tiempo interrogando a mi iniciada investigaran ustedes en el arroyo —dijo Neferet con un tono tan brusco, que sentí deseos de gritar.

—¿Cómo dice, señora? —preguntó Marx.

—Para mí está claro lo que ocurrió. El chico quería ver a Zoey. Otra vez. Hace solo un mes que él y su amiguita escalaron el muro de la escuela, diciendo que venían a ayudarla a escapar —explicó Neferet, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Entonces estaba borracho y colocado, y probablemente esta mañana también lo estuviera. Y por eso mismo tanta nieve ha sido excesiva para él. Probablemente se habrá caído en algún arroyo. ¿No es en el arroyo donde suelen acabar los borrachos?

—Señora: era un adolescente, no un borracho. Y sus padres y sus amigos dicen que no había bebido ni una gota en un mes.

Por la suave risotada que soltó Neferet resultó obvio que no les creía. Para mi sorpresa, Marx no le hizo ni caso. En lugar de ello me miró con atención y preguntó:

—¿Tú qué crees, Zoey? Salisteis juntos durante un par de años, ¿no? ¿Se te ocurre algún sitio al que haya podido ir?

—No por estos alrededores. Si hubieran encontrado su camioneta a poca distancia

de la calle Oak Grove Road, en Broken Arrow, podría decirles dónde celebraron el botellón —dije yo. No pretendía gastar una broma, y menos aún después de los maliciosos comentarios de Neferet acerca de Heath, pero el detective parecía hacer esfuerzos por no sonreír, lo cual me resultó de repente muy simpático. Aquel policía casi incluso parecía una persona accesible, así que antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía y cambiar de opinión, solté—: Pero esta mañana he tenido un extraño sueño que puede que no sea de hecho un sueño, sino una visión acerca de Heath.

En medio del atónito silencio que se produjo, la voz de Neferet sonó áspera y desagradable.

—Zoey, tú jamás has manifestado antes tener afinidad por la profecía o las visiones.

—Lo sé —contesté yo con una voz deliberadamente insegura e incluso un poco asustada (aunque lo de asustada no era fingido precisamente)—, ¡pero es tan extraño que haya soñado que Heath estaba junto al muro, en la parte este, y que lo secuestraban!

—¿Quién lo secuestraba, Zoey? —preguntó con ansiedad el detective Marx que, evidentemente, me tomaba en serio.

—No lo sé —contesté yo. Y eso, sin duda, no era una mentira—. Sé que no eran ni vampiros ni iniciados. En mi sueño eran cuatro figuras con capa que se lo llevaban arrastras.

—¿Viste adónde se lo llevaban?

—No, me desperté gritando de miedo —contesté yo, que no tuve que fingir las lágrimas que inundaron mis ojos—. Quizá debieran buscar bien por los alrededores de la escuela. Hay algo ahí fuera, algo que se lleva a los chicos, pero no somos nosotros.

—Por supuesto que no somos nosotros —convino Neferet, acudiendo en mi ayuda y poniendo un brazo sobre mi hombro como si fuera mi madre—. Caballeros, creo que Zoey ha tenido ya más que suficiente por hoy. ¿Quieren que les presente a Shaunee y a Erin que, estoy segura, corroborarán su coartada?

«Coartada». Aquella palabra había sonado horrible.

—Si recuerdas algo más o tienes algún otro extraño sueño, por favor, no dudes en ponerte en contacto conmigo sea de día o de noche —dijo el detective Marx.

Aquella era la segunda vez que me daba su tarjeta de visita: el detective era una persona realmente insistente. Yo la acepté y le di las gracias. Luego, mientras Neferet los guiaba a la salida, el detective Marx vaciló un segundo y volvió de nuevo hacia mí.

—Mi hermana gemela fue marcada y cambió hace quince años —dijo el detective en voz baja—. Ella y yo seguimos muy unidos, a pesar de que se supone que ella debería haber olvidado a su familia humana. Por eso, cuando te digo que me llames

sea la hora que sea para contarme lo que sea, puedes creerme. Y puedes confiar en mí.

—Detective Marx —lo llamó Neferet, de pie en el umbral de la puerta.

—Solo quería volver a darle las gracias a Zoey y decirle que siento mucho lo de su compañera de habitación —dijo él con naturalidad mientras salía a pasos agigantados de la biblioteca.

Yo me quedé donde estaba, tratando de calmarme y recapacitar. ¿La hermana de Marx era una vampira? Bueno, en realidad tampoco era tan extraño. Lo que sí era extraño era que él siguiera queriéndola. Quizá pudiera confiar en él.

La puerta se cerró y yo me sobresalté. Neferet estaba de pie, frente a mí, observándome con atención. No se había marchado.

—¿Has establecido una conexión con Heath?

Por un instante yo sentí pánico, un pánico blanco y frío. Ella iba a leerme la mente. Había estado engañándome a mí misma. De ninguna manera era yo rival para aquella alta sacerdotisa. Entonces sentí el roce de una brisa suave e imposible... el calor de un fuego invisible... la frescura de la lluvia de primavera... la dulce fragancia verde del fértil prado... y el poderoso influjo de una fuerza elemental, fluyendo por mi espíritu. Con renovada confianza alcé la vista hacia Neferet.

—¡Pero si tú me dijiste que no! ¡Tú me dijiste hace tiempo que lo que había ocurrido entre él y yo en el muro no era suficiente para establecer una conexión! —exclamé yo, poniendo buen cuidado de que mi voz sonara confusa y molesta.

Los hombros de Neferet se relajaron casi imperceptiblemente.

—No, no creo que establecieras una conexión con él en ese momento. Así que, ¿dices que no has vuelto a estar con él desde entonces? ¿No has vuelto a beber sangre de él otra vez?

—¿Cómo que otra vez? —pregunté yo a la vez, mostrándome tan perpleja como me sentía siempre ante la inquietante y no obstante seductora idea de beber la sangre de Heath—. ¡Pero si en realidad no llegué a beber su sangre!, ¡tú me lo dijiste! ¿No es así?

—No, no, por supuesto que no —me aseguró Neferet—. Lo que hiciste apenas tuvo importancia, fue algo realmente insignificante. Es solo que tu sueño me ha hecho preguntarme si has vuelto a estar con tu novio otra vez.

—Ex novio —la corregí mecánicamente—. No, pero él ha estado mandándome mensajes y llamándome mucho últimamente, así que pensé que lo mejor era quedar con él para tratar de hacerle comprender de una vez por todas que ya no podemos seguir viéndonos. Lo siento. Debería habértelo dicho, pero la verdad es que quería resolverlo por mí misma. Quiero decir que como fui yo la que se metió en el lío, quería ser yo solita la que saliera de él.

—Bien, tu sentido de la responsabilidad me parece muy meritorio, pero no creo

que haya sido inteligente por tu parte hacerles creer a los detectives que tu sueño puede haber sido una visión.

—Es que me pareció tan real —dije yo.

—Seguro que sí, Zoey, ¿te tomaste la medicina que te di anoche?

—¿Te refieres a esa que parecía leche? Sí, me la dio Shaunee.

Era cierto: me la había dado Shaunee. Solo que yo la había tirado por el desagüe.

Neferet pareció relajarse aún más.

—Bien. Si sigues teniendo malos sueños, ven a verme y te daré una mezcla más fuerte. Pensé que con lo que te di te aliviaría las pesadillas, pero es evidente que he subestimado la dosis que necesitas.

No era la dosis lo único que Neferet había subestimado.

Yo sonreí.

—Gracias, Neferet. Te lo agradezco de verdad.

—Bien, y ahora vuelve con tus amigos. Son muy protectores contigo, así que a estas alturas estarán ya preocupados.

Yo asentí y salí con ella en dirección al salón, poniendo buen cuidado de no demostrar mi desagrado cuando ella me abrazó delante de todo el mundo y se despidió de mí con todo el cariño de una madre. En realidad era idéntica a una madre: a la mía, a Linda Heffer, la mujer que me había traicionado por un hombre y que se preocupaba más por sí misma y por su aspecto que de mí. Las similitudes entre Neferet y Linda eran cada día más evidentes.



Al marcharse Neferet y los dos detectives nuestro pequeño grupo volvió a ocupar su lugar en el salón. Todo volvió a la normalidad, y nadie dijo gran cosa. Yo noté que nadie cambiaba el canal de televisión. El DVD de *La guerra de las galaxias* había caído en el olvido al menos por esa noche.

—¿Estás bien? —preguntó al fin Erik en voz baja, poniendo de nuevo un brazo sobre mis hombros mientras yo me acurrucaba a su lado.

—Sí, más o menos.

—¿Tenían los policías alguna noticia de Heath? —preguntó Damien.

—Nada, aparte de lo que ya hemos oído por la tele —dije yo—. O si las tenían, no me han contado nada.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Shaunee.

Yo sacudí la cabeza y contesté:

—Nada, solo ver la televisión local y esperar a ver si dicen algo nuevo en las noticias de las diez.

Todos musitaron un «vale», y todos se dispusieron a ver la maratoniada reposición de *Will y Grace* mientras esperábamos a que emitieran de nuevo las noticias. Yo me quedé mirando la pantalla y pensando en Heath. ¿Tenía un mal presentimiento con respecto a él? Sin duda, pero ¿era la misma clase de mal presentimiento que había tenido con Chris Ford y Brad Higeons? No, más bien no, aunque no sabía cómo explicarlo. Mis tripas me decían que Heath estaba en peligro, pero no me decían que estuviera muerto. Aún.

Cuanto más pensaba en Heath, más inquieta me sentía. Para cuando emitieron por fin las últimas noticias, apenas era capaz de quedarme sentada escuchando las historias de lo ocurrido en Tulsa y sus alrededores a propósito de la inesperada ventisca de nieve que lo había cubierto todo. No paraba quieta mientras veíamos las estampas misteriosamente vacías del centro de la ciudad y de la autopista, que parecían fotos del día después de una guerra nuclear o del choque de un meteorito.

No había noticias nuevas sobre Heath, excepto el comunicado de que las condiciones climáticas estaban obstaculizando seriamente los esfuerzos de búsqueda.

—Tengo que marcharme —dije yo, poniéndome en pie.

Pero esas palabras habían salido de mi boca antes de que mi mente pudiera recordarme que no tenía ni idea ni de adónde ir, ni de cómo llegar.

—¿Adónde, Z? —preguntó Erik.

Mi mente agitada revoloteó, y por fin fue a aterrizar sobre un punto concreto: un pequeño remanso de satisfacción en medio de un mundo de estrés, confusión y

locura.

—Me voy a los establos —contesté yo. Erik me miró con una expresión tan atónita como todos los demás—. Lenobia me dijo que podía cepillar a *Perséfone* siempre que quisiera —expliqué, encogiéndome de hombros—. Siempre me calma cepillarla, y ahora necesito calmarme.

—Bien, vale. Me gustan los caballos. Vamos, pondremos guapa a *Perséfone* —dijo Erik.

—Necesito estar sola —añadí yo. Esas palabras sonaron mucho más duras de lo que yo había pretendido, así que volví a sentarme a su lado y deslicé la mano entre las suyas—. Lo siento. Es solo que necesito pensar, y eso es algo que tengo que hacer sola.

Los ojos azules de Erik se quedaron tristes, pero a pesar de todo trató de sonreír.

—¿Y qué te parecería si te acompañara al establo y luego volviera aquí a vigilar por si hay noticias mientras tú te quedas pensando?

—Eso me encantaría.

Detestaba los rostros de preocupación de mis amigos, pero no podía hacer gran cosa por cambiarlos. Erik y yo ni siquiera nos molestamos en ponernos los abrigos. El establo no estaba lejos; apenas habría oportunidad para quedarnos helados.

—Toda esta nieve es impresionante —comentó Erik tras un rato caminando.

Alguien había intentado trazar un sendero a lo largo de la acera, porque la nieve era menos abundante allí que en los alrededores. Sin embargo seguía nevando tan copiosamente, que el sendero apenas era reconocible y la nieve nos llegaba ya hasta la mitad de la pantorrilla.

—Recuerdo que una vez nevó así cuando tenía seis o siete años. Fue durante las vacaciones de Navidad, así que fue un rollo porque no perdimos colegio —conté yo.

Erik soltó un vago gruñido típicamente masculino, y luego seguimos caminando en silencio. Por lo general, los silencios entre ambos no resultaban incómodos, pero en esa ocasión sí que fue extraño. Yo no sabía qué decir para aligerar la situación.

Entonces Erik se aclaró la garganta y preguntó:

—Aún te importa, ¿verdad? Quiero decir que no se trata simplemente de un ex novio.

—Sí —contesté yo.

Erik merecía conocer la verdad, y yo estaba harta de las mentiras.

Llegamos a la puerta del establo y nos detuvimos bajo el halo de luz de la lámpara de gas. El recoveco de la entrada nos protegía de la ventisca de nieve, así que parecía como si estuviéramos de pie, en una burbuja, dentro de un globo de nieve.

—¿Y yo qué? —preguntó Erik.

Yo alcé la vista hacia él y contesté:

—A ti también te quiero, Erik. Ojalá pudiera solucionar esto, ojalá pudiera evitar

toda esta mierda, pero no puedo. Y no voy a mentirte sobre Heath. Creo que establecí una conexión con él.

Vi la expresión de sorpresa en los ojos de Erik.

—¿Solo por esa única vez en el muro? Z, yo estaba allí y apenas probaste su sangre. El simplemente no quería perderte, por eso es por lo que estaba obsesionado. Y lo comprendo —añadió Erik con una sonrisa irónica.

—Volví a verlo.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días. No podía dormir, así que me fui al Starbucks de la plaza de Utica yo sola. Él estaba allí, pegando pósters con la foto de Brad por la calle. Mi intención no era verlo, y si hubiera sabido que estaba allí no habría ido, Erik. Eso te lo prometo.

—Pero lo viste.

Yo asentí.

—¿Y bebiste de su sangre?

—Fue... simplemente ocurrió. Yo traté de evitarlo, pero él se cortó. A propósito. Y yo no pude contenerme.

Mantuve la vista fija sobre Erik, pidiéndole con los ojos su comprensión. Por fin me enfrentaba de hecho a la posibilidad, muy real, de que Erik y yo rompiéramos nuestra relación, y entonces me di cuenta de hasta qué punto lo quería. Aunque eso, por otro lado, no me ayudó a reducir el estrés o mi nivel de confusión, porque a pesar de todo también seguía queriendo a Heath.

—Lo siento, Erik. Yo no quería que ocurriera, pero ocurrió. Y por eso ahora hay algo entre Heath y yo, y no estoy segura de qué hacer al respecto.

Erik suspiró profundamente y me apartó un poco de nieve del pelo.

—Vale, bien, pero también hay algo entre tú y yo. Y algún día, si logramos superar este maldito cambio, tú y yo seremos iguales. Yo no me convertiré en un hombre lleno de arrugas ni moriré décadas antes que tú. Estar conmigo no será algo sobre lo que los demás vampiros murmuren, ni será razón para que los humanos te odien. Será algo normal, correcto.

De pronto su mano estaba en mi nuca y tiraba de mí hacia él. Erik me besó apasionadamente. Su contacto era cálido y dulce. Alcé los brazos para rodearlo por los hombros y le devolví el beso. Al principio solo quería apartar de él el dolor que yo misma le había causado, pero luego nuestro beso se hizo cada vez más profundo y ambos presionamos el cuerpo el uno contra el otro. Yo no rebosaba ciega ansiedad por beber su sangre como me había ocurrido con Heath, pero me gustaba la forma en que me hacían sentir los besos de Erik, como si estuviera medio mareada y muy caliente. ¡Dios!, en el fondo lo que ocurría era que él me gustaba. Mucho. Y además, él tenía razón. Él y yo estaríamos juntos sin problemas. Pero Heath y yo no.

Cuando terminamos de besarnos, los dos respirábamos agitadamente. Yo tomé a Erik de la barbilla y repetí:

—Lo siento de verdad.

Erik giró la cabeza y me besó la palma de la mano, diciendo:

—Saldremos de esta.

—Eso espero —susurré yo más para mí misma que para él. Entonces me aparté de él y puse la mano sobre el picaporte de la puerta—. Gracias por acompañarme hasta aquí. No sé cuándo volveré, pero no deberías esperarme.

—Z, si de verdad estableciste una conexión con Heath, puedes encontrarlo —dijo Erik.

Yo estaba ya a punto de abrir la puerta, pero ese comentario me detuvo. Hice una pausa y me giré hacia él. Erik parecía tenso y triste, pero no vaciló a la hora de explicarse:

—Mientras cepillas a la yegua, piensa en Heath. Llámalo. Si él puede, vendrá adonde tú estés. Si no puede pero vuestra conexión es lo suficientemente fuerte, es posible que puedas hacerte una idea de dónde está.

—Gracias, Erik.

Él sonrió, pero seguía sin parecer feliz.

—Nos vemos luego, Z.

Erik se marchó y la nieve se lo tragó.

La cálida paja olía a limpio y a caballo seco, en contraste con el exagerado frío que hacía fuera. El establo apenas estaba iluminado más que por un par de lámparas de gas. Los caballos dormían y hacían ruidos como de masticar. Algunos respiraban por la nariz, lo cual sonaba casi a ronquido. Yo busqué a Lenobia mientras me retiraba la nieve de la camisa y del pelo, y me dirigía al almacén de los cepillos y guarniciones, pero era evidente que estaba sola a excepción de los caballos.

Bien, porque necesitaba pensar y no tener que explicarle a nadie qué hacía allí en medio de una tormenta de nieve en mitad de la noche.

Vale, le había contado a Erik la verdad sobre Heath y él no había roto conmigo. Por supuesto, dependiendo de lo que ocurriera con Heath más adelante él todavía podía darme la patada. ¿Cómo hacían todas esas guarras para salir con una docena o así de chicos al mismo tiempo? Salir con dos era ya agotador. El recuerdo de la sonrisa sexi y de la increíble voz de Loren se deslizó en mi mente, ya saturada de culpabilidad. Me mordí el labio y recogí un cepillo y un peine para las crines. De hecho, en cierto sentido había estado viendo a tres chicos, lo cual era una completa locura. Así que tomé la decisión en ese mismo instante de que ya tenía suficientes problemas: no necesitaba añadir el del extraño ligoteo entre Loren y yo que quizá estuviera teniendo lugar o quizá no. Solo de pensar que Erik descubriría que le había enseñado todo ese pedazo de piel a Loren... me echaba a temblar. Y sentía ganas de

darme la patada yo misma. Desde ese momento en adelante evitaría a Loren, y si a pesar de todo me encontraba con él lo trataría como a cualquier otro profesor, lo cual significaba que no ligaría con él. El problema seguía siendo qué hacer con Erik y Heath.

Abrí la puerta de la casilla de *Perséfone* y comencé a decirle lo guapa y dulce chica que era mientras la yegua me bufaba, medio dormida, medio sorprendida, y me rozaba la cara con el hocico tras besarla yo suavemente en la nariz. Ella suspiró y se apoyó sobre tres patas mientras yo comenzaba a cepillarla.

Vale, no había modo de saber cómo iba a salir a la vez con Erik y con Heath mientras Heath no estuviera a salvo. (Y me negaba a considerar la posibilidad de que quizá él ya no estuviera a salvo nunca más o que jamás fueran a encontrarlo vivo). Comencé a acallar la charlatanería y la confusión de mi mente. En realidad no me habría hecho falta que Erik me dijera que podía encontrar a Heath. Esa era una de las muchas posibilidades que habían estado inquietándome durante toda la noche. La triste realidad era que era una cobarde y tenía miedo: miedo de lo que pudiera descubrir o de lo que pudiera no descubrir, y miedo de no ser lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a cualquiera de esas posibilidades. La muerte de Stevie Rae me había destrozado, y no estaba segura de estar en condiciones de salvar a nadie.

Pero la verdad es que no tenía alternativa.

Así que, pensando en Heath, comencé a recordar lo mono que era cuando estábamos en primaria. Por aquel entonces su pelo era mucho más rubio, y tenía millones de rizos que le caían por la frente. Solían quedársele tiesos por toda la cabeza como si fueran plumas de pato. En tercero fue cuando me dijo por primera vez que me quería y que algún día se casaría conmigo. Yo entonces estaba en segundo, así que no me lo tomé muy en serio. Quiero decir que aunque yo era casi dos años más joven que él, le sacaba casi treinta centímetros. Él era mono pero no era más que un niño que no había dado el estirón, y eso significaba que no era más que un engorro.

Vale, puede que aún fuera un engorro, pero había crecido y había ensanchado. En algún momento entre el tercero y el undécimo curso yo comencé a tomarme en serio a Heath. Recuerdo perfectamente la primera vez que me besó de verdad, recuerdo la sensación de revoloteo, la excitación que me hizo sentir. Recuerdo lo dulce que era y cómo era capaz de hacerme sentirme bella incluso aunque tuviera un terrible constipado y la nariz toda colorada. Y siempre se había portado conmigo como un caballero a la vieja usanza. Heath había estado abriéndome puertas y llevándome libros desde que él tenía nueve años.

Entonces pensé en la última vez que lo había visto. Estaba tan convencido de que estábamos hechos el uno para el otro y confiaba tanto en mí, que él mismo se había

cortado y me había ofrecido su sangre. Cerré los ojos y me incliné sobre el suave flanco de *Perséfone*, pensando en Heath y dejando que los recuerdos pasaran por delante de mis párpados cerrados como si se tratara de una película. Entonces las imágenes de nuestro pasado cesaron, y tuve una vaga sensación de oscuridad, humedad y frío, y un miedo que me agarrotaba las entrañas. Jadeé tratando de respirar, pero mantuve los ojos fuertemente cerrados. Quería concentrarme en él igual que la otra única vez en la que de algún modo había conseguido verlo en su dormitorio, pero la conexión entre nosotros en ese momento era diferente. Era menos clara, estaba más llena de emociones negativas que de deseo juguetón. Me concentré con más fuerza e hice lo que Erik me había dicho. Llamé a Heath.

En voz alta y con toda la fuerza de mi interior, grité:

—¡Heath, ven a mí! Te estoy llamando, Heath. Quiero que vengas a mí ahora. Estés donde estés, ¡sal de ahí y ven a mí!

Nada. No hubo respuesta. Ningún tipo de contestación. Ningún presentimiento excepto la humedad y el frío miedo. Lo llamé otra vez.

—¡Heath, ven a mí!

En esa ocasión sentí frustración seguida de desesperación. Pero no conseguí una imagen de él. Sabía que él no podía venir a mí, pero no lograba adivinar dónde estaba.

¿Por qué había logrado verlo con mucha más facilidad en la ocasión anterior?, ¿cómo lo había hecho? Entonces había estado pensando en Heath exactamente igual que en ese momento. Había estado pensando en...

¿En qué había estado pensando? De pronto me puse toda colorada al darme cuenta de qué era lo que me había arrastrado hacia él entonces. Yo no había estado pensando en lo mono que era de pequeño o en lo bien que me hacía sentirme. Había estado pensando en beber su sangre, en alimentarme de él, y en el deseo de sangre que eso me provocaba.

Bien, entonces...

Respiré hondo y pensé en la sangre de Heath. Sabía a deseo líquido, a deseo sexi, profundo y eléctrico. Ponía tenso todo mi cuerpo y me hacía sentirme viva en partes que antes solo habían comenzado a despertar. Y esas partes estaban sedientas. Quería beber la dulce sangre de Heath mientras él satisfacía mi deseo por sus caricias, por su cuerpo, por su sabor...

La imagen inconexa de oscuridad que había visto se aclaró tan bruscamente que fue un todo un golpe. Todo seguía oscuro, pero eso no era problema con mi visión nocturna. Al principio no comprendí lo que estaba viendo. La estancia era extraña. Era más una especie de alcoba pequeña en una cueva o en un túnel que una verdadera habitación. Las paredes eran redondas y estaban húmedas. Había algo de luz, pero era solo la que provenía de un sombrío y ahumado candil que colgaba de un gancho

oxidado. El resto estaba en la más completa oscuridad. Lo que al principio creí que era un montón de ropa sucia, de pronto se movió y gimió. Y en esa ocasión ya no fue solo como si viera a través de la hebra de un ovillo que se hubiera desgajado de mi mente: fue de hecho como si yo entera estuviera flotando. Cuando reconocí el bulto de ropa y el gemido, mi cuerpo planeó hacia él.

Él estaba acurrucado sobre un colchón sucio. Tenía las manos y los tobillos atados juntos y sangraba por varios cortes del cuello y de los brazos.

—¡Heath!

Mi voz no era audible, pero él alzó bruscamente la cabeza como si le hubiera pegado un grito.

—¿Zoey?, ¿eres tú?

Entonces abrió inmensamente los ojos y se sentó erguido, mirando a su alrededor como un loco.

—¡Sal de aquí, Zoey! ¡Están locos! ¡Te matarán como hicieron con Chris y con Brad!

Heath comenzó a luchar, tratando desesperadamente de romper la cinta adhesiva que lo ataba a pesar de que lo único que conseguía era que le sangraran más las muñecas en carne viva.

—¡Para, Heath! Tranquilo, yo estoy bien. No estoy aquí. No realmente.

Heath dejó de luchar por soltarse y miró entrecerrando los ojos a su alrededor como si tratara de verme.

—Pero te oigo.

—Dentro de tu cabeza: es ahí donde me oyes, Heath. Es porque hemos conectado, y ahora estamos unidos.

Sorprendentemente, Heath sonrió.

—¡Cómo mola, Zo!

Puse los ojos en blanco. En sentido figurado.

—Vale, Heath, concéntrate. ¿Dónde estás?

—No vas a creerlo, Zo, pero estoy debajo de Tulsa.

—¿Qué quieres decir, Heath?

—¿Te acuerdas de las clases de historia de Shaddox? Nos habló de los túneles que se habían excavado por debajo de la ciudad en los años veinte por la historia esa del alcohol.

—La prohibición —dije yo.

—Sí, eso. Pues estoy en uno de esos túneles.

Por un momento no supe qué decir. Recordaba vagamente haber oído hablar de los túneles en la clase de historia, pero estaba atónita ante el hecho de que Heath, que jamás había sido exactamente un estudiante excelente, pudiera recordarlo.

Pero igual si se hubiera percatado de mi vacilación, Heath sonrió y añadió:

—Se trataba del contrabando de alcohol, me pareció un tema muy molón.

Totalmente asombrada, yo contesté:

—Bueno, dime cómo llegar allí, Heath.

Él sacudió la cabeza y esbozó una expresión de cabezonería que me resultaba muy familiar.

—Imposible, te matarían. Ve y cuéntaselo a los polis y oblígales a que manden a un equipo de los SWAT o algo así.

Eso era exactamente lo que quería hacer. Quería sacarme la tarjeta del detective Marx del bolsillo, llamarlo y conseguir que él solucionara aquel enrevesado día.

Pero por desgracia, no podía.

—¿A quiénes te refieres con eso de «ellos»? —pregunté yo.

—¿Cómo?

—La gente que te ha secuestrado, ¿quiénes son?

—No son gente, y no son vampiros a pesar de que beben sangre, pero no son como tú, Zo. Son... —Heath hizo una pausa. Estaba temblando—. Son otra cosa. Un error.

—¿Han estado bebiendo tu sangre?

La idea me puso tan furiosa que me costó un inmenso trabajo controlar mis emociones. Quería descargar mi ira contra quien fuera y gritarle que Heath me pertenecía a mí. Me obligué a respirar hondo varias veces para tranquilizarme mientras él respondía:

—Sí, se la han bebido, pero se han quejado mucho de ella. Dicen que mi sangre no sabe bien. Creo que esa es la única razón por la que sigo vivo —explicó Heath, que de pronto tragó fuerte y se puso más pálido aún—. No es como cuando tú bebiste mi sangre, Zo. Eso me gustó. Lo que hacen ellos es... desagradable. Ellos son desagradables.

—¿Cuántos son? —pregunté yo, apretando los dientes.

—No estoy muy seguro. Aquí está todo muy oscuro, y siempre vienen en grupos, apiñados los unos contra los otros como si tuvieran miedo de estar solos. Bueno, excepto tres de ellos. Uno se llama Elliot, otro Venus, lo cual es de lo más extraño, y el otro se llama Stevie Rae.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Stevie Rae tiene el pelo corto, rubio y rizado?

—Sí, y es la que está al mando.

Heath acababa de justificar todos mis miedos. No podía llamar a la policía.

—Bien, Heath, voy a sacarte de allí. Dime cómo encontrar el túnel.

—¿Vas a ir a buscar a la policía?

—Sí —mentí yo.

—No, estás mintiendo.

—¡No estoy mintiendo!

—Zo, sé cuándo mientes. Lo siento. Es por eso de que estamos conectados —sonrió Heath.

—Heath, no puedo llamar a la policía.

—Pues no te digo dónde estoy.

Entonces se oyó un eco proveniente del fondo de uno de los túneles. Parecía el sonido de un movimiento rápido y ligero, y me recordó al ruido que hacían las ratas en los experimentos del laboratorio de ciencias, cuando se apresuraban por los laberintos que construíamos en clase de biología. La sonrisa de Heath desapareció al instante, igual que el color que le había vuelto a las mejillas mientras hablábamos.

—Heath, no tenemos tiempo para esto —aseguré yo mientras lo veía comenzar a sacudir la cabeza en una negativa—. ¡Escúchame! Tengo poderes especiales. Esas... —vacilé porque no sabía muy bien cómo llamar a ese grupo de criaturas que de alguna manera incluía a mi mejor amiga—. Esas cosas no van a poder hacerme daño.

Heath no dijo nada, pero tampoco pareció convencido y los ruidos de ratas eran cada vez más y más fuertes.

—Has dicho que sabes cuándo miento a causa de nuestra conexión, y eso es verdad en los dos sentidos. Eres capaz de distinguir cuándo lo que digo es verdad —dije yo. Heath parecía a punto de ponerse a discutir y parlotear, así que me adelanté y continué—: Concéntrate. Dijiste que recordabas algo de la noche en la que me encontraste en Philbrook. Yo te salvé esa noche, Heath. No la poli. Ni ningún vampiro adulto. Te salvé, y puedo volver a hacerlo —repetí, contenta de escuchar mucha más seguridad en mi voz de la que realmente sentía—. Dime dónde estás.

Heath se quedó pensativo un momento, y yo ya estaba dispuesta a gritarle (otra vez) cuando al fin él contestó:

—¿Sabes la vieja estación de trenes del centro de la ciudad?

—Sí, la que se ve desde el Centro de Artes Interpretativas al que fuimos a ver *El fantasma de la Ópera* por mi cumpleaños el año pasado, ¿no?

—Sí, esa. Pues estoy debajo de esa estación. Me bajaron por una especie de puerta de barrotes. Está vieja y oxidada, pero se puede abrir. El túnel comienza a partir de las rejillas de las alcantarillas que hay allí.

—Bien, entonces...

—Espera, eso no es todo. Hay muchos túneles. Son más bien como cuevas. Y no son tan molonas como yo me imaginé cuando estábamos en clase de historia. Están oscuras y húmedas, son desagradables. Elige una a la derecha, y luego sigue siempre torciendo a la derecha. Estoy al final de uno de esos túneles.

—Bien, iré en cuanto pueda.

—Ten cuidado, Zo.

—Lo tendré. Y tú mantente a salvo.

—Eso procuraré —contestó Heath. Entonces se oyeron siseos además de los ruidos de movimientos apresurados—. Pero creo que deberías darte prisa.



Abrí los ojos y estaba de vuelta en el box de *Perséfone*. Respiraba trabajosamente y sudaba, y la yegua me rozaba con el hocico y hacía ruiditos suaves como de preocupación. Me temblaron las manos al acariciarle la cabeza y la mandíbula, mientras le decía que todo saldría bien. Porque estaba segura de que no sería así.

La vieja estación del centro de la ciudad estaba a unos diez o doce kilómetros, en un lugar oscuro y poco frecuentado, bajo un enorme y tenebroso puente que conectaba una parte de Tulsa con la otra. Antes ese puente tenía siempre mucho tráfico, con trenes de mercancías y de pasajeros que iban y venían sin parar, pero durante las dos últimas décadas los trenes de pasajeros habían dejado de circular por allí (lo sé porque mi abuela quiso llevarme de viaje en tren al cumplir los trece años, pero tuvimos que ir conduciendo hasta la ciudad de Oklahoma para cogerlo allí) y los trenes de mercancías también habían reducido su número. En circunstancias normales, llegar allí desde la Casa de la Noche no habría supuesto más que unos pocos minutos.

Pero aquella noche yo no me enfrentaba a circunstancias normales.

Según las noticias de las diez las calles estaban intransitables, y eso se refería a... miré el reloj y parpadeé sorprendida: se refería a hacía ya un par de horas. No podía ir conduciendo. Siempre podía caminar, pero tenía demasiada prisa como para que esa fuera una buena opción.

—Ve a caballo.

Perséfone y yo nos asustamos al oír la voz de Aphrodite. Ella estaba apoyada contra la puerta del box del caballo y parecía pálida y seria.

—Tienes un aspecto horrible —dije yo.

—Las visiones apestan —contestó ella casi sonriendo.

—¿Has visto a Heath? —me apresuré a preguntar con el estómago de nuevo agarrotado.

Aphrodite no tenía visiones de felicidad y luz. Veía muerte y destrucción. Siempre.

—Sí.

—¿Y?

—Y si no te subes a ese caballo y mueves el culo adonde quiera que esté, Heath va a morir —contestó Aphrodite haciendo una pausa y mirándome a los ojos—. Es decir, eso si me crees.

—Te creo —afirmé yo sin vacilar.

—Entonces lárgate con viento fresco.

Aphrodite entró en el box y me tendió las bridas que yo ni siquiera había visto que estuviera sosteniendo. Mientras yo se las ponía a *Perséfone*, ella desapareció para volver minutos después con una silla de montar y una manta. En silencio le colocamos las guarniciones a *Perséfone*, que parecía notar la tensión del ambiente porque se quedó quieta por completo. Cuando la yegua estuvo lista, la saqué del box.

—Llama primero a tus amigos —aconsejó Aphrodite.

—¿Cómo?

—No puedes vencer tú sola a esas cosas.

—¿Pero cómo van a venir conmigo?

Me dolía el estómago, tenía tanto miedo que me temblaban las manos y hasta me costaba comprender lo que decía Aphrodite.

—Ellos no pueden ir contigo, pero a pesar de todo sí pueden ayudarte.

—Aphrodite, no tengo tiempo para adivinanzas. ¿A qué demonios te refieres?

—¡Mierda, no lo sé! —exclamó ella con tanta frustración, aparentemente, como la que sentía yo—. Yo solo sé que ellos pueden ayudarte.

Abrí el móvil y, siguiendo el instinto de mis entrañas y rezando en silencio una oración a Nyx para que fuera mi guía, marqué el número de Shaunee. Ella contestó inmediatamente.

—¿Qué ocurre, Z?

—Necesito que Erin, Damien y tú vayáis a algún sitio juntos y llaméis a vuestros elementos igual que lo hicisteis por Stevie Rae.

—Bien, no hay problema. ¿Vas a encontrarte con nosotros?

—No, voy a ir a salvar a Heath.

Tengo que reconocer en honor de Shaunee que solo vaciló un segundo o dos después de esa contestación, y luego dijo:

—Bien, ¿qué podemos hacer nosotros?

—Simplemente estar juntos, manifestar vuestros elementos y pensar en mí.

Comenzaba a manejar a la perfección eso de mostrar calma cuando creía que mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Zoey, ten cuidado.

—Lo tendré. Tranquila.

Sí, yo me preocupaba ya lo suficiente por las dos.

—A Erik no le va a gustar.

—Lo sé. Dile... dile... que yo... eh... hablaré con él cuando vuelva.

No tenía ni idea de qué le iba a decir.

—Bien, se lo diré.

—Gracias, Shaunee. Hasta luego —me despedí, cerrando el teléfono. Luego me volví hacia Aphrodite—. ¿Qué son esas criaturas?

—No lo sé.

—¿Pero las has visto en tu visión?

—Sí, pero hoy ha sido la segunda vez que las veo en una visión. La primera vez las vi matar a los otros dos chicos —dijo Aphrodite, retirándose un espeso mechón de pelo rubio de la cara.

Yo me cabreé al instante.

—¿Y no dijiste nada porque solo eran humanos y no merecía la pena salvarlos, quizá?

Los ojos de Aphrodite brillaron de indignación.

—¡Se lo dije a Neferet! ¡Se lo conté todo: lo de los adolescentes humanos, lo de esas cosas, todo! Y entonces fue cuando ella empezó a decir que mis visiones eran falsas.

Yo sabía que ella estaba diciendo la verdad exactamente igual que comenzaba a intuir que había algo oscuro en Neferet.

—Lo siento, no lo sabía —me disculpé escuetamente.

—No importa —dijo ella—. Vete, o tu novio morirá.

—Ex novio —la corregí yo.

—Vale otra vez, lo que tú digas. Venga, te echo una mano.

Dejé que Aphrodite me aupara para subir al caballo, y entonces ella añadió:

—Toma, llévate esto. —Aphrodite me tendió una manta gorda escocesa de las de los caballos y, antes de que yo pudiera protestar, dijo—: No es para ti, es a él a quien le hará falta.

Me envolví en la manta y por unos segundos disfruté de su olor terrestre a caballo. Luego seguí a Aphrodite a las puertas traseras del establo que ella abrió. Nieve y un aire helado entraron volando como pequeños tornados, haciéndome temblar. Aunque supongo que más bien temblaba por los nervios y la aprensión que por el frío.

—Stevie Rae es uno de ellos —dijo Aphrodite.

Yo bajé la cabeza para mirarla, pero ella tenía la vista fija en la noche.

—Lo sé.

—Ella ya no es como era antes.

—Lo sé —repetí yo, a pesar de que decir esas palabras en voz alta me hacía daño—. Gracias por todo, Aphrodite.

Entonces ella alzó la vista hacia mí, pero la expresión de su rostro no había cambiado y me resultaba indescifrable.

—No empieces a comportarte como si fuéramos amigas o algo así.

—Jamás se me ocurriría —contesté yo.

—Quiero decir que no somos amigas.

—No, sin duda no lo somos —corroboré yo mientras observaba cómo ella trataba de reprimir una sonrisa.

—Mientras eso quede claro —continuó Aphrodite—. ¡Ah!, y recuerda llamar al silencio y a la oscuridad a tu alrededor para que a los humanos les cueste trabajo verte de camino hacia allí. No tienes tiempo que perder.

—Lo haré. Gracias por recordármelo.

—Bien, pues, buena suerte —dijo Aphrodite.

Yo agarré las riendas, respiré hondo y después apreté los muslos y chasquéé la lengua para ordenarle a *Perséfone* que echara a caminar.

Entonces entré en un misterioso mundo que estaba hecho de blanca oscuridad. Sin duda «mundo blanco» sería una buena descripción. En él la nieve ya no eran los grandes y simpáticos copos, sino pedazos pequeños y cortantes de hielo como cuchillas. El viento soplaba constantemente, sin altibajos, haciendo rebosar la nieve por los bordes. Tiré de la manta para taparme la cabeza y protegerme y me incliné hacia delante, golpeando con los tobillos a *Perséfone* para indicarle que trotara. Deprisa, me gritaba mi mente. Heath me necesitaba con urgencia.

Acorté por el aparcamiento y la parte trasera de los terrenos de la escuela. Los pocos coches que quedaban estaban cubiertos de nieve, y las lámparas de gas parpadeantes que los alumbraban por detrás los hacían parecer moscas pegadas a una puerta. Apreté el botón que abría la verja desde el interior. Quería abrirla bien, pero la nieve acumulada lo impedía y *Perséfone* y yo tuvimos que estrujarnos para salir. Hice girar a la yegua hacia la derecha y me quedé un momento a cubierto, bajo los robles que rodeaban los terrenos de la escuela.

—Estamos en silencio... fantasmas... nadie puede vernos. Nadie puede oírnos —murmuré contra el viento que no dejaba de soplar, quedándome de piedra cuando inmediatamente todo se quedó quieto. Entonces se me ocurrió continuar—: Viento, mantén la calma a mi alrededor. Fuego, caliéntame el camino. Agua, para la nieve a mi paso. Tierra, cobíjame cuanto puedas. Y tú, espíritu, ayúdame a no ceder al miedo.

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando vi un pequeño destello de energía a mi alrededor. *Perséfone* bufó y se resbaló ligeramente a un lado, y al moverse fue como si una pequeña burbuja de serenidad se moviera con ella. No, la tormenta de nieve no había parado y la noche seguía helada y aterradoramente extraña, pero yo me sentía rebosante de calma y protegida por los elementos. Incliné la cabeza y susurré:

—Gracias, Nyx, por estos grandes dones que me has concedido.

Y luego, en silencio, añadí que esperaba ser merecedora de ellos.

—Vamos a rescatar a Heath —le dije a *Perséfone*.

La yegua se lanzó sin problemas a ejercitar su larga zancada a medio galope, y yo me quedé atónita al ver cómo la nieve y el hielo parecían echarse atrás para evitar sus cascos mientras volábamos por la noche bajo la atenta mirada de la Diosa que, en sí misma, era la noche personificada.

El trayecto fue sorprendentemente breve. Bajamos toda la calle Utica hasta llegar a la entrada de la autopista de circunvalación de Broken Arrow. Habían levantado barricadas con luces intermitentes para advertir de que la autopista estaba cerrada al tráfico. Sonreí mientras guiaba a *Perséfone* para que rodeara la barricada y entrara por la autopista desierta. Entonces dejé que la yegua me llevara y ella galopó hasta el centro de la ciudad. Yo me aferré a ella y me incliné sobre su cuello. Supuse que parecería la heroína de una novela romántica clásica, montada a caballo con la manta revoloteando a mi espalda, y entonces deseé galopar en dirección a una gran fiesta muy picante, con alguien montado a la grupa a quien mi regio padre consideraba inapropiado, en lugar de dirigirme directamente al infierno.

Conduje a *Perséfone* a la salida que nos llevaría al Centro de Artes Interpretativas y a la vieja estación que había más allá. No había visto a nadie en el trayecto desde la escuela hasta la autopista de circunvalación, pero en ese momento sí vi algún que otro peatón arrastrando los pies hasta la estación de autobuses y unos pocos coches de policía aquí y allá. *Estamos en silencio... fantasmas... nadie puede vernos*, rezaba yo mentalmente una y otra vez. Nadie volvió la vista siquiera en nuestra dirección. Era como si me hubiera convertido realmente en un fantasma, idea que en el fondo no me hacía ninguna gracia.

Obligué a *Perséfone* a reducir la velocidad al pasar por el Centro de Artes Interpretativas y a trotar al llegar al ancho puente en el que se entrecruzaba una maraña de raíles ferroviarios. Detuve a la yegua en el centro del puente y miré hacia abajo, hacia la estación abandonada en media de la oscuridad y el silencio. Gracias al señor Brown, mi antiguo profesor de arte del instituto South Intermediate High School, sabía que el edificio de la estación había sido una preciosa construcción de estilo Art Deco que había sido primero abandonada y luego saqueada cuando los trenes dejaron de circular por allí. En ese momento y con ese aspecto, la estación hubiera debido de estar en la ciudad de Gotham de los cómics de Batman de *El caballero oscuro*. (Sí, lo sé, soy una idiota). Tenía esas enormes ventanas con arcos de medio punto que me recuerdan a las dentaduras entre dos torres y que parecen perfectos y espeluznantes castillos embrujados.

—Y tenemos que bajar ahí —le dije a *Perséfone*.

La yegua respiraba trabajosamente después de galopar, pero no parecía muy preocupada, lo cual yo esperaba que fuera buena señal. Ya sabes: se supone que los animales son capaces de sentir las cosas malas y todo eso.

Terminamos de pasar por el puente y enseguida vi la pequeña y destartalada carretera que llevaba a la estación. El camino estaba oscuro. Muy oscuro. Eso no hubiera debido de preocuparme con mi excelente visión nocturna de iniciada, pero me preocupó. La verdad era que estaba muerta de miedo mientras *Perséfone* se acercaba al edificio, pero la hice rodearlo para buscar la entrada a la planta sótano

que me había descrito Heath.

No me costó demasiado encontrar la puerta de rejilla de hierro oxidada con aspecto de barrera infranqueable. No me permití el lujo de vacilar ni de pensar en lo asustada que estaba. Me bajé de la yegua y la guié hasta la entrada de la estación para ponerla a cubierto y protegerla del viento y la nieve. Até las riendas a un chisme metálico, le eché la manta sobre el lomo y me pasé un buen rato dándole palmaditas y diciéndole lo valiente y buena chica que era y lo pronto que volvería yo. En relación a eso último, solo trataba de conseguir que la profecía se hiciera realidad a base de repetirla. Alejarme de *Perséfone* fue duro. Supongo que hasta ese momento no me había dado cuenta de lo reconfortante que era su presencia. No me habría venido nada mal un poco más de esa seguridad mientras permanecía de pie, mirando los barrotes de la puerta y entrecerrando los ojos para tratar de ver más allá, en la oscuridad.

Pero no pude ver nada excepto la forma imprecisa de una enorme cavidad: el sótano del espeluznante y desgraciadamente no abandonado edificio. Genial. Y Heath estaba ahí abajo, recordé mientras agarraba los barrotes y tiraba. La puerta se abrió fácilmente, lo cual tomé por una prueba de la frecuencia con la que debía usarse. Una vez más, genial.

El sótano no era tan terrible como yo me lo había imaginado. En realidad era un semisótano, porque se filtraban hilos de débil luz por los barrotes de las ventanas que quedaban justo al nivel del suelo, y era evidente que los pobres sintecho debían haberlo utilizado. De hecho había un montón de cosas abandonadas allí: cajas grandes de cartón, mantas sucias e incluso un carrito de supermercado (quién sabe cómo se las habían ingeniado para meterlo allí). Pero, por extraño que parezca, no había ningún mendigo sintecho esa noche. Era como la ciudad fantasma de los sintecho, lo cual resultaba doblemente extraño considerando el tiempo que hacía. ¿No sería esa la noche perfecta para retirarse al abrigo de aquel comparativamente cálido semisótano, en lugar de tratar de buscar un lugar caliente y seco por las calles? Y llevaba días nevando. Así que, siendo un poco realistas, para empezar aquel lugar hubiera debido de estar abarrotado con todos los sintecho que habían dejado allí sus cosas.

Pero, por supuesto, si había criaturas infernales utilizando el semisótano, la deserción de los sintecho tenía ya mucho más sentido.

No debía pensar en ello, me dije. Lo que tenía que hacer era buscar la maldita rejilla del alcantarillado y después a Heath.

No me costó trabajo encontrar la rejilla. Simplemente me dirigí hacia el rincón más oscuro y más sucio de aquel semisótano, e inmediatamente encontré en el suelo la rejilla de metal. Sí. Justo en el rincón. En el suelo. Nunca jamás, ni en un millón de años, habría considerado siquiera la posibilidad de tocar aquella cosa tan desagradable, y menos aún de levantarla y bajar por ahí.

Pero, naturalmente, eso fue justo lo que hice.

La rejilla se levantó tan fácilmente como se había abierto la puerta de barrotes del exterior, recordándome (una vez más) que no era la única persona/iniciado/humano/criatura que pasaba por allí últimamente. Había una escalera de hierro por la que tuve que bajar probablemente unos tres metros y pico. Entonces llegué al suelo del túnel. Y eso es lo que era exactamente: un enorme y húmedo túnel de alcantarilla. Ah, y además estaba oscuro. Pero que muy oscuro. Me quedé ahí de pie mientras mi visión nocturna se iba acostumbrando a aquella densa oscuridad, pero no pude permanecer allí mucho tiempo. La necesidad de encontrar a Heath era para mí como el picor de un mosquito. Me alentaba a seguir.

—Tuerce siempre a la derecha —susurré.

Entonces me callé porque hasta ese ligero murmullo producía eco a mi alrededor. Giré a la derecha y comencé a caminar lo más rápido posible.

Heath tenía razón. Había muchos túneles. Se dividían una y otra y otra vez como las madrigueras de gusanos bajo tierra. Al principio vi más pruebas de que por allí había habido personas sin hogar, pero después de girar varias veces a la derecha ya no hubo más cajas ni más basura tirada ni más mantas. No había nada excepto humedad y oscuridad. Los túneles habían dejado de ser grandes, redondeados y lisos, tal y como yo imaginaba un túnel civilizado y bien hecho, para pasar a convertirse en una absoluta mierda. Las paredes parecían haber sido construidas por enanos de Tolkien muy borrachos (y soy consciente otra vez de lo tonta que soy). Y además hacía frío, aunque yo realmente no lo sentía.

Seguí torciendo a la derecha, esperando que Heath supiera de qué estaba hablando. Pensé en detenerme el suficiente rato como para concentrarme en su sangre de modo que la conexión que nos unía pudiera volver a ayudarme, pero sentía una necesidad tan urgente de encontrarlo, que no podía parar. ¡Tenía que encontrar a Heath!

Los olí antes de oír los siseos y los movimientos apresurados y antes de hecho de verlos. Era el mismo olor a rancio, a viejo, el mismo olor repugnante que notaba cada vez que veía a alguno de ellos junto al muro. Entonces me di cuenta de que era el olor de la muerte, y me pregunté cómo no lo había reconocido antes.

La completa oscuridad a la que ya me había acostumbrado dio paso a una débil y parpadeante luz. Me detuve para concentrarme. Podía hacerlo, me dije. Yo había sido elegida por la Diosa. Y le había dado una patada en el culo al fantasma de un vampiro. Aquello era algo de lo que yo me podía encargar.

Yo seguía tratando de «concentrarme» (o sea, de convencerme a mí misma de que debía ser valiente) cuando Heath gritó. Y entonces ya no quedó tiempo para concentrarse o para charlas conmigo misma. Corrí en la dirección del grito. Vale, probablemente debería explicar que los vampiros son más fuertes y más rápidos que

los humanos, y aunque yo no soy aún más que una iniciada, soy una iniciada muy especial. Así que cuando digo que corrí, quiero decir que en serio me moví muy deprisa. Deprisa y en silencio. Los encontré en cuestión de segundos. O segundos debían ser, pero a mí se me hicieron horas. Estaban en una pequeña caverna al final de un tosco túnel. El candil que había visto con anterioridad colgaba de un gancho oxidado, arrojando grotescamente sombras contra las rústicas paredes. Habían formado un medio círculo alrededor de Heath. Él estaba de pie sobre el colchón sucio con la espalda contra la pared. De algún modo había conseguido soltarse la cinta adhesiva de los tobillos, pero seguía teniendo las muñecas bien atadas juntas. Tenía un nuevo corte en el brazo derecho y la fragancia de su sangre era penetrante y seductora.

Y esa fue la última provocación. Heath me pertenecía a pesar de mi confusión sobre el tema de la sangre y a pesar también de mis sentimientos por Erik. Heath era mío y nadie se alimentaría nunca, nunca jamás, de alguien que era mío.

Me lancé sobre el círculo de criaturas balbuceantes como si yo fuera una bola de jugar a los bolos y ellos fueran los estúpidos bolos sin cerebro, y enseguida me coloqué al lado de Heath.

—¡Zo! —exclamó Heath, que pareció delirantemente feliz por una décima de segundo, pero luego, como todos los tíos, trató de empujarme y meterme detrás de él—. ¡Cuidado! Tienen los dientes y las uñas muy afilados ¿De verdad no te has traído a los SWAT? —preguntó en un susurro.

Fue fácil evitar que me empujara a ninguna parte. Quiero decir que es un chico mono y todo eso, pero no es más que un humano. Golpeé sus manos atadas por donde se aferraba a mi brazo y le sonreí, y con un solo tajo de la uña corté la cinta adhesiva gris que le ataba las muñecas. Él abrió los ojos sorprendido y separó las manos.

Yo le sonreí. Ya no tenía miedo. En ese momento lo que realmente estaba era cabreada.

—Lo que he traído es mejor que un equipo de los SWAT. Tú quédate detrás de mí y observa.

Empujé a Heath contra la pared y di un paso adelante mientras me giraba de frente hacia el círculo de...

¡Joder! Eran las cosas más desagradables que había visto nunca. Habría probablemente una docena de ellos o así. Tenían los rostros pálidos y demacrados. Sus ojos brillaban con un rojo sucio. Gruñían y siseaban en mi dirección, y yo vi que tenían los dientes y las uñas salientes. ¡Puaj! Tenían las uñas largas y amarillas, con un aspecto peligroso.

—*Esss sssolo* una iniciada —siseó uno de ellos—. La marca no hace de ella un vampiro. *Ess sssolo* un bicho raro.

—¡Elliot! —exclamé yo al reconocer al que hablaba.

—Lo era. Ya no ssoy el Elliot que tú *conocissste* —dijo el monstruo con cabeza de serpiente, balanceándola de un lado a otro mientras hablaba. Entonces sus ojos brillantes se apagaron y sus labios se curvaron—. Te *demosstraré* a qué me refiero...

Comenzó a acercarse a mí con salvajes zancadas, agazapado. Las otras criaturas se revolvieron, envalentonándose detrás de él.

—¡Cuidado, Zo, vienen a por nosotros! —exclamó Heath, tratando de adelantarme para cubrirme.

—No, no vienen a por nosotros —dije yo. Entonces cerré los ojos solo por un segundo y me concentré. Pensé en el poder y el calor de las llamas y en la forma en que podían limpiar al tiempo que destruir, y pensé en Shaunee—. ¡Venid a mí, llamas!

Sentí que las palmas de mis manos se calentaban. Abrí los ojos y alcé las manos, que en ese momento brillaban ya con una llama amarilla.

—¡Atrás, Elliot! Eras un gilipollas cuando estabas vivo, y la muerte no ha cambiado en nada eso.

Elliot se echó atrás ante la luz de mis manos. Yo di un paso adelante, lista para decirle a Heath que me siguiera de modo que pudiéramos salir disparados de allí, pero entonces la voz de ella me heló.

—Te equivocas, Zoey. La muerte sí ha cambiado algunas cosas.

La multitud de criaturas se echó a los lados y Stevie Rae se adelantó.



Las llamas de las palmas de mis manos chisporrotearon y se desvanecieron al perder la concentración con el susto.

—¡Stevie Rae! —exclamé yo.

Iba a dar un paso hacia ella, pero su aspecto me sobresaltó, me paralizó y me heló. Era terrible: peor de lo que yo había visto en mi sueño o visión. Y no tanto por su palidez o su delgadez o por el terrible mal olor que la impregnaba y que la hacía parecer tan cambiada, sino por su expresión. En vida, Stevie Rae había sido la persona más amable que jamás hubiera conocido. Pero en ese momento y fuera lo que fuera, estuviera muerta o no o fuera una extraña criatura resucitada, lo cierto es que era otra. Sus ojos eran crueles y carecían de expresión. Su rostro estaba falto de toda emoción excepto de una: odio.

—Stevie Rae, ¿qué te ha ocurrido?

—He muerto.

Su voz era solo una sombra retorcida, malformada y triste de lo que había sido. Seguía teniendo el acento *okie*, pero la suave dulzura de su entonación había desaparecido por completo. Sonaba más bien a mierda malévolas.

—¿Eres un fantasma?

—¿Un fantasma? —repitió, soltando una risita—. No, no soy un maldito fantasma.

Yo tragué y sentí una vertiginosa punzada de esperanza.

—Entonces, ¿estás viva?

Stevie Rae curvó los labios y esbozó una sonrisa sarcástica que me pareció tan poco propia de ella que me puse enferma.

—Tú dirías que estoy viva, pero yo diría que no es tan simple. Pero claro, ya no soy tan simple como lo era antes.

Bueno, al menos no me había siseado a la cara como esa cosa de Elliot. Stevie Rae estaba viva. Yo me aferré a ese milagro, me tragué mi miedo y mi repulsión y me moví tan deprisa que ella no tuvo tiempo de apartarse (o de mordirme o de lo que fuera). La agarré y, haciendo caso omiso del terrible hedor que emanaba, la abracé con fuerza.

—¡Estoy tan contenta de que no estés muerta! —le susurré.

Era como abrazar a un apestoso pedazo de roca. Ella no se apartó de mí. Ni me mordió. No reaccionó en absoluto, pero las criaturas de nuestro alrededor sí. Pude oírlas sisear y musitar que la soltara y que diera un paso atrás.

—No vuelvas a tocarme —dijo ella.

—Stevie Rae, ¿hay algún sitio al que podamos ir a hablar? Tengo que llevar a Heath a casa, pero puedo volver y quedar contigo. O quizá tú podrías volver a la escuela conmigo, ¿no?

—No comprendes nada, ¿verdad?

—Comprendo que te ha ocurrido algo malo, pero sigues siendo mi mejor amiga, así que podemos solucionarlo.

—Zoey, tú no vas a ninguna parte.

—Bien —dije yo, fingiendo a propósito que malinterpretaba su amenaza—, supongo que podemos hablar aquí, pero, bueno... —continué, mirando a mi alrededor hacia aquellas criaturas que no dejaban de sisear—, no es un lugar muy íntimo, y además es un poco desagradable.

—¡Pero *mátalossss* ya! —gritó Elliot desde detrás de Stevie Rae.

—¡Cállate, Elliot! —soltamos Stevie Rae y yo a la vez.

Nuestras miradas se encontraron entonces y juro que vi algo más en sus ojos que ira o crueldad.

—Tú *sssabesss* que ahora que *nosss* han *visssto* ya no pueden vivir —dijo Elliot.

Las otras criaturas se movieron inquietas, haciendo malévolos ruiditos de asentimiento.

Entonces una chica se adelantó de entre el montón de criaturas. Era evidente que había sido muy guapa. Incluso entonces tenía un extraño y surrealista atractivo. Era alta y rubia, y se movía con más gracia que los demás. Pero luego la miré a los ojos rojos y vi solo maldad.

—Si tú no puedes hacerlo, lo haré yo. Primero tomaré al hombre. No me importa que su sangre haya sido teñida por la conexión. Sigue estando caliente y viva —dijo ella que, acto seguido, pareció bailar en dirección a Heath.

Yo me coloqué delante de él, bloqueándole el paso.

—Tócalo, y te mato. Otra vez.

Stevie Rae interrumpió su risita.

—Vuelve con los otros, Venus. Tú no darás ningún golpe hasta que yo te lo diga.

Venus. El nombre despertó mis recuerdos.

—¿Venus Davis? —pregunté yo.

La guapa rubia entrecerró los ojos y me miró.

—¿Y cómo es que tú sabes mi nombre, iniciada?

—Ella sabe muchas cosas —dijo Heath, dando un paso por delante de mí. Heath hablaba con ese tono de voz que yo llamaba «de futbolista». Sonaba a tipo duro, cabreado y absolutamente preparado para la pelea—. Y estoy más que harto de todos vosotros, jodidas criaturas.

—¿Por qué está «eso» hablando? —soltó entonces Stevie Rae.

Yo suspiré y giré los ojos en sus órbitas. Estaba de acuerdo con Heath: yo también

estaba absolutamente harta de aquellas criaturas tenebrosas y extrañas. Había llegado el momento de salir de allí, y también era hora de que mi mejor amiga comenzara a comportarse como la persona que yo había vislumbrado por un segundo en sus ojos.

—Él no es «eso», es Heath. ¿No te acuerdas, Stevie Rae? Mi ex novio.

—Zo, yo no soy tu ex novio. Soy tu novio.

—Heath, ya te he dicho que lo nuestro no puede funcionar.

—Vamos, Zo, estamos conectados. Eso quiere decir que estamos hechos el uno para el otro, preciosa —sonrió Heath en dirección a mí como si estuviéramos en medio de un baile de fin de curso, en lugar de en medio de un grupo de criaturas no muertas que querían comernos vivos.

—Eso fue un accidente, y tendremos que hablar de ello, pero desde luego este no es el mejor momento.

—Oh, Zo, tú sabes que me quieres —insistió Heath, cuya sonrisa no se desvaneció ni un ápice.

—Heath, eres el tipo más cabezota que he conocido jamás —dije yo. Él me guiñó un ojo, y yo no pude evitar devolverle la sonrisa—. Bueno, te quiero.

—¿Qué *esssstá* ocurriendo...? —siseó la repulsiva criatura Elliot.

El resto de las cosas horribles que nos rodeaban se movieron sin descanso, y Venus se acercó un paso hacia Heath. Yo me esforcé por no temblar ni gritar ni nada de eso. En lugar de ello, una extraña calma me invadió. Miré a Stevie Rae, y de pronto supe lo que tenía que decir. Puse los brazos en jarras y me encaré con ella.

—Díselo —dije yo—. Díselo a todos.

—¿Decirles qué? —preguntó Stevie Rae, entrecerrando peligrosamente los ojos de color granate.

—Diles lo que está ocurriendo. Tú lo sabes. Sé que tú lo sabes.

El rostro de Stevie Rae se retorció, y las palabras que dijo a continuación sonaron como si alguien se las hubiera arrancado de la garganta.

—¡Es la humanidad! Están mostrando su humanidad.

Las criaturas gruñeron exactamente igual que si ella acabara de arrojarles agua bendita (y, por favor, ese también es un estereotipo sobre los vampiros).

—¡Es debilidad! Por eso es por lo que nosotros somos más fuertes que ellos —dijo Venus, curvando repulsivamente los labios—. Porque es una debilidad que nosotros ya no tenemos.

Yo hice caso omiso de Venus. Y de Elliot. Joder, hice caso omiso de todos ellos y me quedé mirando a Stevie Rae, obligándola a mirarme a los ojos y obligándome a mí misma a no apartar la vista ni vacilar cuando los de ella comenzaron a brillar rojos y ardientes.

—¡Chorradas! —exclamé yo.

—Ella tiene razón —dijo Stevie Rae con voz fría y malévola—. Al morir, murió

nuestra humanidad.

—Puede que eso sea cierto para ellos, pero no creo que sea cierto para ti —dije yo.

—Tú no sabes nada de esto, Zoey —dijo Stevie Rae.

—Ni falta que hace. Te conozco, y conozco a nuestra Diosa, y eso es todo lo que necesito saber.

—Ella ya no es mi Diosa.

—¿En serio?, ¿y tu mamá ya no es tampoco tu mamá?

Supé que le había dado en su punto débil cuando la vi sacudirse bruscamente como si sintiera un dolor físico.

—Yo no tengo mamá. Ya no soy humana.

—¡Menudo jodido descubrimiento! Técnicamente, yo tampoco soy humana ya. Estoy en algún punto en medio del cambio, lo cual hace de mí un poco de aquello y un mucho de lo otro. ¡Dios!, el único aquí que todavía es humano es Heath.

—Y no es que yo vaya a esgrimir vuestra *ahumanidad* contra vosotros, chicos —advirtió Heath.

Yo suspiré.

—Heath, *ahumanidad* no es una palabra. Se dice inhumanidad.

—Zo, no soy tonto. Lo sé. Solo estaba acuñando una palabra.

—¿Acuñando? —repetí yo.

¿Había dicho realmente eso?

Heath asintió.

—He aprendido esa palabra en la clase de inglés de Dickinson. Tiene que ver con... —explicó Heath, haciendo una pausa. Juro que las criaturas lo escuchaban expectantes—... con la poesía.

A pesar de nuestra terrible situación, no pude evitar echarme a reír.

—Heath, ¿en serio has estado estudiando?

—Ya te digo —contestó Heath con una sonrisa absolutamente adorable.

—¡Ya basta! —gritó Stevie Rae, cuya voz rebotó contra las paredes del túnel, provocando eco—. Estoy harta de esto —añadió. Stevie Rae se giró de espaldas a Heath y a mí y, haciendo caso omiso de nosotros, continuó—: Nos han visto. Saben demasiado. Tienen que morir. ¡Matadlos!

Y, acto seguido, se marchó.

En esa ocasión Heath no trató de dar un paso adelante para cubrirme. En lugar de ello se giró y, pillándome por completo por sorpresa, me empujó hacia el colchón de modo que aterricé con el culo. Luego él se volvió hacia el círculo de gruñonas criaturas no muertas que se cernían sobre nosotros y, plantándose en el suelo con las piernas abiertas y los puños cerrados, soltó el grito de tigre que solía soltar en los partidos de fútbol de los Broken Arrow:

—¡Vamos, *frikis!*

Vale, no es que no apreciara sus gestos de macho, pero el chico no se enteraba absolutamente de nada. Me puse en pie y me concentré.

—¡Fuego, te necesito otra vez!

En esa ocasión grité las palabras en el mismo tono de mando de una alta sacerdotisa. Las llamas cobraron vida en las palmas de mis manos y de arriba abajo por mis brazos. Me habría gustado tener tiempo para analizar el fuego al que había llamado a la vida; resultaba molón que pudiera arder sobre mí sin quemarme, pero no podía perder un instante.

—Muévete, Heath.

Él miró por encima de su hombro y sus ojos de pronto se abrieron atónitos.

—¿Zo?

—Estoy bien. ¡Muévete!

Heath se apartó de mi camino y yo, ardiendo, me dirigí a la salida. Las criaturas se apartaban asustadas de mí, pero a pesar de todo alargaban las manos para tratar de alcanzar a Heath.

—¡Basta! —grité yo—. Atrás, dejadlo en paz. Heath y yo vamos a salir de aquí. Ahora. Si tratáis de detenernos os mataré, y me da la sensación de que esta vez será para bien.

Vale, es cierto, en realidad no quería matar a nadie. Lo que realmente quería era sacar a Heath de allí y después ir a buscar a Stevie Rae para que ella me explicara cómo era posible que un iniciado muerto pudiera seguir caminando por ahí, con una actitud tan hostil, con los ojos brillantes y oliendo a moho y a polvo.

Vi un movimiento en la periferia de mi campo visual. Me giré justo a tiempo de ver a una de las criaturas lanzarse directamente sobre Heath. Alcé los brazos y le lancé fuego como si se tratara de una pelota. La criatura gritó y comenzó a arder en llamas, y entonces yo la reconocí y tuve que reprimirme para no ponerme enferma. Era Elizabeth Sin Apellido: la amable chica que había muerto el mes anterior. Su cuerpo ardiente se retorció en el suelo, apestando a carne pasada y a decadencia. Y eso era todo lo que quedaba de su caparazón sin vida.

—¡Viento y lluvia, yo os llamo! —grité yo.

Y mientras el aire comenzaba a girar a mi alrededor y a llenar la estancia de olor a lluvia primaveral, vi por un segundo la imagen de Damien y Erin sentados de piernas cruzadas junto a Shaanee. Tenían los ojos cerrados para concentrarse mejor y sujetaban sus velas votivas del color cada uno de su elemento. Dirigí mi fiero dedo hacia el ardiente cuerpo de Elizabeth y lo bañé con una repentina lluvia. Luego una fresca brisa se llevó el humo teñido de verde, levantándolo por encima de nuestras cabezas y llevándose su hedor por el túnel hacia la noche.

Entonces me encaré con las criaturas y dije:

—Eso es lo que le haré a cualquiera de vosotros que trate de detenernos.

Le hice un gesto a Heath para que caminara por delante de mí y lo seguí, dándole la espalda a las criaturas.

Nos siguieron. Yo no siempre podía verlas mientras volvía sobre mis pasos por los oscuros túneles, pero oía cómo arrastraban los pies y oía sus gruñidos amortiguados. Fue más o menos entonces cuando comencé a sentirme agotada. Era como si yo fuera un móvil al que hacía tiempo no recargaran y alguien llevara demasiado tiempo hablando. Dejé que se apagaran las llamas que rodeaban mis brazos por entero excepto por una pequeña llama en la mano derecha. Heath no vería de ninguna forma la manera de salir de allí sin esa llama, y yo seguía corriendo por detrás de él, guardándonos las espaldas por si las criaturas nos atacaban. Tras pasar por dos bifurcaciones más del túnel le dije a Heath que se detuviera.

—Deberíamos darnos prisa, Zo. Ya sé que tienes ese poder, pero hay muchos; más de los que has visto ahí dentro. No sé con cuántos te puedes enfrentar —dijo Heath, tocándome la cara—. No pretendo ofenderte ni nada de eso, pero tienes un aspecto horrible.

Yo también me sentía hecha una mierda, pero no quise mencionarlo.

—Tengo una idea.

Acabábamos de girar en una curva en la que el túnel se estrechaba hasta el punto de que podía tocar las dos paredes de los lados si extendía los brazos. Volví a esa parte más estrecha de la curva. Heath vino detrás de mí.

—No, quédate allí —le dije yo, señalando la zona más alejada en dirección a la salida.

Heath frunció el ceño confuso, pero hizo lo que le decía.

Yo me giré de espaldas a él y me concentré. Alcé los brazos y pensé en campos recién arados y en las preciosas praderas de Oklahoma, cubiertas de heno sin cortar en invierno. Pensé en la tierra y en cómo estaba yo de pie, dentro de ella, rodeada de ella...

—¡Tierra, yo te llamo!

Al alzar las manos la fugaz visión de Stevie Rae pasó por delante de mis párpados cerrados. Ella no estaba como solía estar siempre: su rostro no era ya el dulce rostro, concentrado fijamente sobre la vela verde encendida. Estaba acurrucada en un rincón de un oscuro túnel. Su cara estaba blanca y demacrada y sus ojos brillaban con luz escarlata. Pero su expresión ya no era la fría e indiferente parodia de sí misma ni tampoco era una máscara cruel. Lloraba abiertamente, y su expresión era de completa desesperación. Era un comienzo, me dije. Entonces, con un rápido y poderoso movimiento bajé los brazos y ordené:

—¡Ciérrate!

Desde el techo comenzaron a caer frente a mí y por encima de mí trozos de

suciedad y de piedras. Al principio era solo gravilla, pero pronto se convirtió en una pequeña avalancha que enseguida ahogó los gruñidos y los siseos de las criaturas atrapadas.

Una ola de debilidad hizo presa entonces en mí y me tambaleé hacia atrás.

—Te tengo, Zo.

Los fuertes brazos de Heath me rodearon y yo me apoyé sobre él por un momento. Se le habían vuelto a abrir muchas de las heridas durante la huida, y la fragancia madura de su sangre me cosquilleaba los sentidos.

—No están realmente atrapados, ¿sabes? —dije yo en voz baja, tratando de no pensar en cuánto deseaba chupar el hilo de sangre roja que le resbalaba por la mejilla—. Hemos pasado un par de túneles más, pero estoy convencida de que al final acabarán por encontrar el camino de salida.

—No pasa nada, Zo —dijo él sin dejar de abrazarme, pero apartándose ligeramente para mirarme a los ojos—. Sé lo que necesitas. Puedo sentirlo. Si bebes de mí no te sentirás tan débil —añadió, sonriendo mientras sus ojos azules se oscurecían—. No pasa nada —repitió él—. Quiero que lo hagas.

—Heath, te han ocurrido demasiadas cosas. ¿Quién sabe cuánta sangre has perdido ya? No creo que sea una buena idea que yo beba más.

Decía que no, pero mi voz temblaba de deseo.

—¿Estás de broma?, ¿un semental, futbolista y deportista como yo? Tengo sangre de sobra —bromeó Heath. Pero luego se puso serio y añadió—: Para ti, me sobra.

Sin dejar de mirarme a los ojos, Heath se limpió con un dedo el hilo de sangre de la mejilla y esparció luego esa sangre por su labio inferior. Entonces se inclinó y me besó.

Yo saboreé la profunda dulzura de su sangre, que se disolvió en mi boca provocándome un placer salvaje y proporcionándome una ola de energía que recorrió todo mi cuerpo. Heath apartó los labios y guió los míos hacia el corte de su mejilla. Cuando saqué la lengua y lo rocé, él gimió y presionó mis caderas con fuerza contra las suyas. Yo cerré los ojos y comencé a succionar...

—¡Mátame! —gritó Stevie Rae con voz rota, haciendo pedazos el hechizo de la sangre de Heath.



Me aparté de los brazos de Heath completamente ruborizada de vergüenza y me limpié la boca. Respiraba entrecortadamente. Stevie Rae estaba de pie, a pocos pasos, en el mismo túnel que nosotros. Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas, y su rostro seguía retorcido por la desesperación.

—¡Mátame! —repitió ella, llorando.

—No —dije yo, sacudiendo la cabeza y dando un paso adelante hacia ella.

Pero Stevie Rae se echó atrás y alzó una mano como si quisiera detenerme. Entonces yo me paré y tragué varias veces, intentando controlarme.

—Vuelve a la Casa de la Noche conmigo. Averiguaremos cómo ocurrió esto. Todo saldrá bien, Stevie Rae, te lo prometo. Lo único que importa es que tú estés viva.

Pero Stevie Rae sacudía ya la cabeza mientras me oía hablar.

—No estoy realmente viva, y no puedo volver allí.

—Por supuesto que estás viva. Hablas y caminas.

—Ya no soy yo. He muerto, y parte de mí, mi mejor parte, sigue muerta. Igual que le pasa al resto —explicó Stevie Rae, haciendo un gesto hacia el interior de la cueva.

—Tú no eres como ellos —afirmé yo con convicción.

—Me parezco más a ellos que a ti —dijo ella, desviando la vista de mí y dirigiéndola hacia Heath que estaba de pie, callado, a mi lado—. No creerías las horribles cosas que se me han pasado por la cabeza. Podría haberlo matado a él sin pensármelo dos veces. Lo habría hecho si su sangre no hubiera estado alterada por la conexión contigo.

—Quizá no fuera solo por eso, Stevie Rae. Quizá no le hayas matado porque en realidad no querías hacerlo —dije yo.

Ella volvió a mirarme a los ojos y contestó:

—No, quería matarlo. Y sigo queriéndolo.

—Fueron todos los otros los que mataron a Brad y a Chris —dijo entonces Heath—. Y eso fue culpa mía.

—Heath, ahora no es momento... —comencé yo a protestar, pero Heath me interrumpió.

—No, tienes que oír esto, Zoey. Esas cosas secuestraron a Brad y a Chris porque ellos estuvieron merodeando por la Casa de la Noche, y eso fue culpa mía porque yo les había contado lo sexis que eras —explicó Heath, mirándome con una expresión de arrepentimiento—. Lo siento, Zo —añadió. Inmediatamente su rostro se endureció

para continuar—: Deberías matarla. Deberías matarlos a todos. Mientras ellos estén vivos, la gente seguirá en peligro.

—Él tiene razón —confirmó Stevie Rae.

—¿Y cómo va a resolver eso el hecho de que te mate a ti y a los demás?, ¿es que no surgirán otros como vosotros? —pregunté yo entonces. De pronto tomé una decisión y me dirigí directamente hacia Stevie Rae. Ella parecía dispuesta a salir huyendo, pero mis palabras la detuvieron—. ¿Cómo ocurrió esto?, ¿qué te hizo ser así?

El rostro de Stevie Rae se contorsionó de angustia antes de contestar:

—No sé cómo. Solo sé quién lo hizo.

—Bien, ¿y quién te hizo esto?

Stevie Rae abrió la boca para responderme, pero entonces, con un movimiento tan rápido que su cuerpo se hizo incluso borroso, se acurrucó contra la pared del túnel y gritó:

—¡Ella ya viene!

—¿Cómo?, ¿quién? —pregunté yo, agachándome a su lado.

—¡Sal de aquí! ¡Deprisa! Probablemente aún os dé tiempo a escapar —exclamó Stevie Rae, alargando una mano para tomar la mía. La tenía fría, pero me agarraba con fuerza—. Te matará si te ve. A ti y a él. Sabes demasiado. De todos modos puede que te mate, pero le costará más trabajo si consigues volver a la Casa de la Noche.

—¿De quién estás hablando, Stevie Rae?

—De Neferet.

El nombre atravesó mi cuerpo como una ráfaga e incluso mientras sacudía la cabeza en una negativa sentí muy dentro de mí que era verdad.

—¿Neferet te ha hecho esto a ti?, ¿a todos?

—Sí. ¡Y ahora sal de aquí, Zoey!

Sentí el terror que la invadía y sabía que ella tenía razón. Si Heath y yo no nos marchábamos, moriríamos.

—No voy a abandonarte, Stevie Rae. Utiliza tu elemento. Sigues teniendo una conexión con la tierra, lo siento. Así que usa tu elemento y mantente fuerte. Volveré a por ti, y solucionaremos esto de algún modo. Lo arreglaremos. Te lo prometo.

Entonces la abracé con fuerza y, tras vacilar solo un segundo, ella me devolvió el abrazo.

—Vamos, Heath.

Agarré a Heath de la mano para llevarlo a toda velocidad por el oscuro túnel. La llama de la palma de mi mano se había desvanecido al invocar a la tierra, pero de ninguna manera iba a arriesgarme a volver a encenderla. Esa llama podía también guiarla a ella. Mientras corríamos por el túnel oí a Stevie Rae susurrar:

—Por favor, no te olvides de mí.

Heath y yo corrimos. La energía que su sangre me había proporcionado no duró mucho, y para cuando llegamos a la escalera metálica que daba a la rejilla de alcantarilla del semisótano, yo ya estaba deseando caer redonda al suelo y dormir durante días. Heath estaba dispuesto a subir la escalera a toda prisa hasta el sótano, pero yo lo obligué a esperar. Respirando trabajosamente, me apoyé contra la pared del túnel y saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón junto con la tarjeta de visita del detective Marx. Abrí el teléfono y juro que mi corazón se paró y no comenzó a latir otra vez hasta que vi las barras de color verde comenzar a encenderse.

—¿Sientes nuestra conexión ahora? —preguntó Heath, sonriéndome.

—¡*Shh!* —ordené yo, sonriéndole también.

Entonces marqué el número del detective.

—Aquí Marx —contestó una voz profunda tras el segundo timbre.

—Detective Marx, aquí Zoey Redbird. Solo tengo un segundo para hablar, y luego tengo que marcharme. He encontrado a Heath Luck. Estamos en el sótano de la antigua estación ferroviaria de Tulsa, y necesitamos ayuda.

—Aguanta, ¡llegaré en un minuto!

Un ruido más arriba me obligó a cortar la conexión telefónica y cerrar el teléfono. Al ver que Heath iba a hablar, apreté el dedo índice contra mis labios. Heath me rodeó con sus brazos, y los dos tratamos de guardar silencio y no respirar. Entonces oí el *cu-cú* de una paloma y un aleteo.

—Creo que solo es un pájaro —susurró Heath—. Voy a echar un vistazo.

Yo estaba demasiado cansada como para discutir con él, y además Marx ya estaba de camino y yo estaba harta de tanta humedad y túnel sucio.

—Ten cuidado —contesté en susurros.

Heath asintió y me apretó los hombros, y luego subió por las escaleras. Lenta y prudentemente levantó la parrilla de metal, sacando la cabeza para millar afuera. Enseguida volvió para abajo, me tomó de la mano y me dijo que subiera.

—Es solo una paloma. Vamos.

Con cautela, me subí encima de él y dejé que me él me llevara hasta el sótano. Nos sentamos en un rincón junto a la parrilla de la alcantarilla durante unos cuantos minutos, escuchando atentamente. Por fin yo susurré:

—Vamos fuera a esperar a Marx.

Heath ya había comenzado a temblar de frío, así que entonces me acordé de la manta que me había dado Aphrodite. Además, prefería arriesgarme con la tempestad que quedarme en aquel tenebroso sótano.

—Yo también detesto estar aquí. Es como estar en una maldita tumba —dijo Heath en voz baja, rechinando los dientes.

De la mano, atravesamos el semisótano y las bandas de luz gris que se reflejaban en el suelo desde el mundo de arriba. Estábamos ya en la puerta de barrotes que daba

al exterior cuando oí el sonido distante de una sirena de policía. La terrible tensión de mi cuerpo acababa justo de comenzar a rebajarse cuando oí la voz de Neferet, procedente de las sombras.

—Debería haber adivinado que estarías aquí.

El cuerpo de Heath se sacudió a causa de la sorpresa y yo le apreté la mano a modo de advertencia. Me concentré en mí misma mientras me daba la vuelta para mirarla de frente y entonces comencé a sentir el poder de los elementos, vibrando trémulos en el aire a mi alrededor. Respiré hondo y dejé la mente en blanco.

—¡Oh, Neferet! ¡Cuánto me alegro de verte!

Apreté la mano de Heath una vez más antes de soltarlo, tratando de telegrafiarle el mensaje «sígueme el juego diga lo que diga», y luego me lancé, llorando, en brazos de la alta sacerdotisa.

—¿Cómo me has encontrado?, ¿te ha llamado el detective Marx?

Vi la indecisión en los ojos de Neferet mientras se soltaba de mis brazos y repetía:

—¿El detective Marx?

—Sí —respondí yo, sorbiéndome la nariz y limpiándomela en la manga mientras me esforzaba por irradiar alivio y confianza en ella—. Ese ruido es él, que ya viene para acá.

El ruido de la sirena estaba ya muy cerca, y era evidente que se le habían unido otros dos coches más.

—¡Gracias por encontrarme! —exclamé—. ¡Ha sido horrible! Creí que ese tipo loco de la calle iba a matarnos a los dos.

Volví de nuevo al lado de Heath y lo tomé de la mano. Él se había quedado mirando a Neferet, y tenía todo el aspecto de estar conmocionado. Yo me di cuenta entonces de que probablemente estaría recordando retazos de la otra única vez en que había visto a la alta sacerdotisa: la noche en que los fantasmas de los vampiros habían estado a punto de matarlo, y me imaginé que su mente estaba demasiado aterrada como para que Neferet pudiera darle un sentido a todo lo que se le pasaba por la cabeza. Y eso era una buena cosa también.

Entonces se cerraron las puertas de los coches y se oyeron pesados pasos aplastando la nieve.

—Zoey, Heath... —dijo Neferet, dirigiéndose rápidamente hacia nosotros.

Ella alzó las manos, que relucían con una extraña luz roja. Esa luz me recordó de repente a los ojos de las cosas no muertas de más abajo. Antes de que pudiera correr o gritar o ni siquiera respirar, ella nos agarró de los hombros. Sentí que Heath se ponía rígido al tiempo que un fuerte dolor recorría mi cuerpo. Explotó contra mi mente y mis rodillas, y me habría caído al suelo de no haberme sujetado Neferet con la mano.

—¡No recordaréis nada!

Aquellas palabras resonaron como un eco por mi mente agonizante, y luego ya solo quedó la oscuridad.



Yo estaba en un precioso prado en medio de lo que parecía un denso bosque. Soplaban una brisa cálida y suave, trayéndome la fragancia de las lilas. Por el prado corría un riachuelo, y su agua cristalina rebosaba rítmicamente las lisas rocas.

—¡Zoey!, ¿me oyes, Zoey? —preguntaba una voz masculina e insistente, tratando de interrumpir mi sueño.

Yo fruncí el ceño y no le hice caso. No quería despertar a pesar de que mi espíritu estaba inquieto. Necesitaba despertarme. Necesitaba recordar. Ella necesitaba que yo la recordara.

Pero ¿quién era ella?

—Zoey...

Esa vez la voz sonó dentro de mi sueño y pude ver mi nombre pintado sobre el azul del cielo primaveral. Era la voz de una mujer, me era familiar, era mágica, maravillosa.

—Zoey...

Rebusqué con la vista por el claro y encontré a la Diosa, sentada al otro lado del riachuelo, graciosamente apoyada sobre una roca lisa de arenisca de Oklahoma con los pies descalzos, jugando en el agua.

—¡Nyx! —grité yo—. ¿Estoy muerta?

Mi voz reverberó a mi alrededor. La Diosa sonrió.

—¿Vas a preguntarme eso cada vez que te haga una visita, Zoey Redbird?

—No, eh... lo siento —contesté yo con palabras teñidas de rosa, probablemente ruborizadas igual que mis mejillas.

—No lo sientas, hija mía. Lo has hecho muy bien. Estoy complacida contigo. Ha llegado el momento de despertar, pero primero quiero recordarte que los elementos pueden restaurar exactamente igual que destruir.

Yo iba a darle las gracias a pesar de no tener ni idea de qué estaba hablando, pero mi hombro sacudiéndose y un repentino remolino de aire frío me interrumpió. Abrí los ojos.

La nieve se agitaba a mi alrededor. El detective Marx estaba inclinado sobre mí, sacudiéndome el hombro. A pesar de la extraña niebla que inundaba mi mente, encontré una palabra:

—¿Heath?

El detective Marx ladeó la barbilla hacia su derecha e inclinó mi cabeza para que viera el cuerpo inmóvil de Heath, que en ese momento cargaban en la ambulancia.

—¿Está...?

No pude terminar la pregunta.

—Está bien, solo un poco magullado. Ha perdido un montón de sangre, pero ya le han dado algo para el dolor.

—¿Magullado? —repetí yo, tratando de darle sentido a todo—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Laceraciones múltiples, exactamente igual que los otros dos chicos. Menos mal que tú lo encontraste y me llamaste antes de que se desangrara hasta morir —explicó el detective, apretándome el hombro. Un enfermero trató de apartar a Marx de mi lado, pero él dijo—: Yo me ocuparé de ella. Solo necesita volver a la Casa de la Noche y se pondrá bien.

Vi al enfermero lanzarme una mirada que claramente venía a llamarme *friki*, pero el detective me ayudó a sentarme y su enorme cuerpo me bloqueó la vista de él.

—¿Puedes venir andando hasta mi coche? —preguntó Marx.

Yo asentí. Mi cuerpo comenzaba a estar mejor, pero mi mente seguía siendo un barullo. El «coche» de Marx era en realidad una enorme camioneta preparada para cualquier eventualidad, con enormes ruedas y una barra antivuelco. El detective me ayudó a subir al asiento de delante, que era cómodo y estaba calentito, pero antes de que él pudiera cerrar la puerta yo me acordé de otra cosa, a pesar de que el esfuerzo me hacía sentir como si la cabeza fuera a partirse en dos.

—¡*Perséfone!*, ¿está bien?

Marx me miró confuso, pero solo durante un segundo, y luego sonrió.

—¿Te refieres a la yegua?

Yo asentí.

—Está bien. Un oficial la está llevando andando a los establos de la policía en el centro de la ciudad hasta que se despejen las calles y puedan llevarla de vuelta a la Casa de la Noche en un trailer —explicó con una enorme sonrisa—. Me parece que eres más valiente que la policía de Tulsa. Nadie se ofreció voluntario para llevarla de vuelta galopando.

Yo descansé la cabeza sobre el asiento y Marx encendió el motor de tracción a las cuatro ruedas y condujo por entre los parches de nieve, alejándose de la estación. Debía haber allí diez coches de policía junto con un camión de bomberos y dos ambulancias, todos aparcados y con las luces azules, rojas y blancas encendidas en medio de la noche desértica y cubierta de nieve.

—¿Qué ha ocurrido aquí hoy, Zoey?

Yo traté de recordar, pero tuve que entrecerrar los ojos para evitar el repentino dolor de cabeza.

—No lo recuerdo —conseguí decir a pesar del fuerte pulso que sentía en las sienes.

Podía sentir la penetrante mirada del detective sobre mí. Lo miré a los ojos y

recordé que él me había dicho que tenía una hermana gemela vampira que seguía queriéndolo. También me había dicho que podía confiar en él, y yo le había creído.

—Algo va mal —admití yo—. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Bien —dijo él lentamente—, empieza por lo último que te sea fácil recordar.

—Yo estaba cepillando a *Perséfone* y de pronto supe dónde estaba Heath y que iba a morir si no iba a rescatarlo.

—¿Vosotros dos estáis conectados? —preguntó él. Debió ser fácil interpretar mi expresión de sorpresa, porque el detective sonrió y continuó—: Mi hermana y yo hablamos, y siempre he sentido curiosidad por las cosas de los *vamps*, sobre todo justo después de que ella cambiara —explicó Marx, encogiéndose de hombros como si no fuera nada del otro mundo para un humano tener todo tipo de información acerca de los vampiros—. Somos gemelos, así que estamos acostumbrados a compartirlo todo. Un cambio de especie no significa una gran diferencia para nosotros —añadió mirando a los lados y luego de nuevo hacia mí—. Vosotros dos habéis conectado, ¿verdad?

—Sí, Heath y yo estamos conectados. Por eso supe dónde estaba —confesé yo, omitiendo hablar de Aphrodite.

De ninguna manera tenía ganas de explicarle todo el asunto de que las visiones de Aphrodite eran reales pero Neferet decía...

—¡Ah!

En esa ocasión grité en voz alta al sentir un dolor agónico en la cabeza.

—Respira hondo y con calma —aconsejó Marx, lanzándome miraditas de preocupación cada vez que podía apartar la vista de la carretera—. He dicho que me digas lo que te sea fácil recordar.

—No, no importa. Estoy bien. Quiero hacer esto.

Él parecía aún preocupado, pero siguió haciendo preguntas.

—De acuerdo, tú sabías que Heath tenía problemas y sabías dónde estaba. Así que, ¿por qué no me llamaste sencillamente y me dijiste que fuera a la vieja estación?

Traté de recordar, pero el dolor me atravesó la cabeza. Pero junto con el dolor vino la rabia. Le había ocurrido algo a mi mente. Alguien había enturbiado mi mente. Y eso me cabreaba de verdad. Me restregué las sienes y apreté los dientes para evitar el dolor.

—Quizá debiéramos dejarlo por un rato.

—¡No! Déjame pensar —jadeé yo.

Recordaba los establos y recordaba a Aphrodite. Recordaba que Heath me necesitaba y recordaba el arriesgado trayecto en medio de la nieve con *Perséfone* hasta el sótano de la estación. Pero cuando trataba de recordar algo más allá del sótano, la agonía que se extendía por mi cabeza era demasiado para mí.

—¡Zoey! —exclamó el detective Marx, cuya preocupación puede oír a pesar del

dolor.

—Algo ha enturbiado mi mente.

Me enjuagué las lágrimas que ni siquiera me había dado cuenta de que resbalaran por mi rostro.

—Partes de tu memoria se han borrado.

No parecía una pregunta, pero de todos modos yo asentí.

Él permaneció en silencio un rato. Parecía concentrado en las calles desiertas y cubiertas de nieve, pero a mí no podía engañarme, pensé yo, y lo siguiente que dijo me dio la razón.

—Mi hermana, que se llama Anne —comenzó el detective, volviendo la vista hacia mí y sonriendo—, me advirtió una vez de que si enfadaba a una alta sacerdotisa me metería en graves problemas, porque tienen formas de borrar las cosas. Y con eso de borrar las cosas se refería a borrar a las personas y los recuerdos —explicó Marx, que volvió a desviar la vista hacia mí desde la carretera, pero en esa ocasión sin sonreír—. Así que supongo que la pregunta es: ¿qué has hecho tú para enfadar a una alta sacerdotisa?

—No lo sé. Yo...

Mi voz se desvaneció mientras reflexionaba sobre lo que él acababa de decir. No traté de recordar lo que había ocurrido esa noche. En lugar de ello, dejé que mi memoria retrocediera perezosamente hacia atrás, hacia Aphrodite y hacia el hecho de que Nyx hubiera seguido bendiciéndola con sus visiones a pesar de que Neferet aseguraba que eran falsas, y hacia la leve y casi imperceptible sensación de que algo en Neferet estaba mal, sensación que había ido creciendo como un hongo día a día hasta culminar el domingo por la noche, cuando ella socavó las decisiones que yo había tomado para las Hijas Oscuras y... y... Entonces abracé mi torso ante el calor que comenzaba a palpar por toda mi cabeza y ante el penetrante dolor que me atravesó al recordar a la criatura en la que se había convertido Elliot, chupando de la sangre de la alta sacerdotisa.

—¡Para el camión! —grité.

—Ya estamos casi en la escuela, Zoey.

—¡Ahora! Me estoy poniendo enferma.

Nos echamos a un lado de la calle. Yo abrí la puerta y caí en la carretera cubierta de nieve, me tambaleé hasta la cuneta y allí vacié las entrañas. El detective Marx permaneció a mi lado, me retiró el pelo y adoptó un aire paternal mientras me decía que respirara hondo y que todo saldría bien. Yo tragué aire y por fin dejé de vomitar. Él me tendió un pañuelo de esos antiguos, de hilo, que se doblan varias veces formando un cuadrado.

—Gracias.

Quise devolverle el pañuelo después de limpiarme la cara y sonarme la nariz,

pero él sonrió y dijo:

—Guárdatelo.

Yo me quedé ahí, tragando aire y dejando que el pulso en mi cabeza fuera desvaneciéndose mientras miraba al otro lado de un prado cubierto de nieve virgen, hacia unos robles distantes que crecían a lo largo de un enorme muro de piedra y ladrillo. Y con un grito de sorpresa, me di cuenta de dónde estábamos.

—Es el lado este del muro de la escuela —dije yo.

—Sí, se me ocurrió traerte por la parte de atrás para darte más tiempo para pensar y quizá restaurar tu memoria algo más.

Restaurar... ¿Qué tenía esa palabra? A tientas, traté de concentrarme con fuerza y de recordar mientras me preparaba para el dolor que sabía que vendría a continuación. Pero no vino, y a mi memoria acudió el recuerdo de la visión de un precioso prado y de las sabias palabras de mi Diosa: «*Los elementos pueden restaurar tanto como destruir*».

Y entonces comprendí lo que tenía que hacer.

—Detective Marx, necesito quedarme aquí un minuto, ¿de acuerdo?

—¿Sola?

Yo asentí.

—Estaré en el camión, observándote. Si me necesitas, llámame.

Sonreí y le di las gracias, pero antes de que se hubiera dado la vuelta hacia el camión yo ya estaba caminando en dirección a los robles. No necesitaba estar bajo su sombra ni estar de hecho en los terrenos de la escuela, pero estar cerca de ellos me ayudaba a concentrarme. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para ver cómo se enredaban sus ramas como viejos amigos, me detuve y cerré los ojos.

—Viento, te llamo a mí y esta vez te pido que te lleves con tu soplo cualquier mancha oscura que haya tocado mi mente y que la limpies.

Sentí que una ráfaga de frío me sacudía como si estuviera apaleándome mi propio huracán personal, pero el aire no se presionaba contra mi cuerpo, sino que llenaba mi mente. Dejé los ojos fuertemente cerrados y traté de bloquear el dolor palpitante que había vuelto a mis sienes.

—Fuego, te llamo a mí y te pido que quemes cualquier oscuridad que haya tocado mi mente.

El calor llenó mi cabeza, solo que no era como el latigazo caliente que había sentido antes. En lugar de ello se trataba de una agradable calidez como la de una venda sobre un músculo tenso.

—Agua, te llamo y te pido que laves la oscuridad que ha tocado mi mente.

El frío inundó la calidez, templando y suavizando lo que se había recalentado y procurándome un increíble alivio.

—Tierra, te llamo y te pido que tu fuerza alimentadora se lleve la oscuridad que

ha tocado mi mente.

Desde las plantas de los pies, por donde estaba conectada firmemente a la tierra, sentí como si un grifo se abriera y la fétida oscuridad escapara de mi cuerpo para ser consumida por la fuerza y la bondad de la tierra.

—¡Y espíritu, te pido que cures lo que la oscuridad ha destruido en mi mente y restaures mi memoria!

Algo saltó dentro de mí y una sensación blanca y familiar recorrió toda mi espalda, haciéndome caer de rodillas.

—¡Zoey! ¡Zoey! ¡Dios mío!, ¿estás bien?

Una vez más las fuertes manos del detective Marx sacudieron mis hombros y me ayudaron a ponerme en pie. En esa ocasión mis ojos se abrieron fácilmente y yo sonreí al ver su amable rostro.

—Estoy más que bien. Lo recuerdo todo.



—¿Estás segura de que es así como tiene que ser? —preguntó el detective Marx por enésima vez.

—Sí —asentí yo cansadamente—. Tiene que ser así.

Estaba tan condenadamente cansada que creí que caería redonda, dormida, en medio del monstruoso camión del poli. Pero sabía que no podía dormir. La noche aún no había terminado. Ni mi trabajo tampoco.

El detective suspiró, y yo le sonreí.

—Vas a tener que confiar en mí —dije yo, repitiendo una frase que él mismo me había dicho a mí un poco antes ese mismo día.

—No me gusta —dijo él.

—Lo sé, y lo siento, pero te he contado todo lo que puedo.

—¿Que ese desgraciado sintecho es responsable de lo que le ocurrió a Heath y de las muertes de los otros dos chicos? —preguntó Marx, sacudiendo la cabeza—. No me lo parece.

—¿Estás seguro de que no tienes poderes psíquicos? —sonreí yo, cansada.

—Si los tuviera sabría qué tiene de malo esa explicación —contestó él, sacudiendo de nuevo la cabeza—. Entonces explícame esto: ¿qué le ha sucedido a tu memoria?

Yo ya había pensado en una respuesta para esa pregunta.

—Ha sido por el trauma de esta noche. Ese trauma ha bloqueado mi recuerdo de lo que ocurrió, y entonces mi afinidad con los cinco elementos me ha ayudado a desbloquear la memoria y a recordar.

—¿Y por eso te dolía tanto?

—Supongo —contesté yo, encogiéndome de hombros—. De todos modos ya no me duele.

—Escucha, Zoey, estoy seguro de que ocurre algo más que no me estás contando, y quiero que sepas que realmente puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Yo le creía, pero también sabía que había ciertos secretos que no podía compartir. Ni con aquel amable detective, ni con nadie.

—No tienes que enfrentarte tú sola a lo que sea que está ocurriendo, yo puedo ayudarte. No eres más que una cría, una adolescente —dijo él, completamente desesperado.

Yo lo miré a los ojos con calma.

—No, soy una iniciada, líder de las Hijas Oscuras y aprendiz de alta sacerdotisa.

Créeme, eso es mucho más que una simple adolescente. Te he hecho una promesa, y tú sabes por tu hermana que mi promesa me obliga. Te prometo que te he contado todo lo que puedo contarte, y si desaparece algún chico más, creo yo que podré encontrarlo.

Lo que no le dije era que no tenía ni un uno por ciento de seguridad acerca de cómo iba a hacer eso de encontrarlo, pero me parecía bien hacerle esa promesa y, por eso mismo, sabía que Nyx me ayudaría a hacer honor a ella. Y no es que fuera a ser fácil, pero no podía traicionar a Stevie Rae, lo cual significaba que nadie debía saber nada acerca de las criaturas o, al menos, nadie debía saber nada hasta que Stevie Rae estuviera a salvo.

Marx volvió a suspirar, y yo pude ver que musitaba para sí mismo mientras daba la vuelta al camión para ayudarme a bajar. Justo antes de que abriera la puerta del edificio principal de la escuela Marx me revolvió el pelo (lo cual me resultó molesto) y dijo:

—Bueno, está bien, haremos esto a tu modo. Aunque, por supuesto, en realidad no me queda elección.

Tenía razón: él no tenía elección.

Entré en el edificio delante de él e inmediatamente me sentí rodeada por la calidez y la familiaridad de su olor a incienso y aceite, y por la suavidad de las luces de los farolillos de gas que parpadeaban como si fueran mis amigos y quisieran darme la bienvenida.

Y hablando de amigos...

—¡Zoey! —oí a las gemelas gritar al unísono.

De pronto me vi apretujada en medio de ellas dos mientras me abrazaban, lloraban y me gritaban, enfadadas por haberlas asustado tanto, y hablaban sin parar, diciendo que habían podido sentir cuándo extraía la fuerza de sus respectivos elementos. Damien no tardó en aparecer detrás de ellas. Y luego enseguida estaba en los fuertes brazos de Erik, mientras me abrazaba y me susurraba lo asustado que había estado por mí y lo contento que estaba de que estuviera bien. Yo me permití recostarme sobre su pecho y devolverle el abrazo. Ya me ocuparía más tarde de qué hacer acerca de Heath y de él. En ese instante estaba demasiado cansada y, de todos modos, necesitaba conservar mis fuerzas para enfrentarme a...

—Zoey, nos has dado un buen susto.

Me aparté de los brazos de Erik y me giré para mirar de frente a Neferet.

—Lo siento, no quería preocupar a nadie —dije yo.

Y era verdad. Mi intención no era ni molestar, ni preocupar ni asustar a nadie.

—Bueno, no le has hecho daño a nadie, cariño. Estamos todos muy contentos de que estés sana y salva, de vuelta en casa.

Neferet sonrió en dirección a mí con esa maravillosa sonrisa maternal que ella

sabía esbozar tan bien y que parecía repleta de amor, de luz y de bondad, y a pesar de que yo sabía qué ocultaba esa sonrisa, sentí que se me encogía el corazón y deseé desesperadamente estar equivocada y que Neferet fuera tan maravillosa como yo antes solía creer.

Pero no siempre la oscuridad es equiparable al mal, igual que no siempre la luz nos trae el bien. Las palabras de la Diosa resonaron como un eco en mi mente, proporcionándome fuerza.

—Sí, y sin duda Zoey es nuestra heroína —comentó el detective Marx—. De no haber sido porque está sintonizada con ese chico, jamás nos habría llamado ni habríamos llegado a tiempo a la vieja estación para salvarlo.

—Sí, bueno, ese es un pequeño problema del que tendremos que hablar ella y yo más tarde —contestó Neferet, lanzándome una severa mirada, pero con un tono de voz que delataba a las claras delante de todos que no se trataba de nada serio.

Si ellos supieran.

—Detective, ¿han detenido a la persona que ha estado secuestrando a todos esos chicos? —siguió preguntando Neferet.

—No, pudo escapar antes de que llegáramos, pero tenemos pruebas de que alguien ha estado viviendo en la vieja estación. De hecho, parece incluso que la usaba como cuartel general. Creo que nos será fácil encontrar pruebas de que los otros dos chicos murieron allí. El que los mató trataba de hacernos creer que eran los vampiros los que secuestraban a los adolescentes, pero ahora, a pesar de que Heath no se acuerda de gran cosa debido al trauma, Zoey nos ha dado una buena descripción de ese hombre. Cogerlo es solo cuestión de tiempo.

¿Fui yo la única que vio un fugaz brillo de sorpresa en los ojos de Neferet?

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Neferet.

—Sí —contesté yo, mirando a los ojos a la alta sacerdotisa—. Le he contado muchas cosas al detective Marx. Tengo una memoria estupenda.

—¡Estoy tan orgullosa de ti, Zoeybird! —volvió a exclamar Neferet, acercándose para rodearme con sus brazos y abrazarme de nuevo con fuerza. Me apretó tanto, que solo yo pude oírla susurrarme al oído—: Si hablas en mi contra, me aseguraré de que ningún humano, iniciado o vampiro te crea jamás.

Yo no la solté. No reaccioné de ningún modo. Pero cuando ella me soltó, hice mi último movimiento: el que había planeado hacer en el momento en el que una sensación blanca y caliente, ya familiar para mí, me cosquilleó la piel de la espalda.

—Neferet, ¿quieres por favor mirarme la espalda?

Yo había llamado a mis amigos por teléfono mientras estaba con el detective Marx a las puertas de la escuela para pedirles que me esperaran en el vestíbulo del edificio principal y que se aseguraran de que Neferet estuviera allí también. Por lo visto, desde ese momento no habían podido parar de hablar, atolondrados y alterados

por el alivio y la alegría de verme. Pero esa extraña y repentina petición de que me miraran la espalda, que yo había hecho con voz bien alta y clara, los hizo callar a todos súbitamente. De hecho incluso todos en el vestíbulo, incluyendo el detective Marx, me miraron con una expresión extraña, como si se estuvieran preguntando si durante mis aventuras me había golpeado la cabeza y si se me estaban saliendo los sesos por alguna parte.

—Es importante —añadí, sonriendo en dirección a Neferet como si estuviera ocultando un regalo solo para ella en la espalda, debajo de la camisa.

—Zoey, no estoy segura de que... —comenzó a decir Neferet con un tono de voz bien estudiado entre la preocupación y la violencia.

Yo suspiré exageradamente y comenté:

—¡Dios, pues mira!

Y antes de que nadie pudiera detenerme, me giré para que todo el mundo pudiera ver mi espalda y me levanté la camiseta (con cuidado de dejarme bien tapado el pecho).

En realidad no me había preocupado ni por un instante el hecho de que me pudiera equivocar, pero me sentí aliviada al oír las exclamaciones maravilladas y los gritos de sorpresa y felicidad de mis amigos.

—¡Z, se te ha extendido la marca! —exclamó Erik, riendo y tocando a tientas el nuevo tatuaje de mi espalda.

—¡Uau, es increíble! —jadeó Shaunee.

—¡Superguay! —exclamó Erin.

—¡Es espectacular! —corroboró Damien—. Es el mismo laberinto que el de tus otras dos marcas.

—Sí, con las runas en los espacios entre las espirales —dijo Erik.

Creo que fui la única que notó que Neferet no decía nada.

Me bajé la camiseta. Esperaba con ansiedad el momento de ir a mirarme a un espejo para ver lo que solo había sentido.

—Enhorabuena, Zoey. Me imagino que eso significa que sigues siendo especial para tu Diosa —dijo el detective Marx.

Yo le sonreí y le contesté:

—Gracias. Gracias por todo lo que has hecho esta noche.

Nuestras miradas se encontraron y él me guiñó un ojo. Luego se volvió hacia Neferet.

—Será mejor que me vaya, señora. Me queda mucho trabajo que hacer esta noche. Además, me imagino que Zoey estará deseando marcharse a la cama. Buenas noches a todos —se despidió Marx, tocando el ala de su sombrero y sonriendo en mi dirección una vez más antes de salir.

—Estoy realmente cansada —dije entonces yo, mirando a Neferet—. Si no os

importa, me gustaría irme a la cama.

—Sí, cariño —contestó ella con sencillez—. Nos parece bien.

—Pero me gustaría detenerme un momento en el templo de Nyx de camino al dormitorio, si te parece bien también —añadí yo.

—Tienes muchas cosas que agradecerle a Nyx, me parece muy buena idea.

—Iremos contigo, Z —dijo Shaunee.

—Sí, Nyx ha estado con todos nosotros esta noche —dijo Erin.

Damien y Erik también estuvieron de acuerdo, pero yo no miré a ninguno de mis amigos. No dejaba de mirar a los ojos a Neferet.

—Sí, le daré las gracias a Nyx, pero tengo otra razón para ir a su templo —dije yo. Sin esperar a que ella me preguntara a qué me refería, continué diciendo con mucha seriedad—: Voy a encender una vela terrestre por Stevie Rae. Le prometí que no la olvidaría.

Mis amigos volvieron a murmurar que estaban de acuerdo, pero yo seguí pendiente de Neferet. Por fin me acerqué a ella lenta y deliberadamente.

—Buenas noches, Neferet —me despedí, y esa vez fui yo quien la abrazó. Mientras la estrechaba entre mis brazos, añadí en susurros—: Los humanos, los iniciados y los vampiros no necesitan creer nada de lo que yo diga de ti, porque es Nyx la que cree en mí. Esto no ha terminado.

Me aparté de los brazos de Neferet y le di la espalda. Juntos, mis amigos y yo salimos fuera y cruzamos la corta distancia que nos separaba del templo de Nyx. Por fin había dejado de nevar, y la luna se asomaba entre briznas de nubes que parecían pañuelos de seda. Me detuve ante la bella estatua de mármol de la Diosa que había delante del templo.

—Aquí —afirmé yo convencida.

—¿Qué quieres decir, Z? —preguntó Erik.

—Quiero poner la vela de Stevie Rae aquí fuera, a los pies de Nyx.

—Yo te la traeré —dijo Erik, apretándome la mano y apresurándose a entrar en el templo de Nyx.

—Tienes razón —dijo entonces Shaunee.

—Sí, a Stevie Rae le gustaría tenerla vela encendida aquí —convino Erin.

—Está más cerca de la tierra —comentó Damien.

—Y más cerca de Stevie Rae —dije yo en voz baja.

Erik volvió y me tendió una vela votiva verde y un encendedor grande que se usaba para los rituales. Yo seguí mi instinto: encendí la vela y la dejé a los pies de Nyx.

—Me acuerdo de ti, Stevie Rae. Tal y como te prometí —dije yo.

—Lo mismo que yo —dijo Damien.

—Yo también —dijo Shaunee.

—Lo mismo digo —añadió Erin.

—Yo también me acuerdo de ti —dijo Erik.

De pronto una fragancia a hierba de la pradera invadió el aire alrededor de la estatua de Nyx, haciendo sonreír a mis amigos a pesar de las lágrimas. Antes de alejarnos de allí, yo cerré los ojos y susurré una oración: una promesa que sentía en lo más profundo de mi alma.

Volvería a por Stevie Rae.

Notas

[1] Las palabras seguidas de asterisco están en español en el original. <<

[2] N. de la t.: Juego de palabras intraducible. *Cock*, «gallo» en inglés, también significa «polla». <<